

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA, HISTORIA Y HUMANIDADES
CONVOCATORIA 2009-2011

TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO

IMAGINARIOS URBANOS DE LA INSEGURIDAD Y ESTÉTICAS DE LA
VIGILA. EL HABLA, EL MIEDO Y EL PODER.

SANTIAGO BARONA MUÑOZ

ENERO DE 2016

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA, HISTORIA Y HUMANIDADES
CONVOCATORIA 2009-2011

TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO

IMAGINARIOS URBANOS DE LA INSEGURIDAD Y ESTÉTICAS DE LA
VIGILA. EL HABLA, EL MIEDO Y EL PODER.

SANTIAGO BARONA MUÑOZ

ASESOR DE TESIS: HUGO DEMETRIO BURGOS

LECTORES/AS: XAVIER ANDRADE
ROBERTO ABADIE

ENERO DE 2016

DEDICATORIA

A mi familia

Guido, Nancy, Carlos Andrés y Juan Martín... sin ustedes mi vida no sería más que un capullo vacío del que nunca podría emerger la mariposa o la flor... los hilos de mi vida se tejieron con los suyos en un río cósmico, esta es una madeja que ya no se puede deshacer...

A Pila... porque me recargas, porque me has dado de beber aun cuando muchas veces me resista a sentir la sed... Sí, a ti, Pilar... porque en las altas mareas, en la borrasca, hay aún algo a lo que me puedo aferrar... hay una morada a la que puedo volver, más allá del ritmo álgido y vertiginoso de una mente asediada de temores y fantasmas que con efecto virulento pareciera contagiar todo lo que mi pensamiento toca y mi cuerpo se resiste a reconocer...

Tú, ser también de la mañana y del mediodía, ser de magia, del encanto... perdóname si mi oscuridad opacó tu brillo... brilla, siempre brilla... pon tu luz en el faro.

A los lectores

Lo que aquí yace en forma de palabras es la promesa que sólo el canto de las mismas podrá recobrarlas a la vida... ritmos discontinuos, esquizofrenias de la prosa, locuras del medio día y divagares de la vigilia, todas tendrán un origen pero su fin es algo que ya no me pertenece... ahora estas letras también serán tuyas... ríos de pensamientos revestidos de prosa, dan cuenta del viaje y la morada, de la cuna del poeta, de los divagares del esteta... tan sólo, arrojo mi cuerpo a los leones, que ellos se brinden de mi carne, que ellos llenen su sed con mi sangre... ¿ha llamado a mi puerta la locura?... tal vez, pero prefiero ésta a esa otra que en un mundo que muere tras cada aurora, pretende aferrarse a la cordura...

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no hubiera podido ser realizado sin la colaboración de mi familia, pareja y amigos, sin ustedes esta aventura no hubiera podido ser y no hubiera podido continuarse. Así mismo, a mis profesores de maestría: María Ángela Cifuentes, Bárbara Grunenfelder, María Fernanda Cartagena, Carlos Espinosa, Patricia Bermúdez, Hugo Burgos, Rafael Polo, Xavier Puig, Xavier Andrade y Gabriela Zamorano, que con paciencia orientaron mis soliloquios, brindándome su experiencia y tiempo, aspectos que para mí valen más que el preciado oro y plata con el que hoy se teje la filigrana del valor. Especialmente a mi director de tesis Hugo Burgos, a quien debo pedirle excusas por los contratiempos que se presentaron en la culminación de este proceso y a Xavier Andrade, en ese momento director de la maestría quien habría de brindarme su apoyo, consejo y amistad, finalmente un agradecimiento especial a Patricia Bermúdez, quien me ha querido colaborar activamente en la culminación de este ciclo de mi vida; así mismo al profesor Eduardo Kingman, que si bien no tuve la fortuna de tenerlo como maestro, fue una luz poderosa que me guio a través de sus escritos.

A mis compañeros y amigos de maestría de todas las cohortes: Alejandro Ceballos, Amaranta, Andrea Miño, David Jara, El “perro” Arango, Eduardo Henríquez, Carlos Teran, Christian Proaño, Casandra Herrera, Franz Jaramillo, Hernán Jouve, Juan Pablo Viterí, Jaime Sánchez, Karla Ballesteros, Maira, Mariana Rivera, Manuel Kingman, Patricio Rivas, Valeria Andrade, Violeta Montellano y aquellos otros que vivieron con nosotros este proceso desde otras maestrías, pero en especial a Miguel Rivera Fellhener amigo entrañable, todos ellos me entregaron su afecto y soportaron con paciencia mis locuras y desencuentros.

A la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO- Ecuador, institución que depositó en mí su confianza y respaldo, lugar de tránsito pero también morada; a sus trabajadores y funcionarios que siempre los recuerdo con especial cariño, sobre todo a Marcia Suarez, mujer de todos mis afectos. A la ciudad de Quito, que más allá la cual extraño de manera especial.

Pero sobre todo, mis agradecimientos a doña Inés de Burgos, Ruth Proaño, Margarita Vaquero, Paola Guillem, Antonio Cobos, Raúl Padilla, Nancy Rosero, Magdalena Vascones, entre otras personas, quienes sin su colaboración, disposición y tiempo, no hubiera podido realizarse este trabajo.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN.....	7
INTRODUCCIÓN.....	8
- Presentación del campo de estudio.....	8
- Presentación de los capítulos, objetivos y problemas de investigación.....	10
- Presentación de la metodología.....	17
CAPÍTULO I.....	26
Marco teórico referencial: ciudades modernas acontecimientos distópicos.....	26
Antecedentes Generales: el contexto global y el impacto en la esfera regional.....	28
- Un nuevo urbanismo: transformaciones y permanencias.....	36
- Paisajes cerrados y espacios defendibles: coordenadas teóricas y apuntes etnográficos preliminares.....	45
- Los ojos en la calle.....	56
- La ciudad simulada y la disolución del afuera público.....	60
- Latinoamérica <i>speacking</i>	67
- Percepciones de confianza e (in)seguridad desde la realidad estadística.....	70
CAPÍTULO II.....	79
Contexto Histórico de Análisis.....	79
Antecedentes históricos sobre formas de segregación, distinción e identidad en Quito. El paso de la ciudad señorial a la de la modernidad moderna.....	80
- Mores y Murallas.....	81
- De la Ciudad Señorial a un nuevo urbanismo quiteño (primera mitad del S. XX).....	85
- El “sinoikismo” de la segunda ola (segunda mitad S.XX).....	93
CAPÍTULO III.....	100
Contexto Presente de Análisis.....	100
De la Isla de Paz a la ciudad del miedo.....	100
- Identidades des-identificadoras e indiferencias in-diferenciadoras.....	101

- La indefinición del delincuente y la materialidad significativa del miedo.....	105
- Todo tiempo pasado fue mejor: La heterogeneidad del miedo y la realidad de la percepción.....	111
- Las cartografías del mal y los flujos restringidos.....	126
CAPÍTULO IV.....	130
Contexto de Investigación.....	130
Cumbayá el Renacimiento de la Utopía y el surgimiento de la distopía.....	130
Paisajes contrastados: flujos, arquitecturas y securitizaciones.....	142
- El Boom Inmobiliario y la verticalidad de la vivienda.....	146
- Las nuevas “Islas de paz”.....	149
• Lumbisí: Parques de Andalucía.....	149
• Nayón: San Isidro de Miravalle, Urbainización Vista Grande.....	155
• Cumbayá: La Primavera.....	167
CONCLUSIONES.....	181
BIBLIOGRAFÍA.....	193
ANEXOS.....	205

RESUMEN

Desde hace unos años ha surgido una mayor preocupación por comprender los fenómenos que afectan la manera como las ciudades contemporáneas han ido tomando forma con relación a los procesos de segregación y aglomeración, amurallamiento y militarización/fortificación, del espacio urbano; elementos que modifican radicalmente la visualidad de la ciudad, las estéticas, arquitecturas y formas de distribución de los cuerpos en el espacio, el cómo experimentamos el mundo, la forma como nos representamos la realidad social y la manera como nos situamos en el espacio, pero sobretodo, han alterado radicalmente la idea de ciudad como un organismo de comunicación entre otros diversos, más allá de la vida en policía que instiga el consenso. El presente trabajo, es el resultado de un proceso de investigación, a través del cual, se intenta evidenciar la manera como tales principios estructurales característicos del nuevo urbanismo, se han venido instaurado como patrones reguladores de los procesos de transformación urbanística y arquitectónica en la ciudad de Quito, tomando como eje central de estudio tres tipos de conjuntos residenciales en los valles de Cumbayá y Tumbaco, en dónde la búsqueda de la ciudad soñada se ve confrontada con aquella imagen contemporánea que hace de la ciudad un umbral del caos e incertidumbre

INTRODUCCIÓN

Presentación del campo de estudio

El desarrollo de la presente investigación asume como contexto amplio los procesos que perfilaron el proyecto moderno en Europa y Latinoamérica, analizando el impacto que tales cuerpos ideológicos generarían sobre la configuración de la ciudad moderna, en la cual, se perfilarían las utopías del progreso simultáneamente al surgimiento de nuevas experiencias que darían lugar al nacimiento de la ciudad enferma, y con ella, a la aplicación de tácticas y estrategias, instigadas por el “panoptismo”, que optarían por recuperar sus fragmentos invalidados en aras de circunscribirlos a una modernización capitalista. Así mismo, se realiza una reflexión profunda sobre el estado del arte que versa sobre la ciudad y el miedo, atendiendo a diferentes ejes sobre los cuales es posible comprender el denominado Nuevo Urbanismo y la manera como este pone en tensión la condición urbana postmoderna, que al mismo tiempo que define la ciudad como un cuerpo de comunicación, estimula su fragmentación interna sobre la base de archipiélagos interconectados que hoy pululan en el contexto global, aparentemente justificado por el incremento de las condiciones de inseguridad y violencia. Posteriormente, se procede a la revisión histórica y contemporánea a través de la cual se fue modelando el proceso urbano en la ciudad de Quito, aspecto clave para comprender tanto la visión idealizada que los quiteños tienen de su pasado: “La Carita de Dios”, “La Isla de Paz”, como los procesos de segregación socio-espacial que estimularon la migración de las elites hacia los valles periféricos. Finalmente, se procede a distinguir el impacto de tales procesos, descritos teóricamente en los primeros capítulos, en un área de trabajo concreto, que toma como escenarios de observación tres tipos de conjuntos habitacionales (urbanizaciones abiertas, urbanizaciones cerradas y conjuntos cerrados de arquitectura homogénea), localizados en el área conurbana de la parroquia de Cumbayá, en el Valle de Tumbaco, cantón Quito. Las razones de esta escogencia, a través de la cual se distingue contexto y área de análisis, están dadas por un hecho distinguible: estos conjuntos habitacionales hacen parte de la ciudad más allá de su ubicación periférica, así mismo, las dinámicas laborales, de esparcimiento, recreación y flujo, de las personas que moran en tales áreas específicas entrelazan los lugares de habitación privados y cerrados con la ciudad pública y abierta que se desarrolla más allá de sus márgenes.

El propósito de este trabajo radica en analizar, cómo los procesos de segregación, encapsulamiento y securitización, de las arquitecturas y la distribución de los espacios, si bien hacen parte de un proceso global de transformación urbana sustentado en el aparentemente incremento de las condiciones de violencia e inseguridad, comprometen principios ideológicos en donde la búsqueda de identidad, distinción y diferenciación frente a un “otro” estigmatizado a lo largo de la historia, ha dado lugar a la configuración de nuevas estéticas y urbanismos que ponen en tensión las máximas postmodernas que redefinen la ciudad contemporánea como un organigrama, desde el cual, surge como un organismo de comunicación y en dónde se redefine como la matriz que garantiza la sociedad de flujos; una estética vigilante que amerita miradas comparativas desde distintas ramas de la antropología –entre ellas la visual–, en aras de establecer como se han asentado estos procesos globales y locales, a través de los cuales, se ha transformado la imagen de la ciudad soñada y, con ella, los imaginarios que apelan a la reconfiguración de nuevos entornos privativos cerrados que al parecer resguardan tal utopía; mientras la ciudad abierta y publica en su conjunto, adquiere la imagen de un entorno abatido por el caos.

La escogencia de estos tipos de vivienda corresponde a un intento de contestar a serios interrogantes que, en los tres modelos planteados: urbanizaciones cerradas, conjuntos cerrados y urbanizaciones abiertas, se vuelven claves en la comprensión sobre la manera en que se ha desarrollado el nuevo urbanismo en los nuevos sectores de prestigio de la ciudad de Quito; concretamente los valles de Cumbayá y Tumbaco. En este sentido, vale la pena preguntarse: ¿cuál es la experiencia estética que se perfila desde la concreción de la ciudad moderna? ¿Cómo el marco teórico del nuevo urbanismo ha dado lugar a particulares modelos de ciudad? ¿Cómo los imaginarios sobre la inseguridad actúan sobre la conformación de un nuevo patrón arquitectónico y urbanístico en el Valle de Cumbayá? ¿Cuáles son los procesos socio-culturales que explican el surgimiento de barrios cerrados como los que hoy pululan en los valles de Quito, específicamente aquellos seleccionados para este estudio? ¿Cuáles son las motivaciones que explican el deseo de los residentes de estos complejos habitacionales de vivir en barrios cerrados? ¿Cuál es la sociabilidad emergente en estas nuevas formaciones urbanas? ¿Qué efecto ha tenido la sensación de inseguridad en el desarrollo de las aspiraciones comunitarias y el rol de los desarrolladores privados en el surgimiento de estos espacios? ¿Cómo se ha gestado el fenómeno de segregación/segmentación y

control del espacio urbano en el área de estudio designada? ¿Hacia qué ideales responden y sobre qué base conceptual estos discursos han tomado forma?

Presentación de capítulos, objetivos y problemas de investigación

A lo largo de los siguientes capítulos y subcapítulos y desde una perspectiva inductiva se describe y analiza desde distintas aristas, la manera como la dialéctica entre el miedo¹ y el deseo², han dado tránsito a una nueva configuración del entramado urbano, que pareciera responder a la emergente transformación de la imagen de las sociedades urbanas, en las directrices que Beck, Giddens y Bawman, habrían de referir como el tránsito prolongado hacia la consolidación de las “sociedades del riesgo” y del “control”, a lo largo del siglo XX y comienzos del XXI, alterándose no solo la estética del espacio sino la capacidad para operar en el mismo; en nuevo entorno en dónde prima el flujo, en dónde los sujetos sociales parecieran transformarse en sujetos de información en detrimento de su carácter como sujetos de comunicación.

En este sentido, el enfoque adoptado en este trabajo pretende desentrañar, aquellos proyectos globales y locales –tanto en el presente como en la historia– a través de los cuales la ciudad se ha venido reconvirtiendo como la unidad básica fundamental en la construcción de los sujetos modernos; o mejor, para apelar a una de las categorías analíticas de Auge (2000), en la generación de universos “sobre modernos”. El por qué se vuelve imperante la necesidad de reconstruir una antropología que ya no se desarrolla en fuga hacia la periferia, sino que obliga miradas y posicionamientos desde adentro, se sustenta en la nueva condición contemporánea, en la cual, para el caso de América Latina, “cerca del 80 por ciento de la población vive en ciudades [...] (mientras que a nivel mundial) estamos en el umbral del promedio de población que vive en el campo y la ciudad” (Carrión, 2001:9).

El primer capítulo, analiza algunos referentes a escala continental, identificando algunos de los principios sobre los que se ha configurado la tendencia denominada como “*el nuevo urbanismo*”, en el que la segregación espacial ya no obedece –sucintamente– a un principio orgánico, funcional y jerárquico, sino que en este devenir de lo técnico ha revelado los gérmenes ideológicos que comprometen estas

¹ “del latín *metus*, m. Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario” (DRAE, 22ª Edición, 2001)

² “del latín *desidium*, m. movimiento afectivo hacia algo que se apetece” (DRAE, 22ª Edición, 2001)

transformaciones; en dónde los lugares de la “sobremodernidad” son todo, menos universos orgánicos. Por lo tanto, este capítulo no sólo sienta unos precedentes pertinentes para el análisis de los procesos de segregación socio-espacial y fortificación/control de los mismos, sino que analiza sus principales causas y efectos en la producción del paisaje urbano; así como también reflexiona sobre los principios sociológicos, índices y cifras, sobre las que estas transformaciones han sido sustentadas.

En el segundo capítulo el texto gira hacia un contexto local en donde se analizan las condiciones socio-históricas y presentes que han ido transformando la esfera urbana en Quito. Transformaciones que no son ajenas a las tensiones socioculturales entre los distintos grupos étnicos y de clase, de las cuales desprenden una serie de tipologías de seres y cartografías que diseccionan la ciudad en una serie de sures y nortes moralmente jerarquizados; una idea de ciudad que se debate entre un nostálgico recuerdo que lo vinculaba a una isla de paz y los actuales imaginarios del miedo que desprenden de los relatos cotidianos en donde la crónica del crimen, si bien tiene la función de reordenar un mundo abatido por el caos (Caldeira, 2007: 34), ha sido también un mecanismo de difusión de sentimientos de exclusión y estigmatización. Así mismo, el registro fotográfico será clave para evidenciar la realización objetiva de aquellas prácticas comunicativas que ya no sólo tendrán eco en lo imaginario. Imágenes que evidencian “espacios resbaladizos, espinosos y aprensivos” (Flusty, 1997), que al evidenciar la actual tendencia de “archipiélagos carcelarios” hacen patentes los sustratos del miedo en la cultura material de nuestro días.

Posteriormente, a la determinación de los ejes sobre los que se perfilaron y consolidaron tales procesos y transformaciones, el tercer capítulo se analiza las condiciones, características y motivaciones, a partir de las cuales, el fenómeno contemporáneo de segregación, nuclearización y militarización/fortificación –bajo la implementación de dispositivos de tecno-vigilancia– que ha ocurrido en las principales ciudades de Europa, Norte y Latinoamérica, se ha producido como patrón regulador en los procesos de diseño y distribución de los espacios de vivienda (conjuntos cerrados), en el área conurbana de la parroquia de Cumbayá, en el Valle de Tumbaco cantón Quito, tomando como unidades de análisis en este fenómeno de “securitización”³ –o

³ “La Securitización es el diseño de instrumentos financieros (bonos de renta fija o variable) respaldados por flujos provenientes de activos de distinta naturaleza” (http://www.santander.cl/securitizadora/con_sec.asp). Sin embargo, este concepto debe ser entendido para la finalidad de este escrito: como la demanda creciente en la implementación de dispositivos y esquemas

“seguritización”–y segregación urbana, tres categorías como lo son: identidad, distinción y miedo. En este capítulo, se toman como lugares de referencia tres modelos de vivienda que responden a distintos periodos del urbanismo en el Valle de Cumbayá, como lo son: la urbanización abierta La Primavera construido en la década de 1980, la urbanización cerrada San Isidro de Miravalle construida en la década de 1990 en el sector de Vista Grande en el valle de Nayón y el conjunto cerrado Parques de Andalucía ubicado en Lumbisí y construido en el 2004.

En esta dirección, y en aras de enriquecer las preguntas que se plantean al inicio de esta introducción, vale la pena comentar que esta escogencia no sólo obedece a que en estos sectores se ha impulsado un proyecto inmobiliario, en el cual: la distinción, la búsqueda de homogeneidad cultural sobre el rasero socioeconómico y la seguridad se han combinado en único esfuerzo que también busca la obtención de plusvalía, sino también analizar cómo, un análisis sobre la estética del miedo, no sólo ha afectado la composición de barrios populares sino también se ha constituido como parámetro regulador de los lugares de vivienda de estratos medios y medios altos.

Así mismo, se analiza cómo el fortalecimiento de los aparatos de vigilancia y control–proceso que ha sido promovido, avalado y reclamado, por entidades públicas y privadas, así como, por los mismos “ciudadanos”–,se ha constituido como elemento de primera necesidad en el diseño urbanístico y planeación urbana: transformando los espacios públicos y privados, alterando las dimensiones distributivas, estéticas, arquitectónicas y conceptuales de las edificaciones en el espacio urbano (lugares de vivienda, conjuntos residenciales-barrios y lugares de esparcimiento), así como, los imaginarios y las “mentalidades” asociadas a estas transformaciones. Dispositivos que paradójicamente no sólo han resultado ineficientes –desde la percepción de los mismos ciudadanos– a la hora de contrarrestar los males que aquejan a las grandes ciudades contemporáneas: males vinculados al incremento de la delincuencia, la violencia, la anomía⁴ y la degradación moral de diferentes segmentos poblacionales, sino que han

de seguridad que se realizan tanto en el diseño arquitectónico y distribución de los distintos lugares y edificaciones en el espacio urbano, como en la incorporación de nuevas tecnologías aplicadas para la vigilancia: botones y habitaciones de pánico, seguros y puertas electrónicas, sistemas de monitoreo por cámaras y CCTV (Circuitos Cerrados de Televisión), bardas electrificadas, etc. cuya aplicación sistemática han creado la atmosfera contemporánea de vecindarios defensivos.

⁴El concepto de anomia fue introducido por primera vez en los estudios sociales por Emile Durkheim (1893), sin embargo fue planteado originariamente por Jean-Marie Guyau (1885). Según Duch (2002), el concepto inicial de Jean-Marie, que distaba mucho del uso dado por Durkheim, era: “utilizado para indicar, en oposición a Kant, que la sociedad del futuro no sería dominada por ninguna ley universal, ya que se

actuado como potenciadores de una experiencia cotidiana mediada por el temor y la incertidumbre, en donde la calle ya no ofrece resguardo alguno y sobre la que se yuxtaponen antiguos estereotipos de descalificación sobre la base étnica, racial, regional y económica, que determinan la construcción de un otro asumido desde la óptica de lo sospechoso.

En esta misma línea, se analiza cómo estos procesos han permitido la generación de un mercado de alta plusvalía sobre la renta del valor del suelo y por lo tanto sobre la oferta inmobiliaria: aspectos que no sólo promueven el surgimiento, y la migración hacia al interior de estas nuevas *privatopias* (Makensie,1994), *ciudades de muros* (Caldeira, 2007), *gated communities* (Blackely & Snyder,1999), *ciudades blindadas* (Amendola,2000), *ciudades archipiélago* (Davis,1992), *ciudades fortaleza* (Borsdorf, Hidalgo y Sánchez,2006), *Countries* (Svampa,2001), sino la expulsión de quienes no pueden acarrear los costos de estos nuevos estilos de vida y concepciones de mundo, como también de sus imaginarios, en este caso vinculados con una urbanidad que había estado estrechamente ligada con el campo⁵. Una nueva geografía urbana que cobró fuerza desde los años 70's en los valles de Los Chillos, Nayón, Cumbayá y Tumbaco, y que ha tenido distintos momentos de fluctuación, decaimiento y reactivación, que pueden rastrearse en el lapso que va desde el boom petrolero de 1970, a la crisis financiera a finales de 1990 (que desembocó en la dolarización de la economía) y la primera década del S. XXI.

impondría de manera general el individualismo, que era, según su opinión, un fenómeno, al mismo tiempo, inevitable y deseable” (Duch, 2002:111)

⁵ En el libro que escribiría Kingman (2006) sobre *La ciudad y los Otros*, para ilustrar las transformaciones arquitecturales que sobre políticas higienistas, de ornato y policía, se dieron a finales del siglo XIX y comienzos del XX en la ciudad de Quito, la ciudad concebida en un primer momento como fuerte y bastión del mundo civilizado español, amurallado por los límites naturales que la protegían al occidente por la cadena montañosa que desprende del Pichincha, al oriente por las lomas de Puengasí e Itchimbia, al sur por el Cerro del Panecillo y al norte por la Meseta de Ñaquito, así como también por los ríos y quebradas que separaban los distintos barrios entre lo blanco mestizo y lo indígena (Kingman, 2006:104-105) figura como una villa en damero circundada por pueblos de indios; naturaleza ecológica y social que dio lugar a una urbanidad estrechamente vinculada con el campo en donde las tradiciones europeas en un posterior momento de modernidad, que algunos distinguen como periférica o barroca, se realizaron en una mezcla singular con aquellas que provenían del mundo andino modelado por el proceso colonial. Más allá de esta caracterización historiográfica resulta importante destacar, como se verá en el segundo y tercer capítulo, la configuración de un sentido de lo urbano que hasta bien entrado el siglo XX elevaba la contraposición entre la ciudad y el campo. Una contraposición que no logro desvincular la imagen de una urbe en donde los márgenes naturales siguen vigentes tanto en una experiencia estética de una ciudad ecológicamente amurallada, como en los procesos de identificación y pertenencia de los actores sociales cuando se trata de identificar los imaginarios que sobre la ciudad se recrean, comparten y relatan.

Estos procesos han venido remplazando las antiguas formas de vida caracterizada por tipos de relaciones tradicionales vinculadas a la ruralidad y a la presencia de lo indígena, imponiendo nuevas lógicas de relacionamiento propias de los sistemas de mercado que han ido conduciendo a una cada vez mayor saturación del suelo, a la “verticalización” de las arquitecturas, a la subdivisión de las grandes haciendas de las élites quiteñas, al aumento de la congestión y el tráfico, así como a la consolidación de una estética en donde los barrios son archipiélagos gentrificados y las calles son meros lugares de tránsito prolongado. Si bien, estas lógicas que permitieron el aumento exponencial sobre el valor del suelo, no han logrado romper del todo con formas de asentamiento barrial respaldadas en algunos casos bajo la figura de “comuna”, tal y como lo podemos ver en los casos de Lumbisí, el barrio San Juan y Rojas, entre otros, sí han ido generando una presión sobre los antiguos moradores de estas tierras quienes han ido vendiendo sus terrenos a las compañías de construcción y de mercado inmobiliario, permitiendo así la gestación de un proceso de regeneración que apunta a la configuración de una cartografía social homogénea según un rasero socioeconómico.

Finalmente se analiza la manera como los discursos de la seguridad, bajo el carácter de la necesidad del control y la fortificación del espacio, están dirigidos hacia la generación de un mercado de productos y servicios de alta rentabilidad: que abarcan tanto la adquisición de nuevos dispositivos tecnológicos para la realización de la vigilancia, el surgimiento de empresas de seguridad privada que ya no ofertan un servicio sino un concepto de seguridad, así como la dinamización de un mercado inmobiliario de alta plusvalía sobre la renta del valor de suelo que ha derivado no sólo en un aumento de la segregación social sino en un dispositivo que refuerza la violencia simbólica. Estrategias, algunas de ellas, que no sólo han resultado costosas e ineficientes, sino que han ensombrecido la búsqueda de soluciones concretas en torno a las problemáticas estructurales que han derivado en la gestación de una atmosfera cada vez más saturada por prácticas delictivas y violentas, en donde las distancias sociales se perciben como insuperables y en donde lo público como espacio de reflexión, debate, identificación y reconocimiento se ha ido disolviendo.

A partir de esta experiencia es posible evidenciar cómo la construcción social del territorio está dominada por los órdenes de la visualidad en donde todo debe saberse bien dispuesto a su continuo escrutinio; en donde el ojo divino como principio de verdad y orden de mundo ha sido sustituido por el ojo digital, que ya no sólo pretende garantizar

su ordenamiento sino multiplicar sus principios de productividad, apoyados en el desarrollo de las nuevas tecnologías telemáticas de la información, la comunicación y de la vigilancia que por su carácter de simultaneidad permiten nuevas maneras de asir el tiempo imponiendo una nueva lógica en la configuración de los espacios y lugares. Este principio de simultaneidad no sólo ha impactado la manera de operar sobre el tiempo – nuestra dimensión fenomenológica–, es en este mismo *topoi* en donde el aparato de policía y carcelario se ha fusionado singularmente con nuestros lugares de trabajo, habitación y esparcimiento; en el que, como lo señala Foucault (1984) la vigilancia ha pasado a ser un operador decisivo en la dinamización de nuestros procesos productivos y en la producción de sujetos acordes a la lógicas de los mercados.

Es en este contexto en donde la visualidad instigada en el panoptismo ha cobrado una mayor fuerza, ya no sólo como modelo arquitectónico sino como principio arquitectural de nuestros órdenes de pensamiento, representación y reconocimiento. Sin embargo, las estéticas de la vigilancia si bien han alterado la apariencia física de los espacios y arquitecturas, y con ellas, la manera como los seres se desenvuelven y circulan por los mismos, la manera como definimos el lugar de lo otro, en una fórmula que combina la producción de espacios salubres/funcionales y sujetos dóciles/ auto regulados, no ha logrado desterrar el miedo que prima en nuestras sociedades actuales. En un mundo en el que cada vez más, nuestros procesos productivos se han vuelto interdependientes, en el que la identidad se ha “des-espacializado” por los acelerados procesos migratorios y en el que la segregación espacial es cada vez más sintomática de las brechas sociales generadas por los mismos procesos de globalización tecnológica y económica, esta tesis se vuelve más que pertinente para comprender cómo la historia de la ciudad moderna occidental ha impactado en una región en la que, más allá de su espíritu moderno –así se refiera a éste como barroco– aún priman aquellos órdenes derivados de una herencia del coloniaje, en tanto aún son visibles las huellas de los distintos procesos de palimpsesto..

Objetivos específicos:

1. Identificar, a partir de la literatura contemporánea, las causas, medios y efectos bajo los cuales surgió el denominado “*nuevo urbanismo*”, con el fin de interpretar los procesos de segregación socio-espacial, seguritización/fortificación de espacios y ostracismo/encapsulamiento urbano, teniendo en cuenta algunos de sus epifenómenos aparentes: disolución, transformación, privatización y agorafobia al afuera público.

2. Analizar, a partir de información estadística disponible, las condiciones y percepciones de (in)seguridad en diversos países de América Latina (incluido el Ecuador), como una estrategia que eleva los principios de contradicción entre la realidad aparente de la (in)seguridad y el crimen respaldado en su correlato estadístico.
3. Describir y analizar los antecedentes históricos del proceso de transformación urbana en Quito con el fin de comprender e interpretar cómo el paso de la ciudad señorial a la de la modernidad moderna, permitió el surgimiento de nuevas identidades, formas de distinción/diferenciación sustentadas en antiguos estereotipos de lo “otro”, elementos que hoy siguen actuando en los procesos de transformación de diferentes espacios urbanísticos.
4. Caracterizar en el área conurbana de Quito en los valles de Cumbayá y Tumbaco procesos de encapsulamiento urbano: cerramientos y enclaves, archipiélagos y amurallamientos. Dispositivos de control y administración de vigilancia a partir de los cuales se intenta generar un atmosfera de seguridad. Identificando la manera como este discurso, plasmado sobre la materialidad arquitectónica y el diseño urbanístico, ha transformado la experiencia estética de la ciudad; ahora caracterizada por ecologías que hacen patente una atmosfera del miedo, pero también, ecologías que ponen de manifiesto los nuevos referentes de status y diferenciación; de posibilidades de acceso a la modernización que caracterizan a la era contemporánea.
5. Evidenciar cómo estos aspectos conducen al fortalecimiento de un imaginario que incentiva una radical privatización y transformación del espacio público, en el cual, éste último aparece como un no lugar, en tanto la ausencia o ineficacia de los dispositivos de normalización y control ejercidos por el Estado parecieran permitir la gestación de un espacio prospero para la criminalidad y la violencia. Aspectos que no sólo alteran la manera de relacionamiento con los distintos espacios sino también modifican la manera como se redefinen los lazos de interacción social con una otredad claramente diferenciada.

Presentación de la metodología.

Más allá de la caracterización del fenómeno de fortificación del espacio urbano en donde la observación y el registro fotográfico se convierten en piezas claves tanto para la exposición como para la reflexión sobre el doble ontológico que ellas mismas crean, resulta imprescindible pasar de la materialidad arquitectónica y urbanística a la imaginaria social en donde lo concreto ha tomado su forma, pero también en donde la forma ha transformado las maneras de incorporación del espacio. Lo que aquí se quiere es la realización de una descripción que va de lo “corporado a lo in-corporado”, de la ideación a la materialidad, pero también de la materialidad a lo imaginado. En este campo resulta imprescindible:

1. La implementación de técnicas de registro fotográfico, a través de las cuales, emerge la materialidad arquitectónica y urbana del campo de estudio, aspecto que muchas veces no es traducible dentro del código lineal y procesual del texto, como también las distintas estéticas que evidencian las particularidades de los procesos de nuclearización urbana en los valles nororientales de Quito. Así mismo el registro fotográfico opera como una herramienta capaz de develar lo que en este estudio se llama la estética de la tecno-vigilancia y la “seguritización”, a través de las cuales es posible identificar la manera como se han acentuado los imaginarios del miedo, en contextos suburbanos en el que el bienestar y el confort parecieran estar garantizados. En tercer lugar, el registro fotográfico no sólo permitirá evidenciar la concreción de tales estéticas e imaginarios, sino que pugnan por correlacionar la manera como estos son agenciados no sólo desde el marco de necesidades y deseos de sus residentes, sino también por efecto de un mercado inmobiliario especulativo, que ha encontrado una fórmula sumamente rentable en lo que refiere a la exacerbación de los miedos y la búsqueda de homogeneidad y distinción. Finalmente, el recurso fotográfico no es utilizado meramente como una herramienta de registro y comunicación, sino que fue implementado como un mediador en los procesos de entrevista, a través del cual, algunos de los entrevistados tenían la posibilidad de redescubrir el peso de aquellas arquitecturas fortificadas que generalmente se invisibilizaban y mimetizaban en el ejercicio de la cotidianidad.

Tal y como señala Rosana Guber (2011): el registro no implica que el investigador se lleve el trabajo a casa, sino que la sucesión de imágenes

obtenidas durante la investigación etnográfica deben lograr una apertura hacia la reflexividad; aspecto, como hemos comentado, decisivo en lo que a la metodología de la antropología visual se refiere (Febrer, 2013:730)

Como aspecto interesante, en algunos casos las imágenes permitieron una revaloración de sus espacios y, por supuesto, de sus testimonios y enunciados previos, inclusive en uno de los casos la entrevistada no podía identificar el entorno “seguritizado” registrado en las fotografías, el cual, correspondía a la urbanización en la que residía.

2. Así mismo, la utilización de la cámara fotográfica, diarios de campo/viaje y extensos recorridos hacia y a través de los valles, permitieron ir registrando de manera fluida los variados contornos dentro y fuera del área de análisis específica. En este sentido el objeto de mi mirada no se encontraba restringido al terreno de estudio concreto. El viajar a través de la ciudad, el desplazarme desde mi residencia hasta los lugares de entrevista, observación y registro, permitió asir una mirada más amplia, capaz de distinguir las fracturas y fronteras del espacio urbano, así como sus ritmos y flujos. Finalmente, al ser un extranjero, el campo comprometía un espacio más amplio que el área particular de estudio. Así no hubiera residido en los valles –aspecto que algunos lectores refirieron como una falla metodológica– mi instancia antropológica ya estaba descentrada de la figura del hogar. Podría decirse que la etnografía realizada, si bien no hace parte de la doctrina antropológica que privilegia la residencia intensiva –la antropología del lugar enraizado–, se enmarcó en lo que podría llamarse una etnografía en desplazamiento. O sea, aquella en donde el campo se define más por los recorridos y las zonas de encuentro que por la rígida estancia antropológica. Una antropología itinerante de salidas y entradas, entradas y salidas, en donde el campo antropológico se entendería mejor como un “habitus más que como un lugar” en el que éste “‘tiene lugar’ en relaciones mundanas y contingentes de viaje, no en sitios controlados de investigación” (Clifford, 1999:90,91).

El campo en la antropología sociocultural ha estado constituido por una “gama históricamente específica de distancias, fronteras y modos de viaje” (Clifford, 1990:64). Estos elementos están cambiando, a medida que la geografía de la distancia y la diferencia cambia [...] a medida que las relaciones de poder del investigador se reconfiguran, a medida que se despliegan las nuevas tecnologías de transporte y comunicación [...] El trabajo de campo intensivo no garantiza comprensiones privilegiadas o completas (Clifford, 1999:79,119)

Lo anterior no presupone un juego de palabras. En primera instancia la jerga antropológica ha identificado que el antropólogo: tiene que salir para entrar al campo o al terreno (si se quiere privilegiar la tradición francesa). Esta premisa supone la búsqueda de un extrañamiento que posteriormente garantiza una mirada concentrada y disciplinada. Sin embargo, como bien lo menciona Clifford en la citación precedente, el esfuerzo antropológico por descentrarse y enraizarse en aras de constituir una legitimidad/autoridad, a partir de la cual, se instaura un conocimiento y maneras de describir objetivos, no puede plantearse como el único derrotero válido en el desarrollo de una mirada antropológica.

3. En tercer orden, más allá de múltiples conversaciones con distintas personas residentes en la ciudad de Quito, cuyas reflexiones alimentaron diversas preguntas y quiebres interpretativos, se implementaron un total de 10 entrevistas a aquellas personas que particularmente residían en los complejos habitacionales escogidos. Las entrevistas a profundidad, de estilo conversacional, se desarrollaron a lo largo de varias visitas, a través de las cuales se buscaba atender a las necesidades y deseos que estimulaban su voluntad de residir en tales espacios. Así mismo, estas entrevistas fueron utilizadas para comprender lo que a lo largo de este estudio se referirá como “el habla del miedo”, a través de la cual, iban emergiendo las distintas experiencias cotidianas marcadas por la inseguridad y la manera como la ciudad se conceptualiza en un habla del crimen y que reorganiza la experiencia cotidiana. Finalmente se discutirían en varias ocasiones los efectos que se producen al estar sujetos a una experiencia estética en el que su entorno próximo se encontraba regulado por la fragmentación y el flujo, por la tecno-vigilancia, el aislamiento y el amurallamiento. En esta vía, se discutía sobre la eficacia de tales alternativas para resguardar el control y el orden, así como sus epifenómenos en lo que corresponde a la búsqueda y concreción de “la ciudad soñada”.
4. En la misma línea de las entrevistas, se realizaron un total de seis ejercicios de cartografía social con quienes habían sido entrevistados. Ejercicios reflexivos en donde los relatos conducen a la composición de una cartografía del mal, a partir de la cual, el cuerpo social de la ciudad se segmenta y descompone en territorios moralmente jerarquizados. Tales cartografías, comprometían no sólo un ejercicio de identificación de su entorno, en dónde surge el espacio como red de flujos y se significa el territorio como entramado simbólico. Las cartografías permitían

observar no tanto el espacio concreto, racional y ordenado, sino el imaginario que se produce sobre el mismo, surgiendo así lo que corresponde a una identificación sobre las maneras de habitar. Así mismo, las cartografías fueron dirigidas sobre varios niveles: cartografías de territorialidad, cartografías de movilidad, cartografías de lo propio y de lo otro, cartografías de mal y de lo anormal, cartografías de lo que en el espacio representa confort, distinción, seguridad y habitabilidad. Estos ejercicios, al igual que lo referido más arriba con relación al uso de las fotografías, dieron lugar a dinamizar el flujo conversacional de las entrevistas, en tanto fueron surgiendo elementos comunes entre los entrevistados, a partir de los cuales, se pudo establecer la manera como en el espacio se estructuran fronteras invisibles y dinámicas de movilidad restringida. En última instancia, el ejercicio investigativo bajo la utilización de la herramienta cartográfica, dio lugar a reflexiones profundas por parte de los entrevistados que llegaron a reconocer que se sentían impelidos a inmiscuirse de manera más activa en los procesos sociales y urbanísticos que se estaban realizando más allá de la frontera de sus conjuntos residenciales; algunos llegaron a sentirse un poco incómodos sobre el hecho de que se veían a sí mismos como extranjeros en su tierra, es decir, desconocedores del entorno propio.

5. Más allá del lenguaje objetivo estadístico, el cual también será analizado aunque de manera parcial, el situarse al interior de las narrativas de cotidianidad que expresan las concepciones de mundo y vida de los distintos actores socioculturales nos permiten revalorar las inter-subjetividades a partir de las cuales estos índices objetivos, como las prácticas y procesos de toma de decisiones que guían sus agenciamientos, se sustentan, a la vez que rompen toda idea de “consenso ideológico” y homogeneidad al interior de los distintos grupos de clase; dando las condiciones de enunciación específicas a un “habla del miedo”, nutrida por los discursos mediáticos, pero sobre todo, que se vuelve vívida en los micro-relatos cotidianos en donde la crónica del crimen que pulula en cada esquina y callejuela transporta tanto antiguos estereotipos como nuevos estándares de vida. Hablas del miedo y distinción que reorganizan nuestra experiencia en el mundo al mismo tiempo que alteran la manera como habitamos y nos representamos a la ciudad y a los otros, creando un nuevo espacio –más allá del físico urbanístico

arquitectónico— en donde la conflictividad y la necesidad de distinción social se articulan y realizan en un lenguaje contencioso.

Es por esta razón que debemos pasar de la experiencia del crimen y la percepción de violencia depositada en cifras a aquellas narrativas que ordenan las distintas experiencias y representaciones del miedo a la violencia física y simbólica, en donde también surge un tipo de ciudad que no sólo se desprende de aquellos lugares que habitamos, o de la experiencia obtenida a través de los flujos que la diseccionan, sino también a partir de categorías estéticas que equiparan lo bonito a lo exclusivo y lo seguro y, lo feo a lo pobre y peligroso. El asumir como lugar de enunciación las narrativas desde las cuales la ciudad toma forma y lugar como entidad real e imaginada se vuelve disiente de lo que el poeta norteamericano Wallace Stevens expresaría con la frase célebre: “uno no habita la ciudad sino una representación de ella”, pero debemos sumar a esta frase, que ninguna representación está dada, sino que es un proceso de conflictividades y consensos que varía con relación a distintos espacios/tiempos (cada vez más aceleradamente cambiantes), así como en el proceso de vivir y dar significado —a través de actos de habla— a las diversas experiencias que tienen lugar en la ciudad, ya sea a partir de encuentros directos o indirectos. Toda representación habilita un flujo creando nuevas intersecciones desde donde se reconfiguran nuevos significados, reorientando nuestras praxis cotidianas a la vez que reordenan la experiencia de mundo abatida por el caos.

En este trabajo se busca lograr una caracterización urbanística y arquitectónica del sector seleccionado con relación a un determinado contexto socio-económico de alta plusvalía que plantea un tipo de mentalidad, que tampoco es ajena a los avatares de su época. Por esto, se dispone de un levantamiento socio-contextual por medio de las fotografías, las entrevistas y las cartografías, que logre describir las estéticas, los ritmos y flujos, la disposición de los espacios y sus arterias comunicacionales, identificando los lugares de frontera y tránsito que ponen de manifiesto con quiénes nos queremos relacionar y de quiénes nos queremos diferenciar.

El proceso de selección del campo de análisis obedeció en primera instancia a la necesidad de incorporar este tipo de estudios antropológicos que conjugan las problemáticas dadas por el nuevo urbanismo a unidades que generalmente no son tratadas dentro de la antropología social Latinoamericana; por lo menos si lo ponemos sobre una superficie cuantitativa. En este sentido, lo observable en la mayoría de los estudios que

vinculan el surgimiento del nuevo urbanismo, el universo del crimen, la estética de la “seguritización”, han asumido un posicionamiento desde la centralidad o desde abajo, en el que el observador antropológico incurre como ordenador de un universo marcado por la carencia, intentando otorgar legitimidad a particulares estéticas e imaginarios, asumidas desde la externalidad como espacios marginalizados y marginales que implican y obligan procesos de gentrificación y ornato; o sea, en aquellos “lugares excluidos, despojados de normalidad colectiva por un sector social” (Silva, 2002:400).

Es así, como generalmente la mayoría de los estudios antropológicos han decidido situarse en el contexto de los actores sociales y políticos entendidos en el entramado social como periféricos, sin notar que los sectores excluidos dentro del imaginario social de la ciudad no corresponden a los lugares excluidos dentro del observatorio antropológico; en este caso particular, el mundo de las elites. En este sentido, esta monografía plantea la urgencia de analizar otros sectores de clase, en dónde la utopía de la ciudad soñada pareciera estar garantizada; entendiendo la utopía de la ciudad soñada no como un universo perfecto –aunque está es la imagen que se quiere asegurar desde los carteles publicitarios que ofertan los nuevos patrones inmobiliarios de alta plusvalía y que han plagado las montañas que circundan los valles periféricos del nororiente de Quito–, sino como esa posibilidad de poder volverse a enamorar del entorno urbano. Como diría Jordi Borja, la ciudad soñada: “no es la ciudad ideal, utópica y especulativa. Es la ciudad querida, mezcla de conocimiento cotidiano y misterio, de seguridades y encuentros, de libertades probables y de transgresiones posibles, de privacidad y de inmersión en lo colectivo” (Borja, 2002:395,396).

Sin embargo, como lo veremos a lo largo de este estudio, la ciudad soñada que se construye en los márgenes suburbanos, para sectores altos y medios del entramado sociocultural quiteño, nos llevan a cuestionarnos de manera profunda ¿Cómo se caracteriza tal inmersión en la colectividad? ¿Qué tipo de transgresiones son posibles en el contexto de la privatopía? ¿Hasta dónde la búsqueda de la ciudad utópica: irrealizable e ingobernable, ha enmascarado y obstaculizado la posibilidad de acercarse a la ciudad soñada?

Más allá de estas aclaraciones, resulta necesario dar claridad sobre la dificultad de acceder a esta clase de campo de observación antropológica. En los mundos indígenas, en los sectores populares, en los entornos “marginales”, el acceso antropológico pareciera ser aceptado y estar garantizado, más allá de las molestias que su

presencia genere, en tanto, es común que tales parcialidades se pongan bajo la lupa del quehacer sociológico y antropológico. Pero cuando se busca la inmersión en contextos que parecieran normalizados, la presencia del antropólogo se torna molesta y sospechosa –extraña–. Algo que muchas veces surgió en las entrevistas, era la necesidad de los entrevistados en comprender por qué habría de ser interesante o importante que sus entornos fueran objetos de atención antropológica, en tanto su mismidad comenzaba a ser atendida como “otredad”. Así mismo, debo decir que esta investigación se encontró con varios tropiezos en lo concerniente a la posibilidad de acceder a las gentes que habitan tales entornos fortificados estilo country pertenecientes a clases adineradas. En parte, mucho de ello obedecía a que no sólo era un antropólogo en un entorno en dónde no es común que los haya, sino que también era un extranjero –un colombiano–, que inconscientemente desconocía las normas y claves socioculturales del contexto. Aún más extrañados se sentían cuando se enteraban que el marco de profesionalización no obedecía al campo de la antropología tradicional; aquella que comúnmente se encuentra referida en sus imaginarios a esa rama del saber que se preocupa por lo distante, por lo étnico, por su mirada de rescate (tal y como ha sido pregonado por las películas al estilo Indiana Jones y las revistas de corte National Geographic). “*¿Pero qué es lo que estudia usted? ¿Qué es eso de la antropología visual? ¿Eso con que se come?*” Eran preguntas recurrentes que muchas veces acapararon largas jornadas de diálogo destinadas a las entrevistas. Aspecto que debo decir, hicieron patente ese doble juego de escópicas a las que generalmente está sujeto el antropólogo pero que comúnmente pasa por alto: en los entornos culturales estudiados, el otro es el antropólogo; el antropólogo es también un sujeto observado.

Independientemente de las dificultades para lograr penetrar en sus lugares de vivienda, de lograr registros fotográficos sin que algunos miembros de guardianías privadas me interrogaran sobre lo que estaba haciendo y, sobre todo, más allá de la dificultad en encontrar gentes que por sus trabajos y cotidianidades les resultara importante prestar algo de su tiempo para ser parte de un estudio antropológico, tuve la oportunidad –gracias a amigos de la maestría y mi director de este trabajo– de encontrar residentes de los tipos de complejos habitacionales que eran importantes para este estudio sobre el nuevo urbanismo: segmentado y tecnológicamente vigilado y regulado. En este sentido, la estrategia antropológica fue el derivado de un proceso de bola de nieve –y evidentemente un poco de suerte– en el que las pocas personas que conocía de la Facultad

me guiaron hacia sus familiares y amigos, residentes en tales entornos. Sin embargo, más allá de la aleatoriedad en la escogencia de los “informantes” (concepto que intentaré eludir dadas sus implicaciones epistemológicas), este estudio logró vincular residentes que desde las variables: económica, etaria y de género, otorgaban cierta heterogeneidad al grupo de estudio, reconstituyendo así perspectivas diferenciadas.

Finalmente, para los distintos lectores que llegue a reunir este estudio, les resultará importante hallar las claves que vinculen este tipo de trabajo con lo horizontes definidos dentro de la antropología visual. Pues bien, es importante llamar la atención sobre dos instancias particulares.

La primera obedece al hecho de que la antropología visual está en ciernes de constituir un marco teórico propio en relación a su quehacer por fuera del denominado documental etnográfico. En este sentido la antropología visual, si bien funde sus orígenes en el terreno de los giros teóricos y metodológicos en el campo de la antropología posterior a los tres primeros decenios del siglo XX, específicamente los quiebres disciplinares conforme a los aportes de la escuela del funcionalismo de Bronislaw Malinowski (quien inaugura la inmersión intensiva en campo) y del particularismo histórico inaugurado por Franz Boas (de la cual surgen los primeros aportes a la antropología visual desde los trabajos de Margareth Mead y Gregory Bateson) y, si bien, se alimentó de las tradiciones documentalistas de la primera y segunda vanguardia (Flaherty, Vertov y Regnault / Rouch, Ruby, Asch, Mc Dougall y Preloran, entre muchos otros), así como de los giros interpretativos que sacudirían la episteme tradicional objetivista a partir de la década de los 60's, dando lugar a una antropología interpretativa y reflexiva que alcanzaría su cúspide a partir de los 80's, hoy nos presenta la posibilidad de adelantar procesos intelectivos que son capaces de pensar la visualidad, más allá, de la superficie de las imágenes y, sobre todo, de la imagen determinada como portadora y comunicadora de datos; o sea, de penetrar en la imagen no por la figuración misma, sino por un acto de segundo grado, en el que las imágenes nos devuelven el correlato de la conciencia del sujeto social y en dónde la ciudad puede ser analizada desde la estética, como un entramado compuesto por millares de imágenes privadas y colectivas. En este sentido, la posibilidad de pensar las imágenes por fuera de la perspectiva de la difusión y circulación del conocimiento, es decir, la posibilidad de pensarlas en lo referente a los procedimientos de producción y, sobre todo, utilizarlas como vehículo de reflexión tanto

para los analistas como para los sujetos investigados, en aras de develar las relaciones intrínsecas entre las imágenes y los imaginarios.

La segunda premisa obedece a un hecho particular: la antropología visual como campo de estudio y comunicación, ha sido una puerta de conexión entre las metodologías de aproximación y teorización antropológica y aquellos campos compartidos con otras disciplinas como la sociología, la psicología social, la historia, la geografía, las artes, la estética y las técnicas de desarrollo audiovisual, en donde los análisis sobre la imagería social, las políticas de la representación, los cambios en los regímenes de visualidad, se han convertido en piedra angular de sugestivos análisis.

Si bien, ha existido una primacía en lo respectivo al uso de técnicas audiovisuales en los procedimientos de representación etnográfica, la antropología visual también alberga el estudio de la imagen en un sentido más amplio, yendo más allá del uso de la imagen como recurso didáctico. En este sentido, esta monografía opta por la segunda línea –tal vez menos diferenciada frente a otros cuerpos disciplinares–, en donde la imagen es tanto categoría de análisis en el tratamiento de los objetos de investigación, como registro y apertura a la reflexividad sobre el campo del imaginario. Por estas razones, si bien este estudio pudiera encasillarse por fuera de los campos tradicionales de la antropología visual, es un intento de poner en correlación tanto la imagen como el código del texto, ya que no es aceptable que una disciplina que se plantea tan crítica frente a las hegemonías de la visualidad en occidente, al mismo tiempo obligue, como único recurso para desarrollarse, al lenguaje audiovisual; por más interesante, reflexivo y llamativo que este sea.

CAPÍTULO I

Marco teórico referencial: ciudades modernas acontecimientos distópicos

El flujo de imágenes de la metrópolis moderna está recorrido por el estremecimiento de una experiencia imprevisible y dramática. La conflictividad es por lo demás, algo interno a las imágenes. La imagen más significativa de la metrópolis en cuanto que fenómeno de modernidad contiene en sí el conflicto, expresa la condición de la lucha individual por afirmarse en la historia. La metrópolis es la escena y el resultado de este conflicto que las imágenes nos devuelven a través de las miradas de quien intenta penetrar su realidad y sus múltiples significados (Dubini, 2007:278).

Escribir sobre la ciudad implica un ejercicio de agudización de los sentidos, adoptar nuevas ópticas y perspectivas, así como reconsiderar ciertas evaluaciones previas. El acto de interpretar los procesos a partir de los cuales han ido tomando forma las ciudades “contemporáneas” (para evitar aquí cualquier discusión que puede resultar ruidosa) requiere el estar atento a sus fragmentaciones, a la velocidad de sus flujos internos y a la complejidad de sus transformaciones. Pero como indica el mismo Dubini en otro aparte de su escrito, no sólo basta con adquirir “una mirada crítica y la elección de adecuados puntos de distancia” (Dubini, 2007:258), se requiere de una “visión dinámica, capaz de adaptarse al ritmo de las transformaciones” pero también a “la reorganización tanto de los espacios como de las estructuras materiales que definen una realidad sólo aparentemente unitaria” (*Ibíd.*).

La ciudad en su desarrollo pone en crisis cualquier pretensión de unidad y univocidad. Pero todo acercamiento reflexivo implica no sólo el reconocimiento de su carácter heterogéneo, polifónico y discontinuo, sino también un posicionamiento que permita distinguir –y reconfigurar, para un modo de análisis– los lugares de enunciación, las condiciones de lugar –y las relaciones entre estas– a partir de los cuales se componen sus múltiples representaciones; desde los sujetos que hacen a la ciudad pero que a la vez son producto de sus reorganizaciones, flujos, discontinuidades y conflictividades.

De esta manera, los imaginarios del miedo y el riesgo, los procesos de fragmentación y aglomeración urbana, fortificación y aseguramiento, insularidad y hermetismo, cada vez más comunes en la escena contemporánea, no pueden ser

analizados meramente como reformas arquitectónicas y urbanísticas, ya que como menciona Kingman en su paráfraseo a Signorelli (1999:119):

Se trata, si se quiere, de una preocupación por lo arquitectural en el sentido de Derrida, es decir, como categoría social antes que técnica: por la ciudad producida por los hombres, pero también por el papel jugado por las ciudades en la producción y reproducción de la condición humana (Kingman, 2006:37).

Sin embargo, pareciera que las ciudades observadas a través de las políticas que las regulan condujeran a una visión homogénea y unitaria sobre las problemáticas aquí vinculadas, tal vez, como un *efecto* propiciado por los procesos de globalización que han desviado la atención hacia las influencias ejercidas desde un marco macro-estructural que guía y determina estas transformaciones. Por lo tanto, si queremos comprender los fenómenos de transformación de la estética urbana al interior de las ciudades contemporáneas –y entre ellas particularmente la ciudad de Quito– habrá que analizarlas teniendo en cuenta sus antecedentes. Habrá que ponerlas a la *luz* de los procesos globales a través de los cuales se ha perfilado un nuevo urbanismo. Habrá que distinguir los procesos socio-históricos que se dieron a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX a través de los cuales se enmarcó el proyecto moderno en las ciudades de América Latina. Habrá que analizarlas teniendo en cuenta los procedimientos que instauraron los regímenes disciplinarios como principios ordenadores del mundo de la vida (Foucault, 1984), así como también analizarlas bajo las nuevas metáforas a partir de las cuales éstas hoy emergen como sociedades del riesgo (Beck, 2006; Bauman, 2007) y del control (Deleuze, 1999).

Todos estos mitos y tramas de nuestras sociedades actuales, a los que algunos “optimistas” aluden como postmodernas, fundan sus raíces en los procedimientos que brillantemente expondría Foucault (1984) para caracterizar el surgimiento de las sociedades disciplinares y así dar cuenta del nacimiento del hombre moderno. Vigilar y Castigar, no sólo nos cuenta el cambio de una mentalidad aplicada a las formas de castigo, antiguamente mediadas por el “suplicio” y la desarticulación de los cuerpos, a través de sus líneas nos muestra el surgimiento de un nuevo ordenamiento regulado por un principio panóptico, no como modelo del pensamiento arquitectónico de una época, sino como la arquitectura de los modelos de pensamiento de una naciente episteme.

Antecedentes generales: el contexto global y el impacto en la esfera regional

Desde hace unos años ha surgido una mayor preocupación por comprender los fenómenos que afectan la manera como las ciudades contemporáneas han ido tomando forma, con relación a los procesos de segregación y aglomeración, amurallamiento y militarización/fortificación, del espacio urbano; elementos que modifican radicalmente las estéticas, arquitecturas y formas de distribución de los cuerpos en el espacio, el cómo experimentamos el mundo, el cómo nos representamos la realidad social y la manera como nos situamos y definimos en el tiempo; pero sobretodo, han alterado radicalmente una idea de ciudad como un organismo de comunicación⁶, entre otros diversos, más allá de la vida en policía instigada por el consenso.

Así mismo, estos cambios estructurales que señalan el aumento de la inseguridad como el principal factor que actúa como modificador de nuestra experiencia cotidiana y sobre la implantación de un nuevo urbanismo, jugando un rol importante sobre la manera como nos relacionamos con los otros y forjamos lasos sociales, han conducido a una transformación de lo público: en una relación a la que algunos autores –y artistas– aluden como pérdida (Jacobs, 1961; Sorkin,1992; Muntadas, 1995-2008) o crisis/reducción/retracción (Caldeira, 2007; Giglia, 2003; Sennett, 1978), y a la reificación de lo privado como síntesis y devenir de las ciudades contemporáneas (Mackenzie 1994, Drew, 1998).

Esta transformación de lo público y lo privado –en una redefinición tanto de las formas de conceptualización como de las prácticas y *habitus* de todo tipo vinculados a estos ámbitos– sobre las tendencias y políticas que determinan la paulatina transformación de los “complejos urbanos”⁷ en unas serie de archipiélagos interconectados, ha sido comprendida como el resultado de diversos factores, que

⁶ Esta Idea pareciera estar garantizada en una época de revoluciones tecnológicas y desarrollo en telemática, que ha dado lugar al calificativo a la sociedad actual como “Sociedad de la Información”, sin embargo, el modelo tecnocrático que dio origen a la sociedad en red es el mismo a partir del cual los procesos comunicativos en los que el mundo se hace mundo –en un acto intersubjetivo que también da lugar al disenso– ha sido reducido a un simplificado proceso de transmisión de data y tráfico de información.

⁷ El concepto de “Complejo Urbano” para referirse a la ciudad, permite comprender a la misma como un tejido multiforme y polisémico, que analizado holísticamente en sus multiplicidades o reduccionistamente en fraccionamientos y partes, vincula todos los antagonismos, contradicciones y consensos del “pensamiento complejo” del cual emergen, así como su agencia para dar continuidad, o transformar, las matrices de tales formas de acción y pensamiento. Como reflexionaría Morin (1994) con relación al concepto de *complexus*: si bien no estamos ante una “totalidad” –efecto de realidad que revela su ilusión por el mismo carácter de su “inabarcabilidad”– sí estamos ante una realidad que emerge simultáneamente –y por lo tanto así debe ser comprendida– como “biológica, cerebral, espiritual, lógica, lingüística, cultural, social e histórica”, hilvanando un tejido que no intenta ocultar o encubrir sus diversas contradicciones.

distinguen por un lado: “las condiciones de creciente desigualdad social y exclusión de sectores cada vez más amplios de población” (Pungam, 1996 en Giglia, 2003:344), y por el otro: “una crisis de identificación, entendida como la imposibilidad de abarcar la ciudad y de identificarse con ella como conjunto” (*Ibid.*); aspectos que como veremos en los capítulos III y IV, se hacen concretos en las representaciones que los habitantes de Cumbayá tienen sobre la ciudad de Quito.

En esta misma línea, este nuevo ordenamiento de creciente segmentación social y segregación espacial y política, ha sido referido a nivel macro como el resultado de tres factores combinados: “la mundialización, la debilidad de las políticas nacionales y el empobrecimiento y la polarización social” (Cabral, 2004:54), los cuales, actúan como telón de fondo para explicar el nuevo urbanismo, a la vez que han sido el hilo conductor de las investigaciones que han abordado el tema en cuestión (Borja y Castells, 1997). De esta manera, se afirma que “la desarticulación y la fragmentación territorial, son efectos nefastos de la mundialización económica” (Rodríguez Chumillas, 2004:.); efectos que, si bien se han acelerado y acentuado en el contexto –aparentemente contemporáneo– de la globalización⁸ –lo que condujo a un crecimiento exponencial sobre esta tendencia urbanística de archipiélagos, que hoy se han vuelto comunes en el entramado urbano de las ciudades Latinoamericanas–, tuvieron sus orígenes en los procesos socio-económicos, científicos, tecnológicos y culturales, que se dieron a finales del siglo XIX y comienzos del XX, los cuales, posibilitaron el surgimiento de las sociedades comerciales e industriales bajo el modelo de (re)producción mecánico Keynesiano y Fordista; transformaciones que en el caso Latinoamericano vincularon toda una serie de amalgamas que estrecharon las antiguas tradiciones y ordenes sociales de heredad colonial con los ideales de la modernidad industrial europea, dando a luz lo que ha sido referido como la “primera modernidad latinoamericana” (Kingman, 2006), una

⁸ Imanuel Wallerstein al igual que otros analistas de la historia económica y el devenir del capitalismo como Fernand Braudel, plantean el concepto de globalización como un proceso de larga duración que hace referencia primeramente al siglo XV. Momento en el cual, las Américas son descubiertas y con ellas la comprensión de una completitud de mundo; así como el surgimiento del primer sistema mundo en términos políticos y económicos. Sin embargo, las lógicas y sus formas de realización han variado drásticamente a lo largo de estos siglos, de tal manera que no podemos comparar el contexto de una globalización, que si bien dio lugar a la reafirmación de una idea de “completitud de mundo” que repercutiría tanto en instancias político-económicas como filosóficas –a la vez que, permitió el surgimiento de un incipiente capitalismo–, se situaría en un sistema mundo que no conocía de los estados nacionales; o sea, no es comparable con una globalización a escala desproporcionada en donde asistimos a la aparente disolución de las fronteras nacionales, que se debate entre “postnacionalismos” o “nacionalismos-cívicos extendidos”, en un sistema capitalista que ya muestra claros síntomas de degradación (Lupel, 2004).

modernidad barroca, entendida también como “modernidad periférica y/o alternativa” (Sarlo, 1999).

Si bien la modernidad como proyecto ha estado marcada fuertemente por una concepción eurocéntrica, apareciendo como un umbral en dónde no hay cabida para las antiguas morales y los valores tradicionales defendidos por el previo sistema de la cultura, como realización ha mostrado todas las características del palimpsesto⁹. Así mismo, la experiencia de la modernidad se caracterizaría por su constante devenir, por su estado de *kinesis*, su constante metamorfosis; o como dirían pensadores contemporáneos, por la locomoción y la dromología, ya que su lógica es la del movimiento y la velocidad, impulsos que se han vuelto más álgidos y vertiginosos en la era actual (Virilio, 1995). En esta vía, toda experiencia estética de este nuevo mundo será por demás fragmentaria: “El conjunto se descompone, y la realidad parece constituida gráficamente por parcelas individuales -archipiélagos semánticos-, allí donde la difícil tarea del conocimiento se enfrenta a la complejidad de descifrar la dimensión de sus interrelaciones” (Pizza, 1998:21).

La experiencia moderna que evocan los pensadores europeos, hace clara alusión a la gestación de un nuevo *ethos*, en el sentido lato del término, el cual involucra un nuevo punto de partida: una nueva concepción de mundo como una nueva concepción de devenir; sin duda, instaura otra teleología. Ella se caracteriza sobre todo por la puesta en escena y la sobreexposición de la vida pública, en donde todo tiene que ponerse de nuevo a la vista. La vida interior es expulsada hacia un afuera en frenesí, pero esta vida pública que se experimenta en el afuera, ha sido modelada racionalmente a tal punto que el afuera comprende la estética de un nuevo espacio interior; es la cuna de la cultura, de las artes y la civilización desde una moral burguesa; “cada bulevar se convertía en un pasillo de su hotel” (Calatrava, 2007:237).

⁹ Según el diccionario de la Real Academia Española, el concepto de Palimpsesto remite a: “un manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borradas artificialmente”, sin embargo como diría Arendt a Berger “Las huellas no son sólo lo que queda cuando algo ha desaparecido, sino que también pueden ser las marcas de un proyecto, de algo que va a revelarse” (Arendt: 1997:9). En este sentido, si entendemos que toda ciudad es discurso –un discurso polifónico– la ciudad es ante todo una reunión de formas de escritura que más allá de superponerse unas a otras, no sólo nos permiten ver lo que en ella yace como memoria, historia o pasado, sino los entresijos de diversos proyectos a través de los cuales se intenta componer la alegoría de la ciudad soñada e imaginada; pero en dónde también los epifenómenos de tales proyectos dejan entrever las fracturas entre esas formas de escritura y, con ellas, las contradicciones a través de las cuales se hace también manifiesta la ciudad enferma, la ciudad demonizada.

Más allá del esplendor de las ciudades europeas, que se escenifican como grandes vitrinas del lujo y derroche, asumiéndose como epitome de la velocidad y el progreso, en la máxima expresión del desarrollo técnico y tecnológico, la ciudad moderna del XIX y principios del XX se desarrollaría en una experiencia dual del mundo en donde la máxima opulencia conviviría con la más radical pobreza. En donde todo ordenamiento racional de sus distintos espacios darían a la vez margen al caos producido por su crecimiento acelerado; en donde: “el lujo de una clase es compensado por la indigencia de otra. Por un lado es el palacio, por otro lado el tugurio y el pobre silencioso” (Thoreau, 2004:26).

El nacimiento de la ciudad burguesa –epíteto que “perdió prestigio y alcance” en la mitad del siglo XX (Lefebvre, 1984:62), en tanto su reducción “sinecdótica” tomaba la parte por el todo, a favor de la cultura y derechos de una clase hegemónica–, creció paralelamente a lo que los sociólogos retomando a Saint Simón denominaron, la “sociedad industrial”: para referirse a los efectos socioculturales y económicos propiciados por la reproducción mecánica (en todas sus escalas), tanto en los entornos urbanos como rurales (*Ibid.*). En este nuevo escenario, grandes cantidades de migrantes –en su mayoría provenientes del campo–, atraídos por las oportunidades de inserción como mano de obra en el aparato productivo en las grandes y nacientes industrias, así como también por el disfrute de novedosas posibilidades de consumo de mercancías hasta ese momento nunca antes vistas, tomaron lugar en la ciudad no sin traer consigo las expresiones culturales que determinaban sus ideales de vida.

Estos aspectos son sin duda importantes, ya que el aumento acelerado de la capacidad de los aparatos de producción y el aumento de la población flotante al interior de los complejos urbanos, fueron los dos procesos más importantes en el desarrollo de los procedimientos disciplinares (Foucault, 1984:221).

Sin duda las reformas arquitecturales, de ornato y policía, que se dieron en ciudades como Paris o Londres intentaban dar respuesta a las problemáticas derivadas de la saturación del suelo, producto de la densidad demográfica. Sin embargo, esta época caracterizada por grandes transformaciones estructurales en el conjunto de los países europeos, no sólo les “permitió la capitalización de los frutos provenientes de una incipiente revolución industrial”, sino también “sufrir sus perniciosas consecuencias: desordenes estructurales, conflictos internos que afectarían los ámbitos de la política, las conductas sociales, el urbanismo y la ecología” (Pizza, 1998:14).

El incremento de la población y el fenómeno de la urbanización, causado por las corrientes migratorias masivas de mano de obra hacia la capital, llevaron a un primer plano el drama de la superpoblación residencial, que provocó condiciones de vida infrahumanas en las viviendas obreras [...] la propia ciudad, en su sentido más global se muestra enferma (Pizza, 1998:14-16).

La ciudad industrial asumida como un “cuerpo enfermo” pronto se vio sacudida por una serie de políticas higienistas y de ornato que si bien condujeron al mejoramiento de las redes de abastecimiento de servicios, como de productos básicos indispensables en gran parte de sus conglomerados, dio lugar a un aumento sobre una tendencia de acelerada fragmentación interna, fortalecimiento del aparato policial, especulación sobre la renta del valor del suelo y compartimentación de las viviendas.

Bajo una lógica que ya no sólo distribuía cada uno de los lugares que componían a la ciudad dentro de un principio meramente funcional sino que requería aislar aquellas partes nocivas que amenazaban con contaminar la totalidad del cuerpo social, las elites pensantes europeas habrían de preparar la cura más adecuada que permitiera la “recuperación de sus fragmentos inválidos” dentro de una lógica productivista. Una nueva economía del poder que no sólo buscaba diagnosticar por medio de exámenes las razones que propiciaban la degradación social y moral de los sujetos y por consiguiente de sus sociedades¹⁰, sino que trataba de realizar una serie de controles y vigilancias que, sobre procedimientos técnicos, científicos y burocráticos, no sólo ampliaran el campo de observación sobre los “cuerpos de los condenados” y todo el marco de referencia a ellos contiguo, hasta convertirlos en cuerpos útiles a los sistemas de producción y de mercado.

Pero aquellos aspectos que resuenan aparentemente concretos en el caso de la modernidad europea, no pueden ser transparentemente equiparables a lo acontecido en el contexto Latinoamericano. Es más, deberíamos partir del hecho de que aún en la metáfora que constituye lo Latinoamericano como una totalidad, los proyectos de modernidad y los procesos de modernización, son contrastantes más no armónicamente equiparables.

¹⁰ En algunos casos llegando a esencialismos del tipo: “cultura de la pobreza”, que más que clarificar una situación compleja y dinámica sobre un marco estructural que implica la participación de diversos actores e instituciones, dan sedimento a una cada vez mayor estigmatización de una otredad infantilizada; procedimientos de análisis y observación que van desde lo cuantitativo a lo cualitativo y que han desembocado en una *doxa* de carácter científico que hace del otro el instrumento de su propia situación de degradación (Bourgois, 2001).

Eduardo Kingman (2006), plantea que la modernidad debe ser vista como un proceso socio-histórico situado, más que como una ideología traducida en estadísticas de migración, nuclearización y asentamiento, así como en índices de productividad, industrialización y mercado. Aspectos que le permiten elevar una aguda crítica a cualquier interpretación que asuma tautológicamente la modernidad como reflejo de una realidad estadística o como el resultado de la aplicación de tecnologías de “disciplinamiento” y control, sin atender la manera cómo estas tecnologías fueron aplicadas en cada contexto específico. Se puede decir, que la modernidad quiteña dio lugar –similarmente a lo ocurrido en otras ciudades dentro del contexto de andino– a la construcción de un estilo de vida que aunque no lograba desprenderse totalmente de los binarismos y dualismos fijados por las epistemes europeas de los siglos XVI al XVIII, a partir de los cuales se ha mantenido un discurso de superioridad étnica, moral y de clase, permitió reconfigurar el marco de relaciones existentes entre lo tradicional y lo moderno, como también entre los distintos segmentos de la sociedad de clases, que darían pie a nuevos tipos de categorización de los sujetos sociales, tal y como lo podemos ver –particularmente en el caso quiteño– en lo que refiere a la figuración de *lo cholo* y de *lo chulla*; los cuales, hacen patente el *bricoler* que caracteriza al hombre moderno en este particular renglón del mundo Latinoamericano.

Diversas líneas interpretativas han cuestionado duramente el proyecto moderno en América Latina, llegando incluso a negarlo. En alusivos debates sobre la identificación de las implicaciones y relaciones entre lo que se refiere como modernidad y postmodernidad, han sobresalido conceptos como “tardo-modernidad” (Barbero, 1994), “modernidad tardía” (Toro, 2006), “modernidad híbrida” (Canclini, 1989), “modernidad barroca” (Echeverría, 1998), posicionamientos que más allá de sus puntos de quiebre, mantienen algo en común: se definen en contraste a los epifenómenos del proyecto moderno europeo, se resignifican en relación a la modernidad industrial capitalista, pero sobre todo, apelan a la necesidad de redefinir los proyectos modernizadores latinoamericanos más allá del *lucus* eurocéntrico.

Las sugerentes reflexiones que haría a finales de los 80's Nestor García Canclini, al redefinir la modernidad latinoamericana como una experiencia en la que todo colapsa en un estadio de hibridez; mezcla y revoltura que se oponen a lo puro; de lo cual deviene una modernidad latinoamericana como un procesos que manifiesta yuxtaposiciones discontinuas y heterogéneas, permitirían plantearnos que la modernidad latinoamericana, ya se prefije como *pre* o se sufije como *post*, debería ser repensada como

un proyecto alternativo, de géneros impuros, impulsada por la agencia de las industrias culturales que descolocaron y reinventaron tanto lo de arriba como lo de abajo. En esta vía, como bien lo menciona Barbero (2001) en su lectura a la obra de Canclini:

[...] se busca romper con dos prejuicios para hacer abordable la cuestión central. No es un déficit de modernización lo que ha hecho imposible la modernidad en América Latina, y son las “optimizadas imágenes” de la modernidad europea, con las que hemos medido nuestros procesos, las que nos han impedido reconocer la modernidad propia. Pues ni la modernidad en Europa fue el resultado lineal de la modernización socioeconómica, ni el modernismo latinoamericano se limitó a imitar y traducir.

Bolívar Echéverría, actualmente uno de los más prestigiosos filósofos latinoamericanos de origen ecuatoriano, habría de redefinir este campo de fuerzas, a través del cual, se consolidó el proyecto moderno en América Latina. En algunos de sus escritos se plantea crítico frente a lo que él denominaría como *ethos* barroco; concepto de alto vuelo hermenéutico utilizado para comprender que: las imágenes de la modernidad europea no sólo velaron las posibilidades de repensar nuestros proyectos de modernidad como latinoamericanos, como lo referirían Barbero y Canclini, sino que tal proyecto en aras de establecer una larga duración con los procesos modernizantes europeos, se vio sucintamente restringido a dar continuidad al proyecto barroco, a través del cual, se construiría lo latinoamericano a la vez que se reinventaba la imagen de una Europa¹¹.

Sin embargo, ¿qué tienen que ver todas estas referencias con el caso que aquí se viene a estudiar? ¿De qué manera las contradicciones del proyecto moderno y su disección sistemática impactan el campo y el lugar de estudio que constituyen la base de este escrito?

El proyecto moderno que permitió el surgimiento de las sociedades disciplinarias, el desarrollo industrial, mercantil y tecnológico a gran escala, así mismo como una nueva experiencia estética del mundo caracterizada por su dualidad, su puesta en escena, los coleccionismos, la velocidad de los flujos y de los procesos: de producción, consumo y comunicación es, así mismo, el surgimiento de su antítesis: la ciudad devenida en caos, temor e incertidumbre.

Es así como la experiencia de la modernidad se ha movido entorno a este dualismo que estrecha el margen entre los más asombrosos descubrimientos técnicos y tecnológicos en todas las áreas (desde la medicina a las artes, desde el urbanismo a la

¹¹ Para aquellos que quieran lograr una aproximación más profunda a estos aspectos pueden revisar el artículo de Santiago Ceballos (2012) publicado en la Revista Iconos.

milicia) y sus más perturbadoras consecuencias. La frase de Febvre, citada por Bauman (2007:10), “miedo siempre, miedo en todas partes”, pareciera adquirir nuevamente relevancia cuando analizamos los procesos de segregación espacial que han conducido a una reducción/transformación de lo público como lugar de incertidumbre y a una reificación de lo privado como el epitome del orden y la seguridad.

Sin duda toda analogía debe ser prudente, sin embargo, los fenómenos contemporáneos de segregación y nuclearización urbana, fortificación y amurallamiento, los cuales desembocan en una transformación del sentido de lo público y de lo privado, pero más importante aún, en el surgimiento de distintos imaginarios de la ciudad que la reducen a un mero escenario de tráfico, en dónde el otro es asumido como un objeto de información en detrimento de su carácter como sujetos de comunicación, han sido aspectos que se presentan cada vez con mayor fuerza en sociedades a gran y pequeña escala, así como al interior de todas las clases y esferas sociales.

Cómo veremos en los siguientes capítulos, la utopía de la ciudad moderna como un organismo comunicacional, estética y funcionalmente ordenada y armónica, se entremezcla con aquella imagen distópica de la ciudad devenida en caos, a través de la cual emergen paisajes cerrados, segregados y tecno-vigilados. Generando un estado del espíritu en donde lo magnífico convive con lo terrible. En donde se sobreponen ciertos aspectos que de manera aparentemente contradictoria evidencian como:

La generación tecnológicamente mejor equipada de la historia humana es la más acuciada también por sentimientos como la inseguridad y la impotencia [...] Como Robert Castel indica [...] <<vivimos sin duda en algunas de las sociedades más seguras (*sûres*) que jamás hayan existido>>, y, aun así, contra toda <<evidencia objetiva>>, también somos nosotros –las personas más mimadas y consentidas de todos los tiempos– los que nos sentimos más amenazados, inseguros y asustados, los más inclinados a ser presa del pánico, y los más apasionados por todo lo relacionado con la protección y la inseguridad, de todos los miembros de cualquier sociedad de la que se haya tenido noticia (Bauman, 2007:131)

Pero “es muy equivocado decir que la exhibición de los peligros y los riesgos del desarrollo civilizatorio sea solamente una crítica. A pesar de toda oposición y todo malabarismo de demonización, también es un factor de impulso económico de primer rango” (Beck, 2006:78) y es que a estas alturas es imposible desconocer cómo “a través de las variaciones en las definiciones del riesgo, pueden lograrse tipos de necesidades y con ello, de mercados” (*Ibid.*).

Del parque se pasa al pequeño jardín privado, de la plaza al centro comercial o al country club, de la calle a las galerías, de la policía al guardia de seguridad, del barrio

a la urbanización, etc. De manera que lo público queda como residual, no deseado y al servicio de quien no tiene otra alternativa (y de quien menos puede contribuir fiscalmente a su mantenimiento) (Bru y Vicente, 2005:20).

Aspectos que no son ajenos al mercado de especulación inmobiliaria que ha logrado convertir el factor miedo en un generador de plusvalía. Pero hasta qué punto podemos vincular la historia de la modernidad europea a lo ocurrido en América Latina, en torno a los procesos de transformación espacial, arquitectónicos y urbanísticos en un sentido arquitectural. Hasta qué punto, el surgimiento de una sociedad controlada por el miedo y la incertidumbre, en una guerra por la distinción y la búsqueda de homogeneidad socioeconómica y cultural, que ha enfrentado a los distintos grupos sociales en un campo de fuerzas: multifactorial y dinámico, ha tomado cuartel al interior de la Quito contemporánea.

La experiencia estética que promueve la ciudad moderna como utopía del encuentro se entremezcla con los avatares de la modernidad capitalista del progreso, no sin dejar atrás las perniciosas consecuencias que, en el caso latinoamericano, se han vuelto más agudas en tanto las políticas de gobierno agenciadas en países como el Ecuador, Colombia o México, no lograron cerrar la brecha entre los distintos conglomerados de clase. Situación que como veremos más adelante, se ha vuelto más acuciante en el escenario metropolitano postmoderno.

Tales aspectos, han venido fortaleciendo una tendencia hacia el panoptismo arquitectónico y tecnológico, el cual, pretende consolidarse como la cura más adecuada para las condiciones anómicas que padecen las ciudades contemporáneas. La ciudad latinoamericana, como podrá apreciarse en las imágenes que comenzarán a llenar los intertextos de este estudio evidenciando lo que hasta ahora sólo se ha anunciado como marco teórico, pone de manifiesto aquello que Canclini definiría como yuxtaposiciones discontinuas y heterogéneas

Un nuevo urbanismo: transformaciones y permanencias.

El tema de la segregación espacial ha sido un campo ampliamente explorado al interior de diversas disciplinas, quienes ven con preocupación la configuración de un nuevo urbanismo en donde –en términos generales– las distancias sociales se han aumentado vertiginosamente, en donde la categoría de ciudadano como sujeto de reflexión política se ha eclipsado en un ambiente de incertidumbre y en donde lo público como espacio de

debate y encuentro amenaza con desaparecer en una serie de espacios privados defendibles ordenados bajo la lógica del capital y el consumo; una tendencia que más allá de su especificidad espacial, de la que desprende un paisaje cerrado, segregado, simultaneo y discontinuo, ha sido señalada como “socialmente injusta, políticamente antidemocrática y culturalmente miserable” (Borja, 2003: 206).

El surgimiento de diversos esquemas teóricos, marcos explicativos y metodologías eclécticas y exploratorias de diversa índole, han permitido la construcción de categorías analíticas más o menos estables a lo largo del siglo XX, como también han generado un ruido excesivo que dificulta la tarea de discernir entre lo novedoso y aquellos lugares comunes, que antes que atender los niveles paradigmáticos de sus aseveraciones terminan por reproducir mecánicamente un serie de verdades modeladas por el método¹².

Antes de atender tales esquemas y categorías, que en cierta manera ya han sido someramente citadas, resulta importante caracterizar ciertos puntos de avance y ruptura que nos permitirán entender el por qué estamos ante un nuevo urbanismo. Así como también distinguir aquello que permanece a pesar de las grandes transformaciones.

Según Soja (2008) la geo-historia del urbanismo puede enmarcarse dentro cuatro grandes revoluciones urbanas que fundan sus orígenes hace diez milenios en las “regiones mesetarias del suroeste asiático”, que dieron lugar a la “invención inicial de base urbana de la agricultura a gran escala” (Soja, 2008:21). Cinco mil años después “en las tierras del Creciente Fértil”, nacerían las primeras ciudades-estado, en un clima de convulsiones políticas, que permitieron el surgimiento de los primeros imperios, la figura del *demos*, los diferentes sistemas monárquicos legitimados por el principio *Arjé* –origen divino–, “la organización de clases sociales y el poder social patriarcal” (*Ibíd.*). La tercera fase del urbanismo vendría a gestarse en la aurora de las revoluciones científicas, industriales y tecnológicas, que inauguran la segunda modernidad en Europa Occidental: “formando los cimientos del capitalismo específicamente urbano-industrial; un escenario

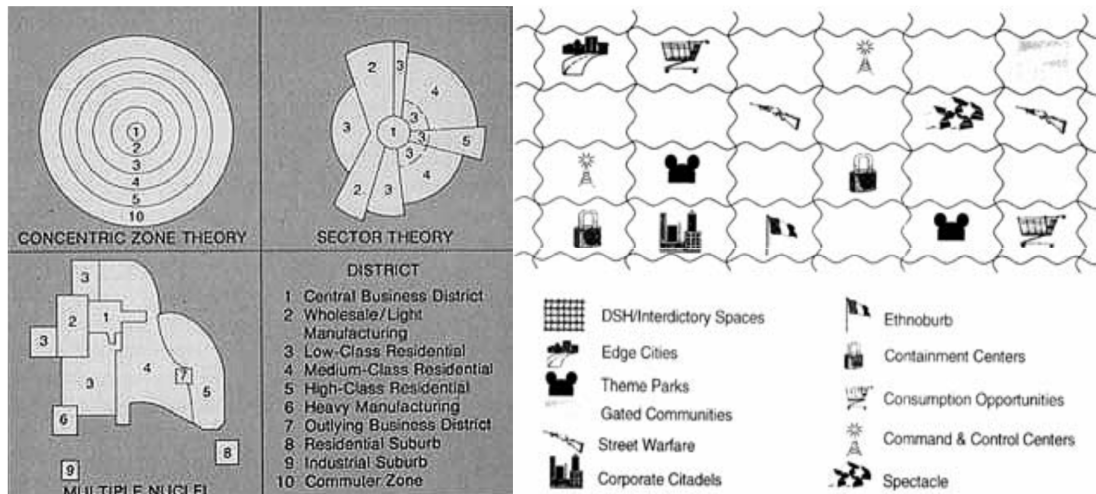
¹² Si bien es cierto –como ha sido postulado desde diversos enfoques– que el acontecer de nuestras ciudades ha sido modelado por el miedo y el afán de distinción social, lo cual, ha desembocado en una “paranoia de la construcción y en una construcción de la paranoia” (Flusty, 1997), resulta inquietante que las investigaciones que dan cuenta de la manera como este fenómeno –manifiesto física, emocional y simbólicamente– ha sido utilizado como un dispositivo para el “disciplinamiento”, el control y el aumento de la productividad, lejos de poner fin al escándalo, han dado pie al surgimiento de visiones de mundo cacotópicas en donde la dilucidación científica de las causas termina siendo más tenebrosa que la manifestación concreta de sus epifenómenos. En este sentido los postulados y procedimientos que pretendían sacar a luz las verdaderas razones de su mal, no habrían hecho más que propagarlo por todas partes.

de modernizaciones alternativas que culminan en las crisis urbanas de la década de 1960” (*Ibid.*)¹³. Finalmente Soja se pregunta si apenas 40 años de diferencia nos separan de una nueva revolución que explicativamente entra dentro de seis grandes líneas que ejemplificarían las tendencias y contrastes de estas nuevas post-metrópolis post-fordistas¹⁴. Soja (2008:22):

1. una metrópolis industrial post-fordista flexiblemente especializada.
2. una región urbana globalizada o cosmópolis.
3. una exópolis post-suburbana o mega-ciudad.
4. una ciudad fractal de intensificadas desigualdades y polarización social.
5. un archipiélago carcelario de ciudades fortificadas.
6. una colección de simcities hiperreales, donde la vida diaria se juega de forma creciente como si fuera un juego de ordenador.

Estas nuevas tendencias urbanísticas, entre otros muchos aspectos, transformarían radicalmente la estructura orgánica de las ciudades, las cuales, hasta las década de 1960 habrían sido organizadas bajo parámetros funcionales que aglutinarían en una serie de container a los distintos segmentos productivos y poblacionales: “espacios diferenciales pero contiguos e integrados y referenciados alrededor de un centro” (Bru y Vicente, 2005:19).

Modelos de zonificación urbana "clásicos" y "contemporáneo"



Fuente: www.uncc.edu y Dear (2000).

¹³ Una periodización que parte de las cuatro etapas de evolución urbana planteadas por Lefebvre (1972), las cuales hacen referencia a la ciudad política, ciudad comercial, ciudad industrial y ciudad postindustrial

¹⁴ Como señalan Gupta y Ferguson (1997:36-37): “Los patrones fordistas de acumulación ahora han sido reemplazados por un régimen de acumulación flexible – caracterizado por la producción a pequeña escala, cambios rápidos en las líneas de producción, movimientos de capital extremadamente rápidos para explotar los mínimos diferenciales entre los costos de mano de obra y de materia prima – construido sobre una red más sofisticada de comunicaciones e información y sobre mejores modos de transportar bienes y gente”.

En el primer cuadro, extraído del texto de Bru y Vivente (*ibíd.*), podemos ver la representación gráfica de los modelos “clásicos”, los cuales, predominaron en las principales ciudades de Europa y Norte América hasta las década de 1960, y en algunos casos hasta 1990; un modelo que aún tiene vigencia en el diseño de algunas ciudades latinoamericanas. En el caso de Quito vale la pena resaltar que más allá de que hoy responde a un modelo “longitudinal polinuclear e irregular disperso” (Carrion, 1987:29), no deja de girar en torno una centralidad histórica y patrimonial de la cual desprende un cierto tipo de *ethos*; que más allá de las fracturas socioculturales, más allá de la imaginaria que lo vincula a los referentes de lo caótico, lo marginal y lo peligroso, igualmente los convoca en aras de los signos de poder que todavía permanecen en algunos entornos de prestigio.

En el segundo cuadro, aparece un nuevo orden de visualidad en donde la antigua disciplina que dividía la ciudad en una serie de zonas, núcleos y sectores, como contingentes ordenados jerárquica y funcionalmente, bajo fronteras definidas entre unos y otros, un “caosmos-raicilla, que cuanto más total más fragmentado” (Deleuze, 2002:12), daría paso al surgimiento de “centralidades rizomáticas”¹⁵, que yuxtaponen “el arriba” y “el abajo”, en una geografía reticular que prolonga los espacios intersticiales; una perspectiva que ya no parte del principio de lo continuo sino de lo simultáneo¹⁶.

Este aspecto, se vuelve característico de lo observable en diferentes sectores de la ciudad de Quito y más concretamente en lo que corresponde a sus valles periféricos. La ciudad en su constante metamorfosis ha dado lugar a yuxtaposiciones de sentido, articulando en un mismo espacio lo tradicional y lo moderno, el mundo del comercio, el trabajo, el divertimento y la residencia.

¹⁵ La razón por la cual hablo de centralidades “rizomáticas” y no propiamente de rizoma, deviene de una reflexión, que si bien es consciente de que la idea de rizoma/tallo parte de una concepción –situada en los intersticios– en donde el antiguo principio “cosmos-raíz” desaparece en un “caosmos-”, y con él, una idea de origen del que desprenden los demás ordenes –hay que recordar el texto de Eliade (1981), cuando nos dice que: “El descubrimiento o la proyección de un punto fijo —el Centro— equivale a la Creación del Mundo” (Eliade, 1981:16)–, también es consciente de que la idea de centralidad si bien ya no obedece a un punto fijo no deja ser un principio fundamental en la creación de mundo. Sobre el concepto de rizoma entendido como un tallo-red y no como un árbol-raíz ver Deleuze (2002).

¹⁶ Más allá de las representaciones gráficas y la abstracción teórica, este principio de lo simultáneo, que fue cobrando mayor vigor a medida en que se fueron desarrollando nuevas y mejores tecnologías de comunicación e informática, se ha cristalizado en la cultura material de nuestra época. Davis (1992) hablando desde la arquitectura nos mostraría cómo “En ciudades como Los Ángeles, en el *lado oscuro de la posmodernidad*, se observa una inédita tendencia a mezclar el diseño urbano, la arquitectura y la maquinaria policial en una sola estrategia de seguridad Global” (Davis, 1992: 194,196).



Urbanización Cerrada Vista Grande. Fotos tomadas el 26 de mayo de 2011. Fuente: Santiago Barona M.



Ruta del Chaquiñán en Cumbayá. Hoy espacio rehabilitado como ciclo ruta que conecta Cumbayá y Puenbo. Fotos tomadas el 26 de marzo de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Estas imágenes corresponden a algunas de las vistas que sobresalen desde la entrada a Cumbayá por la Vía Interoceánica, como también al recorrer la ruta del Chaquiñán que une a Cumbayá con Puenbo, un espacio que entre muchos otros ha venido siendo objeto de diversas intervenciones, a través de las cuales, se pretende fomentar un sano disfrute

del entorno. Este espacio debe decirse convoca tanto habitantes del lugar del poblado de Cumbayá, como aquellos que viven al interior de los conjuntos y urbanizaciones cerradas que lo circundan, aunque en algunas de las entrevistas las personas residentes en los conjuntos cerrados manifestaban su predilección por los servicios de disfrute y esparcimiento que se ofrecen al interior de sus conjuntos cerrados, ya que la mayoría de ellos cuentan con senderos arborizados y espacios equipados para el deporte: gimnasios, canchas de tenis, basquetbol, entre otros. Así mismo, el mundo barrial de la comuna convive paralelamente al universo cerrado del country y la “privatopia”.

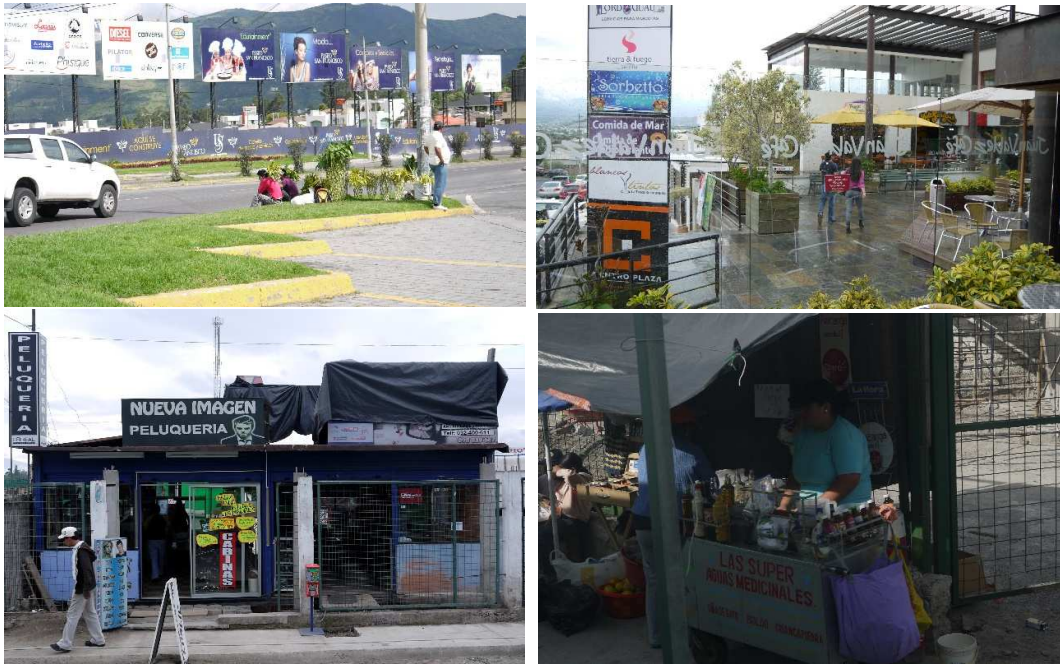
En los valles de Tumbaco, Cumbayá y los Chillos, la ciudad se abre hacia nuevas centralidades presentando un paisaje por demás híbrido, en dónde los conjuntos y urbanizaciones cerradas de clase alta, encierran universos barriales de sectores poblacionales de estratos económicos medios y bajos, muchos de ellos descendientes de conglomerados culturales otrora indianos y campesinos.



Poblado de Cumbayá, zona céntrica. Cooperativa de Camionetas de Cumbayá y Academia de Artes Marciales. Tomada el día 8 de agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Como puede apreciarse en las imágenes, el entramado urbano del valle de Cumbayá presenta todas las características del modelo polinuclear reticular descrito anteriormente, a través del cual, han venido surgiendo diferentes centralidades que ponen de manifiesto la hibridez estética, arquitectónica y funcional, del nuevo urbanismo; en dónde los conjuntos residenciales de estratos altos, conviven con barrios y poblados populares, como también se entremezclan zonas de comercio de toda gama, que ofrecen desde los referentes de consumo del capitalismo global: Diessel, Leonisa, Juan Valdez, hasta otros

que prometen una: Nueva Imagen, apelando en algunos casos al superlativo lingüístico de las: Súper Aguas Medicinales.



De izquierda a derecha y de arriba abajo, Centro Comercial Paseo de Sanfrancisco en proceso de construcción, uno de los más grandes que se habrían de construir en Quito, Plaza Comercial Centro Plaza Cumbayá, ubicado en el cruce entre Av. Vía Láctea y Chimborazo. Vistas sobre la Vía Orellana al poblado de Cumbayá. Fotos tomadas el marzo a agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Más allá de estos aspectos que serán abordados concretamente en el capítulo III y IV, resulta importante referir otras coordenadas teóricas, a través de las cuales, tales estéticas involucran un accionar por medio del cual, se perfilan diferentes estrategias de poder.

Si nos atenemos ya no a lo que hay de nuevo, sino a lo que permanece, cabe citar extensamente lo que Soja determina como la matriz organizativa de lo que el urbanismo siempre ha sido, no sólo desde una perspectiva de transformación estética sino como un dispositivo, a través del cual se ha modelado un campo de fuerzas, que hace patentes –en cada escenario en particular– las lógicas del funcionamiento del poder.

La ciudad continúa siendo organizada a través de dos procesos interactivos, la vigilancia y la adhesión, la mirada desde y hacia dentro de la ciudad y el ojo panóptico del poder. Ser urbanizado significa adherirse, ser convertido en un adherente, en un creyente, en una ideología y en una cultura colectiva fundada en todas las dimensiones de la polis (política, administración, sistema de gobierno, policía) y de la civitas (civil, cívico, población civil, ciudadano, civilización) [...] Es en el espacio donde, según Foucault, los discursos sobre el poder y el conocimiento son transformados en verdaderas relaciones de poder. Aquí, el conocimiento de la vanguardia es el de la estética, el de una profesión arquitectónica, el de una ciencia de la planificación urbana. Pero dichas «disciplinas» nunca constituyen un campo

aislado. Son sólo de interés cuando se intenta observar cómo se vinculan con la economía, la política o las instituciones. Así, tanto la arquitectura como la planificación urbana ofrecen instancias privilegiadas para comprender los modos de funcionamiento del poder (Soja, 1996: 205-234; 2008:91).

Vigilancias y adhesiones, categorías que vistas desde una perspectiva de las emociones pueden ser traducidas como el temor a ser vulnerables y el deseo de pertenecer (poseer y acceder). Pero ¿A qué aludían y aluden tales vulnerabilidades y deseos? ¿Cómo se han reimplantado o reacomodado estos principios en el nuevo urbanismo?

Para responder a tal interrogante resultaría importante definir algunos aspectos que a lo largo de la historia han sido constituidos: como objetos de vigilancia y deseo. Una tarea que puede considerarse ostentosa en una época en que la división que separaba la realidad de la fantasía ha sido anulada por una hiper-realidad, en gran parte dominada por el *marketing* y la moda, en donde todo puede ser voluble a su conversión como objeto de fascinación y deseo; y en un contexto en donde todo pareciera estar sujeto al examen y al escrutinio; en el que la vigilancia cada vez más “pasa a ser un operador económico decisivo, en la medida en que es a la vez una pieza interna en el aparato de producción y un engranaje específico del poder disciplinario” (Foucault, 1984:180). Pero también el lugar en donde “la suposición de nuestra vulnerabilidad frente a los peligros no depende tanto del volumen o la naturaleza de las amenazas reales como de la ausencia de confianza en las defensas disponibles” (Bauman, 2007:12).

El discurso del riesgo empieza donde la confianza en nuestra seguridad termina, y deja de ser relevante cuando ocurre una potencial catástrofe. El concepto de riesgo determina, por tanto, un peculiar estado intermedio entre seguridad y destrucción, donde la percepción de riesgos amenazantes determina pensamiento y acción” (Beck, 2000; 10).

Por lo tanto, no bastaría con realizar un inventario que por demás resultaría anodino e incompleto, si tenemos en cuenta la gama de variables “dependientes”¹⁷ e “independientes” que actúan singularmente en la determinación de las propiedades y cualidades de lo que ha sido susceptible de convertirse, a lo largo de estos tiempos, en los objetos de nuestros miedos y fantasías. Pero más allá de los distintos grados de subjetividad y objetividad que podrían distinguirse sobre cada uno de los mencionados raseros, resultaría más apropiado –aunque no más novedoso– el visualizar la manera como estas emociones –aunque mediadas por la razón– instintivas, se han imbricado en

¹⁷ Bourdieu (2000^a:20) define las variables independientes como aquellas que tienen en cuenta: la profesión, edad, profesión, sexo, incluso la profesión del padre. Y las variables dependientes como aquellas “mediante las cuales pueden producirse disposiciones que varían en mucho según las clases resultantes de las variables independientes”.

las transformaciones arquitecturales que nacieron con la utopía de la ciudad moderna y que hoy preconizan la ruptura y el surgimiento de un nuevo urbanismo que a los ojos de los analistas ha sido anunciado de manera apocalíptica y distópica. En donde el flujo de las imágenes desafía el poder neutralizador del dato estadístico¹⁸.



Collage No. 1. Casa en el barrio El Dorado centro oriente de Quito; Casa en el sector de La Pradera centro norte de Quito; Casa en el sector La Viña –Tumbaco, nororiente de Quito (de izquierda a derecha); tomadas entre enero y junio de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Las fotografías anteriores, capturadas en diversos recorridos por la ciudad de Quito y el Valle de Tumbaco, si bien corresponden a diversos sectores de la ciudad, se articulan como una estrategia didáctica, a través de la cual, sobresale precisamente aquello que se ha venido refiriendo como un habla del miedo que, saliéndose del dato estadístico de la victimización, se corporiza en las arquitecturas. Tales estéticas nos devuelven de manera interesante el correlato de aquella modernidad que proclama por la apertura comunicacional; en este sentido ¿Qué es lo que comunica la figuración arquitectónica de la ciudad comunicacional? ¿Cuál es la experiencia estética que se genera ante estos paisajes espinosos y amurallados?

Si atendemos a cada una de las fotografías por separado, resulta notorio que cada una de ellas, más allá de manifestar/comunicar la “corporización” de los imaginarios de la inseguridad, corresponde no sólo a diferentes zonas en la geografía de la ciudad, sino a distintos estratos socioeconómicos. Este aspecto, se vuelve sin duda sintomático de lo que varios autores que vendrán a continuación, refieren como la homogenización de una tendencia al aseguramiento y la fortificación, en dónde más allá de los niveles socioeconómicos cada uno busca la manera de resguardarse frente a una realidad que

¹⁸ Ver a partir de la pp. 57 en este escrito.

pareciera estar abatida por el crimen. En este sentido, la estética vigilante entrelaza de manera extraña lo que Soja habría definido como los dos principios del urbanismo. En tanto la vigilancia y la fortificación se han vuelto un escenario común que atrapa a todos los conglomerados sociales, todos pertenecen a una paranoia de la construcción y a una construcción de la paranoia; en este sentido todos pertenecemos a la ciudad vigilante y fortificada, en tanto nos hermanamos en el miedo; más allá de la diferencia de los recursos depositados para salvaguardar la integridad de sus espacios.

Paisajes cerrados y espacios defendibles: coordenadas teóricas y apuntes etnográficos preliminares

En este subcapítulo se pretende construir un marco teórico referencial a través del cual se han venido generando variados campos de discusión en el contexto Norteamericano y Latinoamericano, en lo concerniente a la nueva tendencia urbana marcada por el cerramiento y la fortificación de espacios y arquitecturas. Salvo algunas excepciones, se dará lugar a reflexiones preliminares sobre el contexto y el área de estudio; algunos de ellos, por motivos de redacción, se abordarán al interior de las citas de pie de página, mientras que otras figuran al interior del texto principal como una estrategia que va preparando el contexto de estudio. Debe decirse que muchas de las coordenadas teóricas aquí analizadas, han sido abordadas paralelamente al estudio de caso en el capítulo tercero y cuarto de esta tesis.

Los primeros trabajos en América que abordaron la problemática en cuestión, con relación a la transformación urbanística, redistributiva, estética y conceptual de los principales complejos urbanos bajo un panorama de paisajes cerrados, aislados y militarizados, se dieron principalmente en las décadas de 1970 a 1990, en ciudades de los Estados Unidos como Chicago (Suttles, 1968, 1972)¹⁹, Los Ángeles (Davis, 1992, 1998,

¹⁹ Las posturas de la escuela de Chicago, bajo lo que se conocería como “ecología urbana”, fueron un primer intento –exitoso según Soja– de “desarrollar y sostener una teorización explícitamente espacial de la ciudad” (Soja, 2008:147). Sin embargo, aunque su punto de partida permitió oxigenar un campo de debate saturado por los discursos provenientes de un “socialismo científico” y un “materialismo histórico”, su visión “despolitizada de la especificidad urbana” enfrentaría las más duras críticas. Entre ellas se destacan las de Henri Lefebvre– quien la definiría como una “ilusión realista de transparencia” proveída por una meta-narrativa superficial y totalizante. Un punto intermedio entre estas dos visiones –aparentemente irreconciliables– del urbanismo, fueron los trabajos realizados por Manuel Castells (sobre todo su obra *La Cuestión Urbana* traducida al español en 1974 [1972]), quien con David Harvey (1978), establecieron una nueva línea de investigación neo-marxista que se separaría –y reformaría– tanto “la visión liberal” de la

2001) y países vecinos como Canadá (Halseth, 1998). Uno de los campos más explorados por estas investigaciones responde a los ya famosos CID's (*Common Interest Developments*) y HOA's (*Homeowners Associations*), formas de organización que prototípicamente han sido descritas como tipos de "comunidad en la que los residentes poseen o controlan las áreas comunes y los servicios compartidos a la vez que tienen también «derechos y obligaciones recíprocas» impuestas por un cuerpo de gobierno privado o «asociación comunitaria»" (Judd 1995 en Soja, 2008:441). Modelos que si bien se acentuado en los últimos decenios no son para nada recientes²⁰. En California esta progresión ha sido periodizada por Blakely y Snyder (1997) quienes: "registran los primeros antecedentes de *Gated Communities* en Estados Unidos a finales del siglo XIX, la proliferación de los *country clubs* a partir de 1940 y el crecimiento exponencial de la ciudad cerrada a partir de 1970" (Blakely y Snyder, 1997:7, en Cabrales, 2005:186). Tres tipos de comunidad cerrada que hacen referencia a tres tipos de *modus vivendi*:

- a. Comunidad centrada en el estilo de vida: en este rasero caben los mencionados *country*.

Ciudadelas generalmente situadas en los límites de las áreas metropolitanas, separadas –segregadas– por extensos viaductos, cuya única posibilidad de interconexión requiere de la tenencia de automóviles particulares: una fórmula que equivale a la ecuación seguridad= distancia/aislamiento. Islas de lujo diseñadas a manera de simulacro

"ecología urbana" de la escuela de Chicago (vista como "un enfoque caprichoso y políticamente ingenuo"), como de la especificidad espacial radical de Lefebvre: quien si bien habría dado inicio a una "nueva revolución conceptual en el campo de los estudios urbanos, introduciendo una nueva e incisiva perspectiva en la política y en la ideología del espacio urbano, así como también en la geo-historia de la modernidad y el capitalismo" (Soja, 2008:157), presentaba un esquematismo demasiado rígido que no permitía la incorporación de variables exógenas de tipo sociocultural en la comprensión de las transformaciones urbanas; a tal manera que Castells burlescamente vincularía los esfuerzos teóricos de Lefebvre como "una versión de izquierda de la ecología urbana de la escuela de Chicago" (Soja, 2008:161). De esta manera Castells si bien establece una continuidad con las premisas de la escuela marxista de Lefebvre, habría de mostrar también sus discontinuidades estableciendo que "La especificidad espacial del urbanismo debe permanecer a la vista, pero sólo como un producto o una consecuencia de los procesos sociales, nunca como una variable explicativa en sí misma" (*ibíd.*).

²⁰ Soja (2008) al respecto nos dice lo siguiente: "Ni siquiera los nuevos procesos de urbanización son completamente nuevos. En muchos sentidos, la post-metrópolis puede ser considerada como una variación particular de las cuestiones vinculadas a la reestructuración generada por crisis y al desarrollo geohistóricamente desigual, que han estado modelando (y remodelando) los espacios urbanos desde los orígenes del capitalismo industrial y urbano. En la actualidad existen poderosas continuidades con las geohistorias de Manchester y Chicago, y aún más con la metrópolis fordista-keynesiana moderna que se consolidó de forma tan formidable en las décadas posteriores a la guerra y cuyos modos de funcionamiento interno fueron tan bien captados por la escuela neo-marxista de economistas políticos urbanos y regionales. En este sentido, la postmetrópolis representa, en gran medida, un resultado, o mejor, una extensión de ese urbanismo moderno y modernista, una metamorfosis aún parcial e incompleta que siempre llevará consigo restos de los espacios urbanos previos" (Soja, 2008:218).

en donde convive frugalmente la antigua antinomia campo-ciudad: casas inteligentes de arquitecturas de vanguardia, distanciadas lo más posible las unas de las otras, rodeadas de una naturaleza exuberante que funciona como muralla ecológica. Grupos de interés en las que sus integrantes están unidos por una especie de comunidad de ocio: campos del golf, lagos para realización de actividades náuticas y recreativas, centros de relajación y esparcimiento (*spas*), etc. Como veremos en el capítulo IV, este tipo de sistema de vivienda privada concuerda perfectamente con lo observado en la urbanización cerrada San Isidro de Miravalle, sector Vista Grande

b. Comunidades de prestigio

Estas comunidades, no necesariamente situadas en los límites conurbanos, están integradas por un tipo de asociación de elite. En ellas se encuentran sofisticados sistemas de monitoreo, accesibilidad y vigilancia tanto a nivel externo de las urbanizaciones como a nivel interno de las distintas casas. Estas comunidades pueden ir desde ostentosos complejos ubicados en las áreas más atractivas de la ciudad, en donde habitan personajes de la farándula nacional, hasta pequeñas ciudadelas de casas relativamente homogéneas pero imponentes o edificios de lujo, en donde el prestigio social ya está garantizado por la ocupación del espacio. Como veremos en el capítulo IV, este tipo de sistema de vivienda privada concuerda perfectamente con lo observado en el Conjunto Cerrado Parques de Andalucía en Lumbisí.

c. Comunidades de zonas de seguridad.

Este tipo responde a la mayoría de barrios y conjuntos cerrados (ya sean de casas o edificios) ubicados tanto en la ciudad, como en los suburbios y los guetos populares. Su construcción obedece a un patrón regular en el nuevo urbanismo que parte de la creación de espacios defendibles²¹ ante el miedo a la inseguridad y a los forasteros; un modelo que se ha incorporado en muchos países –entre ellos Ecuador– como parte de una política urbana de planificación para la creación de vivienda de interés social, así como en lo que concierne a sectores de vivienda para grupos poblacionales de estratos medios y medios altos. Más allá de su cerramiento, estas zonas de seguridad cuentan con distintos dispositivos para el mantenimiento del control y la realización de vigilancia que

²¹ El espacio defendible ha sido definido como “un modelo para ambientes de residencia que inhiban el crimen creando la expresión física de un entramado social que se defiende a sí mismo (Newman, 1973:3 en Booth, 1984:69).

van desde el cerramiento de calles y manzanas con cadenas, barricadas o portones, operadas por sistemas electrónicos o atendidos por guardias privados o “guachimanes²²” de contratación independiente las 24 horas del día. Todo dependiendo del rasero económico de sus moradores.

Más allá de los impactos positivos que se puedan señalar sobre el papel que ejercen estas arquitecturas y distribuciones en el mantenimiento y aseguramiento de las formas de vida de sus moradores; aspecto que se analizara puntualmente en la investigación de campo realizada en el Valle de Cumbayá y que figura en el cuarto capítulo; se plantea cómo estos tipos de comunidad han generado una serie de transformaciones aparentemente benéficas al entorno urbano que también han permitido el desarrollo de nuevas economías.

Entre los aspectos más destacados –concordantes con lo observado en Cumbayá–, se menciona cómo el surgimiento y diseminación de estas células privadas, han logrado una expansión infraestructural, comercial, productiva y política de la ciudad. Así mismo, se les adjudica el lograr un mejoramiento estético de diversos sectores así como un desahogo de la urbe, brindado un paisaje ordenado y armónico atractivo para la inversión de capital; este aspecto también ha sido descrito como “gentrificación”, concepto que más allá de sus implicaciones negativas –las cuales en los próximos capítulos entraremos a analizar –, hace referencia a procedimientos de ennoblecimiento de ciertas áreas en aras de hacerlas más atractivas a la circulación de bienes, capitales y personas. Estos aspectos son claramente identificables en el área de estudio, si atendemos a los procesos de rehabilitación urbana que se han implementado en lo concerniente a la ciclo ruta del Caquiñan (que reacondicionó lo que otrora sería la antigua vía del tren), así como lo ocurrido en la Plaza Central del poblado; procesos que se han venido adelantando desde 2007²³.

Una de las pocas mejorías que se ha dado en Cumbayá es la rehabilitación de la Plaza Central y de la Iglesia que también se encuentra en esta zona. Gracias a esto se ha realizado cierta inversión en el parque y se goza de servicios que antes no se los tenía

²² Expresión comúnmente usada en Ecuador, Colombia y Venezuela, la cual, deviene de la variación del anglicismo *watchmen* / vigilante.

²³ Algunos trabajos que brindan información valiosa –más no rigurosa desde la perspectiva de los estudios sociales–, sobre estos aspectos, es el realizado por Juan Diego Donoso (2008) y Andrés Hurieta (2009). Estos trabajos de tesis de pregrado para la obtención de título de grado en arquitectura, fueron uno de los pocos encontrados en una revisión realizada el 26 de mayo de 2011. De las tesis revisadas tan sólo dos versan sobre el campo de estudio de Cumbayá y ambos están dirigidos hacia la realización de proyectos urbanísticos de rehabilitación y de mejoramiento de las condiciones de desorden, tráfico y caos, presentados y agudizados en la última década.

en cuenta en esta zona. Esto ha creado cierto desequilibrio en el barrio creando desigualdad entre la gente que accede al parque que es de clase socioeconómica alta y la gente que vive en sus alrededores, que por el contrario son personas de bajos recursos económicos, las cuales han vivido en la zona desde hace algunas décadas (Donoso, 2008:4)



Plaza Central del poblado de Cumbayá, tomada de internet, fotógrafo Andrés F. Arias tomada el 21 de enero de 2012

<https://www.flickr.com/photos/cofeeandcassettephoto/6746326847/in/photostream/>

Debe decirse, que en este pequeño sector de la parroquia –un parque tradicional situado conexo a una de las iglesias más antiguas de Cumbayá– los procesos de rehabilitación urbana degeneraron en una sobre oferta de las zonas de comercio: “Salones, bares, restaurantes, tiendas, boutiques, tiendas de deportes, mueblerías y hasta una tienda de antigüedades [...] se han instalado en los alrededores de la plaza y a lo largo de la calle Francisco de Orellana” (El Comercio: 2010)²⁴; aspectos decisivos de lo referido anteriormente a partir de las teorización de Blakely y Snyder (*Ibíd*). Por otro lado, la referencia a Donoso, si bien no ofrece una reflexión aguda de lo que ahí se comenta, pone en tensión varios aspectos que se han venido tratando, en tanto tales políticas de ornamentación que han dado apertura a la modernización capitalista, lejos de generar una integración sobre los espacios públicos, han venido dando lugar a conflictos de clase entre

²⁴ Actualmente disponible en el archivo electrónico del diario El Comercio, revisado por última vez en Noviembre de 2015.

<http://www.elcomercio.com/actualidad/quito/animese-divertir-plaza-cumbaya.html>

quienes pueden acceder a tales zonas de consumo y quienes viviendo al margen se sienten expulsados de sus antiguos lugares de reunión y esparcimiento; además de esto, la confluencia de la Iglesia (establecida desde el siglo XVII), los comercios y –sobre todo– las tabernas, ha dado lugar a diferentes reclamos por parte de la comunidad, sintiendo que el carácter patrimonial e histórico de su entorno, ha venido siendo vulnerado por los nuevos equipamientos de disfrute:

“A medida que pasan los minutos, carros deportivos y modernos hacen sonar sus motores cerca de bares y restaurantes que le han cambiado la imagen a una zona que antes era apacible”, comento Marco [...] “Hay muchos accidentes justo en la esquina del parque por la velocidad que imprimen. La gente se queda hasta tarde porque hay bares que atienden hasta la 01:00 o 02:00”, manifestó Cinthya Rodríguez, moradora del sector [...] Édgar Soria, otro vecino de Cumbayá, cuenta que a veces “se forma un caos terrible y el ruido de los bares ya es mucho. A uno no le dejan ni parquear dentro de su propia casa y toca estar pidiendo permiso para parquearse” (Periódico La Hora, 2011)²⁵

Aunque otros manifiestan que la nueva vida instigada por lo bares, que atare sobre todo a población joven, es algo que les brinda seguridad:

Corriendo tras de su nieto, Eugenia Rodríguez comentó que la presencia de los jóvenes le permite visitar el parque sin tener que preocuparse por la delincuencia. [...] “Es una zona donde todo el mundo puede realizar diferentes actividades. Es magnífico poder pasear tranquilos en un lugar que te da seguridad y donde la Policía colabora para que todo marche sobre ruedas” [...] Daniel Vaca, a quien le gusta visitar los bares de la zona comenta que en Cumbayá se disfruta más que en la zona urbana de la ciudad. “Cuando uno viene para acá el ambiente cambia, uno se relaja y sí ya sabes qué sitio elegir para divertirse todo bien. Venir con amigos es súper, todos disfrutan” (Ibíd).

Tales aspectos se vuelven característicos de la experiencia dual que pone en juego la modernidad capitalista referida al comienzo de este capítulo, la cual, pone en tensa relación lo utópico y lo distópico: la llegada de los equipamientos comerciales brinda imaginariamente la sensación de poder desarrollar la vida cotidiana de manera más segura, en tanto la presencia de jóvenes de altos estratos pareciera garantizar la expulsión de la sensación de inseguridad y violencia que se hace manifiesta en las zonas de divertimento en los sectores céntricos de la ciudad de Quito. Sin embargo, este escenario trae consigo la generación de situaciones que simultáneamente generan incomodidad, caos y, en algunos casos, riesgos.

²⁵ Periódico La Hora Nacional, Sábado, 17 de Diciembre de 2011
http://www.lahora.com.ec/index.php/noticias/show/1101253077/-1/Cumbay%C3%A1,_nuevo_polo_de_diversi%C3%B3n.html#.V10Sr_kvftU

Más allá de estos aspectos, que serán comentados en un capítulo aparte, lo descrito por Blakly y Snyder (2007), permite inferir que la diseminación de estas células en un urbanismo poli céntrico, posibilitó la creación y el mejoramiento de: canales y sistemas de comunicación (vías y sistemas de transporte integrado), redes de suministro de servicios (alcantarillado, agua, energía, gas, informáticos, etc.), así como permitió la integración de las áreas conurbanas y pequeños poblados contiguos a la ciudad, en los cuales se encontraba una marcada ausencia de instituciones de carácter civil y policial (o sea una ampliación tanto de la *civitas* como de la *polis*).

Lo anterior, es parcialmente sugestivo a lo observado en Cumbayá y Tumbaco. Si bien el desarrollo de los valles en diferentes periodos ha estado agenciado por diferentes acontecimientos: en 1958 la Empresa Eléctrica de Quito realiza el reservorio para generar energía para la ciudad de Quito, atrayendo a algunas familias (Murillo, 1996), en 1968 el Boom Petrolero daría lugar a la construcción de la Vía Interoceánica, al igual que a la implantación de industrias –hoy todavía apreciables– al sector de Cumbayá; es la llegada de las CID's a partir de los 90's (que daría lugar al desarrollo acelerado de conjuntos residenciales para sectores medios y altos de la población) y más intensamente a partir del año 2001, lo que permitió un incremento de las obras de desarrollo infraestructural en términos de vías, ampliación de redes de suministro de electricidad, agua y alcantarillado, así como la rehabilitación de zonas tradicionales y la generación de nuevos centros de consumo, ocio y esparcimiento.

Sin embargo, tales obras han beneficiado diferencialmente a los habitantes de la zona. En lo que respecta a vías de acceso, que conectan al Valle de Tumbaco y Cumbayá con la ciudad de Quito, resulta pertinente mencionar que la situación para el año 2011 era sumamente precaria, teniendo en cuenta el volumen de tráfico que soportaban las rutas disponibles. La migración de las elites quiteñas hacia los valles, no sólo traería consigo una multiplicación de lo que en este sub-capítulo se menciona como las CID's, traducible en la multiplicación de unidades residenciales cerradas y segurizadas, de archipiélagos residenciales interconectados fuertemente vigilados, sino que a la par de estas transformaciones urbanísticas, tales contingentes poblacionales arrastrarían consigo sus ideales de vida y movilidad, generando un aumento exponencial del parque automotor, lo cual, ha venido generando agudos problemas de tráfico: embotellamientos y accidentes, así como el deterioro de algunas zonas históricas como el sector de Guápulo, cuyas calles no están acondicionadas para tal volumen de automóviles

y microbuses de toda gama. Según los datos publicados en el Plan Maestro de Movilidad para el Distrito Metropolitano de Quito, 2009-2025 (2009):

Entre los años 2002-2008 el parque automotor creció alrededor del 45.5%, pasando de 273.764 a 398.000 vehículos... su presencia en las vías es el factor de mayor incidencia en el incremento de las congestiones de tráfico... estos problemas se evidencian en la red vial principal de los valles de Los Chillos, Tumbaco y Cumbayá, en donde la tenencia en propiedad de vehículos es más alta que la tasa promedio de 187 vehículos/1000 habitantes (Plan Maestro de Movilidad para el Distrito Metropolitano de Quito, 2009:32).

Cabe decir, que en este año tan sólo tres vías conectaban los valles con la ciudad: la Vía Colectora Quito-Pifo (E28C), más conocida como Vía interoceánica o Av. Oswaldo Guayasamín, conectando con Cumbayá por la Av. 6 de diciembre, la Vía de los Conquistadores uniendo los sectores de la Vicentina, Guápulo con Tumbaco y la Av. Libertador Simón Bolívar que se interconecta con las anteriores, pero que conecta a Cumbayá con el sector norte del Batán.

Paralelamente a estos procesos, las CID's son vistas como espacios de dinamización económica, en tanto permiten la reorganización o creación de nuevas áreas de producción (pequeñas y medianas empresas) y consumo (centros comerciales, restaurantes, cafés, tiendas, bares, etc.) una reorganización en el espacio que no sólo mueve capitales sino fuentes de trabajo (en ramos tan variados que van de la construcción, la metalurgia, la ebanistería, a instructores de gimnasio y paseadores de perros)²⁶. Este último aspecto ha sido uno de los más destacados en los sectores analizados en Cumbayá, en tanto la homogeneidad del espacio y sus residentes es contrastada con la heterogeneidad de quienes permiten su mantenimiento: trabajadoras domésticas, guardias privados, jardineros, limpiadores de piscinas, *Handymans* y conserjes entre muchos otros.

Sin embargo, la reactivación económica que las CID y las HOA pueden llegar a generar en estos sectores, sobre la base de la apertura de nuevas fuentes laborales que habilitan generalmente a grupos de personas pertenecientes a estratos populares y que

²⁶ Aunque aquí nos hemos restringido a señalar algunas transformaciones de un sinecismo, un impulso de desarrollo, que deriva de la construcción de estos hábitats cerrados: una serie de cambios que aparentemente benefician a un colectivo más amplio a la comunidad restringida de moradores; tal y como lo comenta Zuñiga (2007:393) se ha podido constatar que esta riqueza paralela a la creación de nuevas áreas de trabajo, no genera en todos los casos un mejoramiento de las condiciones de habitabilidad y sustentabilidad de la población que habita en las zonas aledañas. Muchas veces las nuevas fuentes de trabajo son ocupadas por empresas que movilizan su propia mano de obra impidiendo cualquier tipo de contratación de la población local. Así mismo se señala que estas transformaciones traen consigo aspectos como: una marcada especulación sobre la renta del valor del suelo, llevando a la migración de los antiguos residentes de estas nuevas áreas conurbanas.

comúnmente se encargan de las labores domésticas y de adecuación de los espacios, contrasta particularmente con la reubicación de lo sospecho. El modelo de la ciudad cerrada si bien mantiene la idea de un enemigo exterior que puede estar al acecho, alterna el orden de lo sospechoso bajo la aparición del enemigo interno. Si bien estos aspectos no pudieron ser del todo confirmados directamente a través de las entrevistas a los residentes de las unidades residenciales analizadas²⁷, probablemente porque temen ser cuestionadas, si resultaron fácilmente observables en el área de estudio. En varias de las visitas que realicé a la Urbanización Cerrada Vista Grande, observe como las empleadas domésticas eran intensamente requisadas, en algunos casos, obligándolas a mostrar el interior de sus carteras a los guardias que controlan el acceso; situación similar a lo ocurrido en el conjunto cerrado Parques de Andalucía en el sector de Lumbisí.

Como menciona Chumillas (2005), este tipo de comunidades, si bien se han impuesto como una pauta urbanística avalada, deseada y respaldada por los entes gubernamentales, los promotores de vivienda y los mismos ciudadanos, y que se ofrecen en como alternativa a la problemática y deficiencias urbanas, “construyen su propio espacio colectivo y desdeñan al que pertenece a los otros, a los que poco a poco se convierten en amenaza, en el sujeto del cual hay que protegerse, pero que al mismo tiempo es necesario para las labores de servicio y mantenimiento de sus espacios” (Rodríguez Chumillas, 2005:134).

Al mismo tiempo la multiplicación de estos espacios de simulación, en donde la realidad fluye aparentemente utópica y sin antagonismos, que crean la ilusión de un mundo compartimentado en adentros y afueras, no sólo ha reorganizado un espacio interior sino también han dado forma al lugar exterior; una situación que ha degenerado en la configuración de una nueva patología urbana definida como agorafobia, la cual, se precisa como la aversión o temor frente al espacio público: un temor que se potencia a medida en que se pierde el vínculo con lo que ha quedado por fuera de estos espacios privados, domesticados/disciplinados a través de códigos de adherencia (manuales de convivencia que establecen normas, derechos y deberes, a ser cumplidos por los moradores de un barrio o conjunto cerrado con el fin de poder acceder y pertenecer a una comunidad de afinidades específicas relativamente homogéneas) y sistemas de vigilancia (realizada tanto por sistemas tecnológicos como por medio de un *bis a bis*: poderes

²⁷ La única entrevista en donde esto se manifestó explícitamente, obedece a la realizada a Ruth Proaño, residente de la Urbanización Vista Grande en el valle de Nayón. Estos aspectos fueron abordados de manera más amplia en el capítulo IV, específicamente en la sección correspondiente a Las Nuevas Islas de Paz

coercitivos que se establecen desde el “grupo de afinidades” a cualquiera de sus miembros, normalizando y homogeneizando sus posturas y conductas). En este sentido el espacio público es asumido como un lugar en donde el individuo es propenso a distintas vulnerabilidades, en tanto lugar de doble exposición: de la masa social heterogénea que discurre entre el caos producido por tráficos de toda índole y del sujeto expuesto ante la masa amorfa, indescifrable y sospechosa.

Es decir, ante una percepción de vicios públicos emergen las virtudes privadas. Si la ciudad genera inseguridad y especialmente lo que es más cívico dentro de ella, los espacios públicos, la opción de los ciudadanos que se lo pueden permitir pasa por prescindir de todo aquello que no necesita, de lo colectivo y público (Bru y Vicente, 2005:20).

Esta aversión sobre lo público paralelamente a la sobrevaloración de lo privado, “ha restringido drásticamente el campo de experiencia social” (Zuñiga, 2007:387). Al reducir los espacios que nos enfrentaban con una realidad cotidiana, polimorfa, en que la interacción se realiza *bis a bis*, los marcos de convivencia, cooperación y tolerancia²⁸ se debilitan, a la vez que habilitan prácticas de exclusión, indiferencia y xenofobia a partir de las cuales se crea una imagen del “enemigo exterior” y del “extraño interior”. Como menciona Zuñiga: “El aislamiento que produce la experiencia de vivir en un barrio cerrado reduce también las capacidades de aprendizaje del entorno y una alteración del sentido de realidad, pues existe un adentro y un afuera, se trata de una simulación de un mundo diferente al exterior” (*Ibíd.*)²⁹.

Sin embargo, con esta afirmación no pretendo decir que la reducción de los tiempos de interacción con lo público, como un espacio físico y simbólico que se desarrolla en un estar afuera, conduzca a la total ausencia de principios de solidaridad y cooperación. Ya Gupta y Ferguson, nos dirían que en el “hiperespacio pulverizado de la postmodernidad [...] se han constituido formas de solidaridad e identidad que no descansan en la apropiación de un espacio en donde la contigüidad y el contacto cara a cara son fundamentales” (Gupta y Ferguson, 1997:37). Pero sí cada vez más, nuestra experiencia social desprende de una serie de flujos regulados según los biorritmos

²⁸ Según el estudio, realizado por el Latinobarómetro sobre la Confianza en América Latina, se señala que los niveles de menor tolerancia entre distintos grupos en la región: “se da entre ricos y pobres y hacia las personas con diferente preferencia sexual (sólo el 44,1% y el 44,4% respectivamente señalan que se practica la tolerancia). Seguidamente están la tolerancia entre personas de distinta etnia y entre personas de distinto credo religioso, pero estos presentan porcentajes moderadamente mayores de tolerancia (63% y 63,9% respectivamente)” (FLACSO VI Informe Confianza en América Latina y el Caribe, 2010:63).

²⁹ Simulación que debe ser entendida no como una mera suplantación funcional, armónica y estética de lo real sino como “la ausencia de una realidad básica” en donde se finge tener lo que no se tiene (Baudrillard, 1978:8).

productivos, de ocio y de consumo: tráficos incesantes que nos conducen de una célula privativa a otra: islas de producción, de consumo y de riqueza, en donde la polifonía es regulada por el “disciplinamiento” de los espacios y en los que “el encierro es una alternativa que le permite al ciudadano ‘olvidar los aspectos adversos del territorio donde vive y al cual pertenece’” (López y Rodríguez, 2005 en Zuñiga, 2007:387), cuál es el tipo de realidad social y cuáles son los tipos de solidaridades e identidades que son posibles de reproducirse en estos lugares, hasta dónde la ciudad negada/modelada/simulada por la fuerza homogeneizadora de la utopía permite hoy definirnos en un espacio social heterogéneo, o sea, ¿Hasta qué punto nuestros movimientos controlados sobre la urbe permiten la realización de la ciudad como “heteroglosia”, en tanto, nuestros tiempos de interacción con lo diverso, han sido reducidos a su mínima expresión?

Con el desvanecimiento de una forma de aglomeración que ofrece intervalos, umbrales, pasajes, que pone a las personas en una relación inestable que las mantiene a una distancia equidistante de lo demasiado privado y de lo demasiado público, el espacio urbano se fragmenta y se prohíbe todo ritmo polifónico (Mongin, 2006:155).

En este sentido, el concepto de ciudad cerrada nos sitúa ante una aparente paradoja: si bien se reconoce, desde Aristóteles en su *Política*, que la ciudad es constitutivamente un entramado polifónico y heterogéneo: “un lugar de extraños por excelencia [...] por lo que el miedo aparece como un hecho social vinculado al “problema del otro” (Bru y Vicente, 2005:20), cómo podemos entender que lo que antes constituía a la ciudad: la polivalencia, hoy sea la causa de la desarticulación del ámbito en el que precisamente ésta se realiza: lo público³⁰. Mejor dicho ¿si es a través de lo público que la ciudad se realiza, cómo podemos entender que su alteridad constitutiva de la que depende también el mantenimiento de sus economías– sea al mismo tiempo la causa de su disolución?

Una paradoja que se acentúa aún más si tenemos en cuenta la presión que se ejerce desde las actuales políticas de globalización y mercado, ya que si bien las ciudades deben ser más competitivas –estar preparadas para los desafíos del siglo XXI–, y esto implica el mejorar la calidad de vida de sus habitantes, garantizar estándares de seguridad y convivencia, modernización infraestructural y tecnológica, al igual que propender por la constante presencia de atractivos culturales que incentiven el turismo y atraigan la

³⁰ Este debate planteado por Campos y Greene (2005:87-94) en el contexto chileno, analiza diferencialmente, para el caso latinoamericano y anglosajón, la incidencia de las ideologías religiosas (católica y protestante) en la configuración de un sentimiento de inseguridad y desconfianza que ha derivado en la consolidación de espacios defensivos, ojos en la calle y paisajes cerrados, en donde la fórmula es la homogenización regresiva y el resultado la negación de la ciudad.

inversión extranjera en aras de convertirlas en polos de prosperidad y riqueza, es esta misma fuerza la que conduce a la configuración de su carácter “poliforme” y polisémico, la cual como ya hemos hablado, se convierte a la vez en casusa y síntoma de la anomía.

Por lo tanto, se deduce que los mecanismos que permiten la realización de la ciudad a imagen y semejanza de la utopía del progreso, son al mismo tiempo los mecanismos que conducen a que su esfera más sensible –lo público– sea desarticulada en medio de una serie de iniciativas privadas en donde la calle es un mero lugar de tránsito sustituido por el *pasaje* y en donde la plaza ha sido remplazada por el *Shopping Center*: “espacios cerrados, sin identidad, que nos protegen y nos encienden el imaginario de no estar en nuestra ciudad-violenta sino quizás en otra” (Maldonado, 2005:98).

En este sentido la nueva urbanística plantea una negación de la ciudad consolidada. Negación que se hace más evidente si tenemos en cuenta que más allá de la fragmentación físico-material y la segregación social, la creación:

De un mundo diferente, con nuevas reglas, y separado de la calle, sus espacios y sus normas [...] **en el que** [...] el marketing se encarga de vestir a los lugares con las virtudes que van de acuerdo a los valores del consumo, bien para simular un microcosmos fortificado para vivir con tranquilidad, confort, seguridad y armonía con la naturaleza, bien para el tiempo libre en complejos terciarios que optan por una estructura arquitectónica hermética en la que se norma el espacio intra-urbano para potenciar el consumo y las ventas (Rodríguez Chumillas, 2005:134).

Es al mismo tiempo la legitimación de formas de organización paraestatal que desafían el poder organizador del estado, en la medida en que crean una serie de pautas, códigos y marcos de acción y convivencia, que no sólo le dan autonomía respecto del marco jurídico civil, sino que pueden constituirse como instancias verdaderamente antidemocráticas de exclusión normalizada. Esto ha sido señalado por Janoschka (2002) como un tipo de fragmentación político territorial: “En donde se remplace la administración pública con la instalación de la organización interna de la urbanización cerrada [...] dando lugar a una verdadera <<frontera jurídica>>” (Janoschka, 2002 en Zuñiga, 2007:394).

Los ojos en la calle

Así mismo, el fenómeno contemporáneo de nuclearización dentro de una lógica urbanística que busca desconectar enclaves en aras de proveer un estado de seguridad integral, al controlar los distintos contingentes urbanos y mantener al margen los fragmentos inválidos del cuerpo social, no sólo ha propiciado un aumento sobre la oferta y la demanda de seguridad en el sector inmobiliario, sino también ha aumentado la

oferta/demanda sobre los dispositivos empleados para el mantenimiento del control y la organización de la vigilancia; así como una marcada “tecnologización” en el caso de las clases medias y altas que les ha permitido entrar en una era de modernización globalmente compartida e imaginada.

Este acelerado incremento sobre las capacidades y las funciones otorgadas a estos dispositivos, que van desde sistemas de tecno-vigilancia ejercidos por medio de Circuitos Cerrados de Televisión (CCTV), ojos de águila³¹, alarmas silentes conectadas a servicios de seguridad privados o centros de atención inmediata de carácter policial, puertas electrónicas, rejas electrificadas, botones del pánico, elementos que han crecido paralelamente a un aumento de las guardianías privadas y códigos de conducta que regulan las acciones y comportamientos al interior de los distintos espacios (de habitación, ocio, esparcimiento, trabajo y educación), conduce a la realización de la vida cotidiana dentro de una realidad –aparentemente– panópticamente controlada, que no sólo reduce las libertades individuales en la medida en que estos dispositivos se vuelven cada vez más intrusivos creando un estado emocional y psicológico de apresamiento³², sino que ejerce una violencia real y simbólica sobre quienes no entran en los cánones de la normalización en este umbral de modernización, así como sobre los cuerpos de quienes

³¹ El sistema Ojos e Aquila ha sido implementado en la ciudad de Quito desde el mes de agosto del año 2003, contando con un número de 128 cámaras instaladas por la Corporación Metropolitana de Seguridad (Corposeguridad anteriormente Emseguridad) y 16 pantallas de monitoreo, las cuales son atendidas por 5 grupos de cuatro hombres en un total de 20 policías. En caso de emergencia dependiendo del servicio que se requiera este sistema se conecta inmediatamente con las dependencias de: Transito, Dinapen, Grupo de Operación Móvil (GOM) y servicio urbano. En el mes de abril del año 2007 se destinaron 50.000\$US para incrementar el número de cámaras a 250 con la entrega de un nuevo equipo matriz. Este sistema se puso en funcionamiento con el objetivo de aumentar la capacidad de identificación de conductas y personas sospechosas, disminución de crímenes por efecto de disuasión, así mismo como aumentar la capacidad de reacción y control en dos áreas estratégicas como lo son: tránsito-traffic-movilidad y auxilio-hurtos-asesinatos. Sin embargo, desde el año 2007 se comenzaron a hacer fuertes críticas sobre la eficacia de estos dispositivos, encontrando que a lo largo de 26 meses (entre enero de 2005 a marzo de 2007), sólo se pudieron detener a 45 asaltantes, o sea que el sistema sólo sirvió para actuar en un 0.9% de los casos, si se tiene en cuenta que de enero de 2005 a diciembre de 2006 el margen de denuncias recibidas por la P.J. (Policía Judicial) fue de 4.519 (<http://www.explored.com.ec/noticias-ecuador/128-ojos-de-aguila-ven-el-1-de-delitos-262136-262136.html>).

³² En una de las muchas conversaciones que sostuve con taxistas en la ciudad de Quito, sobre cómo se había transformado la ciudad en estos años, resultaba interesante lo comentado por Marcos, un taxista desde hace 10 años quien vive en el centro de la ciudad y reiteradamente se quejaba de la desproporción en términos de securitización que hoy vive la ciudad; él me decía: “mire por todo lado rejas en las ventanas, en las puertas, cercas electrificadas, muros de más de dos metros de alto, o sea los que están libres viven más presos que los verdaderos presos, vaya al penal García Moreno, usted sólo ve un muro con garitas a lo alto, entonces quiénes están más presos” (Conversaciones con taxistas, Marcos, 12 de octubre de 2011).

deben procurar mantener un comportamiento que pueda ser identificado como políticamente correcto en aras de ingresar a este nuevo ordenamiento³³.

Lo más peligroso de todas las transformaciones urbanas como consecuencia del miedo es la pérdida de la libertad, que nos induce a la aceptación, o peor, a la demanda de la presencia permanente de control policial; a la contratación de vigilantes armados en todos los lugares de la vida y del trabajo –de los centros públicos, escolares y de la universidad–; a admitir el cierre de calles y parques o la desaparición de jardines como algo natural y lógico del ambiente de miedo que se vive en ciertas zonas de la ciudad; y que nos lleva a la extensión de lo que Edward Soja denomina la “ciudad carcelaria” gracias a nuevas técnicas de control urbano (Bernal Santa Olalla, 2005:166).

Sin embargo, resulta importante señalar que si bien desde el punto de vista analítico la multiplicación de sistemas de vigilancia y control al interior de los complejos urbanísticos tanto en sus afueras como en sus adentros (espacios públicos vinculados a la calle, la plaza o el parque y espacios privados de trabajo, vivienda y consumo) ha conducido a una idea general que asume esta situación como una pérdida de las libertades individuales y de acción pública con relación a los procesos de “securitización/militarización” de los espacios para el mantenimiento de estándares de convivencia –que entre otras cosas, las cifras de percepción de inseguridad y victimización parecieran revelar su ineficacia tanto real como simbólica con relación a la disminución tanto de delitos como de percepción de inseguridades³⁴–, desde el punto de vista de los actores sociales este escenario se ha re-significado de manera diferente, en la medida en que paradójicamente las políticas de control, enclaustramiento y prohibición, son asumidas como generadoras de seguridad y libertad ya que permiten la gestación de un real o imaginado estado de seguridad ontológica que permite la reapropiación de los distintos espacios³⁵.

Al mismo tiempo, estos procesos de transformación sobre la base urbanística y arquitectónica no pueden ser vistos por fuera de un escenario global que impele a un

³³ Vale la pena señalar que el discurso de la seguridad como necesidad fundamental que ha incrementado la segregación espacial como la implementación de dispositivos de control cada vez más sofisticados, no sólo ha ensanchado las distancias sociales físicamente con relación a la insularización y cerramiento de los conglomerados urbanos sino también ha dado lugar a otras formas de segregación que eleva la muralla entre quienes pueden pagar por espacios unitarios, privados y tecnológicamente securitizados, y quienes no tienen posibilidad de costearlos.

³⁴ Para una reflexión de este aspecto sobre datos estadísticos, ver pp. 57, 58. en este escrito.

³⁵ En este punto vale la pena mencionar que si bien se ha asumido la segregación urbana desde una plataforma que parte de la influencia generada por los poderes estructurales en la composición de las tendencias mencionadas, no podemos dejar de lado los poderes tácticos y personales, o sea, aquellos que parten desde los individuos que, por unas razones u otras, más allá de la influencia de los promotores inmobiliarios, han optado por la auto clausura y encerramiento. Este aspecto ha sido una parte fundamental en el desarrollo de marcos teóricos, que más allá de señalar la multiplicación del fenómeno de segregación por efecto de los poderes estructurales, han incorporado una visión dialéctica que también hace hincapié en una teoría de la acción en el que se tienen en cuenta las expectativas y motivaciones de los propios actores sociales en la gestación del fenómeno; la mayoría de estos esquemas parten de los postulados planteados por Giddens, y que desprenden de la teoría de la estructuración (Giddens, 1979, 1984).

aumento de los dispositivos de control como orden de primera necesidad: como medidas de contingencia que buscan recuperar un estado de “seguridad ontológica”, ante una cotidianidad que pareciera estar cada vez más amenazada (Giddens, 1991; 1996:43,54; Luhmann, 1996:123,141; Beck, 1996; 2006). Una búsqueda por restablecer un estado de conmoción interior en tanto se ha producido “una fractura de la confianza que toma lugar en medio de las rutinas de la vida cotidiana” (Duch, 2002:107), conduciendo a un “declive del Hombre Público” (Sennett, 1978), y a la imposición de una “cultura del Yo” (Béjar, 1993).

Un estado de inseguridad generalizada que atraviesa todas las esferas de la vida íntima, el cual, podría decirse, ha sido propiciado y aprovechado, tanto por los entes gubernamentales que por medio de estadísticas del crimen, victimización, inseguridad y violencia, buscan legitimar políticas de segregación y gentrificación, así como por los medios de comunicación que fomentan el temor y la estigmatización de un otro claramente diferenciado y marginalizado en la medida en que es un mercado altamente dinámico. Como diría uno de los muchos entrevistados que figuran en el mediometraje documental *On Translation: Fear* realizado por Muntadas en 2005, en el cual analiza las relaciones de frontera entre Marruecos y España: “Los medios que deberían contribuir a la abolición del racismo contribuyen a la evolución del racismo, eso está claro” (Muntadas, 2005).

Sin embargo, este trabajo si bien intenta comprender los fenómenos anteriormente mencionados, no toma como locus los discursos provenientes de los entes gubernamentales o los medios de comunicación como agentes dinámicos en la construcción de un imaginario de inseguridad y miedo –papel que han ejercido demasiado bien³⁶, sino que busca situarse en la dialéctica que se instaura entre la ciudad vista desde su materialidad significativa (en el orden del diseño y la distribución de los espacios, los canales de comunicación y flujo) y los imaginarios de ciudad a partir de los cuales se componen sus múltiples representaciones, de las que desprenden una serie de cartografías morales que la diseccionan, construyendo el lugar/no-lugar de una otredad desconocida, estereotipada y marginalizada³⁷. Por lo tanto, se requiere de una nueva redefinición de los

³⁶ Algunas referencias a la influencia de los medios de comunicación en la construcción del imaginario de la inseguridad pueden verse en las secciones: “Percepciones de confianza e (in)seguridad desde la realidad estadística” y, con relación a lo comentado por los entrevistados, en las secciones “Todo tiempo pasado fue mejor: La heterogeneidad del miedo y la realidad de la percepción” y “Las nuevas islas de paz”

³⁷ Estos aspectos fueron abordados por medio de la implementación de cartografías sociales y aparecen referidos en el capítulo III de este estudio.

esquemas teóricos a partir de los cuales se caracterizó el fenómeno en América Latina tal y como lo mencionan Caldeira (2000) y Dammert (2001), en la medida en que estos carecen de la facticidad necesaria que permita mantener la categoría criminalidad/auto-segregación, como el aspecto primordial en los procesos de toma de decisiones que condujeron a estas nuevas geografías cerradas y vigiladas (Janoshka, 2000:14-15).

Si tomamos lo urbano como síntesis de una idea de ciudad caracterizada por procesos de aglomeración, fragmentación y segregación, tenemos que asumirlo como un cuerpo social que pone en tensión los adentros y los afueras, lo exterior y lo interior, lo alto y lo bajo; un cuerpo que no sólo se “enviste” de ropajes, máscaras y discursos, para proveerse de un manto que lo cubra y mantenga seguro sobre la base de una necesidad esencial, sino que como toda “piel”, estos mantos, máscaras y ropajes, revisten y movilizan simbolismos e imaginarios que le imprimen ciertas cualidades dándole identidad y acceso a diversos ideales de diferenciación y estatus.

De esta manera el habla de la seguridad/miedo que puede leerse desde las arquitecturas y diseños en los complejos urbanos debe ser comprendido dentro de otros umbrales y categorías que vinculen aquellas hablas con las concepciones de mundo y estilos de vida que determinan las maneras como estos actos comunicativos se realizan, ejemplificando una necesidad mayor a la de buscar protección ante la aparente ola de criminalidad que ha invadido las principales ciudades contemporáneas y que ha conducido a la conversión de la categoría de ciudadano en la de policía³⁸; elementos que serán contrastados con el campo en los capítulos III y IV.

La ciudad simulada y la disolución del afuera público

Otro de los aspectos que han llamado la atención de los analistas, desde hace ya varios años, y que mantiene una estrecha relación con los procesos de globalización-estandarización, así como con los fenómenos de segregación y fragmentación en los tres tipos arriba descritos, se refiere a la llamada centro/comercialización de la ciudad. Uno

³⁸ Resulta interesante destacar cómo las políticas para el orden y la seguridad ciudadana destacan la necesidad de fortalecer los vínculos entre el aparato policial y la ciudadanía, incentivando la participación de los ciudadanos en los procesos de control y vigilancia (al estilo de los famosos comités de seguridad barrial o frentes de seguridad vecinal) para hacer frente a una realidad delictiva que sin negar su dimensión real, ha sido también producto de un estado de paranoia generalizada dirigida por el discurso espectacular de los medios, así como por las entidades promotoras de seguridad tanto privadas como del Estado que bajo el discurso del miedo han creado un nuevo mercado de alta rentabilidad sobre el sector de productos y servicios de seguridad, como sobre el sector inmobiliario. Para una revisión de las paradojas derivadas de la implementación de estrategias de vinculación entre policía y población civil ver Dammert (2004).

de los textos más sonados es el trabajo realizado por Kowinski (1985), titulado sugerentemente *The Malling of America: An Inside look at the Great Consumer Paradise*. En el cual, analiza la propagación de un nuevo tipo de vida pública y social regulada por las lógicas del mercado y el hiper-consumo, la cual, cobró vigencia en los EE.UU. desde 1960.

Estos nuevos centros de la vida pública, integran en un solo “templo” las más variados servicios y extrañas posibilidades del derroche: tiendas (de ropa, calzado, electrodomésticos, tecnología de avanzada, etc.), supermercados de abarrotes, restaurantes que van desde las comidas más exóticas hasta los masivos *fast food*, cafés, cines, salas de juegos electrónicos, casinos, entidades bancarias, guarderías, gimnasios, galerías, parques temáticos³⁹ e incluso sets de televisión y concesionarios, entre muchos

³⁹ Al visitar la ciudad de Bogotá en el año 2009, me encontré con un nuevo tipo de plaza temática –ya muy difundida en varias ciudades del país y en otros países– llamada Divercity, la cual, se ubicaba al interior de un centro comercial construido en el año 2006 al norte de la ciudad llamado SantaFé (el segundo más grande del país. Esta Divercity, se caracterizaba por ser un lugar especialmente diseñado para proporcionar a los niños una nueva forma de entretenimiento. Después de pasar una serie de filtros, tanto de seguridad como aquel económico que se establecía con el alto costo de la taquilla, me dispuse a entrar acompañado de un sobrino político, quien me había convencido de lo increíblemente divertido de este sitio –una ilusión que se desvaneció inmediatamente pasé del lugar de taquilla hacía este mundo de grandes diseñado para niños. Inmediatamente después de ser requisado dispendiosamente, me encuentro con una pequeña ciudadela que contemplaba bancos (el cual era el primer paso para que el niño pudiera adquirir una identidad comercial que le permitiría acceder a las maravillas de este microcosmos), droguerías, tiendas de juguetes y abarrotes, estaciones de radio y televisión, aeropuertos, estaciones de policía y de bomberos, zonas de escalada, alquiler de vehículos en donde los niños aprobaban un examen para obtener su licencia de conducción, en fin todo aquello que te puedes encontrar en la vida real pero a una escala en miniatura que les permitía vivir a los niños la fantasía de ser grandes. Una de las reglas de oro de este sitio consistía en que lo niños eran adultos y por lo tanto debían gozar de plena autonomía para ir de un lugar a otro y claro está, para consumir cuanto se les ofertaba (incluso había una tarjeta especial que a un alto costo le permitiría hacer a los niños un recorrido completo por la diver-ciudad). Por lo tanto la función de los padres no consistía en más que en ser padrinos económicos o fiadores de estos niños que habían adquirido su adultez por medio de una identidad bancaria. Cuando nos acercamos al primer sitio que quería ser visitado por mi sobrino, una tienda de abarrotes, la encargada me impidió que entrara a acompañarlo ya que mi presencia podía anular la fantasía, o sea frustrar la experiencia de adultez del niño –la cual era su eslogan: no ofrecemos un servicio sino que vendemos una experiencia–, ante lo cual, no pude más que resignarme y quedarme viendo como un tonto –pero sin la mirada contemplativa de un padre– la supuesta experiencia, la cual, consistía en que el niño iba de compras como cuando uno va a un supermercado, pero con la pequeña excepción de que cualquier producto que escogiera una vez deslizara su tarjeta en la caja registradora debía ser devuelto. Evidentemente lo que se quería lograr no era el brindarle una experiencia que por demás era conocida por él, sino de involucrarlo en el mundo de las transacciones financieras y económicas. Sutilmente por medio de la supuesta entretención de participar en el “mundo real imaginado” a mi sobrino se le estaba ingresando al sistema de mercado; él ahora tendría que aprender a manejar una cuenta, una tarjeta de débito, así como debía aprender a domesticar sus ansias de consumo en tanto una vez acabado el dinero de la cuenta su participación en este mundo quedaría suspendida. Vemos pues como estos espacios de simulacro en donde el bolsillo de los padres tempranamente comienza a manifestar síntomas de flaqueza, nos ofrecen un mundo en que si bien los productos e instituciones no son del todo reales su costo sí lo es: y en donde el entretenimiento consiste en el temprano aprendizaje del endeudamiento, en el que la mejor destreza consiste en dominio rápido y seguro del deslizamiento de una tarjeta.). En 2011, por indicación del director de esta tesis, me di cuenta que en Quito, exactamente en el sector de Tumbaco también se encontraba este nuevo modelo de recreación infantil al interior de una ciudad simulada, la cual, fue inaugurada en octubre de 2009, ubicada sobre la Vía Interoceánica, en el Km 14 ½ en la vía a Tumbaco, al interior del centro comercial

otros tipos de productos y servicios que en estos lugares se encuentran y que nombrarlos no sólo sería extenso, sino también inútil en tanto estos espacios han sido diseñados para albergar prácticamente todos los tipos de servicios y productos que se ofrecen en el mercado local y global.

Su diseño responde a diferentes patrones que van desde plazas temáticas que intentan simular ciudadelas antiguas o futuristas (espacios hiperreales en donde los visitantes pueden sentir que viajan en el tiempo: ya sea una plaza medieval, pasajes al estilo *parisien* o mundos fantásticos y virtuales que parecieran salir de la imaginación de los “científicos” de *Hollywood*), hasta los más variados tipos de *bunkers* que mezclan singularmente armazones de acero y cristal con el hormigón y el granito, que potencian la experiencia estética de un adentro que se defiende a sí mismo de su entorno; todo dependiendo de las propiedades ecológicas y económicas de sus lugares de asentamiento. Kowinski en referencia a Davis, “describe estas «nuevas mega estructuras» como «celdas fortificadas de riqueza» y «enclaves privados dorados» que acordonan la ciudad cercada frente a la ciudad de extramuros” (Kowinski, 1985 en Soja, 2008:440).

En el contexto mediterráneo Eva María Díaz Alandi (2005) en su trabajo sobre el Megaproyecto Urbano en el sur Metropolitano de Madrid: Xanadu y su entorno, aborda el impacto de un nuevo proyecto comercial que se realizaría a tan sólo 23km. del centro urbano de la ciudad, analizando cómo este nuevo centro de ocio y consumo que contempla la creación de áreas diferenciadas que albergan cines, zonas de restauración (patios y terrazas que funcionan como miradores) e incluso un parque de nieve, ha sido diseñado como un espacio de simulación que evidencia un afuera defensivo y un adentro familiar, en un intento de remplazar la experiencia de estar en un espacio que es a la vez privado y público; una estrategia de emulación en donde han sido ubicadas –trasplantadas– salas de estar, bancas, faroles, fuentes de agua, pequeñas plazoletas rodeadas de cafés y librerías, como si se tratara de ubicarte en un “mundo real” pero sin las tensiones sociales de “el mundo real”:

Los pasillos que recorren el interior del centro, adquieren un notorio papel de calle pública. Por ellas los visitantes pasean tranquilamente, ajenos al tráfico y a la contaminación, a las condiciones meteorológicas del exterior ya que aquí la temperatura es siempre la ideal, nunca llueve, y siempre es de día, hechos que aún hacen más apacible este paseo. Además, estas calles son ajenas al miedo, ya que a

Vía Ventura; lastimosamente por cuestiones de tiempo no tuve oportunidad de ir al sitio en cuestión. Sin embargo, después de buscarla por internet, me encontré con la grata sorpresa de que esta es exactamente igual a la encontrada en Bogotá. Un aspecto por demás interesante, en la medida en que pone de manifiesto el carácter homogéneo que pretende imponer la modernidad capitalista.

los individuos más conflictivos de la ciudad, prostitutas, ladrones, vendedores ambulantes, drogadictos, mendigos, etc., se les niega el acceso. Son “calles” que no admiten la posibilidad de organizar bailes callejeros, hacer campaña política e incluso el hecho de fotografiar es vetado por la seguridad privada del centro. Vigilancia que refuerza más la sensación de tranquilidad de los visitantes de este espacio. Se recrea una ciudad utópica, de la que subyace una clara negación de la ciudad consolidada. Entre las calles se encuentran las plazas, espacio público tradicional, y de elevada carga socializadora, ya que ha sido el lugar de encuentro, de reunión de charla, de juegos, etc. Plazas que en este espacio privado, pretenden recrear este aspecto tradicional, al dotarlas de bancos que permiten sentarse a leer, a charlar, o simplemente a observar (Alandi, 2005:206).

La centro comercialización de la ciudad responde a un intento privado de atomización que permite vivir la fantasía de un narcisismo colectivo: en donde el sujeto se refleja en las veleidades del consumo. Así mismo, estos espacios controlados por el *marketing*, han servido como contendores de una especie de cultura global en donde se disuelven las identidades locales y la alteridad ya no es conflicto sino posibilidad de plusvalía. En cualquiera de estos centros comerciales, ya sea en Asia o en América, vas a tener la posibilidad de consumir los mismos productos, en ellos nunca faltará un McDonalds, un Burger King, un Pizza Hut o un K.F.C., así como tampoco faltarán las tiendas MAC, Nike, Levis y demás franquicias que se han instalado como parte de una cultura global de consumo estandarizada por las grandes marcas de industrias ahora transnacionales.

En términos de la sociedad de consumo se desdibujan las identidades y, al igual que las mercancías, éstas se convierten en construcciones, e imaginarios, generadas por los comerciantes, los publicistas, los promotores e inversionistas. La homogeneización de la cultura de consumo ha llevado a la necesidad de una distinción e identidad (Rodríguez Chumillas, 2005:133).

Si atendemos al caso particular de Quito, se vuelve notoria esta tendencia a la centro comercialización de la ciudad⁴⁰. Tan sólo al norte existen alrededor de ocho centros comerciales, sin contar las plazas comerciales y los centros al estilo Home Depot (en el que se distingue el Mega Kywi, ubicado sobre la Av. Eloy Alfaro, entre los sectores de Brasilia y Julio Matovelle). Los centros comerciales de mayor

⁴⁰ En el área de estudio correspondiente a los valles de Cumbayá y Tumbaco, esta tendencia se vuelve más álgida. En Cumbayá se pudo identificar, entre centros y plazas comerciales, un total de seis establecimientos: Centro Comercial Villa Cumbayá, Centro Comercial Plaza Cumbayá, Centro Comercial Plaza Moderna, Centro Comercial Plaza Centro, Centro Comercial La Esquina y, el todavía en construcción, Centro Comercial Paseo de San Francisco (que se proyecta como el más grande de Quito). En Tumbaco: se encuentran el Ventura Mall (en el que se ubica el famoso Minicity) y Scala Shopping. Todos estos centros comerciales ofertan similares productos y servicios en materia de Boutiques, almacenes deportivos, ropa y zapatos, ferreterías, droguerías, tiendas de tecnología, establecimientos bancarios, cafés, restaurantes, panaderías y establecimientos de comidas rápidas. En ellos, se reproducen de manera simétrica y homogénea, los típicos repertorios del capitalismo transnacional y nacional: tiendas de Nike, Adidas y Puma, almacenes como Athlon, establecimientos como: McDonald, Burger King, KFC, Juan Valdez, El Español; farmacias: Fybeca, Sana Sana, Medicity, etc. ferreterías y tiendas de tecnología: Súper Paco y RadioShack.

referencia son: Condado Shopping (Av. Mariscal Sucre y Av. Manuel Cordova Galarza), Ciudad Comercial El Bosque (Av. Occidental s/n y Edmundo Carvajal), Mall El Jardín (Av. Amazonas N6-114 y Republica), Centro Comercial Ñaquito (CCI ubicado en Av. Amazonas N36-152 y Naciones Unidas), Quicentro Shopping (Av. Naciones Unidas entre 6 de Diciembre y Shyris), así como otros de menos talante pero de alta recordación: Olímpico (Cll. Portete), El Espiral (Av. Amazonas y Jorge Washington. Quito, Ecuador.) y El Caracol (Av. Amazonas y Naciones Unidas. Quito, Ecuador) –este último– uno de los primeros centros comerciales modernos de la ciudad, aunque ha sido opacado por la presencia de los anteriormente señalados.

Si nos salimos del norte la situación del sur palidece, aquí se han instalado tan sólo dos grandes centros comerciales: El Recreo (Av. Pedro Vicente Maldonado S11-122) y el Quicentro Sur (Av. Morán Valverde y Quitumbe Ñan. Sector Sur), uno de los más grandes de Quito. Aspecto que pone en evidencia la manera como el modernismo capitalista se desarrolla en función de un imaginario urbano quiteño que reafirma la idea de un norte moderno, próspero y dinámico y la idea de un sur tradicional, empobrecido y obrero. Aspecto que como veremos en el capítulo II, se encuentra sustentado por procesos socio históricos. Así mismo, si atendemos a las características de estos lugares, incluida su ubicación en la ciudad, la mayoría de estas zonas de equipamiento comercial se plantean homogéneas en lo que respecta a la oferta de bienes y servicios, como también, se concentran en un cordón estrecho que ha saturado el centro norte de la ciudad.

De manera interesante, estos espacios cerrados de socialización, consumo, ocio y esparcimiento cumplen con los mismos principios que se aplican a las comunidades cerradas descritas anteriormente, en tanto cumplen la función de proveer una fantasía homogéneamente compartida, en donde el único riesgo obedecería a un colapso del sistema de crédito. Así mismo, en ellos operan dos procesos que se han mantenido como una lógica del urbanismo más allá de sus transformaciones y novedades, tal y como lo son el mantenimiento de la vigilancia y la garantía de la adherencia. Estos espacios simulados crean la ilusión de un adentro vívido, globalmente estandarizado, ascético y aséptico y un afuera pálido, local, profano y contaminante. “Las fronteras de los CIDs separan el mundo privado del público tanto física como simbólicamente. La riqueza

relativa y la seguridad de las esferas protegidas crea una cultura estratificada de separación que hace al espacio público cada vez menos atractivo” (Judd, 1995:162)

En este escenario el afuera-público ha pasado a ser un espacio residual, un no lugar dispuesto para el flujo más no para su habitabilidad, a no ser por una manera de habitar regida por las prácticas de consumo: “instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes [...] campos de tránsito prolongado” (Augé, 1998:41). En esta dirección, el que en otros tiempos fuera el ágora, el lugar de encuentro entre formas de consenso y disenso, ha pasado a ser en gran medida un lugar caracterizado por maneras itinerantes de transitar de un lugar a otro; la calle es un ducto al que obligadamente tenemos que acudir para pasar de la casa al trabajo, de ésta a la escuela, al mercado y al centro comercial.

Esta idea, aunque pareciera ser muy sesgada si se tiene en cuenta la manera como la calle y lo público no han dejado de ser ámbitos que permiten distintas formas de apropiación –sobre todo si se atiende a lo promulgado en los planes de desarrollo gestionados por la Administración Metropolitana de Quito 2012-2022– así como de resistencias: un lugar para el ritual y el carnaval, para la marcha y la protesta, el grafiti y el bricolaje, no resulta una posición del todo arbitraria si observamos la manera como la calle se ha convertido en un dispositivo de distanciamiento⁴¹.

En el caso de las ciudades latinoamericanas si bien no se ha presentado esta situación a la manera extrema de Los Ángeles y otras ciudades de los Estados Unidos, sobre una microfísica que hace evidente las fracturas morales y culturales del tejido social en la concreción de extensos viaductos que funcionan como inter-conectores pero también como murallas, sí se puede manifestar que tal situación se ha venido imponiendo sobre

⁴¹Al observar ciudades como Los Ángeles, la calle como dispositivo de segregación cobra relevancia. En estas ciudades quien no tenga un vehículo que le permita transitar por las grandes avenidas queda prisionero en el interior del contingente que le ha sido asignado según un rasero socioeconómico, el cual, muchas veces funciona como un eufemismo que pretende ocultar formas de segregación sobre la base étnica y racial. Podría decirse en este contexto que la calle no es más que un ducto destinado a mantener ciertas conectividades y asilamientos entre distintos guetos. Recuerdo muy bien una anécdota que me contaría mi pareja durante su estancia por cuatro meses en Miami. Ella me contaba que caminaba por la Collins Avenue, un lugar caracterizado por grandes condominios sobre todo de propiedad de población blanca judía; mientras caminaba los carros que pasaban disminuían su velocidad, según el entender de ella, quienes transitaban en sus carros habían asumido que una mujer caminando sola por la avenida era signo de su condición de prostituta, mientras seguía caminando hacia South Beach notó que en el otro lado de la avenida se encontraba un grupo de jóvenes negros quienes estaban vestidos con la típica indumentaria hip hop, ellos habían sido detenidos por la policía, para quienes unos jóvenes con sus características y caminando por la avenida era un signo de que algo andaba mal, después de una serie de requisas e interrogatorios los policías se dan cuenta de que estos jóvenes no cargaban armas ni nada por el estilo, sin embargo, fueron obligados a desplazarse hacia otro sector.

todo si atendemos la situación de los valles de Cumbayá y Tumbaco en Quito. La siguiente imagen, correspondiente al transecto que une Quito con Cumbayá por la vía interoceánica a la altura de las prestigiosas urbanizaciones cerradas de Jardines del Este I, II y III, resulta apreciable como la vía es un dispositivo de desconexión, en el que la vista se corta con el muro y en donde la experiencia de ciudad pareciera regularse por la fragmentación y el flujo.



Fotografías tomadas el 26 de mayo de 2011 sobre la Vía Interoceánica correspondiente al transecto que une Quito con Cumbayá, a la altura de las prestigiosas urbanizaciones cerradas de Jardines del Este.

Fuente: Santiago Barona M.

El curso de las imágenes nos devuelve aquello que en la ciudad contemporánea pareciera haberse perdido, la posibilidad de detenerse ante lo que parece sólo estar destinado para el flujo. Muros siempre muros cuando no espacios desiertos, estéticas recurrentes al recorrer varios de estos transectos. Muros que más allá de su altura, se “decoran” alusivamente a lo punzante, a lo espinoso y a lo carcelario: vidrios cortados, alambradas y rejas, cuando no son bardas electrificadas.

Más allá de estos aspectos, en la mayoría de las ciudades contemporáneas la conversión de lo público en un lugar meramente destinado para el tránsito y la realización de una vida en policía, contrasta callejuelas de estrechas aceras a las que les fueron retiradas bancas como lugares de estación y descanso, con grandes avenidas para la circulación de automotores que llevan personas y mercancías entre archipiélagos interconectados. La calle es asumida como lugar de tráfico de capitales y sujetos de toda clase, que se mueven según los vaivenes de una cotidianidad mediada por los procesos productivos y de consumo, más que como un lugar para el detenimiento y la reflexión política. En ella se percibe un ambiente de caos, anomía e indiferentismo, lo que la hace voluble a su caracterización como espacio de miedo e incertidumbre, que pareciera cobrar su máxima aurora al llegar la obscuridad de la noche⁴².

⁴² Al respecto puede leerse, en el repositorio virtual del diario El Comercio, el artículo del 13 de mayo de 2012, en donde figuran algunos datos suministrados por el Observatorio Metropolitano de Seguridad

Estos aspectos han perfilado una marcada tendencia hacia la caracterización de nuestras sociedades como “sociedades del riesgo” —enmarcadas en una ecología de la inseguridad y miedo—, conduciendo a su vez a una mayor segregación del tejido social y segmentación del espacio urbano sobre un principio privatizador. Como diría Cañizares (2005:32) “la actual sociedad producto de las telecomunicaciones y la globalización es también, entre otras cosas, la sociedad del riesgo”.

Latinoamérica *speacking*

Retornando a las comunidades cerradas con las cuales hemos comenzado este texto, surge la necesidad de introducir la discusión en un plano regional a través del cual podemos ver la manera como ha sido asumido el fenómeno.

En el caso Latinoamericano se pueden encontrar similares tendencias a lo largo del siglo XX. Los primeros trabajos que hacen un registro socio-histórico sobre el tema de los paisajes cerrados, se dan con mayor énfasis y madurez académica a finales del siglo XX y la primera década del XXI. Los principales autores o las obras con mayor reconocimiento en el campo de estos estudios pioneros, fueron los trabajos realizados en Brasil y Argentina: Ribeiro (1997) en Río de Janeiro, Caldeira (2000) en Sao Paulo y Svampa (2001) en Buenos Aires. En ellos se registran las primeras Comunidades Cerradas, ya fueran estos conventillos o condominios, entre los años de 1928 a 1930, su consolidación como modelo urbanístico en la década de 1950 y su diseminación sistemática en 1970-1975, tanto para el caso Argentino como Brasileño (Batalla,2005:1; Calderira, 2000:315). Las décadas posteriores evidenciarían una serie de cambios estructurales en tanto estos condominios cerrados, *Countrys* o suburbios y centros de comercio ya no estarían integrados a la red urbana: una segregación que como diría Borja (2003:206): “se intenta combatir con el automóvil”.

Aunque la mayoría de estos trabajos parten de un escenario que vincula estas transformaciones como epifenómenos del miedo a las condiciones de crimen y violencia que hoy sufren la mayoría de ciudades latinoamericanas: por los problemas de saturación urbana, migración, inequidad, y demás condiciones que se han potenciado en el mundo

Ciudadana (OMSC), en donde se señala la recurrencia de crímenes y situaciones de violencia en horas de la noche, particularmente los días viernes, sábados y domingos.

<http://www.elcomercio.com/actualidad/seguridad/mayoria-de-homicidios-quito-se.html>

Así mismo, estos aspectos son tratados en el subcapítulo: Percepciones de confianza e (in)seguridad desde la realidad logarítmica. Al interior de este capítulo.

globalizado, sobresale un elemento que ya había sido planteado tempranamente por Mackenzie (1994:72), al referirse a un “racismo institucionalizado”: en donde la etnicidad, la clase y la raza, continúan siendo los principios rectores en la organización de las células privativas; aspectos que generalmente quedan ocultos en el discurso de la violencia y el crimen.

Así mismo, se ha rastreado en los últimos años una elevada proliferación de estos estudios tanto en los países ya mencionados, como en el caso de México⁴³ y Chile; estudios que marcan una clara desproporción con relación a otros países y ciudades latinoamericanas. Según Cabrales, en contraste con el creciente número de investigaciones a partir del 2000 en los países latinoamericanos ya mencionados, en el caso de Ecuador, Colombia y Venezuela⁴⁴, así como otros países de Centro América y el Caribe, se presenta un índice proporcionalmente bajo de información empírica, que sumado a un agotamiento de las categorías analíticas, no permiten establecer cuadros comparativos sobre las tendencias presentadas en el resto del subcontinente (Cabrales, 2005:188).

⁴³ Según informes consignados en el ejemplar 62 de la revista digital de libre acceso: Seguridad en América (2010:8-13), el Valle de México será el más vigilado para el 2011. Según Michael Negrete, desde hace unos dos años, el Distrito Federal de México ha destinado más de 685 millones de pesos para la implementación de una red de CCTV (Circuitos Cerrados de Televisión y video-vigilancia) designada como la C4, capaz de interconectar a los 16 municipios que integran *la red mexicana del D.F.* Una red que cuenta con la disponibilidad de 4000 cámaras de seguridad (8000 según estimativos para el 2012), interconectadas con los distintos centros de control y atención inmediata, las cuales, entre otras características, contarán con la implantación de botones de pánico para generar una mayor agilidad en la respuesta policial al delito así como también garantizar una participación aun mayor de la población civil en materia de su compromiso en la realización de la vigilancia y la prevención al delito.

⁴⁴ Hay que tener en cuenta que el cuadro presentado por Cabrales sólo hace referencia a aquellas investigaciones que toman como eje los procesos de cerramiento urbano con relación a los fenómenos de seguridad/inseguridad, miedo/distinción, retracción de lo público/auge de lo privado, etc. dejando por fuera aquellas investigaciones que abordan estas mismas categorías dentro de otros rangos y esferas. Así mismo, se debe señalar que en los últimos años se ha dado un incremento sobre estas investigaciones en los países que anteriormente al 2005 presentaban un bajo índice, sobre todo en el caso de Ecuador y Venezuela en donde se distinguen los trabajos realizados en Ecuador por Carrion, Ponton y Santillan, así como otros investigadores cuyos trabajos hacen parte de los tres tomos sobre Ciudad Segura (2006, 2007, 2009) y seguridad ciudadana (2002), y los trabajos pioneros, como el realizado por Susana Rotker (2000) sobre las *Ciudadanas del Miedo* en Venezuela. Sin embargo, comparativamente con otros países latinoamericanos, puede reiterarse una baja proliferación de los estudios que abordan las categorías ya mencionadas tomando como eje los procesos de encapsulamiento urbano. Esta baja proliferación no obedece a una poca atención o despreocupación sobre el tema en cuestión, sino en un tratamiento sumamente distinto que se plantea de acuerdo a situaciones sociopolíticas diversas que han analizado estas transformaciones a la luz de un enfoque más “securitista”; sobre todo en el caso de Colombia en donde las causas, los fenómenos y epifenómenos de un conflicto armado entre fuerzas insurgentes, estatales y paraestatales, ha centrado la atención de los investigadores que abordan el tema segregación, inseguridad, miedo y violencia, desde otras aristas; aunque se destaca el trabajo realizado tempranamente por Aprile Gniset (1984) en donde analiza el tema de la segregación urbana paralelamente a la configuración de barrios y el surgimiento de clases sociales en Colombia.

Más allá de este bosquejo general del panorama latinoamericano, que en algunos casos ha declarado un estancamiento en el debate, vale la pena describir aquellos aspectos que, similarmente a lo señalado por los analistas del fenómeno pertenecientes a otras latitudes, han influido no sólo en la configuración de un nuevo urbanismo sino en la configuración de un nuevo tipo de sociedad en donde se estrecha la relación entre miedo y consumo.

Estas investigaciones han destacado la manera como los procesos de transformación espacial sobre los complejos urbanos, los cuales, atraviesan el campo de las nuevas políticas de reordenamiento y control, operan en estrecha relación con los sectores privados encargados de agenciar la actual oferta y demanda sobre un mercado inmobiliario de alta plusvalía, a partir del cual, se promueve un imaginario de seguridad (disminución de riesgos), distinción (acceso a ciertos referentes de estatus y confort) e identidad (homogeneidad de grupo bajo el rasero socioeconómico) (Giglia, 2000; Cabrales, 2003; 2005; Svampa, 2001; Janoshka, 2002).

Así mismo, se ha señalado cómo estas políticas de control y de mercado generalmente se amparan y legitiman sobre la base de un lenguaje estadístico georeferencial que mide el incremento sobre los índices de población, migración e inmigración, desempleo y criminalidad. Tipificaciones, caracterizaciones y sectorizaciones de violencias y delitos de toda índole –que atraviesan el plano de lo físico a lo simbólico–, los cuales, son también retro alimentados por los discursos provenientes de las *mass-media*, que muchas veces magnifican los hechos –y por lo tanto sus efectos–, en un tono que al colindar con el espectáculo pasa del lenguaje estadístico a uno cualitativo que actúa como reforzador de estereotipos (Rincón y Rey, 2008; Reguillo, 2000), lo que ha fomentado la reproducción de miedos y prácticas de exclusión⁴⁵.

Más allá de señalar la labor de los medios de comunicación en la construcción de un imaginario del crimen, que tautológicamente estrecha la relación entre pobreza-marginalidad-violencia, este incremento sobre la agencia de los grupos y capitales privados en la administración de los procesos de reordenamiento y control del espacio en los complejos urbanos, si bien es concomitante con una

⁴⁵ Pero no podemos señalar que estos sean sus únicos efectos, como menciona Monsivais (1999): “El morbo por la nota roja es parte de una técnica de preservación psicológica. No sólo se exorciza el delito ubicándolo como el suceso remoto en la pantalla de televisión; también al incorporarlo al espectáculo, se banaliza el hecho de sangre. Por naturaleza el morbo es la “técnica de control” psicológica de la violencia inmanejable. Si el chisme nos incorpora a la intimidad ajena, el morbo por la nota roja nos aleja de la desgracia por acontecer” (Monsivais, 1999:38)

retracción/transformación de lo público⁴⁶ en todos sus ámbitos, comprende a su vez una reducción/transferencia sobre la agencia anteriormente conferida únicamente a los organismos e instituciones estatales. Aspectos que ponen en debate la distribución y aplicación del monopolio de la fuerza o la violencia legítima, lo que vincula tanto a las políticas de reducción del gasto público propio de los modelos neoliberales, como también una creciente pérdida de legitimidad y confianza por parte de la ciudadanía hacia los cuerpos gubernamentales encargados para la realización de tales fines⁴⁷.

Percepciones de confianza e (in)seguridad desde la realidad estadística.

Si tenemos en cuenta algunos de los datos estadísticos presentados en el VI Informe de la Secretaría General de FLACSO sobre el tema de Confianza en América Latina y el Caribe (2010), se plantea que entre 1995 y 2009, la confianza interpersonal y en las instituciones públicas ha tenido una tendencia a la baja, a diferencia de las instituciones religiosas y

⁴⁶ Al aludir al concepto de lo público vale la pena traer a colación la conceptualización realizada por Carrión en donde éste es concebido como “un ámbito contenedor de la conflictividad social, que contiene distintas significaciones dependiendo de la coyuntura y de la ciudad de que se trate” (Carrión, 2006:1). La separación de lo público en oposición a lo privado, deviene de la antigua Grecia en donde se distinguía el espacio de la polis común a todo los ciudadanos libres (*koyne*) del que refiere al mundo de lo privado (*oikos*-casa). Por públicas entendemos “aquellas organizaciones que en contraposición a sociedades cerradas son accesibles a todos (Habermas, 1986:41). En su sentido moderno, se entiende el espacio público, como algo ligado a la “publicidad” (finales S. XVII y S. XVIII), entendida como aquello vinculado “al estado y la calidad de las cosas públicas”, por lo tanto el ámbito de la opinión pública, según Cucurela (2001), en su reflexión sobre la obra de Habermas (1986), constituye “el eje de cohesión social, de la construcción y legitimación (o deslegitimación) política [...] no es un espacio político sino ciudadano, civil, del «mundo de la vida» y no de determinado sistema o estructura social” (Cucurella, 2001:53). Hay que recordar que en su sentido moderno el surgimiento de la opinión pública está ligado a la *Public House of Commons*, un ámbito en donde se ven enfrentados el Estado Moderno y la Sociedad Burguesa (Habermas, 1986:44)

⁴⁷ Más allá del aumento sobre los índices de percepción de inseguridad y victimización realizados por el programa de Estudios de la Ciudad FLACSO-Ecuador, a partir de los Boletines de Ciudad Segura (2008, 2009, 2010), que seguidamente entraremos a analizar, cabe señalar en este punto, que la tendencia antes mencionada pudo ser corroborada empíricamente a partir de entrevistas al estilo *Vox Pop* realizadas en los meses de septiembre y octubre de 2010, en distintos puntos de la ciudad de Quito. En las cuales, se le preguntaba a los transeúntes cuáles eran sus opiniones con relación al tema de la seguridad en la ciudad y en qué medida los dispositivos como cámaras de video vigilancia y los cuerpos policiales lograban generar un ambiente tranquilo y seguro. En la mayoría de los casos los entrevistados manifestaron un estado de completa incredulidad frente a las acciones de la policía y demás dispositivos destinados para la vigilancia y control en su propósito de mantener un estado de seguridad. La gente comentaba que la inseguridad ahora es tanta, que Quito estaba a la par con ciudades de la costa como Guayaquil o Esmeraldas, las cuales, han tenido por mucho tiempo el calificativo de “regiones peligrosas”; estereotipo que se ha extendido hacia los sujetos provenientes de estas regiones con toda su carga de estigmatización y exclusión. Así mismo, se comentaba que la criminalidad opera de manera generalizada, o sea que ya no se restringe a las áreas anteriormente reconocidas como peligrosas, y en algunos casos es más violenta o sofisticada, aspectos que en algunos de los entrevistados justificaban acciones de autodefensa. Finalmente en estas entrevistas se dieron dos tendencias generales: en primer lugar las que desacreditaban la labor del estado en su labor de garantes del orden para exigir un endurecimiento del aparato judicial que bajo una política de mano dura incrementa las penas; la segunda partía de este escenario de incredulidad sobre la capacidad del estado para la administración del orden propendiendo a actitudes que favorecían acciones de autodefensa.

privadas que se han mantenido estables o presentan en algunos casos un aumento; aspecto que como vimos anteriormente se distingue como un aspecto multiplicador de las HOA y las CID.

Con relación a la confianza en las instituciones privadas se determinó que los mayores índices los reportan los medios de comunicación: radio (56%) televisión (54%) y prensa escrita (49%) según el estimativo para A. L. en el 2009; en segundo lugar figura la empresa privada con un 42% (FLACSO VI Informe Confianza en América Latina y el Caribe, 2010:89-95). Este aspecto resulta muy importante si tenemos en cuenta que a mayor confianza en los medios privados de comunicación, será mayor su capacidad de influir –y disuadir– sobre la opinión pública y los procesos de toma de decisiones de los ciudadanos. Situación que puede resultar preocupante si tenemos en cuenta que en muchos países, como en el Ecuador, el sensacionalismo es la impronta: en este punto, resulta importante observar, la manera como los programas de crónica roja en la televisión ecuatoriana, los cuales tienen una amplia acogida además de unos horarios prime time, acentúan la relación entre criminalidad-marginalidad-pobreza, además de contribuir a una creciente atmósfera de miedo y un clima de impotencia frente a una apremiante delincuencia cuyos delitos quedan impunes.

Si hacemos un seguimiento a estos programas transmitidos en el horario de la noche podemos ver que en los canales de televisión TC y Uno sobresalen crónicas que por lo general toman como lugar los barrios “populares” de las ciudades de Quito y Guayaquil, abordados como escenarios en donde se gestan todo tipo de actos y situaciones anómalas y abominables, casi siempre vinculadas a historias de maltrato intrafamiliar, abuso contra mujeres y menores, drogadicción, prostitución, alcoholismo, riñas, hurtos y asesinatos; así mismo, aparece la calle como escenario rutinario de crímenes y asaltos, los cuales, pueden ser apreciados en su ejecución a través de las pantallas de televisión, que gracias a las imágenes suministradas por los sistemas de monitoreo, control y vigilancia (Ojos de Aquila, ubicados en distintos puntos de las ciudades de Quito y Guayaquil), parecieran llevar en vivo y en directo retazos de una realidad del crimen que eclipsan la manera como nos representamos la realidad social, nos definimos en el espacio a la vez que definimos el lugar de los otros. Aspectos que aumentan los niveles de estigmatización e indiferencia, frente a una otredad cuya condición de vulnerabilidad y deficiencias son vistas desde un esencialismo que las asume como derivados de una “cultura de la pobreza”, bajo la cual se pretende invisibilizar la inoperancia y la

responsabilidad del estado respecto a las condiciones de necesidad y opresión en que viven esos conglomerados.

Así mismo, se comprende que mientras “la iglesia concentra un 62% de confianza, a nivel de las instituciones públicas (el congreso y los partidos políticos) se presenta un 26% y 17%” (FLACSO VI Informe Confianza en América Latina y el Caribe, 2010:9)⁴⁸; lo cual, es visto por los expertos como uno de los aspectos más sensibles que obstaculizan el desarrollo dinámico de la región:

Según Fukuyama (1996), Para que las sociedades se desarrollen, se debe pasar de un modelo basado en la fe, esperanza y caridad a uno basado en la confianza, esperanza y capital social. En este sentido, sociedades con alto nivel de confianza en la Iglesia y bajos niveles de confianza interpersonal y en las instituciones, estarían más cerca de los polos fe/caridad que de los polos confianza/capital social (FLACSO VI Informe Confianza en América Latina y el Caribe, 2010:34)⁴⁹.

Estos índices, parecieran reflejar el debate planteado por Campos y Greene (2005), con relación a la incidencia de las instituciones y los sistemas de pensamiento religioso de carácter católico y judeocristiano en la consolidación de formas de valoración que basadas en la fe, terminan por fomentar –a nivel interpersonal– una homogenización regresiva y radical que promueve toda clase de intolerancias, en donde la desconfianza comienza por el reconocimiento de lo heterogéneo. Pero, más allá de señalar la vigencia de este debate cuyo tratamiento desbordaría la intención de este capítulo, vemos que estos índices son

⁴⁸ En el caso de Ecuador, Chile y Nicaragua se establece que han habido aumentos y disminuciones en la confianza interpersonal y a las entidades públicas y privadas. En el caso de Ecuador la confianza en las instituciones religiosas se establece en un 68%, dos puntos porcentuales por debajo de la media de América Latina con un 73%. En comparación con la confianza interpersonal: el Ecuador presenta un bajo nivel 34,1% (aunque ocupa el segundo lugar en Latinoamérica), estadísticas que se establecen teniendo en cuenta índices de distribución del ingreso, los cuales “evidencian una marcada desigualdad (coeficiente de Gini 0,504 /ingreso per cápita \$1744) y altos niveles de pobreza (42,7%)” (FLACSO VI Informe Confianza en América Latina y el Caribe, 2010:51). Sin embargo, estas estadísticas exponen que no hay una correlación directa entre una mayor distribución del ingreso y mayores índices de confianza. Esto queda claro después de observar que los países con un mayor PIB per cápita, tal y como lo son Uruguay y Argentina (\$8.161 y \$9.884 respectivamente), presentan unos índices de confianza interpersonal que van de un 25,5% en el caso de Uruguay (ocupando el cuarto lugar en la tabla) a un 19,3% en el de Argentina (ocupando el decimotercer lugar) (Ibíd.).

⁴⁹ Aunque no pretendo descalificar la apreciación realizada por los expertos del desarrollo, que vinculan la relación confianza-capital social como una de las principales bases para el desarrollo y la gobernabilidad de los países latinoamericanos, resulta inquietante que las directrices para el desarrollo de América Latina provengan de los mismos lugares en donde por primera vez se evidenciaron los efectos más perturbadores del nuevo urbanismo en la configuración de una sociedad post-metropolitana que estrecha la relación entre lo utópico y lo distópico: en la que se ha exacerbado la brecha entre la ciudad de los ricos y la de los pobres, en donde la inseguridad ha pasado a ser una patología que también se mide por la paranoia y, por lo tanto, ya no es sólo una problemática vinculada al crimen y derivada de la insuficiencia de los modelos económicos para garantizar un distribución equitativa de servicios y beneficios a la totalidad de las poblaciones que albergan en sus ciudades.

concomitantes con un aumento en la percepción de delincuencia al interior de sus barrios y comunidades.

Según el Estudio de Opinión Pública en Latinoamérica 2009-2010, Gobernabilidad y Convivencia Democrática en América Latina realizado por la Secretaria General de la FLACSO y publicado en el mes de mayo del 2010, se plantea que:

El 59% de los latinoamericanos afirma que en su comunidad hay más delincuentes ahora que hace un año, frente a un 29% que opina lo contrario [...] El 68% de los consultados afirman estar <<en presencia de delincuentes>> (siempre o casi siempre) en su comunidad [...] El 66% dice sentir preocupación de llegar a ser víctima de un delito [...] El 61% señala la falta de policías en su comunidad [...] El desempleo (21%), la falta de oportunidades (18%) y la pobreza (12%) encabezan las razones por las cuales los habitantes de Latinoamérica consideran que existe inseguridad o delincuencia en sus países. **Por otro lado:** el 57% afirma sentirse segura en su comunidad (siempre o casi siempre) frente a un 43% que opina lo contrario (nunca o casi nunca) [...] La mayoría considera que las personas que viven en su comunidad, tienen valores similares a los propios (66%) y una proporción similar afirma que ante un problema habrá alguien dispuesto en su comunidad a brindar ayuda (68%) [...] (FLACSO Estudio Opinión Publica América Latina, 2010:19-22).

Estas referencias estadísticas parecieran revelar ciertas contradicciones en la manera como los latinoamericanos perciben la situación de inseguridad al interior de sus propias comunidades; ya que si bien, existe mayoritariamente una percepción sobre el aumento de la presencia de delincuentes en sus barrios, así mismo como una tendencia a creer que pueden ser víctimas potenciales, los encuestados sienten que al interior de sus comunidades hay una mayor homogeneidad de intereses y valores, lo que lleva a que una proporción relativamente mayor manifieste sentir más seguridad al interior de los mismos. Esta paradoja se acentúa si tenemos en cuenta que mientras un 66% de los latinoamericanos dicen tener preocupación por llegar a ser víctima de un delito: “un 49% de los habitantes en la región afirma no haber tomado medidas para enfrentar la delincuencia, 51% afirma haber tenido que adoptar medidas pero sólo el 21% señala haber actuado conforme a la implementación de rejas y dispositivos de seguridad” (Ibíd.: 22,95); una afirmación que resulta inquietante al observar que países como Brasil, el cual fue uno de los primeros contextos de reflexión sobre la configuración de un nuevo urbanismo caracterizado por el amurallamiento y la segregación social, en donde el habla del crimen no sólo exorciza el miedo sino que respalda actitudes de autodefensa, figura como el país en donde sus ciudadanos manifiestan en un 73% no haber adoptado medidas ante ésta problemática (Ibíd.:35). Pareciera entonces, que las descripciones realizadas por los analistas brasileños a comienzos del nuevo siglo, así como las imágenes cada vez más

comunes de un paisaje urbano en donde las rejas y las cercas electrificadas crecen paralelamente a la percepción de inseguridad, no encontraran justificación ante esta realidad estadística.

Sin embargo, más allá de señalar posibles explicaciones que permitan la coexistencia de dos tipos de realidades que distan mucho una de la otra, resulta interesante tener en cuenta un último aspecto presentado en estos informes con relación a la percepción de inseguridad de los latinoamericanos, en donde se afirma que por primera vez en el año 2010, los índices de victimización son equiparables a los índices de percepción de inseguridad:

La percepción de la delincuencia como problema principal ha adquirido tales dimensiones que en 2010 es por primera vez congruente con la tasa de victimización. Mientras que en 1995 un 29% de los latinoamericanos habían sido víctimas de un delito y sólo 5% señalaban la delincuencia como problema principal, en 2010 el 31% señala que ha sido víctima y un 27% señala que este es el principal problema. (FLACSO VI Informe Confianza en América Latina y el Caribe, 2010:10)⁵⁰.

Estas cifras a la vez que muestran un crecimiento exponencial sobre la percepción de inseguridad, lo que lo ha convertido en uno de los principales temas de importancia en la agenda pública, tanto a nivel gubernamental como a nivel de la ciudadanía en general⁵¹, dejan en claro que el fenómeno no es recíprocamente correspondiente con un aumento de los índices de criminalidad que van de 29% a 31%. Una posible respuesta frente a este aumento exponencial sobre el primer índice en comparación con la aparente estabilidad del segundo podría obedecer a cuatro tipos de situaciones no necesariamente desvinculadas las unas de las otras:

1. Los latinoamericanos han desarrollado una mayor preocupación e interés por el tema de la (in)seguridad, lo que lo ha llevado a sancionar éste como uno de los temas más preocupantes e importantes de la agenda pública más allá de si han sido víctimas o no.
2. Al existir una poca confianza sobre las medidas de seguridad adoptadas por el estado en esta materia, los latinoamericanos han asumido el costo de la seguridad

⁵⁰ En el caso de las principales ciudades del Ecuador se estima que la inseguridad preocupa a un 91,3% de los encuestados (Estudio de Opinión FLACSO-IPSO, 2010:16-17). Con relación a la percepción sobre la presencia de delincuentes en la comunidad se estima que: 37% siempre, 33% casi siempre, 25% casi nunca y 5 % nunca (FLACSO Estudio Opinión Publica América Latina, 2010:97).

⁵¹ Según los Resultados del Estudio de Opinión FLACSO-IPSO 2009-2010, se estima que un 91% de los Latinoamericanos –por lo menos los que residen en las principales ciudades de la región– sienten a la inseguridad como su mayor problema (Estudio de Opinión FLACSO-IPSO, 2010:16-17)

privada, lo que los hace más sensibles ya no sólo desde un punto de vista social sino desde un punto de vista económico, en la medida en que el asumir este costo afecta directamente sus economías; aspectos que si bien no han logrado disminuir los índices regionales tampoco han permitido un aumento exponencial de la misma.

3. Los índices de percepción son concomitantes con un aumento exponencial de las situaciones de violencia e inseguridad, sin embargo, este incremento no es sustentable en las cifras de victimización a personas y hogares en tanto la desconfianza hacia las entidades públicas ha conducido a que la gente no denuncie al existir un clima de impunidad e insatisfacción frente a las medidas realizadas por estas entidades y colegiados.
4. La percepción de mayor inseguridad obedece a otro tipo de situaciones que no necesariamente son vinculantes con delitos y crímenes tipificados. En este sentido entran en juego:
 - a) la labor de los medios masivos de comunicación en la construcción de una atmosfera delictiva de caos e incertidumbre que potencia sentimientos de miedo, desconfianza e indefensión.
 - b) aspectos de índole cultural y sociológico en donde la percepción de inseguridad está soportada sobre una base de intolerancia e indiferencia, que asume lo otro y lo heterogéneo como sinónimo de peligrosidad y sospecha; en este ámbito diríamos que la percepción de inseguridad, más allá de los índices de violencia e inseguridad objetivas, también está construida sobre valoraciones peyorativas hacia lo otro y lo diferente, las cuales, alimentan toda clase de visiones estereotipadas y formas de estigmatización sobre sujetos y lugares. Aspectos que no pueden ser referidos como elementos meramente subjetivos, en tanto tienen una incidencia preponderante en los índices estadísticos objetivos, así como sostienen formas de exclusión, marginalización y segregación, que se materializan objetivamente en prácticas, tácticas y estrategias, de diferenciación.

Aunque todas estas variables pueden actuar interdependientemente como posibles explicaciones de la relatividad de las cifras según los dos periodos ahí contrastados (1995-2010), aún quedan ciertos interrogantes con relación a la porción de los latinoamericanos que sienten que en su comunidad hay una mayor homogeneidad de valores y costumbres y aquellos que señalan una mayor presencia de delincuentes. Así

mismo queda pendiente un dato estadístico que aparentemente iría en contravía de los postulados de esta tesis, en la que se analiza la implantación de una tendencia urbanística en donde los dispositivos empleados para el mantenimiento del control, la seguridad y la productividad, pueden traducirse a un habla de distinción y miedo; ya que sí hay una mayor concientización de los latinoamericanos frente a esta problemática, lo que ha conducido a innumerables movilizaciones para exigir un mayor compromiso y efectividad de las instituciones de orden policial y judicial, una política de mano dura hacia el crimen, cómo podemos entender que la mayoría manifieste no haber adoptado medidas de protección cuando aducen sentirse cada vez más vulnerables a ser víctimas de un delito.

Con relación al primer interrogante que hace referencia a la aparente paradoja estadística sobre la que se determina un mayor sentimiento de seguridad en los sitios de residencia en tanto una mayor homogeneidad de valores y costumbres Vs. una mayor presencia de delincuentes al interior de estos mismos lugares, podemos decir que no hay contradicción alguna. Si tenemos en cuenta la primera referencia podemos decir que esta obedece precisamente a la tendencia general que ha compartimentado a los ciudadanos en islas funcionales estandarizadas socialmente sobre un principio económico. Es decir, entre más se ha difundido el patrón de la célula privativa sobre la que se consolida un paisaje de comunidad cerrada, más allá de sus distintas variaciones anteriormente señaladas, más se ha internalizado un principio de comunión en gustos e intereses; en este sentido el dato estadístico puede ser correspondiente a la diseminación de esta tendencia urbanística en el seno de las principales ciudades latinoamericanas.

Por el otro lado, la segunda referencia hace mención a un sentimiento de mayor presencia de delincuentes en sus barrios y comunidades, lo cual, nos hace reflexionar sobre ¿qué es lo que se considera como presencia y también desde dónde se está definiendo el carácter de delincuente? Si analizamos el primer aspecto podemos decir que la presencia no es equivalente a residencia, por lo tanto, esta presencia puede estar siendo asumida como referencia a lo foráneo, a lo otro, a aquello que tal vez no esté en el adentro pero sí en sus espacios colindantes. Con relación al segundo aspecto, podemos preguntarnos si la manera a partir de la cual se determina el carácter de lo delincuente, no obedece a cánones socioculturales que automáticamente imponen esta marca ante lo que pueda parecer diferente y por lo tanto susceptible de sospecha. Desde este punto de vista, la presencia de personas que piden dinero en los semáforos, la gran cantidad de población

flotante que depende del subempleo, que se apostan en las esquinas para vender toda clase de productos al igual que ofrecen variedades de servicios, la presencia de trabajadoras sexuales, travestis y nuevos colectivos que desafían el *stau quo* de unas sociedades sobre todo caracterizadas por su “masculinismo” y su “heteronormatividad”, puede estar siendo asumida como la prueba evidente de la anomía, la degradación social y por lo tanto como sinónimos de lo delincencial. Así mismo, se comprende que: al asumir que la pobreza y la falta de oportunidades son los principales factores que generan inseguridad y por lo tanto derivan en un aumento de la delincuencia, se presume también que la delincuencia es un factor característico de la condición de pobreza, de esta manera la presencia de lo “pobre” y lo “popular”, es susceptible de convertirse no sólo en la estética de lo marginal, sino en la estética de lo delinciente.

Pero si señalamos que los índices que evidencian una mayor seguridad, sobre la base de una especie de homogeneidad socioeconómica, obedecen a la diseminación de las famosas comunidades cerradas aquí señaladas, por qué los latinoamericanos afirman, en una muy baja proporción, el no haber tomado medidas ante una apremiante percepción de inseguridad e indefensión; lo cual, dista mucho de la experiencia estética contemporánea señalada por diversos analistas latinoamericanos (Cadeira, 2007; Svampa, 2001; Cabrales, 2002, 2004).

Una posibilidad interpretativa podría obedecer a que el modelo de comunidad cerrada ya hace parte del imaginario común de los latinoamericanos sobre la escogencia de sus lugares de residencia en tanto este modelo ya no es la excepción sino la regla en los planes de diseño y distribución urbanística, por lo tanto, podríamos decir que tanto el muro, como la reja, se asumen como una pauta generalizada que se ha internalizado y por lo tanto ya no figura como una medida conscientemente adoptada ante una apremiante delincuencia. Otra explicación posible podría recaer en las funciones que se les otorgan a dispositivos y medidas de seguridad que apuntan a la contratación de guardias o la implementación de cámaras y sistemas electrónicos para regular el acceso. Es decir, aunque comúnmente se asocian estas alternativas con el tema seguridad, bien podrían estos dispositivos estar siendo asumidos desde otro punto de utilidad: en el conjunto tenemos guardias pero estos sobre todo son valorados por su función de porteros; en mi conjunto hay cámaras pero su utilidad se mide con base en la necesidad de saber quién me visita y si es del caso hacerme negar; en mi conjunto hay puertas eléctricas que se activan por sistemas electrónicos de verificación (chips incrustados en tarjetas

electrónicas, controles remotos e incluso sistemas de reconocimiento facial o sonoro), los cuales, más allá de regular el acceso satisfacen la necesidad de distinción; o sea, no todos podemos asumir el costo de una extrema “tecnologización” por lo tanto el acceder a ésta, me diferencia de los otros que no pueden acarrear este estilo de vida.

Sin embargo, estas interpretaciones pueden resultar vacías si sólo atendemos una realidad estadística. Ya que las transformaciones que se pretenden explicar desde el número no pueden ser comprendidas únicamente como el resultado de las condiciones reales de violencia urbana: robos, hurtos y asesinatos, aspectos que al traducir las problemáticas derivadas de la interacción y conflictividad social a la realidad dada por los índices y cifras, propenden a la naturalización sobre las prácticas de exclusión que componen este nuevo escenario, así como le dan cierta neutralidad, al darle un matiz apolítico que encubre las ideologías de dominación, distinción y poder que guían sus “agenciamientos”.

El crecimiento de la violencia (el cual supuestamente es el factor originario de las nuevas formas de espacialización, gentrificación, y segregación, evidenciadas en la configuración estética y simbólica de ciudades amuralladas) no puede ser explicado ni por las variables socioeconómicas y de urbanización, ni por los gastos estatales en seguridad pública solamente, sino que está relacionado con una combinación de factores socioculturales que culminan en la deslegitimación del sistema judicial como mediador de conflictos y en la privatización de procesos de venganza, tendencias que sólo pueden hacer proliferar la violencia (Caldeira, 2007:164).

Si bien este es un fenómeno, que hace del campo de fuerzas en tensión un campo dinámico, multifactorial y multidimensional, que rompe cualquier visión estática y homogénea sobre las posibilidades y lugares de acción de los actores ahí enfrentados, tal y como lo expone Roseberry en su redefinición del concepto de “campo de fuerzas bipolar” planteado por Thompson (1978:151), en clara reflexión al concepto de “proceso hegemónico” propuesto por Gramsci (Roseberry, 2002:214-216), no deben quedar por fuera de la ecuación, los factores ideológicos, históricos y socioculturales a partir de los que se entretienen los procesos de identificación y distinción, los cuales, muchas veces escapan a los índices de información provenientes de los centros estadísticos de investigación.

CAPÍTULO II

Contexto Histórico de Análisis

El hablar de una ciudad en calidad de residente y a la vez de extranjero, es una experiencia que no deja de causar cierto tipo de angustias en la medida en que se es consciente de los límites interpretativos a la hora de correlacionar un sin número de lugares, historias, actitudes y acontecimientos; formas de relacionamiento, operaciones estratégicas y movimientos tácticos, sobre los que se teje la urdimbre cotidiana. Así mismo, surge la conciencia de que se es presa de una serie de recorridos restringidos, formas itinerantes de transitar que diseccionan el espacio en una serie de archipiélagos, mientras el resto de la ciudad se desvanece en la niebla. La ciudad que recorremos cotidianamente, la ciudad que vivimos y la que nos imaginamos, no obedece a una misma idea, así como tampoco vincula unívocas *praxis* y formas de relacionamiento. Desde este punto de vista no hay una univocidad en la manera de transitar, habitar y concebir a la misma, lo cual, permite la coexistencia de representaciones aparentemente antagónicas desde los cuales se estrechan las imágenes más perturbadoras de la ciudad del miedo con las más idílicas –y algunas veces nostálgicas– de la ciudad del deseo.

Así como en el anterior capítulo analizamos algunos antecedentes globales y regionales que hoy determinan un nuevo urbanismo caracterizado por sus flujos y fragmentaciones, por sus lógicas y discordancias, tanto en términos conceptuales como estadísticos, comentando en un principio como tales experiencias de mundo, tomarían como lugar referentes a escala global en distintos momentos de los siglos XIX y XX, en una relación especular que partiría desde una “geohistoria” de los contra relatos que surgieron con la ciudad moderna en Europa y Latinoamérica, sobreviene la tarea de correlacionar tales espectros con aquellos producidos tanto en la actualidad como en la historia de la ciudad que me ha dado acogida.

Antecedentes históricos sobre formas de segregación, distinción e identidad en Quito. El paso de la ciudad señorial a la de la modernidad moderna.

Al recorrer algunos de los distintos pasajes bajo los cuales emerge la ciudad de Quito, expuestos bajo la ordenanza de una curaduría histórica, identificamos contrastes étnico-raciales y socioculturales que si bien se han acentuado en los últimos decenios por acción de distintas migraciones internas y foráneas, tienen un primer momento que se funde en la imagen de la ciudad señorial, instituida dentro del proceso colonial que separó bajo un principio sobre todo de carácter moral, la ciudad de blancos de aquellos pueblos de indios que la circundaban. Esta forma de segregación étnica y espacial no fue sólo característica de la ciudad de Quito, sino de todas las ciudades de fundación hispanoamericana, que bajo el principio ordenador de la figura del cuartel intentó resguardar la homogeneidad étnica y de clase de aquellas ideas de mundo, asumidas como espurias, pertenecientes a la cosmovisión de lo indio. Como diría Romero: “Fuertes fueron, pues, las primeras fundaciones” [...] “La ciudad-fuerte fue la primera experiencia hispanoamericana” [...] “En innumerables ciudades Latinoamericanas hay un fuerte en sus orígenes” (Romero, 1999:39). Pero la ciudad fuerte que se realizaría bajo el modelo de Damero no sólo permitió la organización funcional de los distintos espacios, en lo respectivo a la implementación de redes de suministros y sistemas de defensa ante posibles ataques de pueblos circunvecinos, sino que permitió la configuración de un cuerpo social espacialmente jerarquizado, a la vez, que la realización de un vida pública y en *policía* que elevaría a los hombres a una “segunda naturaleza”⁵².

⁵² La idea de la ciudad como una “Segunda Naturaleza” o una naturaleza “socialmente construida, producida artificialmente, modelada estéticamente y expresada a través de los espacios verdes urbanos, sean éstos parques, jardines, plazas, etc.” (Fonseca, 2008:164), desprende de diversas reflexiones que toman como lugar, el momento en el cual surge la ciudad como un *oikos*, en donde el hombre se realizaría conforme a una idea de cultura que ya no respondería a los antiguos *mitos* que lo emparentaban con un mundo de “orden natural” (o “divino” desde el punto de vista de secularización de la ciudad moderna), y donde lo referido como “natura” sólo tendría cabida dentro una forma racionalmente ordenada y “manicurada”, que ejemplificaría el acenso del hombre –y por tanto de su cultura– sobre la misma; situación que se hace más evidente en el contexto de la revoluciones industriales y tecnológicas que caracterizaron el paso del siglo XIX al XX, en el cual, podemos apreciar desde las artes de las letras a las referidas a la pictórica –desde Baudelaire hasta Monet– la incorporación de un sentido de naturaleza modelado por la estética urbana y en donde ésta sólo debe aparecer como domesticada, a la vez que el surgimiento de una contraposición dialéctica que hizo de lo artificialmente producido por la cultura la “casa del ser”, mientras que lo antiguamente referido como natural pasaría a ser sinónimo de lo exótico, lo sobrenatural, bárbaro y salvaje y, por qué no decirlo, de lo monstruoso, aberrado e inhumano. “A finales del siglo XX hay que decir que la naturaleza *es* sociedad, que la sociedad es (también) *naturaleza*. [...] Nos encontramos por doquier con una naturaleza que es producto del arte. En ella no queda nada de natural, si por natural se entiende el abandono de sí misma de la naturaleza. Lo que aquí es descrito como natural es una “segunda naturaleza” interna incluida en el proceso civilizatorio y que carga con pocas funciones naturales y significados naturales” (Beck, 2006:114); “Se simboliza y se recrea la naturaleza, es decir, hablamos de «producción

Desde un punto de vista general:

Las ciudades sirvieron de base para el desarrollo de oficios y obrajes y para la organización de mercados regionales de productos agrícolas, así como para el control y distribución de la mano de obra. Se constituyeron, al mismo tiempo, como espacios de poder y prestigio, así como de acumulación de capital cultural y simbólico (Kingman, 2006:39).

De esta manera la ciudad se convirtió en la matriz reguladora del sujeto, a la vez que sirvió como contenedora y dinamizadora de distintas formas de relación económica, política y social, dando lugar a la amalgama entre heterogéneos umbrales y concepciones de mundo, al mismo tiempo en que se consolidaban distintas estrategias dirigidas a la búsqueda de diferenciación, distinción y estatus, ya fuera por la vía de la segregación ejemplificada en el urbanismo o en formas referidas al refinamiento de las buenas costumbres en el habla, los gustos estéticos, musicales y culinarios, como en las formas del vestido; procesos que en cierta medida fueron cultivados en un ambiente agitado por relaciones de temor y competencia.

Mores y Murallas

Bajo el modelo de parrilla de origen grecorromano, la ciudad judeocristiana de la “espada y la cruz” elevaría las murallas, a partir de las cuales, se definirían los límites que la separarían de lo rústico, lo bárbaro y lo indio, en una tensión entre el adentro y el afuera que consolidaría el binarismo sobre el que también se constituiría el espacio de lo sagrado y lo profano⁵³; fronteras móviles que enmarcarían el campo de batalla sobre el que se definiría el combate de las morales.

Hay que diferenciar a Quito de esos asentamientos, llámense pueblos, barrios, arrabales o simples caseríos. Parte de ellos se ubicaba en tierras de laderas o junto a

artificial de la naturaleza» que nos permite entender a la ciudad como «segunda naturaleza», construida y modelada bajo principios funcionales y estéticos” (Fonseca, 2008:150). Aunque no descarto la aplicabilidad del concepto de la ciudad como “segunda naturaleza” para el caso quiteño, hay que distinguir que si bien la naturaleza sufrió un proceso de domesticación afianzado en el urbanismo de las primeras décadas del siglo XX, los elementos de orden natural referidos a los cerros, quebradas y montañas: como el Panecillo, el Itchimbia y el imponente Pichincha, no han perdido vigencia dentro del imaginario capitalino, de tal forma que la naturaleza ha sido integrada dentro de los procesos de identificación, con lo que la ciudad también evoca y representa. Así mismo, como se ha venido señalando, es desde estos márgenes naturales sobre los que se han trazado márgenes socioculturales e ideológicos que hasta hoy diseccionan la ciudad de los ricos y los pobres.

⁵³ “La revelación de un espacio sagrado permite obtener «un punto fijo», orientarse en la homogeneidad caótica, «fundar el Mundo» y vivir realmente. Por el contrario, la experiencia profana mantiene la homogeneidad y, por consiguiente, la relatividad del espacio. Toda orientación verdadera desaparece, pues el «punto fijo» no goza ya de un estatuto ontológico único: aparece y desaparece según las necesidades cotidianas. A decir verdad, ya no hay «Mundo», sino tan sólo fragmentos de un universo roto, la masa amorfa de una infinidad de «lugares» más o menos neutros en los que se mueve el hombre bajo el imperio de las obligaciones de toda existencia integrada en una sociedad industrial” (Eliade, 1981:16,17)

las quebradas; ocupaban, a veces, terrenos marginales mantenidos en abandono por particulares o por el ayuntamiento. Las quebradas hacían de “murallas” naturales entre la ciudad y los extramuros. En una crónica elaborada en época relativamente reciente (1940) se decía que las quebradas “se interpusieron siempre entre los poblados o barriadas indígenas y españolas o hispanoamericanas”. Se trata de una lectura histórica que muestra en qué medida el imaginario de la ciudad era (y es) el resultado de un juego de fuerzas, conformado en el largo plazo (Kingman, 2006:178).

Así mismo, Kingman (Ibíd.) habría de plantear cómo: “Algunos viajeros describían una pequeña urbe rodeada por elevaciones, que daba la impresión de un espacio amurallado: el Pichincha y las lomas del Itchimbía, el Panecillo, San Juan Evangelista [...]” (Kingman, 2006:104). Al observar Quito desde una estética amurallada, que partía en primer orden de los límites naturales vinculados a los cerros y quebradas que hasta hoy han determinado su crecimiento sobre un eje longitudinal que estrecha los márgenes entre el oriente y el occidente, “se diferenciaba a la ciudad como centralidad de lo que quedaba fuera de su ámbito, estaba disperso, formaba parte de sus arrabales o la circundaba” (Kingman, 2006:42).

Si observamos la estructura orgánica de la mayoría de las ciudades de fundación colonial podemos apreciar como la sacralidad del espacio y del poder se desarrollarían en primera instancia sobre un modelo de ocupación concéntrico; ordenado bajo un principio sintagmático en donde el valor y la significación dependerían del orden de contigüidad de los componentes en un plano dado. De la plaza central circundada por los poderes estamentales referidos al cabildo, la gobernación y la iglesia, desprendía la calle real destinada a la habitabilidad de las familias más prestantes.

Las iglesias erigidas como torres de vigilia bajo un principio ascensional ejercían un control total sobre la cuadrícula, como si se tratara de un dispositivo panóptico en donde la multiplicación del ojo divino expugnaría la noción del mal del territorio (algo que ahora intenta ser realizado a través del ojo electrónico). Sin embargo, esta sacralidad disminuía a medida en que la ciudad se desprendía de su centro hacia sus afueras y periferias⁵⁴, generalmente vinculadas a la estirpe de lo indio y lo bárbaro, de tal manera

⁵⁴ Barrios a mitad de camino entre la centralidad de la ciudad señorial y los grandes latifundios y haciendas que comprenderían gran parte de los terrenos en donde emergió la nueva ciudad en el siglo XX, los cuales en su mayoría, fueron habitados por pequeños grupos de colectivos indígenas y campesinos mestizos, afianzados por relaciones de afinidad y parentesco, que habían logrado asentarse en aquellas periferias desde el proceso de fundación colonial o que habían logrado adscribirse a la ciudad a partir de las diferentes olas de migraciones internas de extracción rural que sobrevinieron a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX; para una mayor referencia sobre la estructura de poblamiento de la centralidad de Quito y sus periferias, según censos poblacionales disgregados sobre la ocupación y uso del suelo, así como de las actividades económicas y comerciales en la época referida, ver la segunda parte del texto de Eduardo Kingman (2006:

que los referentes de distinción y status se definirían en un orden espacial de contigüidad que pareciera actuar bajo la lógica del contagio: todo aquello que estuviera más cercano a su centro inmediatamente se impregnaría de las cualidades más sublimes de la distinción y la sacralidad del poder, así mismo, todo lo que estuviera a mayor distancia de él le serían automáticamente impuestas las marcas de lo vulgar y lo mundano. En este sentido, la sacralidad del poder dependía de una lógica de ocupación del espacio a partir de la cual también se desprendería una tipología de los seres que habitaban tanto los “adentros” como los “afueras”. En una relación de exclusión / inclusión en tanto el “afuera” queda integrado a la centralidad como límite: intervalos que se mueven y prolongan en el espacio y en el tiempo.

Esta división que pretendió mantener aislados a los distintos grupos socioculturales pronto se vio sacudida por toda una serie de prácticas híbridadas que llenaron también a la ciudad, derivadas de la convergencia de distintas *Mores* (costumbres y morales) y “Maneras del Hacer”, vinculadas a las categorías sociales que distinguen entre lo “Blanco”/“la gente decente”, lo “Chagra” y lo “Longo”. Formas de designación que si bien nacieron en el seno de un colectivo aristocrático y hegemónico que rechazaba la presencia de lo rural y lo indígena, se constituyeron en los referentes *sine qua non* de diferenciación no sólo al interior de las capas altas y medias sino al interior de todos los distintos grupos de clase⁵⁵. Estas formas de distinción social que operaban a la par de procesos sincréticos: ejemplificados a través de prácticas rituales, médicas, alimentarias, como también aquellas vinculadas al uso del espacio público, fueron dinamizadas por acción del fortalecimiento de las distintas actividades económicas y comerciales / políticas y sociales, que aumentaron los volúmenes de población campesina e indígena -residente y flotante al interior de las mismas ciudades⁵⁶: situación

99-141) sobre “*La Ciudad y los Otros*”, en dónde analiza “las maneras del hacer”, a partir de las cuales, los procedimientos disciplinares característicos de la “primera modernidad Europea” –tal y como él la refiere– pudieron darse en un contexto Andino de incipiente infraestructura industrial y regido por tradiciones, costumbres y formas de interacción, que respondían a estructuras sincréticas de valoración e identificación, sobre las cuales se superponen lógicas de relacionamiento y participación que afianzaban la figura del compadrazgo/ patronazgo.

⁵⁵ Si bien las migraciones internas aumentaron los niveles de conflictividad social en estos años, lo que determinó que las categorías de designación/exclusión étnica se diseminaran y agudizaran, como menciona Espinosa (2003^a:11): “la presencia de *longos*, *cholos*, *chagras*, *chullas* o *gente decente*, no puede explicarse solamente a partir de procesos como la inmigración, el progreso urbano o la movilización social, sino fundamentalmente por procesos de adscripción socio racial y fenómenos relacionados con la aculturación, la transculturación y la modernización”.

⁵⁶ Si bien la posibilidad de comparación de la situación Andina, particularmente la ciudad de Quito del siglo XIX y comienzos del XX, con los procesos ocurridos en este mismo lapso al interior de las grandes ciudades europeas puede resultar una tarea sin sentido: si nos centramos en el margen diferencial sobre los índices

que desembocaría en la consolidación de lo que Kingman se referiría como una modernidad barroca:

Al interior de esas ciudades, y como parte de una cultura que a pesar de los proyectos ilustrados continuaba siendo barroca, se daban encuentros permanentes entre los diversos estamentos, sincretismos y transculturaciones, cuya mejor expresión fueron los usos que se dieron de la plaza pública. Por otro lado, ese cruce social y cultural llevaba a una preocupación permanente por la reproducción de un orden o una jerarquía - en lo ritual, lo ceremonial, lo gestual y lo escritural - entre lo aristocrático, lo indio, lo mestizo, “lo cholo” y entre los distintos estamentos existentes al interior de ello (Kingman, 2006:39,40).

En la aurora de este paisaje barroco, las olas de migrantes⁵⁷ que llegaron a la capital en diferentes periodos, a lo largo de los siglos XIX y comienzos del XX, degeneraron en tipos de alteridad negativa al interior de todos los grupos de clase: Prácticas discriminatorias patentes en los actos de habla y designación de una otredad, sobre todo de extracción rural, percibida como peligrosa:

Guillermo Bustos, quien estudió con más detenimiento el fenómeno, señalaba que la inmigración incrementó la conflictividad sociocultural, la lucha de clases y el choque étnico, a la vez que dinamizó los procesos de aculturación y movilidad social. Dicho en otras palabras, el conflicto clasista no fue la única forma de conflictividad al interior de la sociedad urbana, sino que éste estuvo acompañado de un enfrentamiento cultural y étnico entre migrantes y capitalinos. Pues, los sectores dominantes de origen aristocrático y los sectores

porcentuales, en materia de producción e infraestructura, así como sobre los índices demográficos en materia de asentamiento, nuclearización y migración; o una tarea demasiado difícil si se tiene en cuenta la falta de rigurosidad en la obtención de los datos historiográficos sobre estadísticas de migración y poblamiento al interior de la ciudad en el siglo XIX, en la medida en que la mayoría de estos censos y registros no logran dar cuenta de la situación real de la época al no haber un consenso sobre la definición de los límites urbanos (Kingman, 2006:121,177), podemos decir que el impacto de las migraciones intrarregionales en ciudades como Quito y Guayaquil a finales del XIX y comienzos del XX, las cuales representan un paso de 39.600 Habs. en 1886, a 80.702 Habs. en 1922 y a 101.668 Habs. en 1936, en el caso Quiteño (Kingman, 2006:208,275) y de 25.000m Habs. en 1880 a 100.000 Habs. en 1920, en el caso de Guayaquil (Chiriboga, 1980 en Kingman, 2006: 70), representaron al igual que en las grandes ciudades Europeas, una serie de transformaciones estructurales que derivaron en la configuración de planes rectores de distribución urbana que evidenciaron una ruptura con una estética y forma de vida rural que hasta entrado el siglo XX predominaba en el pintoresquismo quiteño. Así mismo estas transformaciones trajeron consigo el surgimiento de nuevos oficios, la dinamización de los sectores terciarios de la economía, así como una marcada saturación del suelo urbano que condujo entre otros aspectos, a la especulación inmobiliaria y a la tugurización y pauperización de las edificaciones, ahora ya no sólo destinadas para vivienda sino para albergar variadas actividades comerciales, dando lugar en algunos casos, a la creación de “conventillos” y a la consolidación de un estructura de inquilinato derivada de la subdivisión de las grandes casas que pertenecían a una elite cuyas lógicas económicas seguían siendo de carácter rentista y terrateniente: “Las propias elites no eran completamente modernas y en muchos aspectos su modernidad se reducía a los signos exteriores. En el caso de Quito, en concreto, los señores de la ciudad eran, al mismo tiempo, señores de la tierra, de modo que su paso a la modernidad fue resultado del incremento de las rentas hacendatarias y el desarrollo del capital comercial y bancario, hasta los años treinta y cincuenta, antes que de una incursión en la industria o un desarrollo manufacturero” (Kingman, 2006:49).

⁵⁷ Según Achig (1983:24), las causas de estas migraciones internas de tipo costa-sierra y campo-ciudad, obedecieron a un contexto de estancamiento rural, cuyo deterioro había sido propiciado por distintos aspectos que iban desde: el mantenimiento de un “sistema latifundista de tenencia de la tierra”, “el monocultivo de exportación”, la vigencia de “relaciones productivas de explotación”, así como por la “falta de incentivos a la producción agropecuaria”. Aspectos que según sus palabras trasladarían “la desocupación y la miseria del sector rural al urbano” (Achig, 1983:24 en Galina, 2011:47).

medios percibieron la inmigración de gentes del medio rural como un proceso de oposición étnico cultural, esto es, como un avance del denominado «cholerío» sobre la urbe. Asimismo los sectores populares quiteños frente a los migrantes, expresaron por su parte, un sentimiento de inseguridad y competitividad, ya que los interioranos se convirtieron para ellos en virtuales competidores en el mercado de trabajo y al interior de los canales de movilidad social (Bustos, 1992: 184; en Espinosa, 2003^a:10).

Al igual que en el conjunto de las principales ciudades europeas, esta serie de situaciones desembocaron en la creación de políticas de ordenamiento territorial, a partir de las cuales se diseñaron planes de crecimiento urbano que contemplaban tanto la habilitación de nuevos espacios como la rehabilitación y regeneración de los ya existentes. Así mismo surgieron y se fortalecieron diferentes instituciones “policivas” de carácter público y privado que –por así decirlo– iban desde el control del crimen, al mantenimiento de la salud pública y el “buen gusto”⁵⁸. Políticas e instituciones cuyas lógicas, legitimadas por un discurso “racional y positivista” que promovía la salubridad y seguridad de espacios, como también el mantenimiento del ornato y el higienismo, estaban preñadas de una subjetividad mediada por un principio de clase, en el que se soportaban formas de exclusión que operaban sobre la base étnica y racial, propias de una sociedad todavía de carácter estamental y señorial. Sin embargo, con estas reformas no sólo se buscaba construir un tipo de ciudad jerárquicamente ordenada bajo un principio de clase y raza: a partir del cual, cada quien debería “ser puesto en su sitio” –frase ampliamente usada en el vocabulario quiteño y que contiene reconocidas connotaciones racistas y clasistas–, sino una serie de sujetos cuyas costumbres, estéticas y formas de representación deberían ser intervenidas desde un proyecto bio-político que imponía la moral y el gusto aristocrático como filtro, norma y meta (pasado, presente y futuro).

De la Ciudad Señorial a un Nuevo Urbanismo Quiteño (primera mitad del S. XX)

El crecimiento de la ciudad hacia los márgenes sur y norte, más allá de su ritmo aletargado –ya que se debe tener en cuenta que la ciudad no se había expandido hasta bien entrado el siglo XX–, permitió el desahogo de una ciudad centralizada que ya comenzaba a manifestar los síntomas negativos de la saturación del suelo urbano: congestión,

⁵⁸ “A juzgar por algunos de los titulares del diario *Últimas Noticias* en la década de los 40: «Civilizando la vida de cocina de Quito, haríamos obra prodigiosa»; «no dé tanto la mano, la urbanidad manda hablar menos por señas»; «la ciudad debe ser el hogar general de la educación y el buen gusto, ante todo»; «El higienista tiene que ser un héroe en batalla contra las malas costumbres»; «es tiempo de pensar seriamente en la higienización de la leche», no cabe duda que en este esfuerzo de urbanización colaboraron arduamente instituciones privadas como la prensa” (Espinosa, 2003^a:80).

contaminación y anomía, especulación sobre la renta y el valor del suelo, fragmentación y compartimentación de las viviendas, así como un paulatino deterioro del paisaje y el mobiliario urbano. Aspectos, que como ya se mencionó brevemente, llamaron la atención de los reformadores y los higienistas, entre los que se destacaron: Gualberto Arcos y Manuel Jijón Bello a finales del siglo XIX y Pablo Arturo Suárez y sus discípulos en las décadas del 30 y el 40 del siglo XX (Kingman, 2006:301); dos generaciones de salubristas cuyas prácticas de tratamiento de la ciudad “enferma” diferirían en cuanto a método más no en sus repercusiones prácticas.

Mientras la episteme salubrista del siglo XIX leía los síntomas del cuerpo enfermo de la ciudad desde una mirada legalista y normativista que veía la salud pública como un problema de contagio y contaminación moral, los higienistas del XX harían de la ciudad el campo de estudio para diseñar una ingeniería social, racional y positiva, que definiría un bio-política basada en tasas, censos y estadísticas, bajo las cuales surgirían estándares de seguridad ciudadana y del buen vivir, así como también la ciudad sería segmentada para lograr el aislamiento de las partes nocivas que amenazaban con contaminar la integridad del cuerpo social; tratados científicos que apelaban a la construcción de una nueva lógica del espacio así como de un nuevo un sujeto urbano, racionalmente determinado, orientado y ordenado: sujetos a exámenes que determinarían las razones de su mal, así como permitirían diseñar la cura más adecuada para su incorporación al sistema productivo –producción de seres disciplinados y espacios purificados volubles a su rápida inserción al sistema de mercado–. Sin embargo, mientras el discurso de la seguridad social se legitimaba en una serie de procedimientos científicos, sus repercusiones en la opinión pública desenmascaraban la falsa neutralidad del concepto al hacer patentes las subjetividades de raza y clase que guiaban sus “agenciamientos”; en este sentido las prácticas de adecentamiento de los espacios, las costumbres y los tratos, hacia parte de una estrategia para detener el “deterioro social” producido por el advenimiento de lo que ha sido referido como el avance del “cholerío”.

Carlos Espinosa Apolo (2003^a:29-79), a la vez que cuestiona el estatismo con el cual se ha asumido la categoría de lo mestizo en el contexto quiteño, nos muestra como surgieron toda una serie de “mutaciones étnicas”, referidas a lo “cholo”, lo “longo” y lo “chulla”⁵⁹, que aunque no todas lograron deshacerse de sus connotaciones peyorativas

⁵⁹ Aunque cada una de estas categorías lingüísticas y étnico sociales de des-identificación e indiferenciación deberían ser objeto de un estudio profundo y detallado que pudiera rastrear sus

como para convertirse en categorías de auto-identificación –a su parecer–, rompieron con el binarismo de origen colonial que estrechaba la polaridad entre lo blanco y lo indio, evidenciando las transformaciones epistémicas que habrían de dar surgimiento a estas nuevas clases de sujetos. Así mismo, vemos toda una serie de prácticas de diferenciación, y por lo tanto, formas de mantenimiento y mejoramiento del *statu quo*, que tuvieron lugar en distintas áreas de competencia, yendo desde el “buen gusto” en el vestido y urbanismo, las artes y el decoro, los deportes y los juegos, hasta la construcción de nuevos espacios de distinción para la habitabilidad de sectores altos y medios de la población.

Los recién venidos se localizan espacialmente de acuerdo con sus medios económicos y sociales, preferencialmente dentro del área ya cubierta por la trama urbana, es decir urbanizada y dotada de servicios públicos básicos. Rellenan los espacios libres y los lotes disponibles, compran o alquilan casas viejas, densificando de esa manera la ciudad⁶⁰. Los grupos de menores recursos se instalan en el marco subcentral en casas de inquilinato o en viviendas obsoletas y en deterioro; los estratos medios lo hacen en los espacios intersticiales y en barrios más o menos centrales con un cierto prestigio social, que con el tiempo se degradan (Gnisset, 1984; 44)

Ante el arribo incesante de interioranos, muchos de los cuales portaban grandes expectativas que alimentaron e incentivaron la conflictividad social, y frente a la intensificación de las formas de agregación social de los subalternos, los sectores dominantes capitalinos vieron amenazada su permanencia como grupo, temiendo perder su posición de privilegio en la que estaban cómodamente instalados. En esta situación buscaron reagruparse tomando medidas para distanciarse de los sectores populares. Esta actitud de recelo y resquemor se expresó en la constitución de espacios de habitabilidad exclusivos (clubes y residencias); al mismo tiempo que valiéndose del Municipio impulsaron una política de segregación residencial, es

transformaciones semánticas, históricas y epistemológicas, lo cual desbordaría los propósitos de esta investigación, podemos decir que mientras lo “Longo” y lo “Cholo”, aunque pueden haber sido objeto de formas de apropiación y re-significación que hacen resistencia a sus orígenes como formas hegemónicas de designación peyorativa, hoy continúan vinculando toda una serie de connotaciones racistas ancladas en aquellos viejos principios, las cuales son vigentes en las formas de des-identificación de un sí mismo y un otro, infravalorado según el rasero de su capital cultural, económico o social, al interior de todos los segmentos de clase. En otra dirección debería ser analizada la categoría de “lo chulla”, que aunque fue una representación arquetípica para referirse a una clase media cultivada en el arte de la apariencia, puede ser entendida como una especie de *flaneur* quiteño: un ser que con su “deambular paradigmático recorría incesantemente las calles y plazas de la ciudad” (Espinosa, 2003^a:82). Sin embargo, “el chulla” es hoy una fuerte categoría de auto-identificación/adscripción para designar un *ethos* de la “quiteñidad”, en donde “todos son uno” y el “Chulla quiteño son todos”. Esta marca, vigente en las celebraciones públicas y privadas –muchas de ellas avivadas por el canto del “Chulla Quiteño” que resuena al ritmo impuesto por las Bandas de Pueblo– así como en otras escenas de la vida y la liturgia cotidiana, ha sido re-significada a lo largo de estos años para definir un tipo de ciudadano que respondería a los estándares de la urbanidad y las buenas costumbres. Tanto así, que llegó tras-mutarse en la figura de un personaje muy reconocido y querido por la opinión pública referido como Don Evaristo, el cual, ha sido utilizado como emblema publicitario en sinnúmero de campañas a lo largo de estos años, bajo las cuales se intentan mejorar los estándares de vida, convivencia y participación ciudadana. Por lo tanto, el hablar de lo “chulla” implica una lectura que desborda el análisis como categoría de identificación/adscripción/diferenciación en lo personal, para abrirse hacia su transformación en la imagería colectiva que lo ha convertido en una especie de patrimonio cultural de todos los quiteños.

⁶⁰ “estas frases se refieren al crecimiento por migración, no obstante se recuerda que el crecimiento demográfico vegetativo, proveniente de familias ya instaladas, ocupa los centros urbanos de manera similar” (Gnisset; 1984, 60).

decir, el establecimiento de espacios particulares de uso y ocupación para cada estrato de la jerarquía social. De esta forma surgieron los barrios residenciales al norte de la ciudad vieja y los barrios populares al sur de la misma (Espinosa, 2003^a:31).

De esta manera la ciudad se expande hacia sus márgenes dislocando la fuerza centrípeta que la había mantenido anclada a la imagen de una villa circundada por quebradas y montañas.

Según Carrión:

La urbanización ecuatoriana tiene dos momentos históricos cruciales: la conformación urbana, que responde a una lógica pre-capitalista de organización socio-territorial y el *proceso de urbanización*, en el que el modo de producción se muestra hegemónico en el conjunto de la población social. Si nos atenemos a esta primera aproximación general al proceso urbano de Quito, podemos señalar que la forma de organización *radial-concéntrica* se especifica durante la conformación urbana y que la *longitudinal*, longitudinal-polinuclear e irregular-*dispersa* (metropolitana) en el momento definido como el proceso de urbanización (Carrión, 1987:29).

Los nuevos centros de distinción que corresponderían al norte de la ciudad, en el sector hoy conocido como La Mariscal, que gozó de gran prestigio en la primera mitad del siglo XX y hasta entrados los años 70's, albergaron variados tipos de arquitecturas recargadas y eclécticas en donde convivían estilos tradicionales de la típica casa de campo con otros de carácter gótico, utilizados para el decoro de fachadas, como también, en muchos casos, en la construcción de edificaciones tipo castillo, las cuales hoy todavía permanecen y se han adaptado al convulsionado ritmo impuesto por los centros de entretenimiento nocturno: cafés, bares, discotecas, restaurantes y demás habitáculos destinados a albergar el más variado tipo de tráficos y actividades comerciales que hoy colman este espacio.

Inmediatamente después de la década de los veinte, un segmento importante de los sectores altos quiteños, especialmente los nuevos ricos que no disponían de una tradición artística particular, experimentaron un vivo deseo de ostentar su fortuna, sucumbiendo a todas las extravagancias arquitectónicas. Y fue el barrio residencial de la Mariscal, el escenario escogido para tal experimentación de derroche. Allí se construyeron viviendas que concentraron infinidad de estilos, desde el neogótico (castillos) combinado con construcciones chalet germano-suizo hasta construcciones moruno-persas, pasando por el art decó que incluía una decoración ecléctica, lineal y volúmenes ortogonales. Solo algunas pocas familias de la elite social reivindicaron el neoclásico o el arte colonial como modelo de habitación a seguir (Espinosa, 2003b: 12).

Este proceso de descentralización, ante la ola cobriza que habría inundado la ciudad señorial blanquecina, habría dado paso a la configuración de una nueva ciudad de grandes casonas y jardines “mani-curados” que nacería hacia al norte del Ejido. La cual, no sólo sería percibida como un nuevo centro de distinción social, ejemplificada en sus arquitecturas y formas del decoro, cuya exacerbación en algunos casos llegaría a ser vista

bajo el prisma de lo vulgar⁶¹, sino que dado al carácter solemne y distinguido que se le habría querido dar a este nuevo sector: el cual se realizaría en el trazado de sus aceras, en la pulcritud y finura de sus calles y losas, en el decoro de sus jardines y arboledas, como también en el surgimiento de una experiencia estética marcada por el silencio y el vacío, habría dado lugar a representaciones que lo vincularían a un “cementerio de los vivos”. Metáfora interesante si tenemos en cuenta que no hay lugar en donde sea más patente una lógica jerárquica y racional sobre la distribución de los distintos espacios según variantes de clase, etnia o gremio, que un cementerio: islas jerárquicamente diseñadas para conciliar la paz eterna.

Espinosa parafraseando a Vega (1996:27) nos comenta como:

Mientras en las calles y plazas del Quito del pueblo rebozaban de vida y actividad gracias a las cotidianas escenas tradicionales y ruralizadas que convivían con otras típicamente urbanas y modernas, el Quito de la gente decente, sus barrios residenciales, barrios básicamente dormitorios, lucían silenciosos, transmitiendo soledad. Por estas razones y por el pseudo barroquismo de su arquitectura, el negro humor quiteño llamó a la Mariscal el «cementerio de los vivos». (Espinosa, 2003^a:64-65).

Más allá del humor negro quiteño destacado por Vega y Espinosa, estos sectores exclusivos, como también las costumbres y estéticas de la clase dominante, se convirtieron en la fantasía –o mejor– en el objeto del deseo reprimido, el cual sólo podía ser realizable a partir de tácticas de emulación: adoptando formas miméticas de auto-representación, identificación e interacción, que llegaron a constituir “formas de vida” consagradas a un “verdadero arte de la apariencia”⁶².

⁶¹ Espinosa (2003^a: 63,64), nos trae a colación los testimonios de Bemelmans (1941) y Albert Franklin (1945), dos norteamericanos que llegaron a Quito a finales de la década de los 30's, quienes describen una ciudad caracterizada por una serie de relaciones azarosas y conflictivas que se debatirían entre los binarismos que estrechaban el campo de confrontación entre lo rural y lo urbano, lo blanco y lo indio, lo moderno y lo tradicional. A través de estos relatos Espinosa muestra, bajo el filtro de la visión foránea, el alto grado de discriminación, exclusión y estigmatización de todo lo que pudiera estar vinculado con lo tradicional y lo indígena así como una paranoia sobre la búsqueda de distinción que apremiaba a las elites quiteñas, quienes según el decir de Franklin no manifestarían más que su vulgaridad e impostura. Para Franklin en el sector de la Mariscal, “En un trapezoide limitado por el Parque de Mayo y las avenidas 18 de septiembre, Colón y 12 de Octubre está el mayor conjunto de monstruosidades arquitectónicas que hasta ahora se hayan reunido en un espacio tan pequeño” (Franklin, 1945:123 en Espinosa *ibíd.*). Bemelmans en tono mucho más burlón, describe la situación arquitectónica de los centros de distinción de Quito referidos al centro norte de la ciudad, como creaciones hechas por “un arquitecto loco que debió haber sido un buen pastelero” (Espinosa, *ibíd.*)

⁶² “el surgimiento del estilo de vida urbano, se explica también por el afán de distinción o distanciamiento social de los sectores altos y medios. Estos sectores, ya sean para marcar su diferencia, afianzar la posición social alcanzada y evitar cualquier regresión social, asumieron prácticas culturales refinadas, muchas de las cuales fueron adoptados como modelos ejemplares a seguir o emular por ciertos grupos populares como los chullas” (Espinosa, 2003^a:80); “En definitiva, para las capas medias quiteñas, la búsqueda de elegancia se volvió una prioridad fundamental, al extremo que la mayoría de sus miembros estuvieron dispuestos a

Ya fueran vistos como “islas de paz” o como “cementeros de los vivos” las primeras ciudadelas como la “Mariscal Sucre”, en el sector de La Mariscal, originariamente destinado para la clase adinerada, se convirtieron en los referentes de distinción a ser anhelados por las capas medias de la población⁶³. Es así como surgieron barrios como el: “Belisario Quevedo” y “La América”, al igual que las ciudadelas: “Simón Bolívar” y “Larrea”, Batán e Ñaquito (Lara, 1992:284); ya que si bien, el modelo de rentas y haciendas había determinado un mediano índice de capitalización (lo cual, a diferencia de los sistemas de granjas implementados en Guayaquil que permitieron la transición a una economía más dinámica –sobre todo en el caso del Cacao y el Banano–, derivó en una incipiente consolidación de los sectores burgueses y en su posterior sujeción a las formas de vida y referentes de estatus de unas elites de corte “aristocrático”), el fortalecimiento del aparato burocrático así como el desarrollo del sector financiero, comercial y de servicios, fue dando lugar a un paulatino ascenso de las clases medias, tanto a instancias de poder y de mercado, como en el acceso a estos nuevos lugares de distinción y status.

Estas ciudadelas, triunfo de la utopía del acenso social de las capas medias de la población, aunque muchas veces de casas pequeñas y de arquitecturas homogéneas cuyos elementos de decoro y ornamentación palidecían en contraste a los estilos estéticamente recargados de las casas pertenecientes a las clases altas, crecían a la par de los barrios de extracción popular y obrera que hallarían lugar en los antiguos arrabales que se extendían hacia el sur como “en las colinas que franqueaban la ciudad vieja”: “Chimbacalle”, “Chiriyacu“, Villa Flora, El Primitivo Aguarico, La Colmena, La Tola, La Libertad, San Juan, La Primitiva Floresta, El Dorado, La Ciudadela México, que por mucho tiempo carecieron de servicios básicos” (Goetschel, 1992:333-335).

El crecimiento de la ciudad hacia el norte permitió la realización de otras estéticas y formas de vida, ahora agitadas por los aires cosmopolitas de una modernidad

sacrificar parte importante de los gastos destinados a la alimentación con tal de aparentar un estilo de vida distinguido; de ahí que los sectores medios de Quito, harán de la apariencia o el acto de aparentar, una forma de vida y por tanto uno de sus rasgos idiosincrásicos constitutivos” (Espinosa, 2003b:26).

⁶³ “El barrio residencial por antonomasia que consagró el Plan Regulador de Odrizola fue “La Mariscal”, definido como zona residencial de primera clase. La “Mariscal” se constituyó en un hito de la ideología de la elite capitalina que reivindicaba el progreso, la civilización, el saber vivir, el orden, la higiene y el ornato. El barrio constituyó una de las primeras “ciudadelas” que se planificó en la ciudad junto con la Ciudadela América y los “Campos Elíseos”. Su nombre se debió a la conmemoración del aniversario de la Batalla de Pichincha en 1922, influyendo en su formación y demarcación la construcción del tranvía” (Espinosa, 2003b:22).

européa que para las elites quiteñas podía ser alcanzada en tierras americanas⁶⁴. Muchas son las historias que relatan los continuados viajes de distinguidas familias quiteñas a tierras europeas. Viajes que permitieron la adquisición de imaginarios e ideologías de progreso al interior de estos grupos de clase como también su movilidad al interior de las capas sociales medias. Ideologías cosmopolitas que les permitieron acceder –así sea visto como un espejismo ilusorio– a un tiempo moderno: vacío y homogéneo”⁶⁵, globalmente compartido.

Este nuevo escenario de cosmopolitismo –que comenzaba a diferenciarse de la sociedad conventual de ritmo aletargado descrita por los viajeros europeos en los siglos precedentes, descripciones que deben entenderse dentro de una retórica evolucionista y eurocéntrica preñada del estigma que asumía lo americano como sinónimo de lo periférico y, por lo tanto, de lo atrasado y pre-moderno–, dio paso a la incorporación de un estilo de vida europeizado, que por un lado era percibido como culmen del refinamiento y del buen gusto y, por el otro, como sinónimo de la inautenticidad y la ostentación desmesurada de las clases altas quiteñas (Franklin, 1945:123), las cuales, pretendían alcanzar la modernidad por medio de la imitación de los patrones estilísticos

⁶⁴ Mientras en las cantinas destinadas para las clases medias y las chicherías pertenecientes a las clases campesinas e indígenas, situadas en calles aledañas al centro y al sur de la ciudad, ésta todavía se agitaba al ritmo de albazos, pasacalles y pasillos para los primeros, y yaravíes y Sanjuanitos para los segundos, como también otras músicas populares, en el centro norte de la ciudad surgirían los primeros clubes privados ubicados en los hoteles de lujo de la época como: El Club Pichincha, El Bar Royal, el Hispanobar o L'Hermitage, en los cuales se vislumbraban los nuevos gustos adquiridos por la “gente decente”: músicas como el Tango, el Foxtrot y sobre todo el Jazz que se degustaban a la par de bebidas como el Whiskey y el Brandy, formas alternativas que no sólo evidenciaban el acceso a los gustos hegemónicos en un escenario globalmente compartido, sino que se constituirían en prácticas de rechazo a todo lo que hablara de una “ecuatorialidad” vinculada con lo popular, asumido como los significantes de lo pobre, lo atrasado y lo indio (Espinoza, 2003^a:78-79; Franklin, 1945: 126-127).

⁶⁵ La referencia al “Tiempo Vacío Homogéneo” desprende de las reflexiones suscitadas a partir de la lectura del texto de Benedict Anderson (1983), en donde disecciona sistemáticamente las tecnologías, los acontecimientos y los discursos, que permitieron el afloramiento de diversos nacionalismos, así como la consolidación de los aparatos administrativos y burocráticos referidos a los estados nacionales, tanto en Europa como en América Latina, entendidos estos últimos como “comunidades imaginadas”. En esta lectura se distinguen dos tecnologías de la época que nacieron y se refinaron en el escenario que Macluhan habría de referir como la Galaxia Gutemberg: La Novela y el Periódico, los cuales, permitieron la realización de un tiempo social globalmente compartido, más allá de las características relativas de los sujetos y de sus entornos. Aunque son muy criticables los argumentos de Anderson sobre la influencia de estas tecnologías como agentes estructurales en la conformación de un espíritu revolucionario y nacionalista (Lomnitz, 2001), sí podemos decir que fueron determinantes en la consolidación y difusión de los mitos fundacionales que sostendrían al proyecto nación en América Latina a lo largo del siglo XX (Summer, 1991; Franco, 1983), así como movilizarían los nuevos referentes liberales de la modernidad y el progreso. De esta manera podemos decir que el paulatino desarrollo de los canales y los medios de comunicación, así como el advenimiento de nuevas tecnologías como la radio y el cine, permitieron al igual que la novela, la configuración de un escenario global socialmente compartido que escenificaría los aspectos más retardatorios de la sociedad tradicional (conservadora y Gamonal), vinculados a un paisajismo exotista del pintoresquismo latinoamericano que contrastaba con aquellos relatos que exaltaban una Europa bendecida con las bondades del progreso y que difundían un modo de vida típicamente burgués.

que predominaban sobre todo en Europa: un arte de la apariencia que se había constituido como constante a lo largo de la historia⁶⁶; el cual, era también visible en la arquitectura y el urbanismo: “en Quito se intentaba reconstruir el juego de los linajes y de las jerarquías en los nuevos espacios [...] pero las posibilidades de renovación se reducían muchas veces a la ornamentación de las fachadas y a los signos exteriores” (Kingman, 2006:221,222). Un juego de espejismos, que resulta familiar a lo descrito a manera de novela por Emile Zola, en el París de finales de siglo XIX.

Vale la pena señalar, que si bien en apariencia el modelo distributivo bajo el cual se organizaron los distintos espacios de vivienda de los diferentes sectores socioeconómicos, por medio de una serie de planes, regulaciones y ordenanzas⁶⁷, que intentaron mantener aisladas la ciudad, de la riqueza y el progreso de la ciudad obrera, que crecería a espaldas del Panecillo, nos pondría ante un campo de fuerzas bidimensional y binario. Tal y como lo podemos notar al observar los límites impuestos desde los planes rectores a partir de los cuales la ciudad fue intervenida con un fin racional sobre la distribución de los distintos espacios de vivienda, producción y consumo, llegando a un nivel de planeación que el 29 de noviembre de 1939, el plan presentado por el Ing.

⁶⁶ Como diría Espinosa: “Desde inicios del s. XX, la pasión por vestir a lo francés en los sectores altos de Quito, fue destacada como un exceso por los visitantes extranjeros que llegaron a la ciudad como fue el caso del viajero Colombiano de origen italiano Antonio de Olano. Según el criterio de este visitante, las clases altas exageraban “las características de la moda parisién”. Para entonces los hombres habían abandonado para siempre las capas castellanas y en su reemplazo usaban el “macfarlán”, gabán sin mangas y con esclavina de lisos tonos de murciélago con reversos de terciopelo azul, o el “chaquet”, leva que en Europa solía usarse solo en las grandes solemnidades, pero que en el Quito de entonces se convirtió en prenda de uso diario [...] Las mujeres por su parte, usaban descomunales sombreros empenachados de caprichosísimos plumajes, pieles sobre los hombros en substitución de la tradicional manta quiteña y perfumes que reemplazaron a la “modesta y dulzona agua de Kananga” que usaban las señoras en el s. XIX” (Espinosa, 2003b:10).

⁶⁷ A lo largo del siglo XX surgieron una serie iniciativas públicas y privadas que definieron los planes reguladores de la ciudad de Quito (1942, 1967, 1973, 1981), a partir de los cuales, se buscó la intervención de la ciudad sobre principios racionales y funcionales que operaron tanto en un lógica de distribución gremial (de los distintos espacios de comercio, esparcimiento, vivienda, trabajo, servicios y producción), como también en la producción de espacios regenerados. Este nuevo urbanismo había proyectado un crecimiento longitudinal poli-céntrico que conectaría la centralidad del poder burocrático con “los distintos centros suburbanos ya existentes como lo eran: Guápulo, Cotocollao y el Valle de los Chillos entre otros «lugares que pueden llegar a desempeñar su verdadera función de desahogo de la urbe para los días de fin de semana y de fiesta, aún en mayor escala de cómo lo hacen hoy en día» (Plan Regulador de la ciudad de Quito de 1942, en Galina, 2011:52). Retomando a Foucault (1984) podría decirse que estos planes pretendieron el diseño de una serie de políticas de ordenamiento que vincularía tanto el antiguo principio de exacción/aislamiento/violencia sobre el cuerpo social (esta última realizada tanto de manera objetiva, en la distribución de espacios y canales de flujo que conectarían los distintos enclaves productivos, a la vez que intentaría mantener una serie de desconexiones entre los mismos, como archipiélagos delimitados según un principio de exclusión étnica y socioeconómica; como a manera simbólica en tanto estas formas de exclusión estaban legitimadas sobre un discurso racional y burocrático que impuso la moral de un grupo hegemónico como parámetro de medida y modelo de aspiración), con los nuevos principios de suavidad/productividad/provecho que permitiría no sólo el mantenimiento y la reproducción de un orden social estamental, sino la generación de rentabilidad y plusvalía.

Eduardo Petit Moreno, “contempla el sur de la ciudad para barrios obreros y el norte de la ciudad para la clase acomodada” (Galina, 2011:51). Resulta evidente que en el interior de estos grandes universos existían –y existen– diversas fricciones y subdivisiones, relaciones conflictivas y azarosas de alarde, poder y competencia, así como intereses antagónicos que obedecerían a un campo de fuerzas multifactorial, multidimensional y dinámico. En esta vía se han destacado las profundas escisiones entre el campesinado rural migrante y el campesinado urbano, el cual veía con temor la llegada de los nuevos colectivos socioculturales, frente a los cuales tendrían que disputarse las plazas laborales disponibles, así como también marcadas disonancias políticas entre las élites que se habían convertido en burguesías nobiliarias todavía dependientes de los sistemas de hacienda y el mercado de rentas.

El “Sinoikismo” de la segunda ola (Segunda mitad S.XX)

En el caso quiteño, podríamos decir que la segregación social sobre una base de segmentación espacial ha sido la constante hasta bien entrado el siglo XX, los barrios se organizaron bajo una lógica gremial que mantendría aglutinados los distintos colectivos productivos, barrios diferentes para cada segmento y subgrupo gremial: barrios de artesanos, albañiles, arrieros, comerciantes, etc; una especie de Sinoikismo⁶⁸ por demás interesante. Esto daría lugar a la consolidación de formas de apropiación y pertenencia que conducirían al surgimiento de localismos, en donde el barrio actuaba como una “familia extensa”, en muchos casos verdaderamente ligadas por relaciones de consanguinidad, afinidad y compadrazgo.

Pero esta segmentación pronto sería sacudida por nuevas migraciones que vendrían a la ciudad posteriormente a la crisis mundial de 1928-1930, la cual, habría de afectar tanto las economías nacionales como los poderes patriarcales, “lo que Juan Maiguascha llamó la «crisis de la autoridad patriarcal»” (Espinosa, 2003^a:9; Maiguascha, 1991). Estas migraciones campo-ciudad, que se agudizarían en la crisis agroexportadora de 1940, así como el paulatino ascenso de las clases medias sobre todo adscritas a la

⁶⁸ Atendiendo al desarrollo conceptual que realiza Soja (2008:42), el *sinoikismo* (según su raíz griega) o *sinecismo*, se refiere “literalmente a la condición que emerge de vivir juntos en una casa (*oikos*)” (Ibíd.). Un proceso histórico en donde distintos grupos poblacionales, antes separados, se unen para mayor protección. Este concepto por lo tanto comprende todas las interdependencias: políticas, económicas, ecológicas, psicológicas, sociológicas, creativas y destructivas: “que surgen del agrupamiento intencionado y de la cohabitación colectiva de la gente en el espacio, e un hábitat «hogar»” (Ibíd.)

economía de rentas y servicios, llevarían a un crecimiento de la ciudad hacia los terrenos que antiguamente pertenecían a grandes haciendas y hacia aquellos espacios que formaban sus arrabales y periferias.

Vemos pues, como el norte de la ciudad habría sido inundado por nuevos proyectos inmobiliarios que le permitirían sobre todo a las clases medias y a la nueva burguesía alcanzar los espacios que habían sido los bastiones del prestigio de las elites dominantes en la primera mitad del siglo XX. Este proceso de movilización interna tanto de capitales como de nuevos conglomerados sociales, llevaría a que los antiguos sitios de distinción tuvieran que ser relocalizados, en tanto el crecimiento comercial de la ciudad también habría de transformar radicalmente el uso del espacio. De esta manera, las elites verían nuevamente inundadas sus calles y barrios de las clases emergentes de las cuales se habían querido diferenciar años atrás, lo que desafiaba un principio de distinción que sobre todo estaría soportado en el *ornato* y en la jerarquía segmentaria del espacio.

Una vez dinamizada la economía por el *boom* petrolero en los años de 1970, posteriormente a la ley de reforma agraria de 1960, que permitió la transformación de las grandes haciendas circundantes a la ciudad en terrenos urbanizables, vemos el surgimiento de una nueva tendencia urbanística –y de organización territorial– que daría lugar a la implantación de “nuevos parques industriales ubicados en las periferias tanto en el sur como en el norte de la ciudad” (Galina, 2011:4)⁶⁹. Este crecimiento exponencial de la ciudad, si se lo compara con los años precedentes, no sólo dio lugar a la configuración de nuevas centralidades urbanas en términos de desarrollo económico-industrial, sino que habilitaría las nuevas zonas de elite. Vemos pues, en estos años un marcado crecimiento inmobiliario en el sector de la González Suarez, así como en los valles aledaños como Los Chillos⁷⁰, Cumbayá y Tumbaco; un crecimiento acelerado que

⁶⁹ Según Galina (2011:55) el boom de la exportación petrolera de 1972 que generó un incremento fiscal y en el gasto público, si bien permitió la expansión del sector industrial, la dinamización del sector de construcción y del mercado inmobiliario, el mejoramiento y la creación de vías, redes de servicios públicos y sistemas de transporte, como también de equipamientos comerciales, laborales, médicos, educativos y de vivienda entre muchos otros de diversa índole, lo que a la vez permitió la creación de nuevas plazas laborales –así como una nueva organización territorial que conduciría a un modelo de crecimiento poli-céntrico e irregular disperso (en los valles)– no condujo a una transformación estructural de las relaciones sociales de producción, ni tampoco generó una redistribución real del ingreso.

⁷⁰ El valle de los Chillos fue uno de los primeros en evidenciar una transformación radical del suelo. Este sector ubicado al oriente de la ciudad se vería tempranamente sacudido por proyectos inmobiliarios que construirían los primeros condominios, conjuntos cerrados de casas y edificios, así como de residencias unifamiliares y bifamiliares en el lapso que comprenden los años de 1982 a 1990. Actualmente este sector no es tan activo en términos del mercado inmobiliario como los otros valles aledaños, aunque es común encontrar equipamientos y residencias de lujo, centros comerciales, clínicas y parques que conviven singularmente con arquitecturas rústicas en donde se desarrollan actividades económicas a todo nivel.

sobre todo se acentúa en la década de 1990, tal y como lo podemos apreciar en la construcción de nuevas urbanizaciones y conjuntos cerrados, pero también en lo que ha sido referido como la “verticalización” de la ciudad. La construcción de grandes edificios al occidente y al oriente de la ciudad habría de transformar aquello que ha sido conocido como la ciudad abierta; aquellas viviendas unifamiliares, que aunque cerradas hacia la calle, no crecían en oposición a ella. Vemos pues a lo largo de estos años el cierre de calles, la construcción de lo que ha sido referido por Abab (2005) como la constitución de bolsas urbanas, pequeñas insularidades al interior de la ciudad. Así mismo se adelanta la construcción de centros comerciales, la habilitación de parques de ocio y recreo como La Carolina, la remodelación y ampliación de grandes avenidas como La Amazonas, la Naciones Unidas y demás arterias comunicacionales que permitirían la integración del norte moderno financiero y comercial, tal y como lo podemos observar al recorrer las calles de Vancouver y Portugal, con un centro político, en el cual, la presencia de lo popular también sería intervenida por prácticas de ornato, políticas de higiene y controles policivos.

De esta manera la ciudad moderna, rica, cosmopolita y opulenta que crecería al norte evidenciaría la construcción no sólo de nuevos sitios para la habitabilidad de la elite, ahora referida como una burguesía nobiliaria, sino la incorporación de los patrones estilísticos impuestos por la sociedad comercial y de consumo. Pero si bien es claro que la ciudad creció en una relación dual y especular en donde el sur no era más que la imagen degradada de todo lo referido a lo pre-moderno, lo tradicional y lo indígena, podemos decir que tal espejismo –aunque es vigente en el imaginario capitalino y a la vez es evidente en la composición socioeconómica, arquitectónica y espacial urbana– no duraría por mucho tiempo.

Los procesos de crecimiento residencial que habían sido impulsados por –y para– las clases dominantes desde los 30’s a los 50’s y 70’s, así como la ampliación de las redes de suministro de servicios públicos y el crecimiento en equipamientos comerciales en el norte, habría dejado una serie de zonas sin ocupar, las cuales serían destinadas para nuevos proyectos de vivienda para sectores sociales medios y medios altos. Pero éstos no fueron los únicos sectores que lograron emerger y conquistar la utopía de vivir en el norte moderno; aspecto que determinaba y aun determina una especie de ascenso social para quienes habitan estos sectores. Con la comercialización del norte y la creación de nuevas plazas laborales, comenzó un proceso de densificación del uso de

suelo que abarataría los costos en algunos sectores (sobre todo al occidente sobre la avenida 10 de agosto hasta la avenida América y las faldas orientales del Pichincha) y en la periferia norte industrial. Pero si bien desde la espacialidad se pueden entender estas transformaciones como parte del desarrollo dinámico de las economías de rentas, financieras, comerciales e industriales de la segunda mitad del XX, desde el punto de vista del tejido social estas transformaciones deben ser entendidas desde la multiplicación asimétrica de fronteras imaginadas que se yuxtapondrían a los nuevos espacios y arterias comunicacionales.

En *Quito Imaginado* (Aguirre et. al., 2005) se describen una serie de fronteras ecológicas, arquitectónicas, étnicas, socioeconómicas y culturales, que evidencian las tensiones y fracturas del tejido social las cuales se habían agudizado por este crecimiento urbano que se había convertido en disperso y desordenado: “Así sucede en el caso de la avenida Colón que desde la 10 de Agosto hacia el oriente es zona residencial, mientras que hacia el occidente, se dice que es «La Colón de a perro», más pobre y también más popular” (Aguirre et. al., 2005:52) o con relación a la avenida Amazonas que de la Avenida Orellana hacia el norte es asumido como un lugar moderno, elegante, de riqueza, cosmopolitismo y distinción (*Ibíd.*).

Las transformaciones urbanísticas y el crecimiento comercial de la ciudad, que habría de permitir la ubicación de sectores sociales medios y populares en algunos de los sectores del norte, no dejó atrás los determinantes ideológicos utilizados para hacer distinciones. Aunque generalmente se sanciona que el sur es donde están los metaleros y lo subterráneo y en el norte lo pop y la moda, el sur es el invierno y el otoño mientras que el norte es el verano y la primavera, un lugar que está tan “jodido”, que “hasta la virgen del panecillo le da la espalda”; también se ha acuñado otra frase que establece que la división entre el sur y el norte se ha hecho más difusa en tanto ahora hay muchos sures en el norte y nortes en el sur. Una indefinición que a mi parecer no es tan indefinida en tanto el sur (ya no sólo una deixis espacial sino nocional) sigue siendo la categoría para designar aspectos ideológicos y estéticos referidos a lo popular, lo atrasado, lo marginal, lo anómalo, lo tenebroso y lo no deseado, así corresponda a otras instancias cardinales; una reproducción en micro de un esquema geopolítico global que ha de reproducirse fielmente al interior de la mayoría de ciudades latinoamericanas.

Muchos de esos esquemas mentales continuaron reproduciéndose hasta la actualidad [...] de que Quito está formada por dos ciudades, la civilizada y la bárbara, cuyas

fronteras se ubican justamente ahí donde estuvieron las antiguas quebradas. Ni siquiera el trolebús que cruza la ciudad de norte a sur, hace que los norteños avancen más allá de esos límites geográficos, antes reales ahora imaginarios, verdaderos mapas mentales, incorporados al sentido práctico. Lo urbano se mide, en este caso, en términos culturales y está relacionado con la forma cómo, una parte de la población, se representa a sí misma y representa a los otros: define los límites materiales y simbólicos que le separan del resto (Kingman, 2006:178).

¿Pero por qué remontarse a la historia para explicar la manera como la ciudad hoy se modela bajo la experiencia de la inseguridad y el miedo que impele a un aumento de los dispositivos de control y vigilancia conducentes a la fortificación de espacios y arquitecturas, los cuales más allá de reparar las causas que motivaron su aplicación y fortalecimiento, han acentuado una tendencia, cada vez mayor, a la segregación y el aislamiento?

Si bien no pretendo aquí buscar refugio a mis argumentos sobre una base de determinación histórica, resulta importante tener en cuenta “un conjunto de factores constituido en el largo y mediano plazos, que entran en juego en cada coyuntura, condicionando el campo de fuerzas en el que se mueven los grupos sociales, así como sus imaginarios y sistemas de representación” (Kingman, 2006:38).

El analizar el paso de la ciudad señorial a la ciudad moderna en un contexto de incipiente industrialización, tal y como lo fue el caso quiteño, si bien difiere en grado, variación y frecuencia, de la historia de la ciudad moderna europea perfilada bajo los procedimientos disciplinares y caracterizada por las ideologías de la industrialización y el progreso que dieron lugar tanto a la utopía como a la distopía, nos permiten identificar los “gérmenes ideológicos” bajo los cuales se configuraron formas de distinción y estigmatización sobre la base espacial, étnica y social, los cuales más allá de sus mutaciones, hoy siguen actuando como mediadores de la experiencia cotidiana para definir con quiénes nos queremos relacionar y de quiénes nos queremos mantener a distancia; antiguos estereotipos de diferenciación, que como veremos en el siguiente subcapítulo, siguen actuando como modeladores del nuevo urbanismo, así como en la configuración de una cartografía moral de una ciudad, ahora plagada por discursos mediáticos de la inseguridad y el miedo que se circunscriben al ámbito de la experiencia de lo público y las micro-prácticas comunicativas en donde la crónica del crimen también se ha hecho delincuente.

Si bien, Kingman (Ibíd.) plantea que la modernidad debe ser vista como un proceso socio-histórico situado, más que como una ideología traducida en estadísticas de

migración, nuclearización y asentamiento, así como en índices de productividad, industrialización y mercado, lo que lo lleva a criticar cualquier interpretación que asuma tautológicamente la modernidad como reflejo de una realidad estadística o como el resultado de la aplicación de tecnologías de “disciplinamiento” y control sin atender la manera cómo estas tecnologías fueron aplicadas en cada contexto específico, podemos decir que la modernidad quiteña –en gran medida dinamizada el desarrollo de los sistemas de transporte ferroviarios que permitieron la movilización de gentes, capitales e ideologías– más allá de su barroquismo, que se extendería hasta la primera década del siglo XX, dio lugar, al igual que en otras ciudades dentro del contexto de andino, al apareamiento de formas de vida seculares⁷¹, basadas en un estilo de vida exhibitivo, en el fortalecimiento burocrático y gubernamental y, por ende, en la consolidación de sus instituciones y brazos administrativos que ahora tendrían no sólo la tarea de integrar la nación sino de diseñar una serie de políticas civilizatorias y de domesticación de las costumbres. Así mismo, vemos la construcción de un estilo de vida urbano, que aunque no lograba desprenderse totalmente de los binarismos fijados por la episteme de los siglos XVI al XVIII, a partir de los cuales se ha mantenido un discurso de superioridad étnica, moral y de clase, permitió la configuración de nuevos sectores sociales que ahora también debían ser integrados en la construcción de un imaginario político nacional. Esta participación si bien puede ser criticada en la medida en que la inclusión de los sectores subalternos en la construcción de un proyecto nacional fue más un ejercicio retórico que una práctica real, no deja de lado que en estos años se presentó una transformación radical del tejido social, en la medida en que se desarrollaron nuevos sectores productivos que desafiarían el poder organizador del estado.

Ahora después de haber analizado el surgimiento de una cultura de la distinción y la apariencia, soportada sobre las prácticas del higienismo y el ornato en diversos campos, que irían desde las prácticas cotidianas, los gustos estéticos, así como en el delineamiento de segmentaciones espaciales y segregaciones étnico-sociales, viene

⁷¹ Como plantea Kingman, vale tener en cuenta que esta secularización, si bien permitió el afloramiento de elites que se “organizarían a partir de un propio estilo de vida [...] grupos de poder que se estaban integrando en torno a intereses comunes y a una comunidad de *habitus*” (Kingman, 2006:353), no era una ideología impulsada desde el poder organizador del estado. Sin bien el Garcianismo insertó una visión progresista en términos económicos que dinamizó los mercados internos y las exportaciones, a nivel sociopolítico se mantendría un principio de organización católico-cristiano en tanto este *ethos* era la única salida viable para mantener la cohesión de un cuerpo fuertemente escindido por divergencias étnicas, políticas y de clase, así como para mantener a raya la propagación de ideologías “anarquistas” que comenzaron a proliferar con mayor fuerza en América en el intersticio de estos años (ibíd.).

la tarea de definir hasta qué punto estos determinantes históricos siguen actuando en la configuración de una nueva experiencia urbana simultánea y discontinua, así como en la construcción de un geografía moral del espacio. O sea, hasta qué punto el desarrollo de una modernidad capitalista mediada por relaciones de competencia, de mercado y consumo, se han entremezclado con los derivados de una primera modernidad barroca en donde las prácticas de distinción siguen operando sobre las prácticas de ornato, el adecentamiento y la segmentación del espacio. En donde la ciudad del miedo y la ciudad del deseo surgen de acuerdo a diferencias étnicas, socio-culturales y económicas.

CAPÍTULO III

Contexto Presente de Análisis

En este capítulo se quiere comenzar a situar, algunas de las coordenadas teóricas planteadas previamente, así como también apuntalar el análisis sobre un contexto presente –ya anticipado en el cierre del capítulo anterior–, en el cual, se manifiestan de manera sintomática, muchos de los principios ideológicos que en la estructuración de la ciudad quiteña a finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, fueron transformando las geografías del miedo y el deseo, así como sedimentaron las estructuras de alteridad, sobre las que hoy se sobreponen las marcas de lo propio y de lo otro.

De la Isla de Paz a la ciudad del miedo

Como ya se mencionó, Quito es una ciudad caracterizada por marcados contrastes sociales, étnicos y geográficos palpables tanto en las estéticas, las gastronomías, como en los modelos de planeación sobre el crecimiento urbano. En ella confluyen personas provenientes de distintas provincias y nacionalidades, las cuales han dejado claras marcas de sus orígenes influyendo en diversos aspectos de la vida social y modificando los imaginarios y las formas de interacción social. La ciudad vista en su conjunto, revela una variada amalgama de tradiciones que responden a distintos periodos de migraciones internas y foráneas. La Quito de las Guaguas de Pan, de la Fanesca, del Hornado y las Humitas, convive con aquella agitada por los aromas de la comida costeña –generalmente de procedencia Manabita–, así como por los aromas de la gastronomía colombiana, peruana y árabe (un caso interesante con relación a esta última obedece a la situación ocurrida en el sector de la Mariscal en donde el *shawawrma* pareciera haberse convertido en la comida rápida nacional). En esta misma vía, la Quito tradicional, histórica y patrimonial ha logrado ajustarse a las nuevas modalidades de la ciudad cosmopolita regida por los parámetros del mercado, comercialización y consumo, que hoy fijan los estándares de progreso y homogeneizan toda una serie de prácticas y tendencias en la medida en que crean el escenario de una cultura global, que intensifica el campo de interacción entre sujetos diversos que luchan por el reconocimiento de sus identidades.

Pero la ciudad vista desde una visión positiva de la hibridación y el bricolaje no deja atrás las múltiples fracturas y tensiones que existen entre los diversos colectivos socioculturales que la habitan a medida en que habilitan nuevos flujos, estéticas y formas de territorialización que imprimen a la ciudad distintas morales y alteran las relaciones de poder en ella inscritas. Ya que: “en una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y que no exprese las jerarquías y las distancias sociales de un modo (más o menos) deformado y sobre todo enmascarado por el efecto de naturalización que entraña la inscripción duradera de las realidades sociales en el mundo natural” (Bourdieu, 1999:120). Aspectos que como veremos, han dado lugar a un nuevo marco de alteridad en el seno de la sociedad quiteña, que ya no sólo confronta lo indio y lo blanco, lo popular y lo elitesco, sino que articula nuevas colectividades vinculadas a la presencia del mundo costeño ecuatoriano, de lo extranjero remitido a lo colombiano, lo cubano, lo africano, los cuales hoy han venido siendo asumidos como nuevos competidores y en algunos casos como nuevos agentes de contaminación moral. En este sentido, la heterogeneidad social, aparentemente constitutiva de lo cosmopolita y lo moderno, ha sido asumida desde el imaginario serrano ciertos cosmopolitismos, como marca de lo contaminante, lo caótico, lo peligroso; la ciudad como isla de paz pareciera diluirse en el miedo instigado por lo heterogéneo.

Identidades des-identificadoras e indiferencias in-diferenciadoras

Una de las más sonadas pugnas, remontadas incluso a los orígenes de la nación, se estrecha en el binomio Costa-Sierra; una polarización que pareciera hablar de dos tipos de nación y “cultura” diametralmente opuestas. La Carita de Dios, como se le distingue comúnmente dentro del imaginario serrano, ha crecido dentro del marco nacional como antítesis del mundo costeño Guayaquileño y viceversa. Según distintos analistas de la situación sociopolítica y económica ecuatoriana, en el Ecuador surgió, de manera diferencial a la gran mayoría de los países latinoamericanos, una especie de estructura bicéfala que permitió el surgimiento simultáneo de dos polos de desarrollo económico y de consolidación del poder gubernamental, tal y como lo son Guayaquil y Quito.

Como comenta Andrade:

Ecuador ha visto el desarrollo de tensiones regionalistas mejor ejemplificadas por los conflictos entre las élites de la ciudad con mayor concentración poblacional, financiera e industrial, Guayaquil, y las de la capital administrativa, Quito. Guayaquil en la costa del Pacífico y Quito en las alturas andinas, concentran aproximadamente un tercio de la población y ambas ciudades se han constituido a

través de la historia en polos regionales [...] Elites regionales en Guayaquil han promovido un abierto descontento popular con el poder central y capitalizado políticamente sus propias demandas de clase, mientras que las elites capitalinas han hecho lo propio exacerbando los sentimientos populares con los contenidos peyorativos inherentes al término “regionalismo” para denunciarlo como una amenaza a la existencia misma de la “nación” ecuatoriana (Andrade, 2003:408).

Con relación a estos aspectos de la “cultura política” y económica, que resultan inquietantes en la medida en que se cuestionan los regionalismos como una amenaza a la “nación”, pero no se cuestiona la construcción de un proyecto nación desde un “dominante cultural” (Jameson, 1984), (y con esto me refiero a que, por un lado, no hubo un reordenamiento de los poderes estructurales y, por el otro, que la integración social ha sido un proyecto ambiguo en tanto continúan primando relaciones de poder sobre la base étnica, regional y racial), podemos coincidir con Andrade cuando manifiesta que en el Ecuador la consolidación de un proyecto de integración nacional, se ha visto debilitado no por los regionalismos en sí, sino por la exacerbación de discursos esencialistas que sobre un concepto “localizado de cultura”, que se materializa en espacios definidos, han mantenido vigentes una variada gama de estereotipos de descalificación sobre la base regional, a la vez que han perpetuado la idea de dos mundos antagónicos referidos a la costa y la sierra (Andrade. 2003).

Sin embargo, la configuración política del Ecuador más allá de este panorama bipolar que ha nublado la agencia de otras regiones en la construcción de un imaginario nacional, plantea un marco de situaciones a analizar demasiado pertinentes para esta tesis. Si bien el Ecuador hoy se reconoce como un país multiétnico y pluricultural, conceptos que según Gupta y Ferguson son “un débil reconocimiento del hecho de que las culturas han perdido sus amarras en sitios definidos y un intento de someter esta pluralidad de culturas dentro del marco de una identidad nacional” (Gupta y Ferguson, 1997:36)⁷², o sea culturas que ya no obedecen a espacialidades específicas e

⁷² Con relación al debate planteado por Gupta y Ferguson, arriba referido, debo decir que si bien comparto las apreciaciones por ellos realizadas aludiendo al des-anclaje de una idea de “cultura” con relación a lugares definidos, lo cual es un intento por romper el estatismo –y el isomorfismo– que desprendía de los mapas étnicos realizados por los antropólogos de la primera mitad del S. XX y que continuaron primando en las etnografías de los antropólogos de la segunda mitad, así como también parte de un intento por repositonar aquello que ha sido comprendido como los lugares de frontera – las fronteras étnicas– en la desarticulación o pulverización del “hiper-espacio” de la postmodernidad, me atrevo a decir que esta reconsideración si bien es importante no debe dejar de lado que si bien los procesos culturales no obedecen a espacios definidos, toda forma de realización cultural implica la creación de un sentido de territorio; por lo tanto, si bien la post-modernidad ha conducido a un reposicionamiento de los lugares de frontera así como a una re-conceptualización de la categoría de espacio, no podemos pretender de que esto es conducente a la creación de nociones de cultura y de sujeto que ya no obedecen a formas de territorialización más allá de la geografía de los espacios definidos.

identidades que ya no responden a la idea de una “cultura” como tal, la legitimación de distintas ontologías de sujeto⁷³, es al mismo tiempo, la legitimación de distintas formas alteridad y en algunos casos de deslegitimación.

Desde este punto de vista el reconocimiento jurídico-político de un marco sociológico intercultural bajo el cual se pretende la administración de las diferencias desde un abstracto que responde a la categoría de ciudadano, si bien ha sido un intento de afirmar un “nosotros como otros” y un “otros como nosotros”, este reconocimiento no ha logrado resolver las tensiones sociopolíticas que se sitúan en el intersticio de esa delgada línea divisoria entre un nos/otros. Es por esto que, más allá de un marco intercultural, hoy muchas de las formas de identidad-alteridad se siguen moviendo bajo la descalificación de un otro sobre la base étnica y regional; por lo tanto la afirmación de la multiculturalidad como un intento por lograr resolver las prácticas discriminatorias que se realizan en lo social, lo cultural y lo político, sobre lo que se considera como diferente, no han hecho más que complejizar un marco de alteridades que aparentemente se resuelven en lo jurídico pero no en lo social; tensiones que se hacen manifiestas en el orden espacial; como diría Girard: “Es siempre el escándalo el que llama a la desmitificación, y la desmitificación, lejos de poner fin al escándalo, lo propaga por todas partes y lo universaliza” (Girard, 1978:449).

Así mismo, el reconocimiento de distintas ontologías de sujeto aunque subordinadas a una identidad nacional, que cada vez se vuelve más abstracta por las prácticas migratorias y los procesos de estandarización global, también ha dado contexto

⁷³ Cuando hablamos del reconocimiento de distintas ontologías de sujeto y por lo tanto de la legitimación de diversos tipos de visión de mundo (una legitimación cuyas repercusiones se han obviado en el marco jurídico político), es un intento por reorientar un debate que ha sido dejado al margen por algunos de los analistas de la multiculturalidad en América Latina. Si la multiculturalidad obedece a un reconocimiento, no sólo sobre la existencia, sino también de la legitimidad de distintas visiones y concepciones de mundo (por lo tanto usos y costumbres, estructuras de acción y pensamiento) al interior de un marco nacional, qué pasa entonces con aquellos pueblos “indígenas” y “afros” (por usar las mismas categorías reduccionistas que han metido en un mismo saco multiplicidad de concepciones mundo que son diametralmente diferentes) que de acuerdo a sus filosofías de mundo, estructuras de pensamiento y parentesco, reconocen su filiación con un mundo natural que a los ojos de “occidente” no es más que materia prima para su explotación. Mejor dicho, si reconocemos jurídicamente la legitimidad de los pueblos sobre sus formas de pensamiento, qué pasa con aquellos pueblos que de acuerdo con sus estructuras de parentesco encuentran filiaciones con un mundo natural, en donde el petróleo no es producto interno bruto, sino la sangre de la madre tierra, en donde un especie vegetal o animal es entendida como un ser, un pariente del cual depende la cimiento de todo un pueblo. En dónde queda la legitimidad de los pueblos si igual habrán de subordinarse a los intereses nacionales. Sin duda, al poner en un mismo carril la legitimidad de distintas ontologías de seres, no habremos de esperar más que un choque de trenes.

jurídico a la legitimación de formas negativas de alteridad, en donde ha surgido una “identidad des-identificadora y una diferencia in-diferenciadora” en el que:

La alteridad se entiende como *alteración*, cuando lo ajeno es visto como *enajenación*, cuando la diferencia es contemplada cual *deficiencia*, entonces la deficiencia propicia xenofobia y victimación, en la medida en que buscando afirmar el yo se niega al tú a fin de apropiarse de él, según el frenético mecanismo de mimesis de apropiación: a partir de dicho momento los antagonistas aparecen como dos manos que tienden al mismo sitio, no pudiendo menos de enfrentarse. (Alteridad, 2008) <http://fundamentos2.wordpress.com/2008/04/15/alteridad/>)

Sin embargo con este argumento no se pretende descalificar otras formas de alteridad susceptibles de darse entre los distintos colectivos socioculturales en el marco regional y nacional, ni tampoco delimitar el rango de esta problemática a la antinomia costa-sierra. Como bien se sabe el Ecuador ha sido un país receptor de distintas migraciones de países africanos, árabes, latinoamericanos y del Caribe, ya obedezcan estas migraciones a condiciones de emergencia de índole político-económico (como en el caso de las migraciones provenientes de países árabes y africanos o en el caso de países suramericanos como Chile, Colombia y Cuba) o medioambiental (como es el caso de Haití), lo que ha hecho que este nuevo escenario de cosmopolitismo en el Ecuador, entre muchos otros aspectos que pueden ser vistos como positivos, haya derivado en el surgimiento de una atmósfera de caos, insatisfacción, temor e incertidumbre, como en una incapacidad de identificarse con la ciudad consolidada. Estos aspectos, como se verá en las transcripciones de las entrevistas realizadas a los moradores de las urbanizaciones de sectores medios y altos en los valles de Cumbayá y Tumbaco, se han establecido como realidades concretas, a partir de las cuales, se fortalece un imaginario social de la inseguridad y el miedo en lo que respecta a las representaciones sociales de la ciudad de Quito. Tales migraciones, han sido señaladas por ellos como los detonantes en el incremento de las tasas de delitos y crímenes. La configuración delictiva de lo otro, ya se refiera a las migraciones extranjeras o a aquellas provenientes del mundo costeño guayaquileño y manabita, han dado pie a la legitimación de un imaginario serrano que ante estas nuevas situaciones se materializa en arquitecturas y en procesos de huida hacia nuevos centros de distinción, confort y riqueza, tal y como lo veremos en los siguientes capítulos y subcapítulos.

La indefinición del delincuente y la materialidad significativa del miedo

En este subcapítulo entraremos a analizar algunas de las manifestaciones concretas, de lo que en capítulos anteriores ha sido meramente esbozado o desarrollado a nivel teórico y contextual. De esta manera la estética vigilante, el habla del miedo plasmado en las arquitecturas y los imaginarios de la inseguridad de los que desprende la idea de la ciudad distópica, serán abordados por medio de notas de campo, registros fotográficos y, sobre todo, fragmentos de las entrevistas realizadas a los moradores de las unidades residenciales que correspondieron al área de estudio específica en el contexto de los valles. Estas entrevistas son claves para comprender: a) la manera como la ciudad de Quito ha adquirido una imagen que a la luz del pasado se ve deteriorada, peligrosa y caótica, lo cual, tiene como fin determinar las condiciones propias de la ciudad como contexto amplio; b) las razones por las cuales se ha venido generando una intensa migración de las clases pudientes quiteñas al área de los valles, las cuales, como se verá más adelante, se constituyen en el imaginario como las nuevas islas de paz. La referencia a sectores del centro norte de Quito, apelando al recurso fotográfico, experiencias personales anotadas en los itinerantes recorridos por la ciudad y a las experiencias de crimen y violencia manifestadas por los entrevistados, permiten asentar algunas de las coordenadas teóricas planteadas previamente como también trabajar sobre las relaciones que determinan, a manera de ecuaciones, la ciudad= espacio del miedo y las unidades residenciales cerradas y abiertas en los valles=deseo.

Al llegar a la ciudad en octubre del año 2009, me encontré con una ciudad ensombrecida por los relatos del crimen y advertencias sobre la peligrosidad de ciertos sectores. Una situación que incluso llegó a afectarme directamente cuando a las dos semanas de recién llegado fui asaltado en un taxi que había tomado en el sector de la Mariscal y que terminó por reforzarse al conocer que algunos de mis compañeros de la universidad, provenientes de otros países, también habían sido asaltados a los pocos días de llegar. Pero estas experiencias directas e indirectas no eran los únicos aspectos que me afectaban; de alguna manera y más allá de lo que me había pasado, Quito era para mí una ciudad tranquila y con un biorritmo lento que no se comparaba con el caos de ciudades como Bogotá. Sin embargo, percibía una atmósfera de temor que se potenciaba al transitar los barrios del centro-norte de la ciudad, en donde sobresale una estética de muros, “enrejamientos” y alambradas –muchas de ellas electrificadas–, tapias afiladas por el vidrio o por el hierro, al igual que mensajes que apelan a la intimidación y el miedo (ver

abajo foto collage No.2); aspectos que según Flusty (1997) entran dentro de tres categorías generales: espacios espinosos, que no se pueden habitar cómodamente defendidos por artefactos corto-punzantes o en algunos casos protegidos con dispositivos que de una manera más disimulada intentan ahuyentar a quienes puedan estar cerca; regaderas que se activan con el movimiento y mojan a quienes se aproximan o sensores conectados a potentes luces cuya función no obedece únicamente a iluminar espacios ensombrecidos, sino que amenazan con dejar ciegos a quienes opten por quedarse en estos lugares; espacios resbaladizos a los que no se puede llegar por la prolongación o ausencia de caminos de acceso, tal y como lo vemos en la multiplicación de cerramientos de calles y manzanas enteras al interior de la ciudad o en el caso de los famosos *Countrys* a las afueras de la misma; espacios aprehensivos, que no se pueden utilizar libremente debido a la presencia y el patrullaje de organismos de control y vigilancia que están atentos a desalojar a cualquier individuo que no entre en el canon normalizado de apariencia y conducta, lo cual también ha sido logrado a partir de la multiplicación de la vigilancia derivada de la instalación de cámaras de seguridad conectadas a centros privados de seguridad o directamente a estaciones de policía.

En estos espacios y fachadas defensivas podía leerse una historia: su materialidad manifestaba, cual “campo de presencias”, la transformación de un sentimiento de inseguridad que, más allá de su señalado carácter subjetivo, aumentaba junto con los muros, los letreros de prevención e intimidación, las rejas sobre rejas, así como en la implementación de las ya comunes cercas electrificadas y cámaras de vigilancia; las cuales, muchas de ellas sólo eran meros cascarones para generar un efecto de artilugio que intentaba multiplicar la sensación de que se estaba en un lugar protegido y vigilado. Algo que no sólo es característico de las casas unifamiliares que aunque cerradas en su arquitectura entran en el canon de la ciudad abierta, sino también en el interior de los mismos edificios en donde cada apartamento está protegido por puertas de reja, cámaras, alarmas y candados.



Foto Collage No. 1. Sector Barrio Ulloa, Norte-occidente de Quito. La Ciudad Seguritizada – Agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

En la fotografía que aparece en el extremo inferior derecho en el foto collage No. 1, en sector del barrio Ulloa al noroccidente de Quito, la cámara que se observa en realidad no es una cámara real; este artilugio estaba hecho de un polímero de P.V.C. al cual se le habían añadido unos cables amarrados a un palo que no estaban conectados a ninguna parte, aunque no se puede apreciar este aspecto por el tamaño de la fotografía. Sin embargo en el espacio en donde está situada la aparente cámara en la parte superior de una garita de seguridad abandonada, se encontraban una red de vallas electrificadas al igual que otras cámaras que sí funcionaban. Al parecer, los dueños de estas casas habían incorporado dispositivos reales e ilusorios para multiplicar una sensación de vigilancia. Así mismo la garita desocupada evidencia un cambio en los dispositivos de seguridad empleados, lo cual no sólo obedece a una necesidad de mayor efectividad en el control, sino también a una economía de la vigilancia en tanto el mantenimiento de un personal 24 horas, más otros gastos de contratación, puede exceder fácilmente el costo de un sistema de cámaras con pantallas de monitoreo. Un equipo de monitoreo con dos cámaras en Quito puede valer alrededor de 1.058 dólares, el añadir otras dos cámaras más al sistema cuesta aproximadamente 172 dólares (precios según Radio Shack Quito).

Así mismo podía leerse un aspecto interesante con relación a la categoría de sospechoso. Recorriendo la calle en donde está situada la U.P.C. (Unidad de Policía Comunitaria) del sector de La Mariscal, me encontraba con una casa con los típicos dispositivos de seguridad (muros, portones y bardas electrificadas), que se han vuelto

característicos en la mayoría de instalaciones comerciales y habitacionales en la ciudad de Quito, en donde aparecía un letrero de fondo negro y letras en rojo que advertían: “*Beware of Dog* cuidado con el Perro”. No pudo dejar de inquietarme el por qué el aviso estaba en inglés; sobre todo después de que en la mayoría de entrevistas se me comentaba que hoy es tal la dimensión de inseguridad, que ya no se puede saber cómo antes quién es un posible criminal.

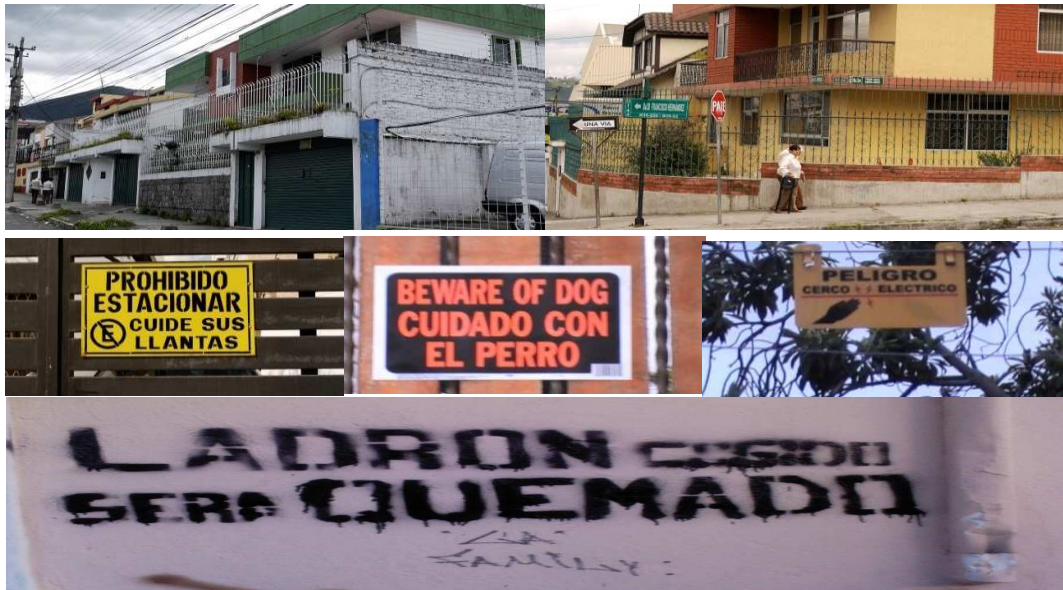


Foto collage No. 2, Las estéticas de la intimidación y el miedo. Sector Centro Norte de Quito – mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

En algunas de las entrevistas realizadas a los residentes de la urbanización abierta La Primavera, en el valle de Cumbayá, comenzaban a hacerse explícitas las razones por las cuales la vida en los valles se acercaba a un imaginario de ciudad del deseo mientras que la ciudad por fuera de los valles se impregnaba con los significantes de lo distópico. Una de mis entrevistadas, doña Inés de Burgos, residente de La Primavera desde finales de la década de 1990 –una de las primeras urbanizaciones que se podrían circunscribir a la segunda ola migratoria hacia los valles–, casada y jubilada, aunque actualmente trabaja con la Iglesia de su sector y la fundación Cáritas Ecuador haciendo labores de beneficencia y asistencia social en su comunidad, al contarme una de las muchas historias en las que ella, amigos o vecinos, fueron víctimas de robo, decía:

Un día que un hijo mío venía comprándose su carro / venía a mostrarnos / salimos a verle y entramos al almuerzo cuando el jardinero de aquí, el nuestro que vive al frente nos timbra y dice hay unos tipos ahí en el carro / en este carro nuevo / ni siquiera sabía que el carro era de mi hijo / entonces salimos toditos / habían cortado ya la alarma veras / venía de la fábrica el carro y cortaron la alarma y casi se llevaron la llanta de emergencia y le dejaron dañando la puerta de atrás del carro /

del bitara / para sacarle la llanta / entonces salimos y se sube al carro mi hijo y dice cómo eran [...] y dice no es el tipo de delincuente, el negro el longuito, el... / ¡no! / los dos jóvenes que estaban aquí asaltando eran jóvenes bien puestos, eran rubios, uno tenía el cabello rizado, yo pensé que eran amigos del joven que estaban ahí [...] O sea, ahora en el fenotipo del delincuente ni siquiera tenemos que encontrar a ese bien morenito al negro / ¡No! / Ahora es de cualquier color, con cualquier apariencia [...] ya no es posible identificar porque ahora están apareciendo delincuentes de todas las apariencias físicas / ¡No! / ya no es el típico negro, el morenito, ese / entonces te da la medida de que ahora no es fácil identificar exactamente como es el delincuente, es como quiera y ahora se suman muchas mujeres...

Inés de Burgos, reside hace 12 años en la urbanización abierta La Primavera I. Está casada y es jubilada, actualmente trabaja con la Iglesia de su sector y la fundación Cáritas Ecuador haciendo labores de beneficencia y asistencia social en su comunidad. Entrevista realizada 26 de Julio de 2011.

Vemos pues, cómo ha surgido un estado de indeterminación que potencia un sentimiento de indefensión e incertidumbre frente a quienes puedan ser sospechosos de ser delincuentes a la vez que se han mantenido los antiguos estereotipos que vinculan la criminalidad-con la raza y el color de piel. “Ya no es el típico negro, el morenito o el longuito, ahora el delincuente es como quiera”. Sin embargo no dejan de ser el negro y el longo los referentes a partir de los cuales se determina un primer rasero de descalificación frente a lo que es susceptible de estar vinculado a la criminalidad o a la marginalidad. Lo que le sorprendía al jardinero, tal y como comenta doña Inés, es que estos ladrones eran “jóvenes blancos, bien puestos y de cabello rubio y rizado”, lo cual, lo hacía dudar de si eran criminales o no, pero vale la pena preguntarse qué hubiera pasado si esos jóvenes hubieran sido de raza negra o indígena, o tal vez ataviados con la indumentaria típica de las subculturas de metaleros o punkeros, ¿él hubiera tenido las mismas dudas a la hora de determinar si eran criminales o no? En este sentido, hay un reconocimiento de que ya no puede partirse del factor fenotípico para identificar a un posible criminal, sin embargo sigue estando presente un estatizado *identity kit* en el cual el color de piel o la raza son los primeros elementos a partir de los cuales eres ubicado en otro estándar de des-identificación y descalificación. Como menciona Ceballos (2011) parafraseando a Caldeira (2007:50):

El des-reconocimiento consiste en juzgar y pre-juzgar a quienes no conocemos debido a las barreras o diferencias existentes, en este caso a las fronteras generadas por un sistema de crecimiento y desarrollo urbano desequilibrado; reproduciendo así, formas de referirnos al “otro” “ligando el espacio que ocupa, su aspecto físico y su condición moral, operación que pasa a ser parte del “sentido común” en un clima de inseguridad y mediante la cual se hace posible tolerar la violencia física y simbólica hacia los “sospechosos” manteniendo a raya una violencia reciproca de un “todos contra todos” (Ceballos, 2011:62,63).

En el trabajo realizado por Gustavo Abad (2005), sobre la construcción monstruosa del otro en la ciudad de Quito, se hace mención a una fecha en la cual la ciudadanía se levanta ante el gobierno local y el estado para exigir el fortalecimiento de los sistemas represivos de vigilancia, control y administración del castigo. El 11 de diciembre del año 2002, *La Marcha de las camisetas Blancas*, es para Abad un momento crucial para analizar la transformación conceptual de los órdenes Panópticos. Como diría Godina (2006) al describir la alegoría Orwelliana: “un modelo panóptico que ya no requiere de un organismo centralizado ni de la habitación 101 para administrar la vigilancia”. Era ahora la ciudadanía la que reclamaba el fortalecimiento de los aparatos judiciales y policiales, y al mismo tiempo retaba al Estado con la exigencia de más seguridad, más vigilancia y mano dura contra los delincuentes; algo no muy alejado de los intereses del poder⁷⁴. Sin embargo un elemento que impresiona a Abad (2005:50,51) es cómo esta movilización nació a raíz de un caso muy conocido: la muerte de Verónica Cordobés de 19 años perteneciente a una familia de prestigio en la ciudad, lo cual generó la indignación y el repudio por amplios sectores de la población quiteña. Sin embargo, la pregunta que se hace Abad (ibíd.) es por qué nunca antes se había producido una marcha de tal magnitud ante situaciones igualmente problemáticas que se estaban dando en la ciudad. Abad alude a temas de interés público como la privatización del petróleo, la devastación de la Amazonía, la regionalización del plan Colombia, etc. cuestionando el por qué estos aspectos que afectan drásticamente al país no han sido igualmente objeto de repudio y de exigencia de la ciudadanía respecto a las políticas de estado, a lo cual, podríamos responder que obedece a que estos aspectos aunque afectan, no están íntimamente ligados a la cotidianidad de los ciudadanos tal y como sucede con la violencia y delincuencia urbana. Sin embargo la pregunta que se hace el autor es supremamente oportuna, en tanto cuestiona la equidad de la seguridad social; o sea por qué este tipo de marchas de repudio han surgido cuando las víctimas hacen parte de los sectores socioeconómicamente dominantes. Por qué la gente no marcha igual cuando las víctimas son jóvenes de los sectores populares, o prostitutas, o gay o travestis, etc. Desde este punto de vista se vuelve nuevamente vigente la pregunta que se hace Ceballos (ibíd.), retomando la discusión de Andrade (2004), ¿seguridad para quiénes?

⁷⁴ Abad (2005:42) menciona como mientras la marcha blanca fue recibida por los cuerpos policiales con una “calle de honor”, las marchas de estudiantes universitarios que se habían producido unas semanas atrás, habían sido repelidas con toletes y gases lacrimógenos.

Todo tiempo pasado fue mejor: La heterogeneidad del miedo y la realidad de la percepción.

Al realizar entrevistas a profundidad con personas pertenecientes a estratos económicos medios y medios-altos que habitan en los ahora típicos conjuntos o urbanizaciones cerradas que se han establecido junto con la “verticalización” como pauta urbanística, distributiva y arquitectónica en el Valle de Tumbaco, Nayón, Cumbayá y Lumbisí, me he encontrado con que la mayoría perciben a la ciudad de Quito como un lugar supremamente inseguro, en el que son potencialmente vulnerables a sufrir cualquier tipo de calamidad. Así mismo Quito aparece en el espectro imaginado de mis entrevistados como un espacio caótico y desordenado, en el que la heterogeneidad, la congestión vehicular, la contaminación ambiental, sonora y visual, no permiten generar un mayor agrado por habitar la ciudad. Erika Molina, residente hace tres años en el conjunto cerrado El Limonar II, en el sector de Lumbisí-Cumbayá, dueña y administradora de una de las dos tiendas de abarrotes cercanas al Conjunto Cerrado Parques de Andalucía –que fue uno de los conjuntos cerrados de estudio de caso para esta tesis–, me comentaba con relación a la representación que hoy tiene sobre la ciudad de Quito lo siguiente:

Quito es terrible, para mí sí es una ciudad muy insegura, tu estás en el bus te roban; estás en la calle igual te roban, yo tengo terror de irme porque a qué hora me roban, nunca me han robado pero a algunos amigos los han robado en el bus o en el trole que les sacan de las carteras, de las mochilas, amigos igual que en el carro les rompen los vidrios se les llevan las carteras las laptops esas cosas, es que no puedes caminar tranquila porque siempre con el temor de a qué hora te roban, o sea si alguien va detrás tuyo tu andas con el temor de si te están siguiendo o que pasa / yo casi no bajo a Quito, si mucho cuatro veces al mes por acá en Cumbayá lo tengo todo / a mí el ambiente que se vive en Quito no me gusta por lo que se escucha en las noticias a diario, yo en las noticias escucho a cada día que hay problemas, hay robos, hay delincuencias, hay la droga, a mi ese ambiente no me gusta. Yo veo todas las mañanas a las seis las noticias en Teleamazonas, periódicos no leo, con lo que veo en la mañana ya me entero o si no por los clientes que me dicen que ha pasado / Aquí uno está tranquilo, en Quito en cambio es el ruido de los carros de todos los días, el humo, el pito y mucho tráfico, y mucho movimiento, en cambio aquí es un lugar muy tranquilo, entonces hay mucha gente que está muy bien aquí porque dicen que en Quito era terrible.

Erika Molina, 32 años, vive en el conjunto cerrado El Limonar II, sector de Lumbisí, hace tres años, anteriormente vivía en el centro de Cumbayá (su padre reside en El Limonar II hace 25 años). Actualmente trabaja en su propio negocio, una de las dos únicas tiendas de abarrotes que se encuentran cerca al conjunto cerrado Parques de Andalucía, antes de llegar a la comuna de Lumbisí. Entrevista realizada el 16 de mayo de 2011.

Tal y como habíamos comentado en el primer capítulo, se comprueba lo señalado por Bru y Vicente (2005:20) cuando referían que “de los vicios públicos emergen las virtudes

privadas”. En esta vía, el vivir en un espacio privado y cerrado, alejado de la ciudad, les permite a mis entrevistados recuperar aquello que había sido señalado por Giddens (1996:43,54) con relación a la recuperación de la “seguridad ontológica”; una seguridad que no depende solamente de una reducción de sus vulnerabilidades ante el delito, sino como una posibilidad de acceder – adherirse–, a un espacio que les garantiza salubridad de espacios, el contacto con una naturaleza que en la ciudad es cada vez más reducida, el mantenimiento de un *stau quo* que se vincula a la disponibilidad de espacios para el desarrollo integral de sus hijos (lugares de esparcimiento y recreación en donde pueden relacionarse entre iguales), así como una reducción de la heterogeneidad asumida con cierto recelo y desconfianza, o como refería Sennett (1978), la recuperación o el retorno a una especie de “familia intensa”, lo cual, en la mayoría de casos está ligado a un sentimiento que privilegia un sentido de comunidad que para muchos es imposible de desarrollar en la ciudad⁷⁵.

Sin embargo, en este sub-capítulo comenzaremos analizando aquellos aspectos sobre los que están soportadas sus apreciaciones sobre la ciudad, como un afuera público tenebroso, en donde también mis entrevistados cuestionan las instituciones y políticas gubernamentales; fibras íntimas que tocan aspectos relacionados tanto con aspectos migratorios como aquellos referidos al mantenimiento del control urbano. Un espacio de diversas inseguridades cuyas percepciones no son ajenas a una postura crítica frente a la alteridad derivada por las migraciones internas, como aquellas propiciadas por la política de fronteras abiertas propuesta por el gobierno de Rafael Correa.

Al hablar sobre el tema de percepción de inseguridad en una de las entrevistas realizadas en el mes de mayo de 2011, Margarita Baquero residente del conjunto residencial cerrado Parques de Andalucía en Lumbisí, me manifestaba sobre el temor que le producen los migrantes extranjeros; ella se cuestionaba cómo era posible que dejaran

⁷⁵ Este aspecto es sumamente importante, ya que mis entrevistados señalan enfáticamente que la seguridad parte de un principio de comunidad, así mismo se diferencian profundamente de otros tipos de habitabilidad en la que el contacto con sus vecinos es sumamente restringido. Muchos de mis entrevistados se refirieron al caso de la vivienda en edificios de alto nivel socioeconómico, como los tipos de vivienda que se presentan en el sector de la Gonzales Suarez, en donde señalan que en estos lugares la gente ni siquiera sabe quien vive en el departamento de al lado. Así mismo, resulta interesante la comparación con un marco regional, si tenemos en cuenta lo señalado por Caldeira (2007:314-318) cuando refiere que en el caso brasileño la referencia a los enclaves fortificados no está dada por un sentido de comunidad, lo que la lleva a plantear una clara diferencia al respecto de la situación norteamericana, en donde estos enclaves reciben el nombre de *gated communities*, ya que según sus apreciaciones los “residentes brasileños (de estos enclaves socioeconómicamente de alto nivel) parecen despreciar bastante esa idea de comunidad” (Caldeira, 2007:317).

entrar al país todo tipo de gente sin restricción alguna. Así mismo argumentaba su malestar con relación a la posición del gobierno, al señalar que no había tal escalada de inseguridad, tal y como lo mostraban los medios de comunicación y que el tema de la inseguridad en la mayoría de los ecuatorianos responde a un tema de percepción que no se amparaba en cifras reales sobre el delito. A continuación transcribo extensa y literalmente las opiniones de Margarita, y de otros residentes del conjunto cerrado Parques de Andalucía para, posteriormente, realizar un análisis riguroso sobre las implicaciones de lo manifestado por ellos:

- Causó/ creo a nivel de todo el mundo/ mucha ira / que los ministros y el mismo presidente digan que la inseguridad es una percepción / esa frase de decir que es una percepción / que aquí no está pasando nada, sino que es una percepción / creo que ha indignado a mucha gente porque no es una percepción /cuando a más de una persona conocida tuya le pasa / cuando ya es la mayoría / ya deja de ser una percepción para ser una realidad y una realidad muy triste.
- Ahora no sé si sólo sea percepción mía pero desde que se abrieron las fronteras y han entrado un montón de gente de todos lados, se siente más inseguridad porque, por ejemplo, no es que sea racista pero te topas con esos nigerianos que están en la Plaza Foch, que miden casi dos metros / que son *dealers* de drogas / te da miedo / ¿cómo no te va a dar miedo? / O esos cubanos que están ahí chillando y gritando, y peleando por ahí en medio de la Ipiales o por las calles ¿cómo no te va a dar miedo? /y perdón porque yo sé que eres colombiano pero, ¡pucha! uno veía un colombiano ahí que, medio gritón o qué se yo, o que... y ¡da terror pues!, porque siempre dicen que en una banda por lo menos uno es colombiano / Es que han venido lo peor para acá / o sea lastimosamente es eso, porque la gente buena se queda en su propio país no tiene que... / risas (*a medida que va expresando su idea vuelve a hacerse consciente de que yo soy un colombiano en el Ecuador*) / o sea la mayor parte de refugiados y de todos, se van porque no tienen trabajo, porque están en una situación terrible, muchos vienen aquí a buscar trabajo y no les va bien y ¿qué les toca?

Margarita Baquero (casada y con dos hijas). Residente hace 6 años en el Conjunto Cerrado Parques de Andalucía, Lumbisí. Trabaja en el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura IICA-SIMA (Quito). Entrevista 14 de Mayo de 2011.

Cuando le hablo acerca de los índices de percepción, los cuales han aumentado mientras los de victimización se han mantenido estables, Margarita me respondió que esto obedece a una situación bastante simple: la gente no denuncia porque no hay confianza ni en la labor ejercida por los cuerpos policiales ni en el sistema judicial, además ha surgido una atmosfera de miedo sobre las repercusiones que los denunciantes puedan sufrir por parte de los delincuentes. Ella en su caso particular no había denunciado un suceso que le había ocurrido en Guayaquil, cuando fue víctima de un “secuestro exprés”:

- Cuando a mí me robaron yo no denuncie porque no sabía que denunciar / no vi la placa / no hubiera podido hacer un *identity kit* exacto o parecido porque la mayor

parte del tiempo permanecí con los ojos cerrados / qué iba a hacer / a perder el tiempo en esa mugrosa P.J. (se refiere a la dependencia de la Policía Judicial)/ ir a perder el tiempo / entonces para qué / no los iban a coger / íbamos a ser simplemente un número más en las cifras de victimización

- La mayor parte yo creo que no denuncia / y la gente que ha estado en mi oficina la mayor parte no ha denunciado / de los que los han robado / porque qué sacas / no saben cómo cogerlos / tienes que hacer un trámite que te toma un montón de tiempo / y encima son unos idiotas los que te atienden ahí, entonces que vas a hacer.

Margarita Baquero, (Ibíd.)

Cuando se le preguntó acerca de esta percepción dentro de un contexto de alteridad regional, Margarita decía que a ella “los monos le parecían más rateros”⁷⁶. Al mismo tiempo sus apreciaciones podrían corroborar las hipótesis esgrimidas al final de segundo capítulo, cuando se intentaba responder a la disparidad de las cifras entre percepción y victimización: el elevado índice de percepción obedece a que hay más inseguridad pero esto no se refleja en las cifras de victimización porque sencillamente la gente no denuncia por su desconfianza a la labor de las instituciones policiales. Por otro lado sus comentarios van en otra dirección. Vemos pues, como en el Ecuador, o más precisamente en el imaginario de una residente de los valles de Quito, más allá de las políticas nacionales integracionistas de la diversidad cultural o de las políticas de fronteras abiertas que se mueven bajo una idea de ciudadanía de mundo que sigue siendo retórica, la configuración del país como una amalgama cosmopolita es asumida no sin cierto recelo y desconfianza. En esta vía la alteridad constitutiva de la ciudad genera pánico y un sentimiento de indefensión *¿cómo te vas a defender de un nigeriano de dos metros?*, lo cual, deja claro lo planteado por Bauman cuando refería que la sociedad del riesgo no sólo obedece a los peligros reales o imaginados que se presentan en las sociedades contemporáneas sino a nuestra desconfianza sobre las defensas disponibles (Bauman, 2007:12). Todos estos

⁷⁶ En primera instancia, para un público que tal vez no esté familiarizado con las categorías sociales utilizadas en el habla común para referirse a la gente de ciertas regiones del país, la categoría de “mono” ha sido utilizada desde hace más de medio siglo para referirse a los habitantes de la costa ecuatoriana, sobre todo aquellos que provienen de la región del Guayas. Una categoría que más allá de que se ha generalizado según una función de uso en el habla común, no deja de transportar toda una serie de aspectos supremamente despectivos. En segunda instancia debo aclarar, no sólo por un compromiso ético a nivel disciplinar sino con quienes me colaboraron para realizar esta investigación, los cuales, no habrán de ser reducidos a la categoría utilitarista de “informantes” (ampliamente utilizada en el argot policivo), que las declaraciones de Margarita deben ser entendidas teniendo en cuenta algunas experiencias dolorosas en las cuales fue víctima de la delincuencia. Cuando realicé esta entrevista, Margarita había sufrido, unos meses antes, en la ciudad de Guayaquil una de las modalidades de robo que se han vuelto típicas en varias ciudades del Ecuador y, en general, en varias ciudades latinoamericanas, tal y como lo es el “Secuestro Exprés”, por lo tanto debe comprenderse que sus reflexiones también obedecen a una experiencia sumamente traumática en la que su situación de impotencia sobre un evento previo intenta ser revertida por medio de un relato en donde no sólo se reordena el caos producido por una experiencia traumática, sino en donde ella revierte su vulnerabilidad apelando a la condena y al estigma.

aspectos concuerdan perfectamente con los postulados teóricos referidos en los anteriores capítulos y subcapítulos, específicamente con los desbordes analíticos planteados con relación a las “Identidades des-identificadoras e indiferencias in-diferenciadoras”.

En este sentido, resultan inquietantes los argumentos que expone Margarita para justificar su sensación de miedo, en dónde no sólo se configuran unos agentes productores de miedo (“monos”, nigerianos, cubanos o colombianos), sino también unos lugares contenedores del miedo. Los nigerianos están en La Plaza Foch, los cubanos en La Ipiales y en las demás calles, los colombianos tal vez en todas partes. En esta misma vía los adjetivos o los descriptores con que se caracterizan a estos “monstruos” generadores de pánico, están ligados a la estatura, la complexión muscular, el tono de la voz y expresiones emotivas que al parecer actúan hiperbólicamente para referirse a una determinada forma de hablar: los cubanos y los colombianos chillan, gritan. Sin embargo, no pretendo descalificar las razones que justifican un temor que a Margarita le parece por demás obvio: “¿cómo no te va dar miedo? ¡Te da pavor!”, sino comprender la “naturaleza” de un fenómeno, que más allá de las circunstancias específicas a las que está sujeta Margarita desde sus horizontes de mundo, está anclado en el imaginario capitalino y tiene una fuerte relación con variables socioculturales a partir de las cuales se han constituido formas “identitarias” de acción, diferenciación y pertenencia, en el que la heterogeneidad del tejido social es asumida con recelo y desconfianza. Como mencionan Bru y Vicente:

El desconocimiento entre los sujetos diversos, o los diferentes usos del espacio o del tiempo de cada uno de ellos, que se ven obligados a convivir en los contextos urbanos donde se da esta diversidad generan a menudo recelo y, en casos extremos, conflicto. Si a esto se une un imaginario colectivo que genera, en algunos casos desde hace siglos, estereotipos y prejuicios el caldo de cultivo de la inseguridad y el miedo está de nuevo servido. Y si, además, como también sucede a menudo, a la diversidad se añaden situaciones de desigualdad –de género, de cultura...– las posibilidades de conflicto se multiplican todavía más y las vías de racionalización y resolución del mismo se complican (Bru y Vicente, 2005:18).

Otro ejemplo, de los muchos que me encontré a lo largo de mis entrevistas con distintos residentes en el valle de Cumbayá, Nayón y Lumbisí, que manifiesta una postura crítica frente a las políticas de fronteras abiertas del gobierno de Rafael Correa como también una posición reflexiva sobre las propiedades culturales de la sierra, que por un lado comparaba la situación de las ciudades de Guayaquil y Quito con relación al tema de inseguridad, securitización y percepción de inseguridad, en donde quedaba claro que la primera está en una situación más preocupante que la segunda, y por el otro, una postura

igualmente crítica respecto a los tipos de migrantes que han entrado al país en los últimos cinco años, obedece a una entrevista realizada el 14 de mayo en Lumbisí (C.C. Parques de Andalucía) a una pareja de esposos (Paola Guillem y Antonio Cobos), quienes muy amablemente me abrieron las puertas de su casa en varias ocasiones los fines de semana. En estas entrevistas se discutieron aspectos relacionados con las motivaciones que les llevaron a residir en este conjunto así como diversos aspectos relacionados con la inseguridad y el aumento de los niveles de securitización en la ciudad y los valles (aspectos que serán desarrollados ampliamente en el cuarto capítulo).

Con relación al tema de percepción de inseguridad yo les comentaba que según los análisis estadísticos en las ciudades de Quito y Guayaquil se presentaban índices muy elevados de percepción de inseguridad, así como una respectiva securitización de espacios comerciales, residenciales y laborales que parecieran reflejar una cultura del miedo; así mismo les planteé que ciudades como Quito estaban por encima de los índices de percepción de ciudades en otros países como Colombia, un país que en el imaginario ecuatoriano es asumido como supremamente peligroso⁷⁷. Este aspecto, fue un acto

⁷⁷ Con relación a este aspecto quisiera aprovechar para esgrimir una hipótesis que también fue expresada a mis entrevistados en diversas ocasiones. Cuando llegué al Ecuador no me demoré mucho en sentir el alto grado de desconfianza que hay hacia los migrantes colombianos. Aunque para ser justo, podría decir que me encontré con dos posiciones antagónicas más allá de aquellas posturas aparentemente neutrales que nunca faltan: aquellos que nos estiman en alto grado, por diversas cualidades, que van desde el señalamiento de nuestra riqueza cultural y nuestra diversidad social, como también aquellas que mencionaban la belleza y riqueza de nuestras regiones, de las mujeres, de la gastronomía, que somos capaces de vender hasta un hueco, que no nos amedrentamos fácilmente, que sabemos de buenos tratos, que hablamos bonito, etc. Y por el otro, aquellas supremamente prejuiciadas que vinculan al colombiano con su malevolencia, su capacidad para el engaño, el sicariato, el narcotráfico, etc. Aspectos que podría decir no son antagónicos, en la medida en que, lo que ha sido señalado como cualidad positiva también puede ser asumido como cualidades desarrolladas en aspectos negativos, o sea, hablamos bonito y con buenos modales, vendemos hasta un hueco y al mismo tiempo somos tramposos (somos “sapos” y cargosos), dicharacheros y enredadores, por lo tanto buenos estafadores. Más allá de estos aspectos, mi hipótesis consistía en que si bien Colombia es un país con diversos tipos de conflictos y problemáticas, la imagen negativa que tiene en el Ecuador, también podía obedecer, no sólo a aspectos innegables con relación a que efectivamente han arribado al país redes criminales con una amplia estructura organizativa delictual, sino a que esta forma de representar a Colombia había sido utilizada por los políticos ecuatorianos para mantener un estatismo respecto de políticas internas de gestión y control, en tanto la imagen del enemigo o la amenaza exterior permitía mantener a los ecuatorianos relativamente satisfechos y apaciguados para no reclamar diversas reivindicaciones y derechos –mejor dicho para evitar cualquier desafío al *statu quo*– en tanto este país está a salvo de la violencia que se vive en otros países, lo que si bien puede ser cierto y comprobable según estadísticas, no es un argumento que pueda negar los niveles de violencia física y simbólica a la que están sujetos diversos colectivos étnicos y sociales. Las respuestas de mis entrevistados ante esta hipótesis siempre estuvieron dirigidas a concientizarme de la benevolencia de los ecuatorianos, un corazón abierto que se había endurecido en la medida en que han sido víctimas de la maldad practicada por los extranjeros. Un elemento que puedo entender en tanto soy consciente que muchas gentes han llegado a usufructuar de los beneficios de un país sin dar nada a cambio o peor aún a imponer sus prácticas delictivas que no sólo han lesionado a los ecuatorianos sino también la imagen de muchos colombianos en el exterior, pero lo que me resultaba interesante era la negativa a reflexionar al respecto de mi hipótesis y por el otro lado el doble discurso que salía para justificar las acciones de sus compatriotas tanto al interior del país como en el

intencional para observar la manera como mis entrevistados argumentaban sus opiniones teniendo en cuenta que su condición de vulnerabilidad real estaba siendo confrontada en la medida en que era comparada con la situación de un país como Colombia.

¿Por qué crees que en Quito la gente ha tendido a una elevada propensión a la securitización de espacios, así como a una elevada percepción de inseguridad en donde el miedo a la calle es palpable en el relato cotidiano como en las arquitecturas? ¿Crees que es derivado de situaciones reales de vulnerabilidad o hasta qué punto esto obedece a aspectos culturales?

- **Paola:** yo tengo compañeras, alemanas, suizas, del trabajo, y ellas se van justamente por eso, se despechan por eso / yo creo que por tantas cosas que les dicen / que hay, que la seguridad y que el miedo y, que el susto y, no salga y camine y cuidado / eso que ellas están un año y dicen yo me voy porque no es seguro, no puedo caminar con calma / entonces yo no sé hasta qué punto es cultura / esa cultura del miedo que tú mencionaste hace un momento / o una cultura de cuidado que es diferente /entonces yo no sé si... / si también somos una cultura de alharaquientos / de un poco de / cual es la palabra / emocionados, alborotados / entonces yo creo que sí / también va por ahí mucho.
- Alarmistas (dice Antonio)
- Exactamente (replica Paola)
- **Antonio:** Pues yo te digo que yo estoy en la calle / casi me la paso seis horas sentado en un auto o cuatro caminando. / aparte de esa vez que te comente a mí no me han asaltado (**hace referencia a una anécdota de robo que me había comentado previamente**) / pero a tres cuadras o dos cuadras de donde yo estoy caminando hay balacera / eso en Quito antes... hace... / te digo / hace cinco años no pasaba / no pasaba este efecto alarmista / en la sociedad / en El Comercio (**hace referencia al diario El Comercio que desde el mes de marzo de 2011 tiene una sección especial en donde sobresalen anécdotas de la inseguridad y el miedo**), en las revistas, entre la gente no existía /para nada, o sea, para nada/ yo te puedo decir porque yo en una época hacia mi trabajo caminando y en buses, y acá, y no pasaba nada/ pero de ahí a cinco años ese efecto de que a la gente, le pasan cosas. / obviamente es un efecto dominó que la gente se preocupa / porque empieza a... ya no a ser alarmistas, sino a ser precavido / la gente ya no sale en la noche como antes / por ejemplo yo antes salía en la noche, cuando era soltero / salía farrear, a beber, caminaba / y te estoy hablando hace siete años /salía farreaba y nunca me pasaba nada / y podías caminar por lugares que ahora ya no puedes caminar / por ejemplo una de las cosas que a mí me /no me impactó / pero si dije ¡huau! / en este lugar de la Foch ya / años que ni siquiera con mi esposa hemos ido para allá porque ya / pero estuve hace poco con gente de afuera / visitantes de Argentina, de México, de Venezuela / gente que había vivido aquí / muchos de ellos/ y ven policías,

extranjero. De tal forma que si los ecuatorianos en el interior del país delinquen (y me refiero sobre todo al caso de la sierra, más específicamente en Quito), es porque han aprendido las malas mañas del colombiano o del "mono", o porque están bajo el mando de alguna mente criminal (por lo general un colombiano), etc. si esto sucede en España, es por los niveles de estigmatización y exclusión y desigualdad económica y social a los que algunos de sus compatriotas están sometidos. Por lo tanto, podría decir que si bien la hipótesis no pudo ser constatada, hay un elemento que al mismo tiempo tampoco hace que esta sea del todo desechada, y me refiero a la manera como se ha interiorizado una imagen del ecuatoriano-serrano como víctima de circunstancias ajenas a él, así sea él quien por su propia voluntad delinque:

militares y dicen ¡huau!, o sea/ por algo están...sí/ ese efecto de percepción es porque las cosas pasan⁷⁸. /

Yo creo que... /o sea, me molestaba un ministro que insinuó: la percepción / la percepción es eh/ es percepción de la gente decía él / pero que efectivamente no pasaba nada / pero ve uno que le están robando al de al lado... /la otra vez iba en el auto /y me encuentro en el tráfico con un amigo y me dice / oye no escuchaste esos balazos aquí, aquí en la Amazonas / yo estaba en la Naciones Unidas y casi Diez de Agosto/ entonces / esa percepción sumando a todo el efecto de que la gente escuchó / ya es inseguridad, ya no es percepción, porque ese balazo te puede haber caído a ti, simplemente por estar pasando por ahí / por ejemplo yo soy una persona que antes si alguien se me atravesaba en la calle, eso de que te meten el carro, chuta yo no me quedaba tranquilo y si era del caso perseguía al tipo y si era de darse de puñetes pues... dale / pero después de que escuche eso de que a una chica que por seguir a unos tipos que se le habían metido, o sea eso es algo creo que de todo quiteño, y resulta que los tipos venían huyendo de un robo y cuando ella los intercepta, ella no sabía lógicamente, pero llegan los tipos y bam, bam ,bam le disparan a la chica y la matan pues / o sea desde eso / una vez me pasó, iba con mi esposa y te digo sino yo no hubiera ido con ella y no hubiera escuchado la historia de la chica que te digo, me hubiera bajado del carro y... bueno/ pero como ya se sabe/ lo que puede pasar/ te digo puedo quedar como un maricón pero no bajo el vidrio ni siquiera / y entonces ese efecto es al que nosotros tal vez por ser una sociedad más / más curuchupa ya / más cerrada / nos afecta más. / Anda / yo me imagino en Cuenca / mi mama es de la Tacunga / anda a que se den de balazos ahí en la Tacunga... olvídате / la Tacunga se sítia y traen a los militares y la gente empieza a presionar / porque nuestra sociedad es así / sobre todo en la sierra / en Cuenca que recién mataron a un empresario / la gente salió, hicieron una marcha, obviamente pidieron más policías / y es por eso / ese es el efecto / el hecho de ser nosotros / de cierta manera / muy abiertos ya / hacia la gente en general / hacia el extranjero somos muy, muy abiertos, creo que somos muy amigables, etc./ pero el mismo hecho de que te pase algo, enseguida nosotros reaccionamos de esa manera de ser / yo creo que es parte de nuestra sociedad / yo viví en Chile / viví cinco años un poquito más / yo veía gente que asaltaban y la gente no hacía nada / y yo decía por dios la gente no hace nada / vi como bolsiqueaban a alguien y yo andaba con un supervisor y me dijo no te metas / yo grite ¡hey no sé que! / y él me dijo que estás loco o qué / Aquí en Ecuador / a mi cuando me sacaron el cuchillo /porque yo reaccione mal / me agarraron y yo le pegue un codazo / y el tipo de repente / le

⁷⁸ Este testimonio presentado por Antonio hace referencia a la presencia de grupos de operaciones especiales de la policía (GOES) y de fuerzas especiales del ejército (GIR), quienes desde el mes de mayo del 2011, por instrucción gubernamental, se encuentran realizando operaciones de patrullaje en las calles, allanamientos de moradas e infiltraciones en las redes transnacionales del crimen organizado (narcotráfico, secuestros, trata de blancas, entre otros). Esta iniciativa realmente comenzó con la Operación Navidad en diciembre del año 2010 en las ciudades de Quito y Guayaquil, en la que se dispusieron efectivos del ejército para asegurar que los ciudadanos pudieran realizar sus compras sin temor alguno a ser robados. Más allá de estos aspectos resulta inquietante la postura del gobierno, ya que por un lado se señala que la inseguridad es un problema de percepción y por el otro se disponen fuerzas especiales, entrenadas en el combate urbano y abierto, para realizar labores de control en la calle para las cuales no fueron conformados. Algo que ha sido percibido por la opinión pública como una postura exagerada que ante los problemas de delincuencia que vive el país ha optado por acudir no a un “bisturí sino a un Machete”, tal y como lo diría un comunicado de prensa en el diario El Comercio el 9 de junio de 2011. Por otro lado, esta iniciativa del gobierno si bien ha sido implementada no sólo para el patrullaje callejero sino para detener la escalada de las redes de crimen organizado, ha sido asumida por la ciudadanía con un gran escepticismo, en la medida en que no es una solución a los problemas que vive el país, ya que por un lado no hay una reforma al sistema judicial y penal y por el otro la militarización de la ciudad ha aumentado los niveles de prevención y paranoia. Estas observaciones parten de las entrevistas realizadas en los meses de mayo, junio y agosto de 2011 a varios de mis “informantes” con los cuales realicé mi trabajo de campo en el valle de Cumbayá, Nayón y Lumbisí.

debí haber pegado tan duro / yo ni me acuerdo / y el tipo me saca el cuchillo y dice ahora si / en eso para una camioneta y se baja un tipo (armado) y dice déjale al flaco /yo estaba en *shock* / ese tipo me salvo la vida / y es porque todavía hay gente que se involucra / ahora cada vez menos pero antes / yo te digo hace unos diez años que alguien esté robando / se metía todo mundo y le sacaban la madre a todo mundo... al ladrón/ ahora no/ porque la gente de repente mide las consecuencias, se cuida más tal vez por esa percepción que te digo. Ahora eso en Manabi... mi percepción de Manabi / que llegue a pasar algo / yo no me meto ni de chiste / porque está lleno de sicarios / a la semana matan gente / y no es por el hecho de ser alarmistas/ pero ya, o sea dices chuta... Manabi.../ en la costa debe ser tenaz o sea / en Guayaquil hace muchos años/ cuando yo recién llegue a Ecuador / vivía en Chile / me decían cuidado no salgas que ni sé que / porque yo llegue a Guayaquil / y claro la percepción mía era / del hotel a un centro comercial / y cogerás el taxi... / bueno no era tanto / pero ahora que estuve hace poco y mi esposa me fue a visitar de sorpresa / y en el hotel me decían que cuidado, que el taxi / y nosotros nos quedamos pensando y ¡hum! / vamos digo /el tipo debe haber dicho estos manes están locos / pero por el hecho de que en Quito todavía no hay esa psicosis del taxi... / ahora cuando llegamos al restaurante tenían puerta de reja / una puerta y otra puerta / y dos guardias más / entonces nosotros ahí dijimos que bestia / ¡huau! / Entonces entras y hay mil seguridades dentro del restaurant para entrar /

- **Antonio:** y claro, pero por qué / porque ya habían entrado a asaltar /aquí en muchos restaurantes pasa / y todavía no se publica tanto eso de que.../

Te digo hace cinco años empezaron esta cosa de que... / creo que ha sido el tema este de la frontera abierta, que en el Ecuador no te piden pero ni la cédula para entrar, yo creo que lamentablemente ha entrado gente buena y ha entrado gente mala / y más mala que buena / porque el hecho de tener una frontera abierta hace que te digan no aquí haber usted / hace que entre gente y que empiece a hacer lo que no pueden hacer en Colombia / porque ahora la seguridad en Colombia me imagino debe ser brutal /no he ido hace tiempos ya/ lo que no pueden hacer que se yo, en el Perú, la gente dice pues voy a Ecuador / y por eso creo que ha amentado mucho (**hace referencia tanto a la percepción como a la inseguridad real**) / y es mucha gente extranjera la que lidera estas cosas /hay también ecuatorianos totalmente pero / eso también afecta / o sea y no es percepción es realidad cuando roban y asaltan es gente extranjera / a esta chica de la guitarra / la que canta que le entraron aquí en la primavera a robar, ¡claro era una casa!

Paola Guillem (casada con Antonio Cobos, tiene dos hijos). Residente hace 6 años en el conjunto cerrado Parques de Andalucía, Lumbisí. Trabaja como profesora preescolar en el Colegio Alemán (Lumbisí). Entrevista 14 de mayo de 2011

Antonio Cobos (34 años, casado con Paola Guillem, tiene dos hijos). Residente hace 6 años en el conjunto cerrado Parques de Andalucía, Lumbisí. Trabaja como gerente de ventas en ARCOR (Quito). Entrevista 14 de mayo de 2011.

Vemos pues, a partir de las declaraciones por ellos realizadas, que, por un lado, se distingue que lo que ha sido referido como una percepción por parte de los políticos, para ellos no lo es –algo que genera ira, descontento y desagrado frente a las posturas de sus gobernantes y voceros– y que efectivamente el país está en una situación de inseguridad que ha cambiado la manera de vivir y asumir la ciudad. Al mismo tiempo, se señala que esta situación ha sido correspondiente a una política de fronteras abiertas, o sea, a la mayor presencia de extranjeros –un tejido social que adquiere la forma de una

heterogeneidad expandida–; pero no cualquier extranjero, sino a la presencia de colombianos y peruanos, a quienes se les ha adjudicado ser responsables de la inseguridad que vive el país, así se reconozca que hay serranos que también delinquen.

Sin embargo, mis entrevistados también reflexionan acerca de sus puntos de vista y formas de actuación, las cuales, aparecen referidas por ellos como algo que desprende de la cultura del serrano: una “cultura curuchupa” y “cerrada” que, aunque “sea abierta hacia la gente en general y hacia los extranjeros”, no deja de tener ciertas prevenciones y paranoias. Así mismo sobresale una clara diferenciación entre la costa y la sierra, en donde la segunda, más allá del peligro que también la habita, siempre aparece referida como un lugar mucho menos caótico, en donde hay umbrales más bajos de tolerancia al delito –“*que pasaría si estos episodios sucedieran en Cuenca o Latacunga ¡la sitiarian!*” profería Antonio– y la segunda representada la mayor de las veces –*sino todas las veces*– como un escenario supremamente peligroso y violento, en donde la extrema seguridad convive con el miedo y el delito, en el que tal vez la gente ha aprendido a lidiar con el crimen por medio de una extrema securitización, vigilancias y control de los espacios, una diferenciación que queda claramente expuesta cuando él comenta lo que pasaría si eventos violentos como los ocurridos en la costa, y ahora en ciudades como Quito, sucedieran en ciudades como Cuenca y La Tacunga. Sin embargo, esta referencia a la costa como un lugar “espinoso” parecería injusta si lo observáramos a través de las cifras estadísticas.

Según el 15vo. Informe de Seguridad Ciudadana 2010 (2010:14-19), capítulo uno, respectivo a la muerte por causas externas, se determina que la mayoría de las muertes externas en el país en 2010, corresponden a accidentes de tránsito: 33,86%, homicidio: 26.91%, accidental: 22.31% y suicidio: 9.82%, a diferencia de años anteriores se estima una leve tendencia a la baja en este tipo de muertes violentas a excepción del homicidio que pasó del tercer lugar en el 2009, después de las muerte de tipo accidental, al segundo lugar. Siendo la tasa más alta de todos los periodos analizados, aunque se mantiene la población masculina entre 16 y 46 años como la más vulnerable, con una recurrencia mayor en las horas de la madrugada y los fines de semana (ibíd., p.14). Como otro aspecto importante se determina que la mayoría de muertes por homicidio corresponden a riñas: que en el 2009 correspondían al 29% y en el 2010 se incrementaron en un 54%; venganza con una variación porcentual de 128.13% (14% en 2009); asalto y robo con variación 3.77% (24% en 2009) y que si bien Guayaquil, Guayas y Manabí

presentan índices de 26.0, 23.5 y 20.4, correspondientes a homicidios por cada 100.mil hab., según estadísticas presentadas por la policía judicial para el año 2010 –a diferencia de Quito y Pichincha⁷⁹ que presentan un 13,2 y 11.7 p/c 100 mil hab. ocupando los puestos 11 y 13– éstas provincias ocupan el sexto, octavo y décimo lugar muy por debajo de otras como Esmeraldas, Sucumbíos, Sto. Domingo de los Tsachilas, Los Ríos y El Oro: 61.6, 44.5, 35.7, 34.1 y 28,8, respectivamente; tasas que incluso duplican los índices presentados en Guayaquil Guayas y Manabí (15vo. Seguridad Ciudadana, 2010:12,17-19), provincias que en el imaginario de los quiteños aparecen siempre ocupando los primeros lugares.

Por otro lado, Antonio señala un antes y un después respecto a lo que era la vida en Quito y otras ciudades de la Sierra ecuatoriana. Para él la situación real de inseguridad ha llevado no sólo a una especie de actitud que, si bien puede ser vista como alarmista, obedece a una paranoia del cuidado y la protección que se sustenta en hechos reales, lo cual, también ha conducido a una transformación de la manera como los ciudadanos se involucran en estos temas. Esto es claro cuando compara sus experiencias de vida entre Chile y Ecuador, en donde señala una actitud de cooperación y solidaridad que antes era característica de los serranos y que ahora lastimosamente se ha ido perdiendo por acción de la prevención ante un miedo generalizado a sufrir cualquier retaliación. Aunque por otro lado, esta pérdida puede ser entendida no como un epifenómeno del miedo solamente, sino como un derivado del indiferentismo generalizado que prima en las sociedades actuales fomentadas sobre la base de la competencia extrema y el individualismo. Ese darwinismo social que ha tomado lugar como patrón regulador de nuestras formas de vida en donde surge algo aparentemente ilógico: una cultura del yo. Algo que según Espinosa (2003^a:82) caracterizó el paso de la sociedad tradicional quiteña a un estilo de vida moderno que fue consolidándose hasta la segunda mitad del S.XX.

⁷⁹ Con respecto a Pichincha, este mismo Informe indica que la mayor cantidad de eventos registrados suceden en el cantón Quito, la tasa de homicidios por cada 100.000 hab. en 2009 presenta una leve baja a los años anteriores, los índices por administración en un orden descendente de vulnerabilidad corresponden a: La Delicia 14.95, Tumbaco: 11.47, Centro: 11.37, Calderón: 11.10, Norte: 10.46, Los Chillos 10.12, Eloy Alfaro: 7.90 y Quitumbe: 7.61. así mismo estos índices de vulnerabilidad según género, edad, frecuencia horaria y día, repiten la tendencia general en el marco nacional (D.M.Q.-13Info. Seguridad Ciudadana, 2010: 19). Otro aspecto importante es que Tumbaco presenta las tasas más altas en los siguientes rangos: suicidios 15.29 p/c 100 mil hab., accidentales 32.50 y accidentes de tránsito 44.93; estos dos últimos casi doblando los correspondientes segundos lugares según cada uno de los raseros (*ibíd.*).

Inés de Burgos, residente hace 12 años en La Primavera I, el cual fue uno de las primeras urbanizaciones abiertas en la década de los años 80's para clases medias y medias altas en el sector de Cumbayá sobre la vía que conduce a Tumbaco, me comentaba sus impresiones de Quito como una ciudad que le despertaba cierta "psicosis de inseguridad". Ella había sido víctima de robo por lo menos en cinco ocasiones, una experiencia que no sólo habría de potenciar su sentimiento de miedo y paranoia sobre la ciudad, sino también un sentimiento de desconsuelo ante la indiferencia actual de los quiteños:

- Mira Yo te voy a decir un cosa, que hay una falta de solidaridad total, hay gente que puede estar viendo el asalto y del miedo del temor a la represaría que pueda tener el delincuente si es que hace algo y todo eso, no intervienen, se van, se dan la media vuelta, se cierra la puerta, cualquier cosa pasa / no somos solidarios (**lo dice enfáticamente**) y esta es una forma de ser tan... / yo me recuerdo una vez cuando a mí me asaltaron en Quito, me halaron una cadena muy gruesa de oro, que me dejó una marca aquí en el cuello del jalón que me dio el ladrón / estaba tan concurrido, era tan concurrido el sitio en donde me robó el tipo la cadena / que yo empiezo a decir auxilio, auxilio, decía, ladrón ayúdenme, pasa un señor y me dice /vea señora agradezca que no le pidió el reloj y los anillos / esa es la solidaridad que se ve acá / el temor también yo pienso que sigue ahí / hay mucho temor a la represaría / es una cuestión sociocultural, yo te diría hay dos impulsos /primero puede ser el miedo a que puede haber una represalia y en segundo también un que-me-importismo no/ como no es a mí / puede pasar... / yo te digo que esto pasa /
- Yo en Quito ya no uso joyas, tengo una especie de psicosis total que se te mete en el inconsciente / uno ya siempre anda a la defensiva porque uno siente una sensación terrible y si vas en carro peor porque si no tienes donde parquear te arriesgas a que por lo menos te roben la llanta de emergencia / Cumbaya no es para nada como Quito, que no puedes tu salir ni dos cuadras porque te asaltan / yo misma he sido víctima como cinco veces de asaltos / yo trabajaba en Quito y tenía que desplazarme hasta allá / ahora en Quito no puedo caminar / estoy psicosiada en cada gente que me topo en Quito, veo un delincuente en potencia que ya me ranchar la cartera, los aretes o lo que sea, / yo en Quito ya nunca salgo con joyas / evito /
- A mí me han asaltado con violencia cinco veces / pero yo te digo hasta cierto punto la culpable era yo / por qué iba llevando joyas si sabía que me iban a asaltar / eso es que también uno es necio / con la primera vez que me robaron yo debí haber dejado de usar joyas / la última vez que me asaltaron el que fue mi jefe me llamó muy seriamente a la oficina / que quedaba por la Gasca y América / yo trabajé 30 años en la Conferencia Episcopal Ecuatoriana / yo pensé que me llamaba para consolarme / y me dijo vea Inés, usted no venga jamás a la oficina con joyas, le queda prohibido que usted lleve joyas, eso es atentatorio contra su vida / porque si usted se resiste la van a matar.

Inés de Burgos (ibíd.)

Más allá de señalar como la ciudad hoy despierta un estado de vulnerabilidad y miedo, lo cual desprende de los mismos relatos que no requieren de una interpretación muy aguda, vale la pena centrarse en algunos aspectos que son importantes con relación a este capítulo, los cuales, obedecen a la percepción sobre un cambio radical en la ciudad que

se debate entre el escenario pacífico del ayer y la ciudad violenta del hoy: en donde como decía Antonio se tiene la sensación de que puedes recibir un balazo tan sólo por circular por sectores, que incluso ya no obedecen a las famosas periferias y extramuros sino, en el mismo corazón comercial de la ciudad; o como decía doña Inés un espacio que despierta todo tipo de paranoias y psicosis en donde se tiene la sensación de que cualquier persona puede ser un criminal en potencia.

De esta manera, la Quito del volcán, de las callejuelas laberínticas y estrechas, del cielo azul en la cual podía transitarse a toda hora sin correr peligro ni sentir temor alguno es una recurrente añoranza en el decir de muchos quiteños. Pareciera como si la única posibilidad de recuperar la ciudad del deseo fuera a partir de rememoración de un pasado menos convulsionado. Una isla de paz que ahora sólo es posible en el recuerdo y a través del enclaustramiento.

Creo que la elevada percepción de inseguridad se debe justamente a que antes éramos demasiados tranquilos, vivíamos en una isla de paz, nosotros recordábamos con mi esposo, por ejemplo, que salíamos de las fiestas una dos tres de la mañana a pie, caminando de noche por las calles, sin nada, no pasaba nada / uno caminaba por la calle a cualquier hora, cualquier día, se cruzaba el parque y no pasaba nada / nada, nada, nada, nada / y de pronto empezó a pasar uno tras otro y como no estábamos acostumbrados a eso / de pronto el vivir ese cambio / nos ha hecho... / como que nos ha causado un *shock*. De ser unas personas súper tranquilas y súper pasivas y súper confiadas hemos pasado al otro extremo, porque vivimos un *shock* / creo que es eso / tal vez no sea más peligroso que un montón de lugares pero nos parece / porque no era así antes.

Margarita Baquero. Entrevista 14 de Mayo de 2011

El antes y el después señalado por Antonio y Margarita es común en la memoria de muchos quiteños quienes han sentido que ya no es posible vivir la ciudad como antes. En donde ya no puedes caminar a cualquier hora por el miedo a ser asaltado o violentado, una situación que ha llevado a que los quiteños se resguarden en sus casas sobre todo al llegar las horas de la noche, así como también ha derivado en una mayor presencia de organismos de control como policías y militares armados que patrullan las calles, lo que, en vez de permitir una mayor apropiación de la ciudad bajo un sentimiento de que se está siendo vigilado y protegido, se ha constituido como una prueba más que sustenta sus percepciones de miedo ante un mayor estado de inseguridad que se vive en la ciudad.

Por otro lado, la descripción de doña Inés, sitúa otro hecho demasiado importante, ella no sólo es consciente de cómo la han afectado estos episodios de delito al manifestar que ya su desconfianza hacia la ciudad y la gente está arraigada en un inconsciente que la lleva a percibir a cualquier persona como un agresor en potencia

cuando está en la ciudad, sino que ha concientizado su situación de vulnerabilidad de tal manera que ella se responsabiliza en parte por lo sucedido. Algo que es dicente de cómo hemos aprendido a convivir con el miedo y el delito, en tanto hemos interiorizado una postura del cuidado, en la que incluso hemos llegado a limitar nuestro derecho caminar, a vivir la ciudad y a portar uno u otro objeto; mejor dicho una situación en donde el cuerpo es auto regulado en todas sus dimensiones, las cuales, también aluden a las formas del decoro. Pero no estoy aquí aludiendo a la pérdida de un derecho a la ostentación, lo cual sería perverso en tanto elevar la ostentación como derecho, cuando que a la vez somos conscientes de los altos niveles de pobreza, desigualdad e inequidad, que existen en nuestras ciudades, sería no más que una aberración; y por otro lado sería una falsedad en tanto la ostentación es un aspecto primordial y recurrente en nuestras sociedades centradas en el consumo y en el cultivo del yo. A lo que se alude, a partir del relato de Doña Inés, va dirigido a pensar la manera como el miedo a ser violentado ha invadido todas las dimensiones de nuestras formas de vida y con esto hago referencia a la manera como circulamos por el espacio, nos apropiamos o alejamos de él, así como también a lo que alude a nuestros cuerpos. O sea que no sólo las arquitecturas se han modelado por el miedo sino también la estructura y cinética corpórea, el cómo se mueven en el espacio, el cómo se interactúa con otros cuerpos, el cómo se envisten de adornos y decoros, el cómo se comunica, en fin, la incorporación aparentemente inconsciente de unas posturas que se mueven en un vaivén ofensivo y defensivo como si se tratara de la inmersión cotidiana de los sujetos en un contexto salvaje que comienza al otro lado del muro o peor aún de la puerta de la casa.

Finalmente podemos decir que la Isla de paz es una referencia actual para referirse a un pasado en donde se podían transitar las calles sin mayor temor a ser una potencial víctima de robo o agresiones. Un pasado en donde los quiteños sentían una mayor capacidad de identificarse con la ciudad en su conjunto, de apropiarse de los distintos espacios que la componían y en donde cada uno mantenía el lugar que le correspondía según un rasero socioeconómico que actuaba bajo un rasero sociocultural, y por lo tanto un pasado en donde era más fácil juzgar, de acuerdo a las anteriores variables, en quiénes se podía confiar y de quienes nos teníamos que cuidar. Sin embargo, no es sólo el hoy y el ayer los únicos horizontes que dialécticamente se enfrentan, sino que a partir de estos también se enfrentan el adentro y el afuera; algo que veremos en el siguiente capítulo.

La ciudad de Quito como una “isla de paz” es una imagen que se evoca con añoranza en los relatos populares que describen la violencia y la sensación de inseguridad que dicen vivir los quiteños actualmente, a través de esta evocación la gente imagina un “tiempo pasado mejor” y dan forma a sus nociones negativas y degenerativas de la ciudad actual (Ceballos, 2011: 25).

Pero esta añoranza, como menciona Ceballos (ibíd.), no sólo cumple una función rememorativa de lo que lo que había sido la ciudad, sino un referente desde el cual hoy justificamos las actuales formas de segregación social y espacial, y en algunos casos, una metáfora a partir de la cual se han enraizado formas de des-identificación e in-diferencia ante unos otros, convertidos en agentes del caos, en los únicos responsables de la degradación física y moral de los espacios que hoy comprenden a una ciudad más competitiva y densificada.

Pero estos aspectos no sólo permanecen en los horizontes de vida de los ciudadanos, sino que se han incorporado como parte de una política urbana de gentrificación y ennoblecimiento de espacios, tanto en Quito como en Guayaquil. En este sentido la (in)seguridad actúa como un dispositivo a través del cual se busca la normalización de conductas y la reducción de alteridades que desafían el *statu quo* de una sociedad que sigue siendo cerrada, masculinista, machista y conservadora, más allá del aparente cosmopolitismo agitado por las practicas migratorias impulsadas por el comercio o el turismo; una sociedad que no admite la construcción de identidades otras, a no ser que éstas sean purificadas o marginadas por la moral de un dominante cultural; algo que resulta más que evidente cuando Andrade (2004) hace referencia al proyecto Malecón 2000 en la ciudad de Guayaquil, que bajo el discurso de la seguridad ha generado un desplazamiento forzado de los sectores populares, trabajadores de las economías del subempleo (vendedores de coco, heladeros, chanceros, etc.), así como de otros sectores poblacionales. Vemos pues como lo que se ha aludido como la falsa neutralidad del concepto, no es más que la puesta en práctica de una política de higienismo que ya había comenzado muchos años antes, con la única diferencia de que la amenaza ya no es sólo el avance del llamado *cholerío*, sino la propagación de otras sexualidades (comunidades LGTB), de otras estéticas vinculadas a lo popular, lo cual para los gobernantes guayaquileños, constituyen las verdaderas estéticas del miedo.

Las cartografías del mal y los flujos restringidos.

Otro aspecto que sobresale de las entrevistas y que tal vez no puede apreciarse en los fragmentos que anteriormente fueron expuestos, es la manera como los entrevistados a la vez que evidencian una atmosfera sumamente caótica y delirante de la ciudad afuera, al mismo tiempo comentan que su vinculación con la ciudad ya no es algo sustancial en su cotidianidad o, en otros casos, que sus flujos en la misma obedecen a recorridos sumamente restringidos y acotados a sus actividades laborales. En este sentido surge un “aparalelo” entre la ciudad que se recorre, la que se vive y la que efectivamente se representan. Los relatos del crimen planteados por mis entrevistados, los cuales en su totalidad residen en un modelo de comunidad cerrada o *edge city* como las definidas por Joel Garreau (1991) y Bingham (1997) en Nueva York, Dear y Keil (1994) en Estados Unidos y Europa Occidental, plantean una dimensión de miedo y paranoia en la ciudad que desprende de distintos órdenes, que van desde del tráfico, la contaminación y la anomía, así como una opresión psicológica que se traslada a la relación con sus cuerpos y formas de actuación. Esto lo podemos ver en los relatos de Antonio y doña Inés, quienes han modificado sus formas de transcurrir por la ciudad. Pero también resulta interesante como la ciudad recorrida difiere de la ciudad representada.

En muchas de las entrevistas cuando se les preguntó a mis entrevistados cuáles eran los lugares de la ciudad que percibían como peligrosos, dejando por fuera de esta cartografía los territorios que corresponden a los Valles, sobresalían aquellos espacios que han sido el blanco de atención de la *mass media*, o que por su actividad comercial se ven como impersonales, así como aquellos que pertenecen a las zonas de habitabilidad de los sectores populares y de poblaciones migrantes. En este orden avenidas como la América, sectores como el Inca, el centro de la ciudad, barrios como el Comité del Pueblo, La Bota, La Mena, La Pisulí, La Roldos, Carcelen Bajo, La Florida⁸⁰, La Avenida Colón, la Avenida Gaspar de Villaroel, La Avenida Eloy Alfaro (en la noche), el sector de la Versalles hasta la 10 de Agosto y la Zona (el sector de La Mariscal),

⁸⁰ Este sector residencial en el que se han asentado clases medias y medias-bajas, y que se divide en Florida alta y baja, fue referido por Raúl como un lugar peligroso por el hecho de que la mayoría de los migrantes cubanos han encontrado residencia en este espacio. Así mismo, con relación a la Bota la cual colinda con el Comité del Pueblo fue señalado por Raúl como peligrosa debido a las masivas migraciones de comunidades afro-descendientes del Valle Chota, sin embargo él aludía a que esto no se debía a una cuestión de raza, sino que era un derivado de las condiciones de vulnerabilidad de estas poblaciones; algo que, en lo que a mí respecta y por fuera del comentario de Raúl, no es del todo cierto en la medida en que si bien estas comunidades están en condiciones de vulnerabilidad, esto también obedece a un racismo estructural que ha desatendido las necesidades de estas poblaciones

aparecen en el imaginario de mis entrevistados como las zonas de mayor peligrosidad en la ciudad; por otro lado resultó característico de que el sur de la aparece como un territorio prácticamente inexistente y zonas como la Foch fueron reiterativamente señaladas como un lugar de miedo por todos los entrevistados. Así mismo distinguen zonas de distinción que se ubican en los sectores del actual Quito Tennis, El Condado, Batan Alto, Bella Vista, Campo Alegre, y Monteserrin.

Si comparamos la cartografía de inseguridad y distinción por ellos presentada con la ciudad que habitualmente recorren, resulta inquietante que los espacios de peligrosidad, a excepción de las calles y avenidas, no hacen parte del circuito cotidiano por ellos recorridas. Este aspecto, me parece que puede configurar una hipótesis sobre la manera en que el estigma de la peligrosidad está arraigado a zonas de asentamiento de los sectores populares. Un estigma que no parte de la ciudad que realmente es habitada o transitada por ellos. Sin duda gran parte de este estigma se debe a la influencia ejercida por los medios de comunicación; sin embargo no podemos decir que éstos determinen en la totalidad la manera como mis entrevistados han asumido la ciudad, en la medida en que se pudo constatar que si bien hay una preocupación por estar informados, su interacción obedece a aspectos que se limitan a intereses específicos, a partir de lo cual, se desecha todo lo que no sea de su agrado o interés (por lo general todo lo que tiene relación con la nota roja en prensa y televisión), de esta manera podemos decir que la espacialización del mal por ellos realizadas, si bien en algunos pocos casos obedecen a experiencias directamente vividas o vistas por ellos, obedecen a una construcción social de la marginalidad potenciada por la propagación de relatos que se han afincado en estos sectores. Algo que resulta notorio cuando en una de mis entrevistas Orfa, residente en el centro de Tumbaco, me comentaba como barrios como el Comité del Pueblo, eran supremamente peligrosos, cuando le pregunte de si ella tenía alguna relación con este sitio, ella me comentaba:

- Barrios como el Comité del Pueblo son muy peligrosos, o en el Inca que hay bandas y pandillas como las que lastimosamente se han visto acá en estos últimos años /porque acá se ha vuelto muy peligroso, te da miedo subirte a los buses, los paraderos son terribles, yo en mi casa, aquí en la esquina no más, tengo todas las seguridades que he podido poner, tengo una puerta de hierro antes de la de madera, y por dentro tengo todos los seguros, pero es como la gente dice no, cuando el ladrón quiere robar no hay como detenerlo, aunque yo sí tengo quien me cuide (**hace referencia a la imagen de la virgen que tiene a la entrada de su casa**) / yo no bajo a Quito porque aquí lo tengo todo, el supermercado, puedo pagar los servicios, todo, pero eso es lo que dicen que estos lugares son muy peligrosos, y que hay pandillas y bandas.

Orfa, reside en la zona central de Tumbaco desde hace 20 años, fue profesora de colegio en la zona de Tumbaco y ahora está jubilada.

Vemos entonces como la construcción de los territorios del mal, ha obedecido más a la diseminación de lo que la gente dice y no propiamente porque se tenga alguna interacción con estos espacios o porque se haya sido víctima en los mismos. Pero por qué entonces se construye una certeza sobre la peligrosidad de estos lugares. A diferencia de Orfa, quién había señalado que su interacción con la ciudad de Quito ahora era muy limitada, resulta inquietante una observación realizada por Antonio Cobos (anteriormente citado) en donde hablaba de los “barrios grises”, cuando le pregunté el por qué de esta metáfora, él me decía que esto obedecía al color de las casas y no propiamente porque estuviera aludiendo a algo más. Sin embargo, la metáfora del “barrio gris”, es una categoría semántica comúnmente utilizada para describir a los barrios pobres ya sea por sus bloques de concreto a la vista o por su carencia de acabados, plantea elementos relevantes con relación a una percepción estética de cierta degradación del espacio. Por lo tanto podríamos decir que la determinación de la peligrosidad de un lugar u otro no está obedeciendo únicamente a la construcción social del miedo avivada por el relato, a la construcción mediática caracterizada por el amarillismo, ni tampoco a la experiencia propia sobre situaciones de vulnerabilidad real en estos lugares, sino que también obedece a una percepción medida por parámetros estéticos. De esta manera, lo feo y lo bonito obedecen a construcciones, que si bien son ideológicas y cambian según las variables dependientes e independientes a las que cada actor social está sujeto, terminan por convertirse en categorías funcionales a partir de las cuales determinamos la degradación o riqueza de un espacio, lo que en algunos casos, actúa expansivamente hacia los sujetos que allí residen. De esta manera lo feo y lo bonito son categorías estéticas que actúan de manera práctica en la configuración de lo que es objeto de miedo y objeto del deseo.

Lo bueno y lo malo, lo feo y lo bonito, tanto como la disposición para obtenerlos y juzgarlos, son parte del patrimonio cultural del espacio social, que establece también los linderos del campo de producción arquitectónica, sujetando de esta manera desde el espacio social las regulaciones del espacio físico, que ha de repetir yuxtaposiciones, distancias y jerarquías (Mendez, 2004:4).

Finalmente como menciona Ceballos (2011) la percepción degenerativa de los barrios grises y de sus residentes es elaborada a partir de una “impresión visual y espacial más que por algún conocimiento sobre la historia de estos barrios” (Ceballos, 2022:56). Formas de caracterización espacial, que funcionan como “archipiélagos semánticos”, en tanto tales apelativos no sólo se circunscriben al imaginario de lo empobrecido –áreas que no han podido “regenerarse” por acción de la modernización capitalista–, sino que

funcionan como categorías estéticas que se extiende a la percepción que se tiene de la gente que habita en estos barrios y sectores. Así mismo, la idea del barrio gris, sobrepone una semántica del miedo, que ya no sólo se circunscribe al imaginario mediático de la inseguridad, a las estadísticas del crimen, a la fortificación de las arquitecturas o la tecnologización de la vigilancia, sino a la ausencia de los significantes de lo modernizado: espacios limpios, jardines manicurados, paredes coloridas, arquitecturas estetizadas. En este sentido, lo malo, lo peligroso y lo delictivo, es aplicable a toda zona en donde el capital no ha podido sembrar un aire moderno.

CAPÍTULO IV

Contexto de Investigación

Cumbayá el Renacimiento de la Utopía y el advenimiento de la distopia.

La Parroquia de Cumbayá⁸¹ que junto con Tumbaco y Puenbo formaban “el país de las Guabas”⁸², como se le conoce comúnmente en el imaginario histórico del sector, está ubicado en el Valle de Tumbaco, al oriente de la ciudad de Quito, a tan sólo 12 km. Este sector, caracterizado por un clima cálido, que oscila entre los 18°C y 22°C, y una ecología bondadosa que permitía el cultivo de maíz, trigo, cebada, papas, así como variadas especies frutales, hortalizas y legumbres (guabas, chirimoyas, garbanzos, frijoles, ají, habas, maní, membrillo, etc.), que abastecían los mercados de la ciudad de Quito, había sido un sector tempranamente poblado por comunidades indígenas, así como fue uno de los lugares de asentamiento preferidos por los sectores aristocráticos de la ciudad, quienes tenían en este espacio sus segundas residencias, así como grandes extensiones de tierra que conformaron las primeras grandes haciendas (Grande Cumbayá, Rojas y Sta. Lucía), así como otras un poco más pequeñas (Auqui Chico, Auqui Grande, y Pinsha); “gran parte de la historia de Cumbayá está vinculada a las haciendas” (Murillo, 1996:18).

Según el texto de Maximiliano Murillo Guerrero (1996), un habitante del sector quien habría de dedicarse a la elaboración de un pequeño texto en donde se registra el pasado y presente de Cumbayá, nos comenta la transformación de un mundo de vida rural que fue sufriendo drásticas modificaciones a medida en que se fueron consolidando nuevos procesos económicos. Una de las primeras transformaciones obedece al paso del modelo de extracción agrícola a un modelo pecuario de carácter extensivo: “al pasar lo años, tanto la producción agrícola como el cultivo de caña de azúcar se suspendió y extensos terrenos fueron transformados en potreros y dieron paso a la producción lechera y ganadera” (Murillo, 1996:20). Así mismo, sobresale la transformación de los antiguos límites de Cumbayá, que obedecían a los linderos de los potreros y las haciendas, las cuales, habrían de comenzar un proceso de desmembramiento conforme a la repartición

⁸¹ Actualmente la parroquia de Cumbayá, integrada al distrito Metropolitano de Tumbaco, está limitada: “al norte por el río Machángara que la separa de Nayón; al sur las poblaciones de Guangopolo y Conocoto; al Oriente Tumbaco, separada por el río San Pedro y al occidente Guápulo, Monjas y otros barrios de Quito” (Murillo, 1996:70).

⁸² Según Murillo (1996), el denominado País de las Guabas, comprendía tanto las parroquias arriba nombradas, como las parcialidades de Apianda, Ipra, Guayocundo, Yllupi, Anagubla y Acapayo (Murillo, 2006:12).

de herencias; así mismo la Reforma Agraria de 1964, determinó la sesión de algunos terrenos a los antiguos “huasipungueros” que trabajaban en las mismas, permitiendo la organización de minifundios que posteriormente derivaron en los primeros barrios de extracción popular como el Sta. Inés (Ibíd.:23); igualmente, según Murillo, con anterioridad a las parcelaciones, se dio la compra de extensos terrenos por la Empresa Eléctrica de Quito, lo que permitió la construcción del reservorio y la planta de energía eléctrica.

La construcción de la vía Interoceánica entre 1968 y 1969, que parte de la avenida 6 de Diciembre en el sector de Granados y el Batán, y conecta con la Panamericana norte, convirtió a este sector en una zona de atractivo para las clases pudientes las cuales conformaron los primeros clubes y urbanizaciones de elite como: el club-urbanización Jarcaranda y urbanizaciones como como Los Valles 1, 2 y 3, Jardines del Este 1 y 2, Balcón del Valle (en donde ahora está asentada la Universidad San Francisco de Quito), La Primavera 1 y 2, los Guabos, Lomas de Cumbayá (al sur), así como otros barrios como el San Juan y Rojas, comunas como Lumbisí y urbanizaciones no tan prestigiosas diseminadas en el centro y occidente de la parroquia. Esta transformación del suelo urbano, convirtió a Cumbayá en un lugar que ya no sólo se visitaría los fines de semana, para disfrutar del clima campestre y el consumo de comidas típicas o el famoso helado de paila, para convertirse en un lugar de primera residencia. En este sentido, nacía de nuevo la utopía que cada vez más se había venido desplazando conforme a la construcción de los sectores de vivienda para las elites. Ahora surgiría un centro urbano que permitía el desarrollo de un estilo de vida urbano-campestre; un retorno a la naturaleza que permitiría alejarse del ritmo agotador de la urbe; o como diría Galina (2011:77) la búsqueda de una naturaleza exuberante que les permitía a sus residentes salir de la “naturaleza salvaje” que se había instaurado en la ciudad.

Al dirigirnos hacia Cumbayá por la vía Interoceánica desde la estación de buses Río Coca, que en bus conecta a tan sólo treinta y cinco minutos esta parroquia de la ciudad de Quito, y a éstas con otros poblados como Tumbaco, Puembo, Pifo, Yaruqui y Quinche, atravesando el sector de Nayón, lo primero que se evidencia es una extensa carretera que después de pasar el segundo anillo vial, queda rodeada por urbanizaciones de alto nivel, de las cuales sólo se puede percibir sus extensos y altos muros, rejas y grandes porterías fortificadas, entre las que se destacan urbanizaciones como Altos del Valle y los Miravalle 1, 2 y 3. Así mismo, vemos grandes casas quintas separadas por

extensos trechos de árboles y maleza, como también varios tipos de negocios, en donde se destacan almacenes de maderas y pisos, un taller de escultura adornado con rústicas estatuas, gasolineras y almacenes de alfombras, que cada vez se van volviendo más contiguos a medida en que nos acercamos al poblado.



Foto-Collage, No. 3, Paisajes Interoceánica, contrastes y entre muros, rumbo a Cumbayá – mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Una vez en Cumbayá, después de pasar por el puente del río Machángara, que divide a esta parroquia de Nayón, lo primero que se percibe, además de un tráfico vehicular exorbitante de todo tipo de automotores (buses escolares e inter parroquiales, camiones y vehículos particulares de todo tipo), es el despliegue de un ampliado sector comercial de toda gama de servicios que tempranamente comienza a hacer anunciado con variedad de vallas publicitarias que promocionan toda clase de productos y servicios así como venden

el deseo de un nuevo estilo de vida que te “garantiza seguridad en medio del peligro” en donde el “compartir es más que un juego” y “las buenas experiencias se quedan contigo”, aunque “el fuego” se está comiendo a la montaña (1ra. Fotografía).



Foto-Collage, No. 4, Publicidad en la vía, contaminación visual y estilos de vida. – mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Así mismo, esta vía dio lugar a un flujo acelerado de capitales que permitió la construcción de una zona industrial, en donde sobresalen La Cervecería Andina (hoy Cervecería Nacional), industrias textiles como Hilanderas Cumbayá, La tejedora, París-Quito, Deltex, fabricas madereras como Madelsa, Industria Maderera Robalino S.A. y empresas dedicadas a la metalurgia, talleres artesanales, organización de eventos y *catering*, entre otros tipos de negocios y oficinas que cada vez más han ido tomando lugar en el sector. Un crecimiento industrial que vendría acompañado de un dinámico crecimiento comercial.

Vemos pues, cómo en un sector relativamente reducido se levantaron los primeros centros comerciales como Villa Cumbayá y Plaza Cumbayá, los cuales abrieron el camino a una transformación radical del paisaje y de los ritmos de vida de los habitantes del sector. Este dinamismo dio paso a la construcción de nuevos centros comerciales y plazas como La Esquina, Centro Plaza, Antara Plaza Gourmet, Plaza Modena y Paseo San Francisco (que está en construcción), así mismo surgieron locales comerciales de

todo tipo, que albergan toda clase de servicios, entidades bancarias (Banco de Guayaquil, Banco del Pacífico, Produbanco, Procredit, Banco Pichincha, Banco Promerica), restaurantes (pizza Hut, El Hornero, Noe Sushi Bar Tropi Burguer, KFC, Macdonalds, etc.), lavanderías como Martinizing, droguerías Fybeca y supermercados como Megamaxi y Supermaxi, así como otra variada gama de locales comerciales de ropa, zapatos, tecnologías, y concesionarios de automóviles en los que se ofertan sobre todo camionetas: Toyota, Hiunday, Nissan y Kia, entre algunas otras.



Foto-Collage No. 5, Comercialización entrada a Cumbayá – mayo y agosto de 2011.
Fuente: Santiago Barona M.

El crecimiento comercial que ha invadido a este sector, comienza a hablar del alto flujo de capital que hay en la zona: siete centros y plazas comerciales, sin contar aquellos que no están integrados a los mismos y que responden a concesionarios, droguerías y sitios de comida rápida en un espacio que abarca una proporción de no más de 40 cuadras. Sin embargo, esta centro-comercialización de la parroquia no sólo se ha supeditado a la economía de las grandes marcas del comercio global y regional. Como podemos ver en las fotografías situadas en la parte inferior, el flujo de capitales ha permitido el mantenimiento de todo tipo de economías que van desde vendedores de frutas situados en las cercanías de los grandes comercios, hasta vendedores de discos y Dvd's piratas, quienes aprovechan la afluencia de gentes que visitan los grandes bloques de comercio. Por otro lado, podemos observar que hasta el momento la centro comercialización no ha conducido a un quiebre de las economías de los pequeños comerciantes y ofertantes de servicios situados sobre la avenida principal, a diferencia de lo que ha ocurrido en el

centro del poblado alrededor de la plaza en donde hoy se aprecian además de la iglesia y unas cuantas casas remodeladas, restaurantes como *Noe Sushi Bar*, *Café Montezco* y algunos pocos bares: el *Swing Bar* y *Absinth*, a unas cuantas cuadras, entre otros locales.



Foto Collage No. 6, Comercialización Cumbayá Av. Interoceánica. – mayo y agosto de 2011
Fuente: Santiago Barona M.

Vemos que la mayoría de edificaciones han transformado las fachadas o las partes inferiores de sus viviendas en tiendas de abarrotes, misceláneas, cafeterías, peluquerías, en fin, un sin número de actividades comerciales, lo cual pone de manifiesto la alta dependencia del sector terciario de los residentes del sector, así como un bricolaje entre economías de alto y bajo nivel; su vigencia a pesar de la presencia de los grandes centros de comercio puede aludir al hecho de que la mayoría de estos pequeños negocios son mantenidos gracias a la presencia de estudiantes de colegios aledaños, paseantes, y por los mismos moradores del centro de la parroquia, ya que quienes viven en las urbanizaciones y conjuntos cerrados aledaños generalmente no acuden a los centros comerciales, plazas y bares-restaurantes pertenecientes a marcas registradas.

Sin embargo, el crecimiento comercial que hoy se está presentando en la zona, puede amenazar con la desarticulación de estas pequeñas economías en tanto hoy se prevé la construcción de dos grandes centros comerciales, el ya referido Paseo San Francisco (que aparece el foto-collage No.3) y un nuevo centro comercial⁸³ que apenas está en proceso de estudio; los cuales, superan en tamaño, locales y servicios, a los que ya están ahí asentados. Algo que sin duda puede derivar en una reducción de la afluencia de compradores en los pequeños locales, en donde sus dueños podrían pasar de ser propietarios a empleados; una situación que ya ha pasado en otros países y regiones.

La caracterización del flujo comercial nos permite observar como Cumbayá en esta última década ha sufrido una transformación radical de las formas de vida, anteriormente vinculadas a una ruralidad, que hoy permanece tan sólo en las épocas de carnaval y de ritual, como la celebración religiosa de San Pedro que hoy se ha convertido en una fiesta secular que promueve concursos de bandas, corridas de toros y elecciones de reinas. Una transformación que no es ajena a la situación de otros centros urbanos aledaños, tal y como lo podemos ver en la zona céntrica del sector de Tumbaco:



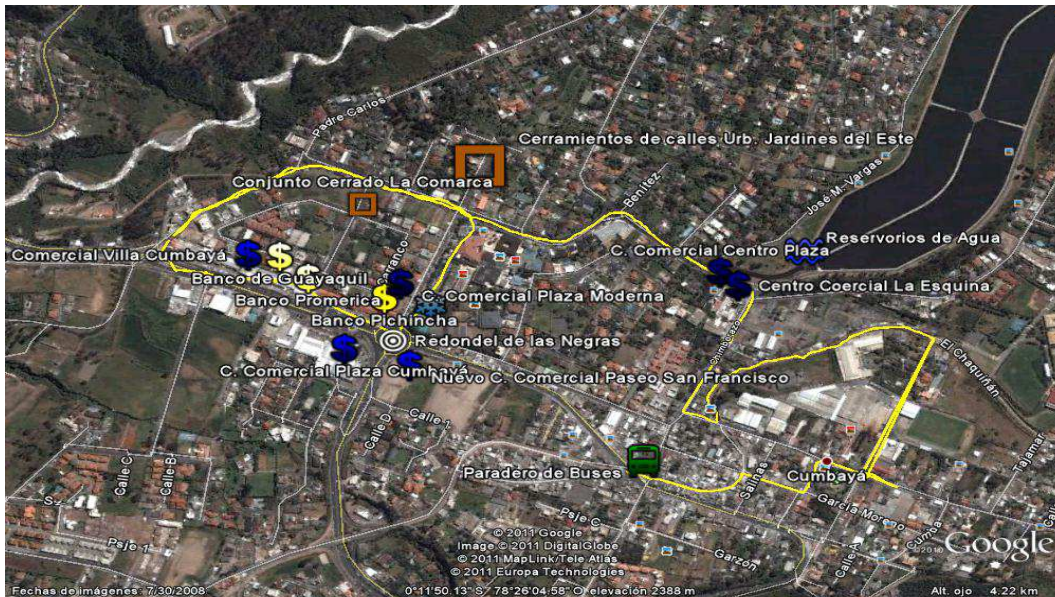
Foto-Collage, No. 7, Comercio centro urbano de Tumbaco. Fotos tomadas entre los meses de mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

⁸³ De este centro comercial que no se sabe su nombre y apenas está siendo anunciado se situará sobre la avenida Interoceánica en frente de la urbanización La Primavera I, según el diario Hoy, este centro comercial albergará 160 locales comerciales y contara con 2000 plazas de parqueo, a la vez que se estima la generación de 5000 empleos en su construcción. <http://www.hoy.com.ec/noticias-ecuador/nuevo-centro-comercial-para-la-zona-de-cumbaya-416517.html>



Foto-Collage, No. 7, Comercio centro urbano de Tumbaco. Fotos tomadas entre los meses de mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

En este pequeño poblado podemos observar que prácticamente toda la centralidad está rodeada por equipamientos comerciales de nivel medio: ferreterías, almacenes de abastos agropecuarios, ropa y zapatos, peluquerías, papelerías, restaurantes y cafeterías, tiendas naturistas, entidades bancarias, centros de servicios, cabinas telefónicas e internet, entre muchos otros, incluso mucho más que lo evidenciado en la zona central de Cumbayá. Una saturación comercial y vehicular que paralelamente crece junto con la multiplicación de policías; algo que me llamó la atención fue el observar que en una hora, mientras tomaba algunas fotografías en la calle principal enfrente de la plaza Sta. María, circularon cinco patrullas, así como varios policías motorizados y seis agentes de tránsito quienes realizaban un control estricto en los paraderos de buses. Sin embargo, sobresale un aspecto interesante a nivel comparativo, vemos pues, que más allá de la ubicación de un mercado Sta. María, en una pequeña plaza comercial que recibe su mismo nombre, el cual no existe en Cumbayá, en donde también se encuentran lugares de comidas rápidas como KFC, Pandeyucca, Papitas Fritas a Lo Bestia, Carbón y Mar Don Pipón, así como pequeñas dependencias de los principales bancos del Ecuador como Mutualista, Pichincha y Produbanco, y otro tipo de comercios como Kao Sport Center, Pronto y La Ganga, el equipamiento comercial de alto nivel en Tumbaco presenta no sólo una menor proporción en comparación a Cumbayá, sino otro tipo de perfil socioeconómico; algo que resulta evidente a través de la observación de los nombres y las fachadas de los comercios que se dan en uno y otro lugar. Mientras en Tumbaco hay Sta. María, en Cumbayá hay Supermaxi, lo cual, nos habla de dos perfiles socioeconómicos sumamente distintos que ponen de relieve un sentido de distinción mediado por la disponibilidad y acceso a los grandes centros de consumo.



Mapa 1. Zonificación de calles, y recorridos, equipamientos comerciales, zonas bancarias, universidad y algunos conjuntos cerrados. Cumbayá Google Earth⁸⁴.

Por otro lado, más allá de la multiplicación asimétrica de equipamientos comerciales de todo tipo, podemos ver que en Cumbayá la multiplicación de muros, rejas y porterías de guardianía privada resulta más evidente. Al recorrer la calle Pampite, que transcurre por la parte trasera de la plaza comercial Villa Cumbayá y la Universidad San Francisco de Quito, desembocando en el Centro Comercial La Esquina, la experiencia de estar en un afuera se realiza a través de un largo tránsito por un corredor rodeado de muros, rejas y cercas electrificadas, una experiencia de enclaustramiento y vacío derivado de la ubicación a lado y lado de la calle de grandes urbanizaciones y conjuntos cerrados como La Comarca y Jardines del Este.

En esta calle de aceras reducidas en las cuales generalmente no se divisa caminante alguno, salvo unos pocos que al parecer hacen parte de la economía de servicios de estos barrios ricos, jardineros y empleadas domésticas quienes tienen que caminar varias cuadras desde la parada de buses que está situada enfrente de Villa Cumbayá, vemos que todas las vías de paso que desprenden de la Pampite hacia el occidente, evidencian varios tipos de cerramientos, tal y como lo vemos en las calles

⁸⁴ La línea amarilla representa el recorrido aquí narrado, al oriente vemos una multiplicidad de grandes casas, construidas con caja de aire que separa unas de otras, este complejo que se asemeja al estilo de suburbio norteamericano, pero de un mayor nivel económico apreciable no sólo en la extensión de sus predios sino en la presencia de piscinas en algunas de ellas, no sólo se encuentra amurallado hacia la calle Pampite, sino que se encuentra franqueado a la izquierda de la foto por el río Machángara y a la derecha por el reservorio de aguas. Aunque no pude ingresar a este complejo de casas, se puede decir, por lo observado en otros complejos de Jardines del Este, que el aquí señalado debe tener cerramientos internos en cada casa, así como deben contar con guardias privados particulares para cada una de ellas.

Padre Carlos, Valenzuela, Lombardo y Benítez, en las cuales, se ubicaron en un primer momento cerramientos con cadenas y garitas en las esquinas, hasta que posteriormente fueron cerradas con grandes portones de rejas y porterías atendidas las 24 horas por guardias generalmente armados.



Foto Collage, No. 8. Cerramientos de calles y garitas, Cumbayá, Av. Pampite - mayo y agosto de 2011
Fuente: Santiago Barona M.

Al entrevistarme el día jueves 26 de mayo de 2011, con la arquitecta Magdalena Vascones, Coordinadora Técnica del área de Control Urbano en la Administración Zonal de Tumbaco, me comentaba como el tema de la seguridad, uno de los factores que más afecta al país actualmente, ha cobrado vigencia en la totalidad de parroquias adscritas a la delegación Zonal de Tumbaco. Una sensación de inseguridad que no sólo ha llevado a la toma de ciertas precauciones básicas, sino a una exagerada tendencia al aseguramiento, aspecto que ha venido determinando el cerramiento de urbanizaciones y calles, que según sus palabras: “son públicas y deberían ser abiertas a todo el público”. Sin embargo, el cierre de calles y la disposición de guardias y garitas es algo que cada vez se viene presentado más a menudo en el sector aunque va en contra de la normatividad existente, la cual, según me comentaba, prohíbe la disposición de muros de más de tres metros así como la ubicación de garitas, las cuales sólo están permitidas en los conjuntos cerrados habitacionales.



Foto- Collage, No. 9, Clínicas veterinarias ultra seguras y Muros defensivos por altura, vidrio, cerca electrificada y vegetación, Cumbayá. Fuente: Santiago Barona M.



Foto-Collage, No. 10, Saturación Visual: Muros Ultra defensivos y Postes recargados. Modernidades Periféricas. Tumbaco. mayo y agosto de 201. Fuente: Santiago Barona M.

Esta situación obedece, una elevada sensación de inseguridad, “pánico” refería ella, que ha llevado a la organización de los residentes, conformando asociación de propietarios que cierran las calles y con esto van creando urbanizaciones privadas que “técnicamente no existen”. Así mismo, ella me comentaba cómo esta situación ha traído problemas a la municipalidad, en la medida en que la dependencia de la que hace parte, está obligada a llevar un control que prohíba la configuración de este tipo de urbanizaciones; sin embargo, también hay una gran presión por parte de los residentes que exigen el cierre de las mismas. Esta situación ha llevado a una serie de negociaciones entre los miembros de estas asociaciones de propietarios y el alcalde; sin embargo, todavía no se ha podido llegar a ningún acuerdo viable para ambas partes, aunque generalmente los residentes han ganado la batalla. Por otro lado, la arquitecta Vascones me comentaba que esta situación es más grave y problemática en Cumbayá que en Tumbaco en donde la mayoría de urbanizaciones de alto nivel, sobre todo las ubicadas en el sector de La Viña, se han ubicado periféricamente al poblado urbano, así como se han creado conforme a las estipulaciones y regulaciones vigentes (aunque igualmente el tema del cierre ilegal también se presenta), a continuación transcribiré ampliamente la segunda parte de la

entrevista en la cual sobresalen aspectos sumamente importantes que no sólo nos permiten entender la situación actual del sector sino también comprender la manera como los valles, si bien constituyeron una utopía que permitía la realización de un estilo de vida exclusivo, ahora presentan problemáticas muy similares a las que determinaron la huida de la ciudad.

- En Cumbayá la proliferación de conjuntos habitacionales de alta plusvalía **ha conducido a la implementación de sistemas de seguridad muy altos, estos conjuntos van cerrando calles y se van configurando como islas que se producen a lo largo de todo Cumbayá, algo que trae varios conflictos porque se corta la circulación vehicular, creando caos y congestión vehicular**, un tema que es demasiado preocupante porque la congestión vehicular en Cumbayá **es uno de sus principales problemáticas** / además esto (*se refiere a la configuración de islas*) es algo que no sólo agudiza el problema sino que nos dificulta el diseño de planes para atender esta problemática.
- **Si ellos pudieran hacerlo cerrarían todas las calles, ya que la seguridad se ha convertido en un generador de plusvalía** en donde se vende como un concepto, **algo que no debería ser así, ya que el costo de la tierra termina siendo mucho más costoso de lo que en realidad es.**
- Por otro lado tu puedes ver **dos fenómenos**, un fenómeno de gente que no quiere dejar el sector que se aferra a mantenerse en ciertos lados y vas viendo pequeños barrios, **pequeños asentamientos de gente que eran los dueños verdaderos pero se van como arrinconando, ¡no cierto!, y van cediendo sus terrenos a quien puede pagar, y también vas viendo sectores que van desapareciendo** porque son botados, **son trasladados por este costo del terreno**, aunque ellos **no son los beneficiarios del costo del terreno porque por lo general los constructores, el que tiene el dinero, es el que compra a precios bajos y con la transformación y dotación de servicios, entre ellos la seguridad, van generando una riqueza muy alta.** O sea hay gentes que se han quedado pero también hay muchos que han ido migrando por esta situación.
- **Hubo una exigencia por parte de los dueños de los lotes a que el municipio cambie el uso de suelo**, la zonificación, porque el municipio maneja el coeficiente de utilización de suelo que asigna a cada urbanización, **pero los dueños de estas urbanizaciones que te digo de alta plusvalía obligaron al municipio a que se construya una sola vivienda por predio**, porque los constructores empezaban a comprar estos terrenos y comenzaban a hacer conjuntos, y claro, eso no, aquí conjuntos no, o sea **nosotros pagamos mucho dinero para venir a la exclusividad y de hecho obligaron, y el municipio cumplió esa necesidad y puso algunas urbanizaciones como vivienda unifamiliar.**
- **Hay un boom por lo menos desde hace 15 años**, como una demanda de **gente con mucho poder económico que quiere lugares exclusivos**, ya que **este valle te brinda plus**, muy importantes **como el clima, como el aire**, aunque ahora ya casi tenemos los mismo problemas de la ciudad, o sea los problemas de la ciudad va llegando a los valles, pero **aquí tienen la oportunidad de cosas que ya no tienes en la ciudad, como terrenos grandes, rodeados de naturaleza y la seguridad** no, aquí encuentras muchos sitios de primera, que son **un sueño.**
- **Uno va a los valles cansado de la ciudad, del esmog, de tanto vehículo, de la inseguridad** y buscas lo contrario, buscas aire, buscas naturaleza, buscas seguridad, buscas un terreno grande, buscas un estilo de vida diferente, llegas al valle y vas viendo que **al comienzo lo encuentras pero luego eso se va transformando porque la ciudad va cogiendo al valle** y ahora en los valles ya hay lo que fuiste a buscar, no cierto, o sea todo lo que fuiste a buscar, **todos esos sueños ahora ya son pesadillas** porque ya lo vas perdiendo, va desapareciendo

porque vas encontrando los mismo problemas, **vas encontrando ya el smog, los vehículos hay demasiados en los valles, la misma implantación de servicios como los centros comerciales te van, te van cambiando todo**, si es cierto que te pueden brindar servicios, pero **también creo que te traen más daño porque te caotizan los sectores, de pronto te ves encerrado nuevamente en una ciudad, y el sueño por el que tú fuiste al valle ya no existe.**

Arquitecta Magdalena Vascones, trabaja hace tres años como Coordinadora Técnica del Área de Control Urbano. Admon. Zonal de Tumbaco y vive en el Valle de los Chillos. Entrevista realizada el día 26 de mayo de 2011.

El testimonio de la arquitecta Vascones, no sólo alude a un conocimiento derivado de su profesión y del actual cargo que ocupa, sino que, como vemos al final de la entrevista, plantea sus propios puntos de vista con relación a las motivaciones que la llevaron a residir a los valles y a lo que ella considera como la pérdida de la utopía. Incluso esa es la razón por la cual decidí realizar una transcripción literal de la segunda parte de la entrevista ya que la manera como ordena su discurso permite percibir un cambio de su situación como profesional de la que efectivamente vive cotidianamente como residente en uno de los valles de Quito. Por otro lado sus opiniones son muy similares a las presentadas por otros entrevistados, con quienes no sólo realicé entrevistas a profundidad, sino trabajos de cartografía social en donde situaban sus opiniones y testimonios de acuerdo a un orden espacial. Sin embargo, antes de entrar a la parte final de esta investigación, centrada en tres modelos de vivienda presentados en los valles, las cuales también aluden a tres tipos de actores socioeconómicos que aunque se pueden situar en un mismo umbral de clase social divergen en torno a ciertas opiniones respecto de la (in)seguridad y el miedo, analizaremos someramente unos aspectos que nos permiten reflexionar en torno a lo plateado por la arquitecta Vascones con relación al binomio entre seguridad y plusvalía, así como también a la relación entre utopía y distopia.

Paisajes contrastados: lugares de flujo, arquitecturas y securitizaciones.

En la mayoría de recorridos que realicé por algunas de las calles sobre las que han crecido las grandes urbanizaciones en Cumbayá Lumbisí, y Tumbaco, se evidencia una marcada ausencia de espacios públicos, espacios recreativos o de esparcimiento, algo que resulta evidente tan sólo cuando notamos el tamaño reducido de las aceras, las cuales, muchas veces o no existen, o están desechas, o están dejadas al abandono, lo que ha propiciado un crecimiento de la vegetación en algunas de ellas. Así mismo, no existen parques recreativos para el esparcimiento de los niños a excepción de unos minúsculos espacios de juegos que han sido integrados a las plazas comerciales; por otro lado los parques evidencian tipos de cerramiento de sus áreas verdes impidiendo el disfrute de los

mismos⁸⁵. Podríamos decir que estos aspectos están mostrando el desecho o el rechazo de todo lo que tenga que ver con una afuera público. Si bien la insuficiencia de parques de recreo es asumido como algo sin importancia por los moradores de conjuntos cerrados y urbanizaciones, en tanto, al interior de sus complejos habitacionales se hallan dispuestos amplias zonas verdes y de juego, parques recreativos, gimnasios, canchas de tenis, entre otros, lo que queda claro es que lo importante para estos residentes no es sólo el disfrute de estos espacios sino el disfrute entre personas que se asumen como iguales. Así mismo, las zonas de Cumbayá, Lumbisí y Tumbaco presentan una relación en micro de lo que ya estaba evidenciado a nivel macro, y con esto hago relación a la calle como un sistema de comunicación pero también como un dispositivo de distanciamiento.

Vemos pues como en estos sectores, las zonas de prestigio están lo más alejadas posibles de las zonas centrales urbanas de cada una de las parroquias, algo que se evidencia en el deterioro de las mismas vías, ya que si bien hay un alto nivel de capitales circulantes en la zona, al igual que, incontables vehículos que están en una relación de dos autos por familia como mínimo, no puedo entender el porqué de la precariedad de las vías; es como si con el deterioro o la inexistencia de aceras, sumado a la obstaculización de vías de acceso y calles por los cerramientos, se estuviera garantizando la disminución de la presencia de una otredad heterogénea.



Foto Collage, No. 11 Parques cerrados, naturalezas defensivas y aceras..., Inexistencias del afuera público, Cumbayá y Tumbaco - mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

⁸⁵ Con relación a este aspecto cabe anotar un elemento comparativo que se vincula con lo planteado anteriormente con respecto de las diferencias entre Cumbayá y Tumbaco, la fotografía del parque cerrado, en el foto-collage No. 10 (sig. Pg.), pertenece al parque central de Tumbaco un parque que aunque tiene bancas dispuestas en sus corredores internos presenta un cerramiento que impide la realización de actividades en el espacio verde. Esto podría conducir a una hipótesis en la disciplina sobre el espacio permite construir una disciplina sobre los cuerpos; el interrogante que queda es por qué en Cumbayá esta situación es diferente; acaso diferentes tipos de disciplina en el espacio están siendo aplicados en tanto se parte de diferentes tipos de sujetos; un interrogante que deberá ser contestado teniendo en cuenta todos los aspectos diferenciales.



Foto Collage, No. 12 Parques cerrados, naturalezas defensivas y aceras..., Inexistencias del afuera público, Cumbayá y Tumbaco mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

En otra dirección el flujo de las imágenes podría permitirnos elevar una diferencia sociocultural sobre los que viven en la comunidad cerrada y quienes residen en el poblado abierto, si observamos las siguientes fotografías inmediatamente sobresale algo que me llamó mucho la atención, lo cual, estaba vinculado a un tema de amplia controversia social y política.

La discusión que promovió la consulta popular presentada a finales de 2010, en la que se discutían aspectos relacionados con la prohibición de la economía de los juegos de azar así como la regulación de los eventos públicos que tuvieran como objeto cualquier tipo de maltrato a los animales, y digo regulación porque aunque la consulta por el Sí determinó la prohibición de espectáculos como las corridas de toros, peleas de gallos y demás (aunque nadie ha hablado de las peleas de gallos), unos cuantos meses después vemos cómo, con el mayor descaro, se promovieron las corridas de toros en las fiestas de Jesús del Gran Poder, en Quito.



Foto Collage, No. 13, Divergencias socioculturales, Centro Tumbaco y Pampíte Cumbayá - mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Dos tipos de posturas antagónicas, que singularmente aluden a una misma frase: libertad. Sin embargo, vemos cómo, aunque las frases apelan a las mismas palabras en donde sólo se diferencia un sí de un no, la libertad de unos no es correspondiente a la libertad de los

otros. En esta misma línea algunas fotografías manifiestan dos aspectos interesantes que acentúan aún más los contrastes: el primero referido a un paisaje híbrido entre lo post-urbano, vinculado a las arquitecturas cerradas de casas alambicadas, y lo post-rural, en donde el piso de tierra se combina con el plato satelital. El segundo aspecto se refiere a la materialidad de los imaginarios de la seguridad, que aunque de diferente manera se presenta singularmente en diferentes sectores socioeconómicos, como si se hubiera convertido en una necesidad que ya es parte del mobiliario y connatural a las formas del paisaje.

Al recorrer la ruta del Chaquiñan, un sendero ecológico habilitado hace más o menos ocho años para caminantes, corredores y ciclistas (uno de los pocos espacios públicos de esparcimiento que tienen estos sectores), el cual, va desde el peri-centro de Cumbayá hasta Puenbo, me encontraba con una paisaje rural que me permitía imaginar de alguna manera cuál había sido la estética característica de la parroquia antes de la llegada del boom inmobiliario, en la medida en que las arquitecturas, órdenes y disposiciones, de los demás espacios ya tan sólo evidenciaban la drástica transformación derivada de la imposición de los parámetros comerciales.



Foto Collage, No. 14, Contrastes sobre la Ruta del Chaquiñan, Tumbaco y Cumbayá.- mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.



Foto Collage, No. 14, Contrastes sobre la Ruta del Chaquiñan, Tumbaco y Cumbayá.- mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Vemos pues como el doble ontológico creado por la imagen, así como nos sitúa en un escenario que no está ligado al imaginario que de Cumbayá han hecho los promotores inmobiliarios, a la vez que nos permiten observar las divergencias estéticas entre distintos sectores socioeconómicos ahí asentados, visibilizan unas formas de vida que colapsan en un mismo tiempo, un híbrido sobre relieve discontinuo y simultaneo: al lado izquierdo una casa moderna con un muro revestido de naturaleza en donde sobresalen las rejas y las púas, al otro, la estética gris en donde sobresale el frío concreto y un plato satelital; abajo, a la izquierda, rejas con púas que defienden un espacio vigilado con el ojo electrónico, y contrapuesta a ella, rejas sobre rejas que resguardan a los perros.

El boom inmobiliario y la “verticalidad” de la vivienda.

Como ya se ha venido comentando, la zona de Cumbayá así como otros sectores pertenecientes al Valle de Tumbaco, han venido presentando un incremento acelerado sobre la construcción de nuevos centros de vivienda para los sectores económicos medios altos y altos. Entre las inmobiliarias más destacadas se encuentran La Coruña, Sawy, Mancasas e Inmomax. Este boom inmobiliario, como comentaba la arquitecta Vascones en los párrafos anteriores, no sólo ha transformado la estructura del suelo urbano, un proceso en donde los propietarios de urbanizaciones de elite han exigido al municipio el cambio de coeficiente de suelos, sino que ha derivado en la implantación de grandes centros comerciales, con los cuales se amenaza la tranquilidad que en estos lugares vino a ser buscada. O como decía la misma arquitecta, la transformación de “un sueño de estilo de vida en una pesadilla que los ha hecho sentir que están otra vez encerrados en una

ciudad”; algo que dice mucho del nivel peyorativo en que la ciudad se define como concepto en tanto anti-utopía.

Más allá de señalar la proliferación de estas urbanizaciones y conjuntos cerrados en el sector, vale la pena traer a consideración algunos aspectos que fueron abordados por Galina (2011) sobre el crecimiento poblacional en los valles. Según nos comenta a partir de realización de encuestas cerradas a 106 personas se establece que la población de Cumbayá se ha triplicado en los últimos 20 años, y que el 80% de ella responde a un proceso de asentamiento en los últimos 10 años, así mismo señala que este incremento exponencial comienza con mayor fuerza desde finales de la década del 1990 y comienzos del año 2000; un crecimiento que sobre todo ha concentrado la mayor parte de la población de la parroquia en urbanizaciones y conjuntos cerrados, en los cuales se evidencia un predominio de la vivienda unifamiliar o villa, y edificios de apartamentos de estilo moderno que combinan el estilo de *loft* (un tipo de vivienda de alta plusvalía que nace de una reingeniería que mezcla el diseño de interiores con el diseño industrial), por sobre otro tipo de construcciones que también se han incrementado (Galina, 2011:67-75). Sin embargo hay algunos datos que parecieran no coincidir con lo que me he encontrado en la zona. Si bien Galina (ibíd.) estima que el crecimiento infraestructural y poblacional obedece a una impulso generado por los sectores más pudientes, quienes buscaban el desahogo de la urbe, o sea, un mejor paisaje, clima, tranquilidad, menor congestión vehicular, contaminación ambiental, visual, auditiva, al igual que una mayor seguridad y un retorno a la naturaleza, algo en lo que estoy plenamente de acuerdo, estos elementos aparecen según sus estimaciones como los primeros aspectos que determinaron las tres grandes migraciones que se evidencian en el lapso de 1975-1985, 1990-2000 y 2005-2009, dejando el aspecto de la distinción en un cuarto lugar (Galina, 2011:81). Por lo tanto, si bien comparto plenamente las motivaciones señaladas por Galina, si tenemos en cuenta aquellos aspectos culturales que se han evidenciado a lo largo de esta tesis, todos los aspectos antes mencionados atraviesan el campo del prestigio social: salubridad de espacios, distanciamiento de la anomía, búsqueda de homogeneidad étnica y de clase, que combinan el diseño de viviendas con una naturaleza exuberante y defensiva. Un aspecto que actúa también como dinamizador de la migración de masas poblacionales pertenecientes a los estratos medios y medios altos ya que, a la vez que buscan las bondades antes referidas, también han constituido como objeto de deseo un tipo de vida

en los valles que en el imaginario de la ciudad actúa como modificador de estatus, que se realiza por la contigüidad con un espacio y un estilo de vida.



Foto-Collage, No. 15, Verticalidades de vivienda contrastadas cabeceras parroquiales, Conjuntos Cerrados y urbanizaciones, Cumbayá, Tumbaco y Nayón. – mayo a agosto de 2011. Foto Collage, No. 14, Contrastes sobre la Ruta del Chaquiñan, Tumbaco y Cumbayá.- mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Por otro lado, si bien la mayoría de los residentes en este sector son propietarios de sus viviendas, vemos que hay un crecimiento de otros tipos de construcciones, así como un incremento sobre sectores arrendatarios. Lo cual, nos habla de un movimiento poblacional que no solamente corresponde a los sectores socioeconómicamente altos. En este sentido, si bien coincido con Galina (ibíd.), al señalar que más allá de una aparente contigüidad de algunas urbanizaciones de alto nivel con las residencias de las zonas céntricas de los poblados, aparente en tanto proporciones geográficas, existe una marcada segregación socio-espacial que se hace palpable en el diseño y la disponibilidad de calles y aceras, en la distribución de mercados como Megamaxi y Sta. María, como en las arquitecturas que crecen defensivamente –aun y cuando se reconoce que la tipicidad de los robos suceden por las puertas principales y obedecen a modus operandi que ya hablan de otro tipo de criminales–, al notar la manera como la centralidad de las cabeceras parroquiales han ido creciendo conforme a las urbanizaciones y los centros comerciales,

podemos discutir hasta qué punto hay un verdadero desplazamiento de sectores socioeconómicamente bajos o hasta donde, como refería Vascones, no estamos ante una *edge city*, sino encerrados en un tipo de ciudad de la cual se había querido huir, en donde los contrastes estéticos y sociales se vuelven cada vez más intensos y tirantes. Así mismo, la verticalidad de la vivienda que crece exponencialmente de 1990 (133 y 137 en 1990 en la cabecera parroquial) a 2001 (507 y 519 respectivamente) nos está hablando de todo tipo de flujos poblacionales, en tanto la verticalidad de las arquitecturas obedece a un proceso de densificación de uso de suelo, el cual, se presenta como irregular y diverso.

Finalmente para terminar de enlazar otros aspectos relacionados con la seguridad y la plusvalía, así como en la realización de la vigilancia y la adherencia, dos principios que han sobrevivido y perfeccionado más allá de las transformaciones del urbanismo tal y como lo mencionaba en el segundo capítulo, así como aquellos aspectos que nos hablan de tipos de identidades, distinciones y miedos, nos remitiremos al último subcapítulo en donde el imaginario de la isla de paz, en otro tiempo posible en la ciudad, se hace no sólo realizable sino mucho más literal en tres tipos de “comunidad cerrada”.

Las nuevas “Islas de paz”

El título correspondiente responde a un intento por vincular dos aspectos, el anhelo que me manifestaban mis entrevistados por haber logrado un tipo de vida que les aseguraba la tranquilidad que en la ciudad ya habían perdido y a la vez un concepto que sólo es realizable por medio de insularidades específicas. A continuación veremos los tres tipos diferenciales de comunidad cerrada analizando cómo fueron conformados, cómo se realiza la identidad, la distinción y el miedo en cada una de ellas, vinculando dialécticamente las materialidades y los discursos sobre ellas plasmadas. La decisión de haber dejado en último lugar esta caracterización específica de los tres tipos de vivienda planteados en la construcción del planteamiento del problema –aunque hay elementos que ya se han citado– obedece a una estrategia analítica que permita condensar los diversos temas y debates planteados en los anteriores capítulos.

Lumbisí: Parques de Andalucía (Conjunto Cerrado)

El Conjunto Cerrado Parques de Andalucía a unos 15 minutos del anillo vial que separa la cabecera de Cumbayá de la parroquia de Tumbaco, se encuentra ubicado en el sector de Lumbisí, un poblado originariamente de colectivos indígenas y campesinos de la zona

en el que todavía es vigente un tipo de organización de comuna⁸⁶. Las únicas vías de acceso obedecen a una vía que conecta a Lumbisí con San Juan y a este con la Avenida de los Conquistadores que conduce hacia Guápulo, así como una carretera destapada de aproximadamente 5 km. que desde el anillo vial hasta el conjunto, sobresalen a lado y lado, grandes urbanizaciones de lujo, de las cuales, no se divisan sus nombres, así como otras bastante cotizadas y relativamente viejas como Auqui Chico, de casas de 1000 a 500 metros cuadrados, y otras como La Florencia y La Católica. Así mismo sobresalen conjuntos cerrados que están en construcción o que obedecen a un proceso de poblamiento de hace seis años atrás; ocho conjuntos cerrados de distinto diseño, tamaño y perfil socioeconómico. En esta carretera también sobresalen grandes extensiones de lotes y potreros como también antiguas haciendas como la San Luis, una que otra casa de tipo rural al igual que grandes casas Quintas; también están ubicados ahí el Colegio Alemán, el Colegio Spellman y una que otra escuela.

Al llegar al conjunto Parques de Andalucía se observa cómo en este tipo de comunidad cerrada de 85 casas coordinadas, la relativa homogeneidad de sus residentes obedece también a una homogeneidad de arquitecturas y diseños. Este conjunto cerrado, que se establece antes de llegar a la comuna de Lumbisí, está rodeado por otras urbanizaciones como El Refugio, Los Almendros, La Cañada, y conjuntos cerrados como: El Limonar I, II y III, Conjunto Tais, Condominio Villa Andaluz y Trinidad (entre otros)⁸⁷. Todas estas urbanizaciones y conjuntos presentan cerramientos externos en donde sobresalen muros, rejas y cercas electrificadas, algunas de ellas, como la Cañada presenta también varios tipos de cerramientos internos en donde se cuenta tanto con los dispositivos arriba mencionados como la utilización de cámaras de vigilancia y guardianías privadas adscritas a cada casa, además de los guardias asentados en sus portones y entradas. A los alrededores del conjunto Andalucía vemos la ubicación de dos panaderías (la Arenas y otra que no tiene nombre) y tres pequeñas tiendas de enseres y abarrotes, una de ellas perteneciente a Erika Molina, una de las entrevistadas, cuyas opiniones sobre la imagen negativa que se tiene de Quito aparece en el tercer capítulo. A

⁸⁶ La estructura de comuna establece la imposibilidad de enajenación de suelo por parte de sus moradores, este aspecto ha conducido al mantenimiento de una relativa homogeneidad sociocultural en tanto las casas y terrenos sólo pueden ser cedidos a familiares por medio de la repartición de herencias.

⁸⁷ Estos conjuntos residenciales la mayoría, incluido Parques de Andalucía, se han construido en estos últimos seis años, a diferencia de las viviendas ubicadas en las urbanizaciones las casas en los conjuntos presentan un promedio de 125 a 160 m². El valor por metro se cotiza entre 100 a 125 dólares el metro cuadrado, y una casa construida puede llegar a costar entre 125.000 y 155.000 dólares promedio.

diferencia en lo ocurrido en Cumbayá, he podido observar que los residentes en el conjunto sí están integrados con estas pequeñas economías. Por otro lado, vemos que en este sector no hay mayor caos y la vida transcurre entre un adentro moderno y un afuera natural y paisajístico. Sin embargo la tranquilidad del paisaje pareciera cortarse cuando vemos varios tipos de securitizaciones de quienes ahí residen, las cuales son asumidas como connaturales al paisaje por sus residentes. A parte de una U.P.C situada sobre la calle 23 de abril, vemos que la estética evidencia transformaciones sobre la manera como se percibe un afuera en el que se crece defensivamente: muros sobre muros y rejas sobre rejas, evidencian estas transformaciones.



Foto-Collage, No. 16, Alrededores de Parques de Andalucía. Calles entre muros enrejados, electrificados y afilados, U.P.C, y arboles secuestrados. Tomadas entre mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

En Parques de Andalucía, la seguridad está dada por un rodeo de muros exteriores algunos de los cuales ya se han elevado, así mismo se cuenta con una portería en donde se les exige a los visitantes documentos de identificación. Según me comentaba Margarita Baquero, en una época se requisaba a las empleadas domésticas a la salida del conjunto, al parecer por la recurrencia de algunos robos menores. Anteriormente funcionaba un

sistema de seguridad sobre los muros que rodean al conjunto, el cual, disparaba una alarma que se activaba por sensores de movimiento; sin embargo, mis entrevistados comentaron que este sistema no funciona por dos razones: el costo de su mantenimiento y la ineficiencia del mismo, ya que era muy sensible y “cualquier pájaro” que se apostara sobre los muros podría activarlo desencadenando un ruido excesivo que no sólo alarmaba a los residentes sino que, por la reiteración de estas situaciones, se había convertido prácticamente en algo inútil y molesto en tanto la gente ya no acudía a ver qué era lo que pasaba.

A lo largo de mis entrevistas sobresalieron otros aspectos interesantes con relación a la securitización del espacio, en donde se me comentaba que la seguridad de las casas se daba por contigüidad con otras a cada uno de sus costados, lo cual, establecía que las viviendas más vulnerables para ellos eran las casas que daban hacia la calle 23 de abril en donde está situada la U.P.C. Otro elemento interesante se debía a varias discusiones que se habían tenido conforme a la implementación de otros sistemas como bardas electrificadas y cámaras de vigilancia, en la opinión de algunos residentes, la securitización del espacio podría conducir derivar en volverlos más atractivos para la delincuencia, en tanto la presencia de estos dispositivos era entendido como un llamado a que en estos espacios seguros habrían cosas de valor que robar. Este aspecto es sumamente importante ya que nos permite analizar en el imaginario de los residentes cómo la securitización de los espacios en vez de mantener alejados a posibles delincuentes podría llevar a que éstos se sintieran más atraídos y retados a entrar en él. Más allá de estas discusiones algunos residentes del conjunto han venido cotizando la implementación de estos dispositivos. Por otro lado vemos que este conjunto cuenta con amplias zonas verdes, que funcionan como un espacio primordial de socialización, en donde se disponen juegos recreativos para los niños, como también un parque que fue entregado en comodato por el municipio al sector, pero el cual fue cerrado por los residentes de Parque de Andalucía, evitando así la llegada de otros moradores y visitantes que no residen en el mismo.



Foto-Collage, No. 17, Interiores Parques de Andalucía, homogeneidades socio-arquitectónicas, espacios verdes y parques cerrados. Tomadas entre mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M.

Este conjunto también cuenta con un salón bastante amplio en el cual se realizan festejos y reuniones, el cual está dotado por máquinas de ejercicio que, según Margarita, fueron donadas por los mismos residentes; ella me decía que la gente sacó todos aquellos aparatos que habían sido adquiridos en tele-ventas y que generalmente estaban almacenados en los closet, bodegas o debajo de las camas, para así poder mejorar las condiciones de este espacio; aunque son muy pocos los que realizan ejercicios en este ambiente, lo cual, hace de este lugar un espacio de menor socialización que lo presentado en las zonas verdes al aire libre. Finalmente a través de las entrevistas se observaba que el principio de seguridad estaba dado por un sentido de comunidad altamente valorado; una comunidad que parecía bastante homogénea. Según Paola Guillem y Margarita, la mayoría de residentes tienen más o menos las mismas edades: parejas jóvenes entre los 30 y 45 años, con uno o dos hijos que presentan similares edades entre sí. Muchos de ellos se habían conocido desde la época del colegio. En este sentido la homogeneidad de grupo era una marca distintiva en cada una de sus observaciones. Constantemente se me comentó que parte de la riqueza de vivir en ese conjunto estaba dada por las zonas verdes, el paisaje y la cohesión de grupo, la cual, partía de un marco de similitudes y afinidades específicas referidas a actividades laborales, deportivas, por un estrato socioeconómico, al igual que por el hecho de que muchos de ellos conocían entre sí a sus familias. .

Al realizar trabajos de cartografía social, Margarita y Paola designaron en un umbral de uno a cinco el nivel de homogeneidad sociocultural y económica de los residentes, a lo cual establecieron rubros de 4 puntos en lo referente a una identidad compartida, a partir de la cual se determinaba un rubro igual en materia de seguridad (aunque en el mapa de Margarita existía una clara división entre la primera y segunda etapa del conjunto); cuando hablamos de cómo sentían que su conjunto, en materia de distinción social y lujo, estaba en comparación con los otros asentados en el sector, Margarita y Paola establecieron un nivel medio que se ubicaba en un estándar de 3 puntos; aunque constantemente evidenciaban el gran atractivo que representaba el vivir en él; algo que sobresalía cuando Margarita me comentaba que mucha gente pegaba avisos de arriendo y compra en la portería, pero no porque algún residente quisiera arrendar –algo que casi no se da en la medida en que la mayoría son propietarios–, sino por gente de afuera que parecían tener una fascinación por vivir en este conjunto.

Sin embargo este sentido *de comunita*, también tenía sus aspectos negativos, Antonio Cobos esposo de Paola Guillem, y que ya había sido citado en el tercer capítulo de esta investigación, me comentaba como la falta de intimidad es algo que le perturba un poco: “aquí no puedes soltar un grito porque ya te escuchan los vecinos”. Sin embargo cuando le preguntaba si esto había generado conflictos, Antonio me decía que no porque ahí todos son conocidos por lo tanto esto permite la creación de consensos, aunque había una situación que ya le había perturbado con un vecino. Antonio es un aficionado a los carros de control remoto, un día con un amigo estaban en la calle haciendo competencias con los pequeños vehículos, cuando un vecino salió a quejarse por el ruido de los mismos: “un carro de juguete haciendo ruido como para molestar un vecino”, se preguntaba Antonio haciendo gestos de su incapacidad de comprender que era lo que había sucedido. Esta situación le era un poco molesta porque él había tenido que sacrificar la realización de su afición para no tener problemas con el vecino, lo cual, deja en claro el alto nivel de subordinación al grupo mayoritario en la que están cada uno de los individuos; algo que planteaba Janoshka (2002) cuando comentaba la manera en que los códigos de adherencia a estos tipos de comunidades, que si bien partían de un sentido privativo del estilo de vida, determinaban una serie de “disciplinamientos” y moderación de conductas a cada uno de los sujetos que conviven en ese espacio como una manera de evitar la sanción social. La experiencia estética en Parques de Andalucía partía del principio de

homogeneidad palpable en todos sus aspectos, por lo tanto, de reducción de cualquier tipo de alteridad específica que atente contra la autoridad del grupo.

Así mismo, si bien se han presentado algunos robos menores, el modus operandi no obedece al tipo de securitizaciones que sobre el espacio se disponen; cuando estos se han presentado los delincuentes no entran por los muros sino por la misma portería. Sin embargo, estos espacios defensivos han permitido el afloramiento de un sentimiento de victoria frente al crimen en el que el miedo ha sido desplazado hacia los extramuros y los lugares intersticiales que separan a estas células privativas.

Por otro lado, si bien a los residentes les parece que su conjunto es relativamente seguro, ellos no han tenido robos a la escala que se han producido en la urbanización contigua –La Cañada–la cual, presenta todo tipo de dispositivos de seguridad, cerramiento interiores y exteriores, así como guardias privados apostados en cada casa aparte de los que se disponen en las porterías. Pero más allá de que mis entrevistados reconocen estos aspectos, están decididos a implantar otro tipo de dispositivos, sobre los cuales, no sólo pretenden tener un mayor control sobre los espacios interiores y exteriores, algo que si bien puede evidenciar una marcada paranoia, conduce a otro tipo de interpretaciones en tanto los residentes, según me comentaron, piensan que con la “securitización” de sus espacios ganarán una mayor plusvalía; vemos pues como otra vez el principio de seguridad está ligado a una agenda específica que lo equipara con márgenes de capitalización, competencia y rentabilidad; así mismo podríamos decir que la implementación de dispositivos ya comunes en el mobiliario urbano y equiparados a un sentido de plusvalía, manifiesta una especie de competencia entre los distintos conjuntos cerrados y urbanizaciones en aras de que sus condominios no se queden atrás ante el canon dominante, en la medida en que esto afectaría tanto sus estatus como sus economías.

Nayón: San Isidro de Miravalle, Urbanización Vista Grande (Urbanización Cerrada)

Esta urbanización perteneciente a la parroquia de Nayón en el km. 5 de la vía interoceánica antes de llegar a la entrada a Cumbayá, está rodeada por otras urbanizaciones como Altos de San Isidro y los Miravalles separados por la vía interoceánica y, por el otro costado, está rodeado por un extenso bosque primario que constituye uno de los grandes atractivos del sector. Una naturaleza que convive

armónicamente con edificaciones de todo tipo: casas unifamiliares, edificios multifamiliares de 4, 6 u 8 departamentos, así como conjuntos de edificios de pequeños apartamentos que albergan un aproximado de 500 familias (Boletín No. 11, Vista Grande, 2008:3). Vista Grande comenzó un proceso de construcción desde el año 2001 y desde el 2003 ésta fue debidamente legalizada ante el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito mediante Ordenanza Municipal de N. 2583 de 31 de Diciembre de 1987 y sus respectivas reformas. Según reza su reglamento interno, esta urbanización cuenta con un Comité de Propietarios quienes se han conformado como una: “Corporación de Derecho privado que se constituyó con el objeto principal de lograr un alto espíritu de solidaridad, amistad y cooperación entre todos sus asociados, así como para mantener en una sola unidad a la urbanización, dentro de un ambiente ecológicamente sano y libre de toda contaminación” (Reglamento Interno del comité de propietarios de la urbanización San Isidro de Miravalle-sector Vista Grande).

A diferencia de Parque de Andalucía, esta urbanización cerrada cuenta a su entrada con una extensa portería que separa el camino de entrada y salida de residentes del camino destinado para los visitantes, así mismo cuenta con un cámara apostada en la garita principal, con la cual se lleva un registro de los vehículos que entran y salen. En esta entrada también vemos una pequeña puerta de rejas para uso peatonal la cual igualmente cuenta con un sistema de tarjeta electrónica para que los residentes puedan entrar y salir sin ningún problema.

Según me comentaba Ruth Proaño, quien vive en la urbanización desde el año 2005, el crecimiento en estos seis años ha sido veloz. Cuando apenas llegó Ruth, había muchas áreas verdes, mucho campo y terrenos vacíos, pero al constituirse esta urbanización como un sector de alta plusvalía, ahora ya casi todo está urbanizado a excepción de unos pocos lotes que están en este proceso. La plusvalía del sector hace seis años, según Ruth, estimaba el costo de metro cuadrado a 90 dólares y hoy cuesta 135 dólares el metro, sin embargo hay quienes dependiendo de la ubicación del predio venden a 150 dólares metro. Así mismo, la reglamentación sobre el tamaño del lote, determinaba un mínimo de 700 metros, para ser ocupados por viviendas –tipo casa– unifamiliares, según el uso de coeficiente de suelo establecido, ya que al estar situada la urbanización en un pequeña ladera se buscaba que todos sus asociados tuvieran libre acceso a la vista panorámica del valle de Cumbayá; uno de los aspectos que promocionaban a la urbanización desde un comienzo y que atrajo a gran parte de sus moradores. Sin embargo,

como comenta Ruth, “en el municipio las cosas no son tan serias y de pronto los vecinos ya hicieron un edificio y ya a todos nos tocó, porque nosotros íbamos a construir en un principio una casa pero como todos comenzaron a subir pisos ya nos tocó porque si no, nos quedábamos hundidos” (Ruth Proaño, 16 de junio de 2011). La verticalidad de viviendas, la construcción de complejos departamentos y la variedad de estilos arquitectónicos, son un elemento que se ha constituido como la constante en el proceso urbanístico de esta urbanización; un aspecto que en un comienzo dio paso a diversas disputas legales, en las cuales, primó la vivienda de altura por sobre las edificaciones unifamiliares.



Foto-Collage, No. 18, estilos arquitectónicos y vivienda de altura San Isidro de Miravalle. Tomadas entre mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M

Con relación al tema de seguridad, vemos que este es un tópico que preocupa bastante a la organización de propietarios, según el boletín No. 20, marzo-abril de 2011, se plantea lo siguiente:

Indudablemente hemos dado primera importancia a la Seguridad de Vista Grande y de hecho hacia allá se destina la mayor parte de nuestro presupuesto. Se leen diariamente en los periódicos eventos de secuestros, asaltos a mano armada y robos orientados principalmente a personas de quienes se cree gozan de relativa buena posición económica. Nuestro esfuerzo ha estado dirigido a evitar eventos de esta naturaleza. Durante el año pasado la gestión de seguridad de nuestra urbanización fue el principal objetivo del Directorio. Si bien sabemos que las calles y los parques son espacios públicos, mediante el control de ingreso y salida, tanto de residentes como de visitantes, pretendimos ofrecer a los vecinos la opción de poder caminar con total tranquilidad. Con esta finalidad se colocaron nuevas vallas y reductores de

velocidad, también nuevas cámaras y equipos de filmación constante en el ingreso y salida de la Urbanización. Para mejorar la calidad de imagen en las cámaras de seguridad, se instalaron nuevos y adicionales dispositivos tanto al ingreso como a la salida. Se aumentaron rompe velocidades para evitar el coletazo y se instalaron cercas eléctricas en las bahías. Para conocer que todas las tarjetas que accionan las vallas de ingreso y salida de Vista Grande se encuentran en manos de residentes y propietarios actuales, procedimos a recoger las mismas para verificar con la matrícula del vehículo el estado de cada tarjeta. Hecho lo cual se procedió a restituir la tarjeta a cada propietario o residente autorizado. Este control deberá hacerse periódicamente. Hemos sufrido eventos menores, como la aparición de grafitis en muros de la Urbanización, destrucción de tachos de basura, hemos estado pendientes para encontrar a los responsables y hacerles reparar el daño.

Según me comentaba Ruth, la urbanización en materia de seguridad es “clase A”; según ella, éste es uno de los pocos lugares en que la gente no tiene que estar pendiente de que las puertas estén con llave o cerradas, además cuenta con una sola entrada, la cual está atendida 24 horas, al igual que sus calles, por la empresa de seguridad EMINSER, del grupo LAAR, quienes prestan sus servicios a la urbanización desde el año 2008; un servicio que cuenta con tres guardias apostados en la garita de entrada y un patrullero motorizado que recorre las calles de la urbanización⁸⁸. Además, está en ejecución un proyecto para dotar a la urbanización de cámaras de circuito cerrado de T.V. y Ojos de Águila para controlar los puntos más vulnerables de la urbanización, los cuales obedecen a los terrenos que colindan con la avenida Interoceánica, la entrada de acceso, las cercanías al bosque protector y parques y algunas manzanas en donde se han presentado daños a la propiedad, como los mencionados al final del boletín No. 20.

Además de todos estos dispositivos las casas y edificios cuentan con cerramientos propios, los cuales no sólo obedecen a muros y rejas de altura sino que también evidencian bardas electrificadas, cámaras de seguridad privadas y guardias privados, al interior de los complejos de departamentos e incluso al interior de algunas casas. Estos aspectos parecieran diferir con lo planteado por Ruth cuando mencionaba que en esta urbanización la gente vivía muy tranquila, tanto así que no se preocupaba por poner llave a sus casas o cerrar sus puertas, lo cual si bien puede ser cierto, no deja de lado un alto nivel de desconfianza en las defensas disponibles, en la medida en que, más allá de que en el 2008 se presentaron dos robos menores y en el 2011 por primera vez se

⁸⁸ Según consta en el boletín número 11 de febrero de 2008, aparte de las estrategias y dispositivos arriba mencionados, esta urbanización cuenta con: “un lector de huellas digitales que permite abrir la puerta de ingreso peatonal a Vista Grande, únicamente a personal autorizado. Seguridad también ha colaborado para sus fines con las siguientes propuestas: Aumento de un punto de control para el registro de rondas. Señalización y rotulación en algunos puntos de las calles de la urbanización. Construcción del distribuidor de tránsito entre la calle 1 y a. Implementación del control biométrico para ingreso de personal o visitantes a pie” (Boletín 11, Urbanización Vista grande San Isidro, 2008:5).

presentó un robo a un edificio, este sector al mismo tiempo, que ha permanecido seguro, cuenta con multiplicidad de dispositivos de seguridad tanto defensivos como ofensivos, algo que no debería ser así si los moradores de la urbanización realmente se sintieran plenamente seguros. Sin embargo como mencionaba uno de ellos: “la seguridad nunca es suficiente”, algo que resulta disiente de los altos niveles de paranoia y temor que sienten gran parte de los ciudadanos.

Al comentarle esta situación a Ruth, ella me decía que desde que tenía memoria las casas en el Ecuador, y más específicamente en la sierra, han contado con grandes cerramientos. Ella me decía que lo que yo percibía como una estética que hacía patentes los altos niveles de temor y desconfianza de los ciudadanos frente a su entorno, no era así, sino que responde a aspectos idiosincráticos de la cultura del serrano. Así mismo señalaba que es ahora que se ven urbanizaciones privadas en Tumbaco y Cumbayá que responden a un modelo abierto, en que las casas no tienen cerramientos internos, un aspecto que según ella obedecía a que la gente que vive en estas urbanizaciones, es gente que ha vivido por fuera del país y que han adoptado otra manera de vivir, que mezclan un tipo de vida al estilo de las urbanizaciones norteamericanas en donde los jardines son abiertos y no se presentan mayores cerramientos, aunque como ella decía: “igual por fuera tienen su tremenda seguridad” (Ruth, *ibíd.*)

O sea la idiosincrasia de los quiteños, no te olvides que estamos en una zona alta, somos andinos y de hecho somos cerrados, nuestra música, todo es así, entonces es parte de nuestra manera de ser y de sentir, más que la inseguridad, créeme. Yo te lo digo así porque yo desde que tengo uso de razón, que Quito era la ciudad franciscana porque tú podías salir a las tres de la mañana a pie y había un señor bondadoso que te decía vamos y le dejo y nunca te pasaba nada, y era una maravilla, y era igual, o sea yo me acuerdo de las casas donde viví, con cerramientos súper altos y todas las casas, todos los barrios eran así, yo tuve la oportunidad de conocer esto cuando salía de cine en la noche, porque antes no había carro, o mejor dicho los hijos no teníamos carro, entonces teníamos que caminar la ciudad y eso era lo que uno veía./

igual no podemos librarnos de, o sea no se puede negar que todo ha cambiado, por más de que yo te diga que esto es muy seguro y que yo me siento muy muy segura aquí, sí ha cambiado o sea hay violencia hay mucha violencia hay más robos. / para mí esta ciudad ahora es una ciudad muy insegura, ya no sales con tranquilidad, ya no importa la hora que salgas no, siempre tienes que estar pendiente o sea uno tiene otra forma de vivir, entonces siempre pendiente de parquear tu carro y regresas a ver, y a ver, si por ahí están dos personas esperas que pasen o que se vayan, sí, ha cambiado mucho para mí; Quito ahora es una ciudad muy insegura sobre todo con este alcalde es como que las cosas se han deteriorado más, es un hombre que no presta ningún interés, ningún cambio ningún beneficio para la ciudad.

Hay un cambio radical te digo porque desde que hay la historia del mundo ha habido y habrá siempre ladrones y robos y cosas, pero en Quito había ladrones, sólo ladrones, que nunca jamás se les ocurría hacerte daño, pero cuando, sobre todo desde

que se dolarizó Ecuador, se abrieron como las puertas, o sea el dólar llama mucho la atención y vino mucha gente no sólo colombiana, vinieron peruanos, colombianos de , de muchos países y es como que si se importó de diferentes maneras de comportamiento y también la violencia, porque así es, o sea tu nunca oías, es más yo a mis hijos les digo siempre, se acuerdan que hace 20 años oíamos las noticias de Colombia de los paramilitares de las muertes y todo y yo decía Dios que nunca nos toque vivir en una ciudad así porque yo me voy, o sea yo no soportaría vivir en una ciudad así, yo me voy, porque oíamos las noticias, pues ahora estamos viviendo igual y no me he movido, bueno aquí en Quito no es tanto, pero tu oyes todos los días las noticias, en la costa, ¿cuántos muertos hay? Hay más de 10, 12 muertos diarios asesinados, eso nunca se daba, un muerto era huuu notición.

Ruth Proaño, residente en la urbanización Altos del Valle desde el año 2005. Trabajó en el área de supervisión y asesoría en diseño en una empresa de construcción de tipo familiar y actualmente no trabaja. Entrevista 16 de junio de 2011.

Vemos pues que las opiniones de Ruth no sólo ubican la problemática dentro del campo de la identidad sociocultural del serrano sino que otra vez sobresalen aspectos ya referidos en los anteriores capítulos en los cuales se evoca: un pasado mejor, una imagen actual de la ciudad reinada por el caos y la incertidumbre de ser una potencial víctima, la crítica a las fronteras abiertas que siempre ubican a los colombianos y a los peruanos de haber importado sus prácticas delictivas y violentas, la costa como el primer lugar de extrema peligrosidad algo que como vimos no se compadece con las cifras, en fin diversos aspectos que si bien pueden responder a situaciones concretas han sido construcciones altamente influenciadas por los medios de comunicación, los discursos esencialistas lanzados por políticos que pretenden ganar votos con el mantenimiento de las antiguas antinomias, así como por un voz a voz a partir del cual se mantienen y movilizan antiguos estereotipos en donde la construcción monstruosa del otro permite una glorificación victoriosa de un yo.

Según Ruth las noticias de todos los días muestran que la inseguridad es una realidad, que está ahí patente, al asecho, aunque por otro lado, cuestiona el papel desempeñado por los medios en la construcción de la noticia:

El papel de los medios es prevenirte, alertarte, pero ahora es crónica roja todo el tiempo y eso hace que, por más madura que sea una persona, lo que quiera, en tu inconsciente se va creando ese temor, ese cuidado no, ese, cuidado salgas por ahí, cuidado a la hora que sales, cuidado. Y es justamente los medios de comunicación porque ellos tienen que enfocar de otra forma, ellos están para alertar a la gente para hacer campañas pero yo veo que todo el tiempo es la crónica roja no (Ruth, *Ibíd.*)

Sin embargo, aquí como en la mayoría de entrevistas que realicé, surge una paradoja evidente, si bien hay un reconocimiento de que los medios han jugado un papel importante en la creación de un clima de inseguridad y violencia, de relatos bañados en sangre, no hay ninguna posición crítica frente a sí mismos en el papel que juegan como

consumidores de medios. Una contradicción que surge en el momento en que a partir de estos mismos medios, juzgados como sensacionalistas, se crea una imagen negativa de los extranjeros, del estado como garante del orden o de la ciudad como un escenario de incomunicación, despersonalización, caos y conflicto. En este sentido se cuestionan los medios por su amarillismo pero a la vez se acude a ellos no sólo para tener una imagen de lo que sucede en el país y en la ciudad, sino también para respaldar toda una serie de prejuicios que el consumidor de medios ya posee y, los cuales, son consumidos acriticamente.

Pasando a otro aspecto, resulta interesante la vinculación de la problemática aquí estudiada como un aspecto sociocultural. Tanto así que Ruth llegó a manifestar que las urbanizaciones cerradas, si bien a mis ojos representan temor e incertidumbre, para ellos representa un lugar que no sólo brinda seguridad, sino la posibilidad de obtener más intimidad con los vecinos:

Porque esta urbanización es del mismo nivel de la Gonzales Suarez pero allá no se conoce absolutamente nadie, ni siquiera los del mismo edificio, porque todo es como abierto todo es totalmente abierto, en cambio como aquí es cerradito, te da sensación como de familia, o sea más calor, mas amistad, camaradería, es diferente que un lugar abierto, y en vez de sentirte encerrada, esto más vale te da más libertad inclusive para que los chicos salgan en sus bicicletas, en sus patinetas y de hecho los papás con los hijos se van conociendo, y por qué hacen eso los chicos, porque es un lugar cerrado, privado y seguro (Ruth, *Ibíd.*)

Vemos pues, como lo planteado por Ruth evoca una comunidad en donde lo cerrado, lo privado y lo seguro, permiten por un lado el reencuentro no sólo de los sujetos con la calle sino el reencuentro entre sí mismos, de los padres con lo hijos, en donde el cerramiento permite aflorar aquellos aspectos que estaban anteriormente vinculados al espacio de lo público; o sea, el cerramiento te da la oportunidad de habitar la calle tranquilamente, en un espacio entre iguales, de desarrollar relaciones de amistad que según Ruth pueden llegar a constituirse como lasos de tipo familiar, etc.

Sin embargo, si observamos la cara publicitaria de la urbanización podemos decir que la heterogeneidad social ha sido reducida a su mínima expresión y que esta utopía va en una clara oposición a la ciudad consolidada como una heteroglosia⁸⁹. Esto

⁸⁹ Como diría Clifford hablando de la “heteroglosia” propuesta por Bajtin (1953): “este mundo ambiguo y multívoco hace que cada vez resulte más difícil concebir la diversidad humana como algo inscrito en culturas cerradas e independientes” (Clifford, 2001:40). Evidentemente Clifford aquí se refiere a que la diversidad sociocultural ya no está más inscrita en parajes remotos y culturas lejanas –algo que para Wolf no fue más que una ficción etnográfica en tanto estos pueblos también estaban integrados a una estructura de poder mundial (Wolf, 2001:385)– sino en el tejido sincrético que ha surgido por la constante interacción

es algo que me parece evidente si tenemos en cuenta algunas de las fotografías, que aparecen en el portal web de la urbanización, en donde figuran mensajes que equiparan la seguridad a la plusvalía así como muestran diversas familias, en las cuales puede verse un marcado hermetismo de carácter étnico y un mercado de hermetismo étnico, socioeconómico y cultural.



Foto-Collage, No. 19, totalidad de fotografías portal web Urbanización Vista Grande San Isidro. Homogeneidad étnica y socioeconómica. - Mayo a agosto de 2011. Tomadas entre mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M

En estas fotografías publicitarias puede leerse una frase que pasa como pie de foto a medida en que transcurren las imágenes, en donde se lee: “seguridad para su familia en un ambiente cómodo, moderno y tranquilo”. Pero entonces a partir de cuáles elementos se constituyen estas tres premisas. Vemos pues, que en estas fotografías no hay mayor diversidad étnica, aquí todos son de piel blanca, preferiblemente de cabello rubio o castaño; por ejemplo en la primera foto en que aparece una pareja joven de esposos, vemos que estos tienen el cabello negro pero sus hijas lo tienen castaño. Por lo tanto, se puede afirmar que en San Isidro el ideal de vida que responde a lo prospero, tranquilo,

cotidiana en la cual han desaparecido formas prístinas de cultura. Sin embargo, la frase aquí acuñada precisamente hace referencia a un aspecto que pasa inadvertido, en el cual, hemos reconocido que la misma globalización que conduce a la heteroglosia, es la misma a partir de la cual se ha explicado macroestructuralmente el surgimiento de un nuevo urbanismo, privado, vertical y cerrado, en el que la polifonía es reducida drásticamente en función de una aparente homogeneidad de grupo mantenida por códigos de comportamiento. Por lo tanto, si estas dos sentencias pueden convivir sin eliminarse la una con la otra, podríamos decir que el nuevo urbanismo es, tanto un resultado de los procesos de globalización que lo ha propagado como una moda, como una resistencia a los procesos de globalización, a partir de la cual, se intenta lograr una homogeneidad regresiva que por medio de formas de estandarización impartidas por códigos de conducta se reduce toda alteridad y diferencia.

seguro y moderno, de sus entornos y edificaciones, alude a un espacio libre de mayor heterogeneidad. Sin duda en un país en donde lo moderno se erige sobre el reconocimiento de las “subalternidades”, debemos preguntarnos entonces: ¿dónde están los afros, los indígenas, los L.G.T.B., los solteros, los viudos, etc.? Por otro lado, podemos decir que no sólo actúan unos raseros étnicos y de clase en el que todos son prósperos y felices, sino también una regla hetero-normativa, en donde la realidad de la masa social que ahí vive al parecer responde a los ideales de vida en familia, con esposas que parecen modelos, hijos bellos y saludables que viven como si todos los días fueran feriados; una normalización sobre los aspectos a los que debe aspirar las sociedades y los sujetos.

Sin duda la publicidad, nos crea un artilugio de que todo es mejor de lo que realmente es, o de lo que suponemos que es; las imágenes también ponen de relieve un intento de cautivar al observador ofreciéndole un escenario sin antagonismos en donde las imágenes de familia –como si se tratara de una deriva semántica– también vinculan al observador con los arquetipos de protección, de seguridad, de un entorno sano, familiar, prístino y puro. Pero el hecho de que esta publicidad sea la cara pública de la urbanización ya nos sitúa en un campo de debate en el que también deben analizarse las acciones propias de los individuos y no sólo los aspectos exógenos y estructurales; tal y como lo plantea Giddens en su teoría de la estructuración (Giddens, 1979, 1998).

Por lo tanto podríamos decir que esta frugalidad y familiaridad, permitida por los espacios cerrados, la cual ha sido señalada por Ruth, no sólo obedece a las razones por ella plantadas, sino que se extienden hacia la configuración de un espacio en donde, si bien hay una diversidad de estilos arquitectónicos, de profesiones de sus moradores, de edades de los mismos, el escenario cotidiano se desenvuelve en un espacio supremamente controlado en que la búsqueda de distinción e identidad se proyectan sobre imágenes en que no hay ni diversidad social, ni étnica, ni de género, ni de clase, lo cual, garantiza la prosperidad, la comodidad y la seguridad de sus habitantes.

Por otro lado, vemos que sus residentes comparten un tipo de gustos y actividades específicas. Según pude observar esta urbanización cuenta con un parque, en el cual se han adaptado canchas de tenis y futbol, así como se realizan campeonatos de básquet, de Tae Kwon do y actividades artísticas como baile, pintura, arte, etc., actividades que fomentan la unión en tanto sus moradores están unidos por una red de gustos, intereses y actividades específicas que también aluden a una comunidad del ocio: uno de los aspectos más llamativos al respecto es el tenis, el cual, es el deporte con más

acogida por sus moradores. Un deporte –blanco– que también alude a un cierto imaginario de elite en donde prima el individuo sobre el colectivo: “Nosotros tenemos un parque muy hermoso, es una maravilla y es muy utilizado, porque los niños ahí hacen deporte, reciben clases de tenis hay mucha gente caminando todos los días, hacen yoga, caminas, es un maravilla” (Ibíd.).

Sin embargo, en la cotidianidad de este tejido social que aparentemente fluye sin antagonismos, vemos que hay situaciones de conflicto. Uno de los aspectos más llamativos son los que refieren a evitar cualquier grado de contaminación, ya se refiera está a lo sonoro, en donde vemos fuertes regulaciones que prohíben el uso del pito dentro de la urbanización, la realización de fiestas que duren hasta la madrugada y la realización de obras por fuera de los horarios y días establecidos; en lo visual: en el que se prohíbe la ubicación de letreros que promocionen la oferta de bienes y servicios por parte de sus residentes, tanto en la portería como en sus predios y casas, la realización de obras de construcción sin su debido cerramiento por medio de mallas, la ubicación de tendederos y lugares de aseo de los obreros que trabajan en las construcciones, la ubicación de vehículos en las calles, la realización de actividades de ocio y entretenimiento en las mismas, el descuido por parte de los residentes que no recogen los desechos de sus perros, en fin, todo aquello que atente contra la estética, la moral y las buenas maneras, de una clase acomodada que según Ruth es mucho más educada y respetable.

Aquí en Cumbayá está la mejor universidad de Quito, los mejores colegios, hay otras universidades, toda la gente que tiene un nivel socioeconómico alto está viniendo a Cumbayá, por el clima y la gente se mueve así no. Lo más complicado es la contaminación en Quito es pero porque es encerrado, aquí en el valle por lo menos circula el aire, en Quito el tráfico, el ruido, en cambio acá no ves un carro vendiendo con altavoces, no, acá es prohibido. La gente que ha venido a vivir acá es más educada, hay más cuidado de no ensuciar, no botar la basura, y mucha gente ha vivido afuera entonces, cuando tu viajas vienes con otra mentalidad no, conoces otras cosas y sirve para elevar el nivel de cultura. Esto aquí es un nivel de estatus en todo sentido (ibíd.).

Sin embargo, atendiendo a mi formación antropológica, la prohibición, el orden de lo que permanece tabú, debe ser entendido como la evidencia de existencia de lo que supuestamente no se hace, en tanto no hay una cultura o grupo que prohíba algo que en sí no sea constitutivo de la misma; en este sentido las regulaciones existen porque las prácticas que se prohíben también existen, por lo tanto la existencia de un marco prohibitorio o regulatorio de las prácticas que no han de darse en un espacio no son más que formas de explicitar lo que verdaderamente se hace. O sea que más allá del

comentario de Ruth debo suponer que efectivamente los moradores de San Isidro, más allá de su educación, efectivamente trasgreden los principios básicos sobre los que se plantea un estado de no contaminación.

Pasando a otro aspecto, me era particularmente llamativo como más allá de todos los filtros, dispositivos y regulaciones, existía una marcada desconfianza a quienes con sus servicios permiten el mantenimiento de la utopía. El personal encargado del aseo de la urbanización, del cuidado de sus jardines, del servicio doméstico e incluso el que mantiene la seguridad del mismo, es asumido con cierto recelo y desconfianza por sus moradores. Ruth, por ejemplo, me comentaba que más allá de las recomendaciones, certificados y filtros de contratación, ella no puede confiar plenamente en la honestidad de estas personas en la medida en que: “el que quiere robar roba”; como si su condición de empleados de por sí ya los hiciera volubles a estas tendencias. Así mismo con relación a la desconfianza sobre el personal de seguridad, sus opiniones se sustentaban en el hecho de que: “si en la policía, que hay mayor entrenamiento y educación, se presenta corrupción: los mismos policías roban y secuestran, qué se puede esperar de los demás”; una postura bastante complicada en la medida en que los males de una institución pública, proporcionalmente más grande y numerosa –y por lo tanto más compleja– sirven para señalar la posible ética inicua de unos otros quienes sin sus servicios no existirían tales utopías que se realizan bajo la figura de la fortaleza.

- Aquí ha habido robos, no de gente que se haya entrado sino de las empleadas domésticas, sí he oído unos dos o tres robos, aquí en un edificio, así que amordazan a la viejita y entran los amigos de la empleada y se van llevando todo lo que pueden. No importa los certificados que tengan si se les ocurre robar roban y punto. Además por sería que sea la empresa de guardianía tú no puedes aseverar que el 100% de empleados de ahí son honestos, si imagínate si en la policía se da que ahora los policías te están secuestrando y te roban, la gente que trabaja en estas compañías de seguridad tienen menos preparación que los policías, entonces...
- yo tengo un empleado que trabaja como 10 años ya, él trabajaba para la empresa, entonces yo cuando viajo le dejo mis llaves, me cuida las plantas y no me toca nada me entiendes, pero yo nunca voy a contratar a una empleada porque ahora la gente ha cambiado mucho y por lo general ellas son cómplices no, son las que avisan afuera o se hacen cómplices de un guardia

(Ruth, *Ibíd.*)

Sin duda las opiniones de Ruth parecen evidenciar una marcada desconfianza y, peor aún, una clara desesperanza. Para ella, se ha producido una transformación radical de los valores, lo que la lleva a decir que “nunca contrataría a una empleada por más certificados que tenga ya que la gente ha cambiado mucho y ellas por lo general son cómplices”; pero

al cuestionar la aparente contradicción de sus percepciones entre un espacio en el que no tienes que preocuparte de una seguridad catalogada como clase A y al mismo tiempo un espacio en el que tienes que desconfiar de quienes permiten su mantenimiento, salía a flote algo que ya estaba latente en sus anteriores testimonios: todo lo que permanece en el adentro privado, un territorio aparentemente conocido –aunque desconocido e imaginado en el fondo–, en donde la estética defensiva no es sinónimo del miedo sino de una cultura en donde aquellos aspectos florecen como costumbre del buen vivir, automáticamente más allá de los posibles juicios, asume el carácter de lo positivo, mientras que todo aquello que provenga del territorio del afuera debe ser visto bajo el velo de la desconfianza, un inverso en negativo.

Resulta interesante cómo, en el momento en que Ruth me describía los dispositivos que en su urbanización había, a partir de un ejercicio que recurre a la memoria para observar la manera como el territorio ha sido incorporado y modelado a través de ella, hacía referencia a todos aquellos dispositivos que estaban en el límite con el afuera: la garita, la tarjeta de acceso biométrico, la cámara, los guardias de la entrada, excepto aquellos que colindaban con su casa, más específicamente la amplia red de bardas electrificadas sobrepuestas sobre sus edificios y casas. Cuando noté la ausencia de estos dispositivos en sus descripciones me dirigí hacia la cámara fotográfica y le comencé a mostrar imágenes que yo había tomado previamente en un intento por registrar estilos arquitectónicos y estéticas de “securitizaciones”, a lo cual ella me respondió: *¿dónde es esto?*, a lo que le respondí: *es al lado de tu casa*.

Todas esas bardas electrificadas que reinan sobre techos, muros y tapias, una versión moderna que desplazó el vidrio que aparece relegado a los sectores sociales medios y populares, no estaban incorporados en el imaginario defensivo que Ruth se había creado sobre su espacio. Por otro lado, ella me decía que de todas maneras esas bardas estaban prohibidas por la administración a excepción de las que se ubicaban en las casas y edificios que colindan con cada uno de los límites de la urbanización (algo que es cierto según el reglamento interno) las cuales, no eran muy útiles, que no servían ni se usaban a diferencia de la cámara que permitía controlar quiénes salían y quienes entraban:

Ya que por ejemplo si estas en un edificio tienes varios apartamentos, toda la gente aquí tiene empleados, tienen choferes, empleadas domésticas y todo, y eso si es importante porque eso te digo, no importa los papeles que te presente la gente que viene a trabajar, tu realmente no puedes poner la mano al fuego y no sabes y a veces traen acompañantes, entonces es súper importante la cámara porque tienen el cuidado me entiendes de que sólo entre la gente que viene a trabajar (ibíd.).

Esta situación, que aquí describo, me permite corroborar lo que ya había mencionado antes, todo lo que pertenece en el adentro por más intimidatorio, paranoico o agresivo, ante la mirada de un extranjero, no está incorporado al imaginario de la estética de lo defensivo y por el contrario éste sólo se hace vigente, útil y operativo, cuando se sitúa en el vértice que separa el mundo ordenado, próspero y utópico, del afuera caótico y de quienes provienen de él, en el que la labilidad moral pareciera propagarse como un influjo epidémico.

Finalmente a Ruth no le molesta que su cotidianidad florezca en un espacio defensivo, ya que éste sólo está en el vértice que la separa de lo desconocido; en el adentro hasta la cámara –que tiene conectada al timbre del edificio en donde tiene su apartamento– aparece relegada a otras funciones que no obedecen propiamente a la seguridad o a la vigilancia, como ella me decía: “esa cámara más que por seguridad es para no tener que abrirle a quienes no deseo recibir en algún momento”; por lo tanto es equivalente a un sentido de libertad.

En una sociedad cada vez más tele-informáticamente regulada, en donde la cámara es el sustituto del ojo divino en una realidad aparentemente panópticamente controlada, Ruth no ve la normalización sino la posibilidad de una nueva forma de vida, en un sentido de libertad.

sabes que llega un punto en el que ya no estas pendiente de eso porque ya es otra forma de vivir otras forma de vida, y los tiempos pasaron, yo por ejemplo personalmente no me fijo donde hay cámara, no me molesta, ni me vulnera mi privacidad. Yo me siento libre y dejas de serlo cuando te sales fuera de foco, entonces puede haber las mil cámaras que si yo estoy bien, y me siento bien y hago lo que debo hacer, no me importan las cámaras (Ibíd.)

Cumbayá: La Primavera I (urbanización abierta)

La urbanización La Primavera I, fue una de las primeras urbanizaciones que comenzaron a poblar el valle de Cumbayá en la década de 1980; cuenta con un promedio de 302 lotes y 280 ya construidos. Su crecimiento obedece a un proceso por etapas, de la cual derivó la Primavera II. Esta urbanización abierta desprende de la avenida Interoceánica en frente del hospital de los Valles, el cual, es un hospital de alto nivel que se ubicó en la zona desde el año de 2006. Este hospital abrió el camino para la construcción de otros edificios de consultorios médicos como: La clínica La Primavera y el edificio Medex, los cuales

están situados al interior de la urbanización. Anteriormente en este sector dominaba un paisaje caracterizado por una exuberante naturaleza y casas de tipo unifamiliar de dos pisos máximos de altura. Desde el 2007 –y sobre todo en el 2008– se han venido construyendo edificios de apartamentos de lujo (*lofts*) y pequeños complejos de casas unifamiliares en terrenos en los cuales el coeficiente de uso de suelo determinaba la ubicación de una sola familia. Por otro lado, esta urbanización está rodeada por otras como La Primavera II, Los Guabos, Bosques del San Pedro y el barrio Rojas, el cual responde una organización de tipo comunal, el cual, fue construido por los antiguos trabajadores de la gran hacienda Rojas.



Foto-collage, No. 20, Nuevas y viejas edificaciones de altura. La Primavera I - Mayo a agosto de 2011. Tomadas entre mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M

Un elemento particular de esta urbanización responde al nombre de sus calles. La avenida principal de acceso se llama la calle Florencia, la cual, desprende de la Av. Interoceánica hasta la iglesia de la urbanización⁹⁰. Si seguimos este orden nos encontramos a la

⁹⁰ Esta iglesia construida a finales de la década de 1990, presta sus servicios a otros conjuntos cerrados y urbanizaciones de alto nivel que incluso se hayan ubicadas en otras parroquias como la de Tumbaco. Así mismo en esta iglesia se desarrollan, junto con la organización Caritas del Ecuador, labores de beneficencia las cuales consisten en la promoción de becas escolares para niños de bajos recursos, como también en la dotación de ropa, calzado y enceres, que las personas de bajos recursos pueden obtener a muy bajos precios. Sin embargo esta iglesia también ha sido un espacio de disputa según me comentan Raúl y Nancy, ya que según ellos, muchos de los feligreses que visitan la Iglesia parquean sus carros en cualquier parte, muchas veces generando congestión y “caotizando” el entorno. Por otro lado ellos me comentaban que se pensó en construir una pequeña clínica para la atención de la población vulnerable que crece a sus alrededores, sin embargo la presión de otros moradores determinó que lo mejor era la construcción de esta iglesia; algo que a ellos les parecía que no cumplía el objetivo de realizar una obra que mejorara las condiciones de vida de

izquierda con las calles Bruneleschi, Bramante y Bonomini, y otras más grandes que atraviesan toda la urbanización como Miguel Ángel, Rafael y Davinci, algo que a mi parecer resulta interesante en tanto podría ayudar a comprender el concepto que se le intentó dar a esta urbanización desde un comienzo en tanto metáforas evocadoras del renacimiento. Pero ¿renacimiento de qué? ¿Del acenso de una clase social? ¿De una utopía? ¿de un estilo de vida que renacería en amplios sectores verdes, rodeados de árboles y aire fresco, con una abundante flora y fauna endémica, así como otros aspectos ligados a la búsqueda de tranquilidad, paz y seguridad? Esta evocación al renacimiento, la cual es de carácter nominal o toponímico, ya que los estilos arquitectónicos son de carácter moderno o urbano campestre, puede equivaler a un intento de impregnarse de las cualidades sublimes que estos nombres evocan, en la medida en que, la representación habilita el acceso a referentes de progreso y refinamiento cultura que se convierten en significantes de distinción y status.

Por otro lado, esta urbanización se comienza a ver un crecimiento de equipamientos comerciales, los cuales están asentados sobre la Vía Interoceánica pero algunos ya comienzan a poblar las primeras casas que están sobre la calle Florencia. Vemos pues, que han surgido almacenes de DVD's, peluquerías y floristerías, comidas rápidas y pizzerías como Domino's y Fuguis, algunas tiendas de abarrotes, como también un gimnasio de Yoga (Cll. Bruneleschi). Este aspecto, así como la construcción de un nuevo centro comercial de alto nivel en las cercanías del Hospital de los Valles, es visto por los moradores de la Primavera como algo perjudicial en tanto ellos consideran que la mancha comercial trae consigo diversos problemas de inseguridad que no sólo se restringen al temor de ser víctimas de robos a personas, carros o casas, sino que hace alusión a aspectos de movilidad y tráfico, los cuales, son los principales problemas en el valle de Cumbayá. Por otro lado, las tiendas son vistas como lugares de vulnerabilidad en la urbanización. Según me comentaron, con las tiendas venían personas que no residían en el sector, quienes muchas veces, después de haber ingerido bebidas alcohólicas tomaban los muros de las casas y calles como servicios sanitarios, algo que los molestaba

la población vulnerable que crece a los alrededores de la urbanización. Como un elemento interesante se me comentó que en esta iglesia primaba, en un principio, un jerarquía de clase que era visible en la manera en que se organizaban los feligreses al interior de la misma; en donde los que provenían del barrio Rojas u otros barrios cercanos de bajo nivel económico, comparativamente, tenían que sentarse en las últimas bancas y algunas veces se les negaron los servicios en tanto se acusaba que habían niños que no podían bautizarse ahí ya que no pertenecían a la parroquia. Este caso nos pone de frente la existencia de una marcada tensión social entre los distintos moradores del sector, así como pone de relieve la configuración de un sentido de clase a partir del cual se han tenido que subordinar los colectivos sociales ahí presentes.

mucho tanto a nivel de la salubridad de espacios en su sector como a nivel estético, ya que estos aspectos dañaban la imagen de la urbanización.



Foto-Collage, No. 21, Equipamientos comerciales Av. Interoceánica, Cll. Bruneschi y Cll. Florencia, Primavera I - Mayo a agosto de 2011. Tomadas entre mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M

Según me comento Raúl Padilla (presidente de Asoprimavera en 1997 y 2008), cuando apenas se comenzó a hacer la consulta sobre este centro comercial un 40% de los moradores del sector manifestaban su agrado en la construcción de este complejo comercial, sin embargo después de hacer un mayor sondeo en donde se les preguntaba cuáles eran los beneficios y problemáticas específicas que esta obra acarrearía la mayoría de los residentes manifestaron su desaprobación; aunque esto no ha servido para presentar una queja ante el municipio que lleve a la desaprobación del proyecto.

Por otro lado, vemos que en esta urbanización no se visibilizan cerramientos de calles ni garitas de seguridad privada. Sin embargo esto no fue así siempre. Según las entrevistas realizadas en el mes de agosto de 2011, con Raúl Padilla y Nancy Rosero de Padilla, una pareja de esposos quienes viven desde hace 25 años en la urbanización y que además se encargaron de la administración de la misma en dos periodos lectivos, como presidente y secretaria de la ASOPRIMAVERA (1997-2008), me comentaban que la calle Bramante se intentó cerrar a inicios del 90, pero alguna gente se opuso porque para ellos era cortarles su vía de circulación o les resultaba muy molesto tener que esperar a que les

abrieran las puertas. Lo que derivó en que, pasados apenas dos meses, las puertas tuvieron que ser retiradas y algunas incluso fueron dañadas por algunos residentes enfurecidos. Con relación a las “guachimánias”, se me comentaba que el proyecto quedó a medias y apenas se alcanzaron a construir unas pocas casetas. La ausencia de canales de comunicación entre los vecinos así como de consensos efectivos, sobre el desarrollo de soluciones a algunas problemáticas de inseguridad que estaban viviendo, impedía un involucramiento de los residentes y por lo tanto una falta de apoyo en todo sentido; según Nancy y Raúl la gente no estaba dispuesta ni a involucrarse en el proceso ni a pagar el mantenimiento del equipamiento ni del personal necesario de seguridad.

Uno de los aspectos más señalados por Nancy y Raúl obedece a una lucha constante por mantener un sentido de vida en comunidad. Una lucha que resulta muy difícil en tanto la mayoría de los moradores de la urbanización presentan toda una serie de “complejos de clase” y no tienen ningún interés en romper con su estilo de vida asilado en el que no se conoce ni quien vive a su lado. Este elemento fue corroborado cuando Nancy y Raúl me comentaron que en el 2008, cuando algunos vecinos habían querido retirar la U.P.C (Unidad de Policía Comunitaria) en la medida en que existían diversas percepciones negativas ligadas a esta institución⁹¹, ellos coordinaron una serie de planes con el municipio para que ésta unidad no fuera retirada e incluso que fuera mejorada.

- A raíz de que querían retirar la U.P.C. logramos que varios vecinos se conocieran y supieran por lo menos cómo se llamaban, la gente no se conocía, pero después de eso ya no somos 300 islas sino 100 islas, ahora por lo menos 200 ya nos conocemos / había un amigo que llevaba viviendo diez años en el barrio, aquí a dos cuadras de la casa, y puedes creer que yo no sabía sino hasta que comenzamos a reunirnos.
- Después de vivir 8 y 10 años recién la gente se conocía y sabían cómo se llamaba el vecino, entonces nosotros les hacíamos ver que los ladrones en cambio sabían cómo nos llamábamos, donde trabajábamos, absolutamente todo, mientras que los vecinos no sabíamos nada de cada uno/ eso del trabajo de seguridad es un tema complejo, cuando vino el municipio dieron sus indicaciones y querían capacitar a la gente pero obviamente formar 14 grupos y reunir todos los días a la gente de noche era algo muy complicado así que yo opte por hacer una reunión general y decidí llevar la presentación en *power point*, el primer día se presentaron 3 grupos, segundo día 1 grupo, tercer día me quede sólo, el cuarto sólo, entonces deje de perder el tiempo, ese era el problema, la gente no se capacitó bien, pensaban que con oprimir la alarma

⁹¹ A partir de las entrevistas con Raúl y Nancy realizadas el 8 y 12 de agosto de 2011, se me comento como existía una imagen negativa hacia la institución policial, según Raúl alguna gente llegó a manifestar que los policías eran ladrones y que estaban conectados con redes de asaltantes, lo cual era un peligro ya que estos policías podrían estar ejerciendo la labor de espionaje sobre quienes ahí residían. Sin embargo estos fueron comentarios aislados y en ningún momento comprometen a la mayoría de los habitantes del sector. Por otro lado se señalaba que la labor de la policía era entorpecida por muchos de estos mismos residentes en tanto son vigentes la práctica del “vicerazo”, en la que algunos residentes por tener altos cargo en el gobierno solicitan que los policías vayan a cumplir las funciones de guardianía privada en sus casas, dejando así la estación de policía sola ante cualquier problema o calamidad que se pueda presentar.

la policía ya estaría enfrente, además la mala utilización de las mismas / es complejo el asunto porque hay gente que tienen sus profesiones y lo antepone todo a eso, es gente muy impositiva, uno va a dejar una comunicación y le dicen bote por abajo o deje ahí, como para que se la coma el perro, entonces es muy complicado porque no hay un verdadero interés ni compromiso por parte de algunos vecinos.

Raúl Padilla, residente hace 25 años en la urbanización abierta La Primavera I, es ingeniero mecánico jubilado y actualmente dicta clases en la Universidad Tecnológica del Ecuador. Extracto entrevistas 8 y 12 de agosto de 2011.

Esta “insularización” en las formas de vida presentadas por los residentes de La Primavera no sólo responde a aspectos ligados a prejuicios de clase o por el hecho de que muchos de los que ahí residen, por sus distintas actividades laborales, no tienen el suficiente tiempo para participar en los planes desarrollados por la administración, sino que también actúan ahí otros aspectos ligados al perfil de los residentes. Según se me comentaba, La Primavera en un comienzo era una urbanización en donde la población adulta era joven, había muchos niños y adolescentes, lo que derivó en la construcción de un parque que ahora es motivo de diversos conflictos y discordias, sin embargo ahora el panorama es otro: por un lado la mayor parte de la población pertenece a la tercera edad, así como han migrado nuevos residentes quienes no tienen mayor pertenencia por el sector y su concepto de territorio se restringe al lugar de habitación; Nancy y Raúl decían que estos aspectos precisamente deberían incentivar a los residentes a estar más integrados no sólo en aspectos de seguridad y control del vecindario, sino también como una estrategia que permita actuar ante las necesidades de gran parte de la población que por su edad, y algunas veces estado de viudez, es supremamente vulnerable. En este sentido ellos apelaban a la necesidad de construir un tipo de comunidad – y a la dificultad de conseguirla– como si se tratara de una familia extensa unida por necesidades comunes que, como si se tratara de un micro-estado, debería velar por el bienestar, la honra y cuidado, en todos los aspectos de la vida de sus residentes, y de sus bienes.

Por otro lado, vemos como la mayoría de sus casas y conjuntos de departamentos presentan todo tipo de seguridades. Entre ellas sobre salen las bardas electrificadas, la ampliación de muros y rejas, alarmas privadas al igual que alarmas comunitarias. Estas últimas se instalaron en el 2008, aunque algunas calles como la Bramante contaban con estos circuitos, conectados a la U.P.C. y a algunas agencias de vigilancia privada, desde el 2005. Las alarmas que se ubicaron en distintos puntos de la urbanización en 2008, abarcan un total de 12 familias por circuito; en la calle bramante

la administración determinó que se dividieran en grupos 5 grupos de atención entre 25 familias que residen en esa calle.



Foto-Collage, No. 22, fortificaciones y securitizaciones La Primavera I - Mayo a agosto de 2011.
Tomadas entre mayo y agosto de 2011. Fuente: Santiago Barona M

Cuando se instalaron estas alarmas se decidió hacer una serie de pruebas por zonas para medir la respuesta de los vecinos, de la policía y de las agencias de seguridad privada con las que cuentan algunas de las casas. En el primer simulacro unos pocos meses después de haber instalado las alarmas, todos los vecinos estaban advertidos y por lo tanto hubo una respuesta efectiva. Este simulacro sirvió para determinar que la respuesta de las compañías de seguridad privada realmente no era efectiva. Raúl me cuenta que había una vecina que en un principio desestimaba la efectividad de las alarmas comunitarias, en tanto ella contaba con una alarma monitoreada con una agencia de seguridad privada, una vez se constató la debilidad de los servicios de monitoreo la vecina inmediatamente pasó a integrarse a los grupos de acción comunitaria, sin embargo en un segundo simulacro en el cual los vecinos no fueron comunicados, la respuesta fue mínima: de 25 familias salieron 3 personas, evidenciando que los programas de capacitación y la integración que habían logrado cuando se reunieron para impedir el traslado de la U.P.C., no había servido de mucho en tanto el comportamiento de los vecinos de La Primavera parecía actuar de manera similar a la espuma de la leche hirviendo, que con el calor crece rápidamente pero una vez atenuada la flama no dura mucho; en varias ocasiones Nancy y Raúl me

comentaron que siempre asistían los mismos a las reuniones, lo cual, causó gran insatisfacción en la administración:

Este ha sido un sector en que la gente le gusta vivir muy aislada, no son muy activos, cuando hay un problema saltan pero cuando se les dice que hay que reunirse para enfrentar el problema se desaparecen, las personas que se sentían afectadas se preocupaban mientras se les solucionaba su problema pero después se iban retirando, es un trabajo complicado porque hay mucha gente, que primero es su título, primero es yo soy así, yo soy esto, yo soy lo otro, entonces piensan que uno tiene que seguirlo y obedecerles como ellos manden y eso es muy complejo. / Aquí la gente, hay mucha que no colabora, si uno estudia el comportamiento de la gente que vive acá es gente que no les interesa compartir, hay gente que paga la mensualidad de un año en un solo cheque, no le interesa colaborar... De eso viene la inseguridad porque los ladrones son tan perceptivos que se dan cuenta de eso y ahí es que aprovechan / generalmente aquí es gente que se aísla.

(Nancy y Raúl Padilla, 12 de agosto de 2011).

Así mismo, aparte de la U.P.C., el patrullaje constante de policías motorizados, las alarmas comunitarias, las alarmas monitoreadas por agencias de seguridad, la multiplicación de rejas y muros así como las bardas electrificadas, los moradores del sector han discutido varias veces la posibilidad de cerrar la urbanización y poner ojos de águila para mantener un mayor control de quienes transitan por estas vías. Sin embargo esto resulta casi imposible ya que La Primavera es una urbanización de paso a otros barrios como Rojas⁹², conjuntos cerrados como Bosques de San Pedro, así como a otros complejos de casas y apartamentos que se han instalado en el sector. Por lo tanto, el amurallamiento de la urbanización resulta algo casi imposible de lograr por los residentes aunque se manifiesta un interés muy grande en que así sea; sin embargo Raúl señala que esto no sólo es difícil de lograr por las razones arriba referidas sino porque los residentes de La Primavera han mostrado muchas veces un alto interés en que las cosas mejoren pero una muy baja intención de participar y colaborar con capital humano o con recursos económicos para contribuir con el mantenimiento de la seguridad: pagos de salarios de

⁹² Este aspecto es sumamente problemático tanto para los residentes de La Primavera como para los mismos habitantes de Rojas; incluso me atrevería a decir que es más complicado para estos últimos. Según me comentó Doña Inés, en un principio existía una ruta de bus que pasaba por la avenida Florencia y que conducía hasta Rojas, resulta que por presión de los habitantes de la Primavera esta ruta fue sacada del circuito en tanto no querían la presencia de buses en sus calles ya que esto afeaba la urbanización así como la llenaba de personas no deseables, así mismo se acusaba que el paradero de bus estaba siendo tomado por personas que ponían ahí sus ventas de fritadas y motes, trayendo una imagen desagradable e insalubre al sector. Finalmente esto determino que la gente de Rojas quedó incomunicada del circuito de buses, teniendo que caminar extensos tramos desde la avenida interoceánica hasta su respectivo barrio. Por otro lado se pudo constatar que muchas personas de Rojas han sentido que su territorio ha sido vulnerado por la presencia de quienes viven en estas urbanizaciones, quienes a su entender son vistos como invasores que llegaron a sus tierras por presión de las inmobiliarias y constructoras; una situación que les ha traído problemas de movilidad así como sobre la realización de sus actividades cotidianas.

guardias las 24h., teniendo en cuenta todas las normativas vigentes de contratación que implican el pago de seguros de vida, de salud y de riesgos profesionales, así como la dotación de equipos para los mismos.

El ostracismo y la “securitización” de espacios, que se han vuelto casi una obsesión por los moradores de la urbanización, es el resultado de diversas situaciones de conflicto que van más allá del tema de seguridad. Aunque se me comentó que aquí han ocurrido grandes tipos de robos⁹³, en los figuran en primer y segundo orden el robo a casas y a vehículos (cerebros o computadoras, llantas de repuesto, luces, etc.), en los cuales los ladrones han esquivado todos los dispositivos antes mencionados, incurriendo en nuevas modalidades como el uso de “escopolamina”, gran parte de los conflictos que surgen en la urbanización derivan de su cercanía con el barrio Rojas de un nivel comparativamente mucho más bajo a nivel socioeconómico. En las entrevistas se comentaba continuamente la existencia de una gran prevención por parte de los residentes de La Primavera en esta cercanía; una situación que se ha vuelto la contante en el nuevo urbanismo, en el que simultáneamente colindan en espacios reducidos la riqueza y la pobreza, el triunfo de una clase construido en la ignominia de otra. Según Inés de Burgos quien reside en la primavera hace 12 años aproximadamente, el barrio Rojas está profundamente estigmatizado en el imaginario de los residentes de La Primavera:

Todo lo que pasa aquí en la urbanización la gente dice que son los de Rojas y eso no es así porque no por el hecho de que seas pobre tienes que ser delincuente, además la gente de Rojas está muy organizada, hasta ha surgido un grupo de seguridad organizado por los jóvenes de ahí, una vez dieron una demostración con la policía de cómo estaba entrenados (Inés de Burgos, 6 de agosto de 2011).

La presencia de la gente de Rojas en su sector ha sido un tema de controversia entre los residentes de La Primavera I. Según me comentaba doña Inés, cuando se decidió que la fundación Caritas emprendería una labor de beneficencia, en paralelo con la Iglesia y con otras vecinas del sector, ella fue muchas veces sancionada por vecinos que argumentaban

⁹³ En La Primavera I según los testimonios de mis entrevistados, que abarcaban experiencias personales como aquellas que les habían ocurrido a sus vecinos, se podría decir que las modalidades de robo más comunes son el robo a domicilios (sobre todo en las horas de la tarde y de la mañana), atracos a transeúntes (sobre todo al final de la calle Florencia al desembocar en la Av. Interoceánica así como en calles interiores a la urbanización) y robo a vehículos. Así mismo estas modalidades de robo también aluden a distintos tipos de delincuentes, los cuales, en la jerga policial ocuparían los rangos de: “Cuenteros” (quienes suplantan y se valen de argucias para engañar y ganar la confianza de sus víctimas), “Descuideros/opportunistas” (un mecanismo en que se aprovechan del descuido de sus víctimas), “Estruchantes” (quienes utilizan el forzamiento de seguridades por medio de herramientas, llaves maestras ganzúas, barretas, etc.), “Sacapintas” (quienes realizan un seguimiento de la operaciones financieras y comerciales de sus víctimas para robarle en un lugar vulnerable), así mismo hubo un caso bajo la modalidad de “dulces sueños” (que utilizan drogas para someter a sus víctimas).

que estas obras de beneficencia atraerían “la presencia de miserables en la zona, que ellos no querían que sus calles se convirtieran en espacios de romería de pobres quienes en cualquier momento podrían dedicarse a otras cosas como espiar a los moradores de La Primavera para robarlos” (Inés de Burgos, 6 de agosto de 2011). Esta estigmatización dirigida hacia la gente de Rojas, también se extiende hacia otras personas que por sus actividades laborales acuden a este sector. Este es el caso de las minadores o recicladores, quienes según me comentaba Raúl muchas veces han sido maltratados por los residentes de La Primavera. Él me decía en el imaginario de muchos residentes de la urbanización hay una imagen peyorativa que tautológicamente vincula la criminalidad con la pobreza, en donde el tener unos dólares menos ya te hace sospechoso y digno de ser sometido a la vigilancia y la exclusión sistemática que comienza por la manera en que esos otros son nominados; personas constantemente referidas como longos, indios, albañiles, todos ellos mecanismos de segregación social a partir de los cual la nominación es un mecanismo de deslegitimación y envilecimiento de un otro que por su situación económica o su color de piel no sólo son asumidos como sospechosos, sino como peligrosos e indeseables. Incluso según me comento Nancy, el mimo Raúl se ha visto varias veces afectado por esta situación. Nancy me decía: “como aquí muchos, primero anteponen el título y creen que uno les debe obedecer en todo, hay gente que como mi esposo es medio morenito lo miran medio raro, aquí hay gente que sí es racista, son pocos, pero son los que más daño hacen, que creen que lo pueden mirar por encima del hombro a uno” (Nancy, 12 de agosto de 2011).

Así mismo, Raúl y Nancy plantean que estas personas son las que traen conflictos a la comunidad, no sólo por sus prejuicios de clase, sino porque toman las calles como autopistas en las que no les importa si hay personas caminando por el sector o haciendo sus ejercicios como muchas señoras mayores lo hacen:

Además creen que con pitar para todo solucionan los problemas, estás personas sobre todo los de Bosques de San Pedro que son prepotentes, no les interesa hacer comunidad y aparte creen que somos nosotros los que debemos solucionar todos los problemas, como ellos son cerrados, claro la responsabilidad nos queda a nosotros, hasta las basuras querían dejarlas a nuestro lado, cuando pedimos colaboración por parte de ellos, siempre están muy ocupados y no quieren atendernos, o como un señor que me dejo su tarjeta por si se le necesitaba en algo, así no son las cosas, por ejemplo cuando nos enteramos que habían puesto sus container de basura por fuera de su conjunto porque no querían que entrara el camión, ellos decían que no cabía por la puerta que no sé qué, pues nosotros nos reunimos entre nosotros y fuimos a exigirles que metieran los container a su lado y les demostramos como el camión si pasaba por la puerta, entonces tuvieron que hacerlo, es que para ellos, quieren que nosotros

asumamos todas las cosas y ellos sólo se limitan a coger las calles de autopistas (Raúl, *ibíd.*).

Más allá de las situaciones de conflicto entre los moradores de La Primavera y quienes habitan en los conjuntos de alto nivel que han crecido a sus alrededores, cuando se habla de conflictos y problemáticas en la urbanización recurrentemente sobresale el problema con la contigüidad con el barrio Rojas. Según me comentaron doña Inés, Raúl y Nancy existen varios problemas con relación al tema del parque y con los lotes que todavía no están urbanizados. Lo que sucede según ellos, se debe a que hay gente de Rojas que deja que sus vacas pastoreen en estos lotes vacíos, por lo cual, se dictaminó una norma de tales lotes deberían cercarse pero muchos de estos cerramientos fueron tirados abajo por los mismos animales o sus dueños. Sin embargo el mayor problema se debe a que estos animales ensucian las calles de la urbanización dejando así una estética desagradable a los ojos de los moradores de La Primavera. Por otro lado, surge el tema del parque de juegos. Según me comentaron este parque es de carácter público y fue donado por el municipio al sector. Sin embargo existe un alto recelo de que éste sea utilizado por otras personas, ya sean moradores del barrio Rojas o trabajadores en el ramo de la construcción quienes en sus horas libres utilizan esta instalación para jugar partidos de fútbol. La presencia de estos extraños es asumida por la gente de La Primavera como supremamente preocupante y generalmente se les acusa de causar daños y realizar robos en el sector. Por estas razones hubo un intento de cerrar este parque y darle un mejor cuidado y manejo, pero después de haber realizado el presupuesto y los estudios para su mejoramiento el municipio destinó el dinero a otros lugares en tanto acusaban que la gente de este sector era lo suficientemente pudiente como para realizar las mejoras respectivas en tanto habían otros barrios y sectores que ni siquiera contaban con un parque de juegos y que tenían necesidades más apremiantes que ésta. Algo que si bien fue entendido por los moradores de La Primavera, no dejó de causar cierto malestar en la comunidad ya que según su entender esto podía ser cierto, pero para ellos las verdaderas razones se debían a intereses políticos. Según Raúl una urbanización como La Primavera en donde habrá unas 350 familias no representaba los suficientes votos como sí sucedía en barrios populares mucho más grandes, saturados y extensos. Más allá de estas divergencias, mis entrevistados reconocían que también existía una prevención por parte del municipio en la medida en que muchas veces que se solicitó su intervención para la realización de obras se encontraron con que los residentes de la urbanización no estaban organizados y que incluso mientras unos demandaban acciones por parte del municipio otros las

entorpecían; finalmente el parque no pudo ser ni cerrado ni intervenido como demandaban los moradores.

Por otro lado, existe otro parque, en el que algunos jóvenes llegaban en sus carros a poner su música a todo volumen mientras tomaban licor hasta altas horas de la noche, cuando no lo tomaban de “villa cariño”⁹⁴. Estas situaciones han causado gran malestar en los moradores y por eso se ha buscado el cerramiento de la urbanización, sin embargo como esto resulta imposible según las restricciones a las que están sujetas, algunos residentes plantearon que ellos debían actuar por cuenta propia. Raúl me comentaba que le había propuesto a algunos vecinos que cuando se presentaran estas situaciones ellos debían salir con sus carros a parquearse alrededor del parque con las luces de sus vehículos encendidas, para así generar una presencia que disuadiera a estar personas que iban a la urbanización con tales fines. Raúl me comentó que muchas veces cuando él iba saliendo en su carro y veía a alguien extraño por su calle (La Bramante), lo seguía hasta que la persona se sintiera incomoda y saliera corriendo. Según él, la única manera de mantener un entorno seguro es con este tipo de involucramiento ya que en su calle todos se conocen y por lo tanto no debería haber personas extrañas es sus afueras.

Sin duda las apreciaciones y las acciones de Raúl pueden ser vistas como alarmistas y excesivas, sin embargo esto obedece a la gran presión que sienten varios vecinos en la medida en que se han visto afectados por varias modalidades de robo, así como evidencian un marcado desinterés por parte de la comunidad en participar de los planes que se desarrollan en paralelo con la policía y el municipio. Un desinterés que incluso llega a ser paradójico. Al realizar trabajos de cartografía social ellos señalaban en los mapas de pasado y presente, así como en el de relaciones y vulnerabilidades, que los lugares más complicados aparte de los famosos parques, obedecían a pequeños pasajes

⁹⁴ La metáfora de Villa Cariño, hace referencia a una canción muy sonada que recibe el mismo nombre, en la que se hace alusión a un sector que es destinado con fines de placer y encuentros sexuales. Raúl decía que esto obedece a que la gente ve botado un lugar e inmediatamente se lo apropia porque piensan que no hay un mayor interés ni control de los vecinos sobre el lugar: “un lugar degradado es atraer la presencia de delincuentes y todo tipo de personas que sentirán que tienen el derecho de tomarse ese lugar para consumir el trago” (Raúl, *ibíd.*). Sin embargo, si bien esto es cierto, e incluso se conoce como la teoría de las ventanas rotas (Kelling y Coles, 1996), con relación al otro parque se podría decir que hay un desinterés en su mejoramiento en la medida en que si bien no se pudo optar por su cerramiento con la colaboración del municipio, si tenemos en cuenta el nivel socioeconómico de los residentes del sector, el mal estado del mismo sumado a los problemas que tienen por la utilización de este parque por la gente de Rojas, es factible concluir que el desinterés obedece a un intento por restar su atractivo para otras personas foráneas a la urbanización. Algo así como si con su estado deficiente se quisiera que los extraños se sintieran desmotivados de realizar actividades en él. De todas maneras esto sólo es hipotético y no pudo ser corroborado plenamente.

peatonales que conducen de un lugar a otro. Una vulnerabilidad que si bien se redujo hace unos 10 meses, cuando solicitaron a la empresa de energía que mejorara el alumbrado público, lo cual hicieron, se mantiene vigente en la medida en que muchos vecinos que colindan con estos pasajes, han sembrado árboles o han dejado que crezcan matorrales al interior de los mismo, aspecto que según Raúl es contradictorio porque muchas veces esos mismo vecinos señalaron un sentimiento de inseguridad por colindar con estos pasajes pero al mismo tiempo contribuían con la peligrosidad de los mismos en tanto los árboles y los matorrales podrían servir para que los ladrones pudieran acceder a sus casas o peor aún esconderse con la intención de sorprender a un transeúnte para robarlo; sin embargo a él nunca le ha pasado nada de este tipo y posiblemente esto obedece a que Raúl tampoco transita mucho por esos espacios, aunque, esto no supone una descalificación de lo que él refiere, ya que nuestra experiencia de lo real –a partir de lo que se define lo existente– no siempre depende de contactos directos o físicos con los objetos, fenómenos y sucesos, para que estos existan en el mundo de la vida que cada quien se ha elaborado. De esta manera la situación que más se enfatiza en la primavera es la falta de comunidad y la pérdida de aquello que mis entrevistados señalan como la vida de barrio. O sea aquella caracterizada por encuentros personalizados en donde la calle se aviva con la constante presencia de sus moradores. Muchas veces recordaban como era la vida anteriormente en la ciudad, mostrándome como esta estética de muros y rejas había cambiado radicalmente la manera como la gente se involucraba con su entorno. En este sentido la “tecnologización” de la seguridad es vista por algunos de mis entrevistados como un dispositivo que no sólo crea un falso sentido de seguridad sino un falso sentido de auto-suficiencia:

Todas esas cosas que uno ve ahora, que las cercas eléctricas, los muros, las alarmas, todo eso le da a la gente una idea de que puede estar seguro, pero eso no es estar seguro, es estar preso en sus propias casas, porque creen que poniendo las alarmas los ladrones no van entrar, y esto no es así, o sea, esas cosas sirven pero para reducir el tiempo que se demoran para entrar a una casa, pero no impide que entren, o sea si el ladrón se tomaba dos minutos para entrar a mi casa, con todas esas cosas ahora se demora cinco minutos, y uno espera que ojala a los tres la policía llegue, pero esto no es así, entonces si la gente no se involucra con lo que pasa en la urbanización si no nos preparamos como si lo hacen los delincuentes, vamos a ser vulnerables totalmente (Raúl y Nancy, *Ibíd.*)

Finalmente podemos decir que el modelo de urbanización abierta en comparación con el conjunto y urbanización cerrada anteriormente abordados, coinciden en algunos aspectos como en lo respectivo a la creación de un adentro y un afuera, en el cual la ciudad es vista como síntoma de la anomía y la calle no es más que un lugar de transito prolongado,

caracterizado por miedos y vacíos –formas itinerantes de habitarla entre gueto y gueto– con la única diferencia que en la urbanización abierta pareciera que el miedo aflora al otro lado de la puerta de la casa. Por otro lado, en los tres casos, se señala que la implementación de dispositivos electrónicos de vigilancia si bien pueden servir como un mecanismo disuasivo o “retardante” de posibles delitos, existen una variada gama de aspectos que evidencian la inoperancia y deficiencia en la labor de las mismas ya que el delito aparece siempre como inatajable.

CONCLUSIONES

Después de haber descrito separadamente algunas particularidades de los tres modelos planteados, podremos analizar algunas de sus similitudes y diferencias, a través de las cuales, estos tres tipos no sólo se erigen como lugares de enunciación sino como condición de posibilidad de nuevas variantes interpretativas.

En este sentido, podemos establecer que las motivaciones que perfilaron el nuevo urbanismo van más allá de las señaladas causas estructurales que desde el marxismo entenderían los procesos de segregación (social, espacial y política) “como el resultado del funcionamiento del sistema capitalista donde las relaciones sociales están basadas en la distribución diferencial del poder y los recursos” (Roitman, 2004:12), aspectos que en un contexto mundializado se han polarizado y exacerbado exponencialmente. Podemos decir, que, si bien, desde la perspectiva social no hay mayor divergencia respecto de las causas exógenas⁹⁵ y las conceptualizaciones realizadas por los analistas respecto a lo que se considera como comunidad cerrada⁹⁶, así como sobre sus impactos negativos y positivos⁹⁷, las motivaciones señaladas por mis interlocutores, explícita e implícitamente, sobreponen otros derroteros, que actúan paralelamente al marco de relaciones establecido. En este sentido, las entrevistas a profundidad dejaron entrever que las motivaciones que han dado lugar a una migración hacia estos nuevos sectores, obedecen a la búsqueda de:

- a) Paz, felicidad y tranquilidad.

⁹⁵ Como causas exógenas Roitman señala que el surgimiento y diseminación del modelo de urbanización cerrada responde a los siguientes aspectos: “el aumento de la inseguridad y el temor a hechos delictivos; el fracaso del estado como proveedor de servicios básicos a la ciudadanía; el aumento de la brecha social entre ricos y pobres y la tendencia hacia la polarización social, y el desarrollo de una moda internacional impulsada por los desarrolladores urbanos” (Roitman, 2004:6).

⁹⁶ Espacios privados, cerrados y “securitizados”, en los que el adentro más allá de la relatividad de su masa social aparece como homogéneo en comparación con un afuera re-marcadamente caótico, polifónico y heterogéneo, en donde sus miembros están unidos por afinidades específicas, articuladas bajo raseros económicos, étnicos, raciales y profesionales, entre otros, y en el que la alteridad es regulada por códigos, normas y reglamentos, que sobreponen la autoridad del grupo de propietarios sobre la individualidad de sus sujetos.

⁹⁷ Como efectos positivos derivados de los distintos modelos de segregación urbana, se distinguen aquellos que apelan a la creación de nuevas fuentes de empleo y un mejoramiento infraestructural de la ciudad en lo correspondiente a una mayor dotación de bienes y servicios. Los aspectos negativos distinguen un incremento de las diferencias entre un adentro y un afuera, el aislamiento de los sujetos sobre su entorno inmediato, la simulación de una realidad sin antagonismos, la emergencia de estigmas sociales a partir de los cuales surge una otredad envilecida y excluida con base en esencialismos de tipo étnico, socioeconómico o cultural que los convierte es el chivo expiatorio de los posibles males que ensombrecen la cotidianidad, la aceptación y legitimación jurídica y social de una segregación alimentada por los aspectos señalados anteriormente (Roitman, 2004:10).

- b) Un entorno verde, moderno y atractivo.
- c) Un mejor clima y calidad de vida.
- d) Una menor contaminación ambiental, visual y sonora.
- e) Menor congestión vehicular y tráfico comercial
- f) Mayor seguridad para sí mismos, para sus hijos y sus bienes.
- g) La convivencia armónica y frugal con vecinos con los cuales compartan gustos y afinidades más acordes a los suyos.
- h) Practicidad de ubicación según sus actividades laborales cotidianas y de distinto tipo.
- i) Accenso social, capitalización y consecución de prestigio.

Sí vemos estas motivaciones, que elevan la utopía de vivir en los valles, desde su contra-relato negativo, inmediatamente surgen las causas que explican las tendencias migratorias hacia los valles en los distintos periodos ya señalados como una oposición a la ciudad consolidada. Períodos que obedecen a momentos de reactivación económica en el marco nacional y regional (el boom petrolero de 1970-80), crisis que aumentaron la incertidumbre y la especulación financiera (la dolarización de la economía a finales de la década de 1990), la consolidación del modelo polinuclear que permitió la movilización interna de capitales y la reactivación del sector de la construcción y el mercado inmobiliario (2000). Sin embargo algunas de las razones planteadas por mis entrevistados si bien explican la migración hacia los valles, coincidiendo con las causas exógenas señaladas en el marco global referidas a la inseguridad y la violencia en la ciudad consolidada, no necesariamente explican las tendencias cada vez más comunes a la securitización y el aislamiento al interior de los valles.

En primer lugar, podemos ver que los entrevistados señalan la configuración de una realidad cotidiana que parece tejida por la prevención y el miedo, la cual, reina en la ciudad y cobra su máxima aurora en las horas de la noche. Un aspecto que coincide con el muestreo estadístico sobre la espacialidad del delito en Quito, en el que se ubican los sectores norte, centro norte y centro, como los lugares de mayor vulnerabilidad en la ciudad (D.M.Q.-13Info. Seguridad Ciudadana, 2010:32-39), sectores en los cuales algunos de mis entrevistados realizan sus actividades laborales; por lo tanto, habría una correspondencia entre la imagen negativa que tienen de la ciudad consolidada y la ciudad efectivamente vivida y transitada. Sin embargo, si nos amparamos en este mismo informe podemos observar que en primer lugar, los índices de victimización a personas y domicilios, así como las tasa promedio de homicidios presentan una tendencia a la baja,

lo cual iría en contravía de lo señalado por mis entrevistados cuando justificaban en estos aspectos su ostracismo y el aumento de la securitización de sus espacios de residencia.

En segundo lugar, se señala desde los estudios regionales que la desigualdad social ha sido el caldo de cultivo del aumento de la delincuencia y la violencia; algo importante en la medida en que este aspecto impacta negativamente en la percepción de los ciudadanos sobre los principios de justicia, democracia, igualdad y equidad social. En este sentido resulta pertinente anotar que en la zona de Tumbaco y más específicamente en Cumbayá, Nayón y Lumbisí, si bien no se presentan márgenes altos de pobreza, sí se presenta el mayor índice de desigualdad en el ingreso según coeficiente gini 0.442 - 0.482 (Ibíd., pp. 102-103). Así mismo, los mayores índices de delito a la propiedad en la ciudad de Quito corresponden a domicilios y empresas: 49.78% y 41.18%, aspectos que pudieran generar una presión sobre la percepción de vulnerabilidad de los pobladores sobre la recurrencia de delitos, explicando así la tendencia a la fortificación de sus espacios de residencia. Sin embargo, la administración de Tumbaco, dentro de la cual se incorpora la parroquia de Cumbayá, es una de las administraciones en donde se presentan el menor índice de victimización a hogares y empresas⁹⁸, que en términos generales representa un 4% frente a un 37% correspondiente a la zona norte, sobre todo en horas de la tarde, la noche y la mañana (D.M.Q.-13Info. Seguridad Ciudadana, 2010:36). Por lo tanto, no puede establecerse el aumento objetivo de la inseguridad a domicilios como la primera causa que conduce a la construcción de vecindarios defensivos, tal y como lo plantean mis entrevistados a través de sus diversos relatos sobre episodios de robos a casas y a personas. Aunque, debemos tener en cuenta que esta objetividad estadística sólo responde a aquellos delitos que fueron denunciados, algo que como mencioné en el capítulo III y IV, haría de los datos algo no muy confiable, en la medida en que la mayoría de los entrevistados, alegaron no haber denunciado cuando fueron víctimas de robo a sus casas o atracos a su persona.

Por otro lado, hay que reconocer que Tumbaco presenta los índices más altos de muertes por accidente de tránsito: 44.93 por cada 100 mil hab., el segundo más alto en homicidios: 11.47 por cada 100 mil hab., y el primero en suicidios: 15.29 por cada 100

⁹⁸ Según este informe que abarca información hasta el 2009, la tasa de denuncias por delitos a domicilios en Tumbaco por cada 100 mil hab. presenta un 5.22 por debajo de Los Chillos, la zona Norte y Calderón con: 6.48 y 5.78 respectivamente, siendo las horas de la tarde las más vulnerables. Los delitos contra empresas presentan en el caso de Tumbaco un 2.86%, la más baja de la tabla en comparación al 45.17% que presenta la zona norte.

mil hab. (D.M.Q.-13Info. Seguridad Ciudadana, 2010:12,17-19). Aspectos que sin duda están en consonancia con las preocupaciones de los entrevistados cuando mencionaban el paso de la utopía a la distopía, en el que la congestión vehicular y el elevado volumen de automotores en el sector se ha constituido como un riesgo de todo tipo: a la persona, a la salud, al ambiente, etc. Con relación a las estadísticas de homicidios y suicidios, aunque en el informe figura que el primero responde principalmente a muerte por riñas y por intento de robo, la geo-referencia de las muertes violentas no aparece en los mapas y tampoco se puede establecer si los homicidios que han sucedido por intento de robo responden a hogares unifamiliares, urbanizaciones, conjuntos cerrados o a la vía pública.

De todas maneras la correlación de los datos estadísticos con las evidentes estéticas defensivas que desprenden de las imágenes y el panorama de vulnerabilidad descrito por los entrevistados, permite señalar que los aspectos exógenos como la violencia y la delincuencia, no son los únicos vectores a partir de los cuales se ha formado un nuevo urbanismo en el contexto aquí investigado; lo que no quiere decir que no constituyan un elemento primordial al interior de estas configuraciones, ya que si bien el dato estadístico subvierte algunas de los juicios señalados por mis entrevistados, no se puede suponer ciegamente de que los segundos, a diferencia de los primeros, están equivocados. Por lo tanto tendremos que revisar sus apreciaciones entorno a los dispositivos que emplean para sus securitizaciones para definir hasta qué punto el panorama aquí abordado es un reflejo de vulnerabilidades ante los peligros o de desconfianza ante las defensas.

A través de las descripciones y testimonios realizados por los entrevistados en Parques de Andalucía, Mirador del Valle y La Primavera I, dispositivos como rejas, muros, bardas electrificadas, alarmas, sensores de movimiento y cámaras de vigilancia, son vistos por ellos desde un espectro negativo como:

- a) demasiado costosos para su adquisición o mantenimiento.
- b) ineficaces a la hora de impedir la realización de un delito.
- c) Elementos que hacen atractivos estos sectores a los delincuentes en la medida en que un espacio tecnológicamente “securitizado” es posiblemente un lugar en donde hay bastante flujo de capitales.
- d) Los altos muros, rejas o cercas verdes impiden la visibilidad; lo que si bien la da una mayor intimidad al residente, lo hace a la vez vulnerable ante cualquier problema o calamidad que pueda sufrir al interior de su casa porque queda herméticamente asilado

de sus vecinos; así mismo este pierde control sobre su entorno ya que tampoco puede mirar hacia la calle.

- e) Las cercas electrificadas aparte de que son fácilmente esquivadas por los asaltantes, pueden constituir un riesgo colateral a sus moradores o vecinos. Así mismo se pueden constituir como focos de contaminación visual en la medida en que reproducen una estética altamente defensiva y ofensiva.
- f) Las alarmas privadas muchas veces se activan sin ninguna razón y esto es más conflictivo cuando los moradores de estas casas se van de vacaciones y por motivos de seguridad no avisan a sus vecinos. Esto no sólo afecta el buen vivir y reduce los niveles de tolerancia, sino que se convierten en focos de contaminación sonora; podríamos decir que este tipo de contaminación es uno de los menos tolerables por los residentes de sectores de vivienda de elite, por lo cual, es un tema recurrente de discordia.
- g) Las cámaras de vigilancia si bien multiplican el control al aumentar la visibilidad sobre los espacios interiores y exteriores, así como pueden conducir a un mecanismo disuasorio del delito, requieren de un monitoreo contante para garantizar su efectividad, y antes que prevenir el delito sirven como identificadores de personas sospechosas así como pueden constituir una importante carga probatoria en etapas posteriores a la denuncia del delito.
- h) Los delincuentes no sólo han aprendido a evitarlos, sortearlos o inhabilitarlos, sino que a partir de ellos han desarrollado técnicas más elaboradas para la realización del delito; aquí se destacan algunas según lo señalado por mis entrevistados:
 - 1. Las puertas eléctricas, a diferencia de la ordinarias que utilizan llave y candado, muchas veces quedan abiertas y la gente no se da cuenta de esto, así que los ladrones pueden analizar estas situaciones y por lo tanto estar pendientes de cualquier ocasión; así mismo se comenta que los ladrones a veces aguardan la llegada de sus víctimas y cuando las puertas se abren estos entran junto a sus residentes, secuestrándolos en sus propias casas.
 - 2. Ahora los delincuentes utilizan técnicas más sofisticadas de seguimiento a sus víctimas; si bien no pueden robarlos fácilmente en sus casas, esto no los protege en sus exteriores; Los delincuentes ahora utilizan el internet (correos electrónicos, redes sociales, etc.) y aparatos más sofisticados para adquirir información de sus víctimas.
- i) La elevada “seguritización” de los espacios de residencia crea una estética y un estado psicológico de apresamiento.
- j) Estos dispositivos crean un falso sentido de seguridad y de autosuficiencia; conducen al aislamiento y a la pérdida de trabajo en comunidad para enfrentar sus problemas y conflictos, lo que vuelve a sus poseedores más vulnerables a ser víctimas de algún delito.

Sin embargo surgen simultáneamente varias contradicciones, en la medida en que estos dispositivos son altamente consumidos tanto en urbanizaciones abiertas, cerradas, conjuntos residenciales de casas o apartamentos, o casas unifamiliares; por lo tanto, más allá de su señalada y aparente ineficacia, constituyen un gran atractivo que permite el acceso a una vida más moderna, más distinguida, al mismo tiempo que actúan como generadores de plusvalía; y aún más importante, se constituyen como prótesis que permiten el surgimiento de un estado de liberación psicológica en el que la pérdida de la seguridad ontológica que reina en el afuera, se recupera en el adentro. Pero, como menciona Méndez (2004) parafraseando a Whitaker (1999):

La privacidad antes expuesta a los dispositivos de vigilancia y control públicos queda en manos del vecindario, ahora enfrentado a una paradoja: “en todo este proceso descentralizador de la vigilancia, el aumento de las capacidades está íntimamente vinculado al incremento de la vulnerabilidad” (Whitaker, 1999:149 en Méndez, 2004:4).

Algo similar a lo planteado por Bauman (2007:12) cuando señalaba que el discurso del riesgo “está más en la desconfianza de las defensas disponibles que de los posibles peligros”, que por lo general siempre se sitúan en un: *podría suceder*. O sea en una posibilidad de futuro que condiciona la vulnerabilidad del presente.

Pero entonces, si lo señalado por Méndez, Whitaker y Bauman, plantea una paradoja, alimentada por el miedo a un futuro posible y si ya hemos destacado que la violencia y la delincuencia objetivamente medidas no se compadecen de los relatos de miedo de los hablantes. Cuál es el caldo de cultivo en donde estos miedos se conservan y fermentan.

En el Ecuador, esto parece ser evidente en la publicación de algunas encuestas de victimización, donde se puede notar claramente que la probabilidad de que un individuo o familia se sientan inseguros, duplica o triplica a la probabilidad de ser victimizado en un año, Es decir; no existe una relación proporcional entre delitos e inseguridad. Esta explicación causaría una distorsión en la demanda de seguridad ciudadana, ya que no estaría remitida a cuestiones netamente objetivas, sino más bien a fuertes sentimientos de inseguridad, construidas socialmente, sobre la cual la gente percibe y decide sus estrategias de seguridad (Pontón, 2007:63).

En este sentido, se podría sugerir que la irregularidad entre los índices de victimización y aquellos que dan cuenta de los niveles de percepción de inseguridad y violencia podrían estar anclados, tanto aspectos culturales de la cultura serrana quiteña, como al incremento de la heterogeneidad social dada por la migración hacia Quito de amplios conglomerados de personas nacionales y extranjeras. Así mismo, no se puede dejar de señalar la influencia de los medios masivos en la construcción de una atmosfera caótica, incierta y

abrumadora, aspecto que ha sobresalido en las entrevistas bajo una postura crítica hacia la construcción mediática de la noticia del delito; la cual, aunque acrítica hacia sí mismos como consumidores de medios, señalan una distancia relevante entre lo noticioso y lo sensacionalista. Todos estos posibles determinantes que actúan en los procesos de toma de decisiones, a partir de los cuales, los ciudadanos optan por un tipo y un lugar de vivienda ante un miedo que permanece líquido.

En esta misma línea, sobresale otro elemento que actúa en la multiplicación del modelo de vecindarios defensivos, pero que está más allá de aquello vinculado al incremento de las condiciones de violencia, la percepción de inseguridad o a los aspectos migratorios y socioculturales descritos anteriormente, ya que como se mencionaba en los anteriores capítulos el discurso del miedo una vez convertido en riesgo es un motor de dinamización económica.

En primer lugar, según Espinosa y Ospina (2009:6): “la robustez del sector inmobiliario” obedece a distintos aspectos que por un lado distinguen: a) el quiebre de la economía a finales de la década de 1990 que generó una tendencia a la compra acelerada de bienes muebles e inmuebles sobre todo por parte de las clases medias quienes veían con incertidumbre la descapitalización de sus ahorros en moneda; b) el retorno de recursos del exterior ;c) las remesas provenientes de las grandes migraciones hacia Europa y Norteamérica, así como el retorno de muchos migrantes que traían consigo grandes capitales. Estos aspectos incrementaron la cartera de vivienda que: “entre el 2002 – 2007, pasó de USD 397.5 a 1.355.5 millones de dólares [...] se incrementó 3,45 veces” (Ospina y Erazo, 2009:6). Una situación que no pasó inadvertida por los promotores inmobiliarios quienes han convertido a la seguridad en un concepto dinamizador del mercado, en el que la plusvalía derivada del miedo a no ser vulnerado se mezcla con el deseo a pertenecer. Pero entonces ¿cuál es línea que separa a la fantasía del objeto de deseo?

Podría decir, para no extenderme, que el objeto de deseo permanece en el terreno de la adherencia (pertenecer-poseer-aprehender), el cual, se define por la búsqueda de identidad (*habitus* que se realizan sobre aparentes homogeneidades que según raseros de clase, como también raseros étnicos y raciales, crean la ilusión de un nosotros; otros como yo y yo como esos otros) y de distinción social (que se realiza en un *ethos* compartido por grupos de afinidades específicas que se reproducen en la definición de lo bello, lo culto, lo educado y lo aséptico, plasmados sobre la distribución de los espacios, las arquitecturas y los cultos al cuerpo que afirman los cánones de la

sociedad dominante; en este caso todo lo que en el ornato repudia las manifestaciones de lo cholo, lo longo y lo indio), dimensiones posibles gracias a la vigilancia como una fantasía⁹⁹ que mantiene un adentro hermético ante las convulsiones de un afuera dominado por la polisemia, la diversidad “heteroglosica” y heterogénea. Por lo tanto, sobreviene la pregunta de ¿Quiénes han hecho posible la vigilancia como fantasía? ¿Son los mismos que han definido a la seguridad como mercado?

Vemos que en el mercado de la seguridad han surgido cuatro segmentos generales: a) vigilancia física; b) seguridad electrónica; c) transporte de fondos; d) alarmas; e) tecno-vigilancia; f) otros dispositivos defensivos-ofensivos. Cada una de estas obedece a: a) personal humano, como escoltas y guardias; b) diseño de vigilancia informática, internet, bases de datos, controles biométricos de acceso, software y hardware de seguimiento y monitoreo; c) vehículos blindados; d) alarmas de sonido activadas por reconocimiento biométrico, alarmas silentes conectadas centros de monitoreo (botones de pánico), alarmas activadas por sensores de movimiento o laser, alarmas activadas por control remoto, alarmas coordinadas activadas por medio de un fusible fijo situado en zonas estratégicas dentro o fuera de la vivienda (alarmas comunitarias); e) cámaras de vigilancia inteligentes, Circuitos Cerrados de Televisión (C.C.TV.), Ojos de Águila; f) bardas electrificadas, rejas, muros, potentes reflectores activados por el movimiento hasta las sutiles regaderas; así como otras a partir de la cual estás surgen como un fantasía globalmente compartida y localmente alcanzable: boletines y revistas que promocionan los últimos avances, las nuevas vanguardias en dónde la arquitectura panóptica se realiza en posibilidades jamás insospechadas¹⁰⁰.

⁹⁹ Si bien la vigilancia opera como una acción guiada por una funcionalidad que aparentemente se define sólo como pragmática, deberemos recordar lo que Žižek define como el velo de la fantasía, en donde nos dice que no hemos de borrar la distancia que la separa de nuestros objetos de deseo en tanto sobreviene el rostro terrible que desenmascara su ideología. Para Žižek hasta el objeto diseñado con el objetivo más funcional, es un objeto que se comunica en tanto su forma, materialidad y funcionamiento develan el sustrato de la ideología que reina en la lógica de su objeto. Una de las más recurrentes formas a partir de la cuales toda materialización externa intenta ocultar sus antagonismos inherentes, el carácter fantasioso de su forma, es la razón de utilidad, o la razón práctica; así se configura el olvido primordial que intenta resolver toda arbitrariedad estructural entre los significantes y de lo que pretenden éstos dar cuenta, sus significados inmanentes. De esta manera la razón utilitaria pareciera ser la variable constituyente que determina la dimensión existencial de los objetos mismos, dejándolos expuestos como neutrales al despojarlos de cualquier carácter ideológico que determine su función, forma y contenido. Es así como Žižek brillantemente nos despliega una mirada sobre la forma superficial de todo contenido, para decir que es la misma forma, la superficialidad externa, la que constituye ontológicamente la cosa: “la exterioridad que materializa la ideología en forma directa, se oculta como “utilidad” (Žižek, 1999:12).

¹⁰⁰ Aunque más adelante lo que se busca es controvertir las tesis que exponen el totalitarismo del modelo panóptico sobre dispositivos de tecno-vigilancia, como agentes capaces de regular plenamente el rumbo de nuestras acciones y formas de comportamiento, debemos reconocer que esta idea, aunque paranoica, no

Un caso por demás interesante frente al primer ítem, lo refiere Pontón (2007:61), en dónde comenta que el número de vigilantes adscrito a empresas de guardianía privada ya superaría desde el año 2005 el número de efectivos de los cuerpos policiales. Las estadísticas establecen que en este año, “el número de vigilantes registrados oficialmente fue 40.368”, a diferencia de los 36.907 policías nacionales existentes en este mismo año” (Ibíd.). Así mismo Pontón señala que de 1990 a 1995 hubo un incremento de estas compañías que pasaron de 0,56 empresas p/c 100 mil hab. a 1,52 empresas (de 54 compañías a 163) y que de 1995 a 2006 este sector creció en un 117% (849 empresas registradas), de las cuales “el 51,70% están en Pichincha y el 28,26% en Guayas”, en donde Pontón estima que el 80% de estas compañías se ubicaron en las ciudades más pobladas: Quito y Guayaquil (Ibíd.). Sin duda, el incremento de los aparatos de control privado presenta una transformación radical sobre el monopolio de la fuerza legítima del estado, ya que tales índices ponen de manifiesto un nuevo organigrama sobre la realización del control, el cual, ya no dependería de los poderes públicos. Situación que desde los postulados teóricos valorados en esta tesis, es concomitante con la multiplicación del modelo impuesto por este nuevo urbanismo, que parte de la suplantación del espacio público a través de espacios privativos modelados para la circulación y el consumo, en dónde no hay cabida para el debate y el disenso, así como también, por parte de la multiplicación asimétrica de archipiélagos cerrados destinados para la vivienda (los famosos CID y HOA), en los que la búsqueda de seguridad se convierte en el principal derrotero para la generación de confianza.

Al respecto, vale la pena citar extensamente lo mencionado por Eloy Méndez (2004), en su estado del arte sobre los vecindarios defensivos y su relación con la búsqueda de confianza:

Según Anthony Giddens (1991:40) La confianza es una figura emocional básica para la estabilidad social, la sensación de ‘invulnerabilidad’ que bloquea las posibilidades negativas a favor de una actitud generalizada de esperanza deriva de la forma básica de la confianza. El capullo protector es esencialmente una sensación de ‘irrealidad’ más que una firme convicción de seguridad: es un soporte práctico ante los posibles eventos que podrían desafiar la integridad psicológica o corpórea del agente. La barrera protectora que ofrece podría ser traspasada, temporal o permanentemente, por eventos que demuestran como reales las contingencias negativas construidas en

está carente de fundamento. Al visitar la página web: http://www.laflecha.net/canales/ciencia/un-uevo-sistema-de-vision-analiza-el-comportamiento-humano?_xm=newsletter, podemos ver la referencia al proyecto Hermes, coordinado por la C.V.C. (Centro de Visión por computador) de la Universidad Autónoma de Barcelona. Cuyos investigadores han desarrollado “un sistema cognitivo computacional integrado por cámaras de vídeo y software que es capaz de reconocer y prever el comportamiento humano, así como de describirlo en lenguaje natural”.

todo riesgo [...] El cierre del espacio habitacional de grupos sociales homogéneos en franjas de suelo urbano cualificado para integrarse a la ciudad a la vez que para separarse de ella, es el anticipo del vecindario defensivo. Son franjas sociales – compuestas en su mayoría por las clases medias y alta- con la expectativa de obtener de los promotores de bienes raíces la forma espacial que les garantice en unidades colectivas la seguridad del lugar, la libertad y el marco del estilo de vida verde requeridos en lo individual [...] Siguiendo a P. Bourdieu, el espacio social es una representación de la noción de clase social. Si bien es imposible obtener una representación gráfica –visible del complejo tejido social, es razonable aceptar que se objetiva en el espacio físico. Las yuxtaposiciones, distancias y jerarquías sociales serían ilegibles sin su representación simbólica en un determinado orden en el que privan también las exterioridades de cuerpos, de cosas. Más todavía, la estructura del espacio tiende a adquirir carta de naturalización, aparece como extensión inevitable y necesaria de la acción social. Capacidades adquisitivas y capital cultural ordenan de alguna manera el tejido urbano, bordan en él las partes de ciudad, montan escenarios acordes a sus disposiciones, al grado que “el consumo más o menos ostentoso de espacio es una de las formas por excelencia de la ostentación del poder” [...] (Méndez, 2004).

Vemos pues, a lo largo de esta tesis que lo que ha sido referido como un nuevo urbanismo, más que una reorganización de los cuerpos y los objetos en el espacio, es el cambio en la manera de operar sobre aquellas antinomias que aparecieron con la actitud moderna¹⁰¹, en la cual, las categorías que se mantenían “estables” dentro de una lógica formal –más allá de sus eclecticismos y contradicciones–: lo público y lo privado, lo tradicional y lo moderno, el individuo y la sociedad, la estructura y la forma, la funcionalidad y el ornato, lo natural y lo artificial, la producción y el consumo, la metrópoli y el vecindario, el control y la libertad, el campo y la ciudad, la objetividad y la simulación (Méndez, 2004:11), ahora operarían bajo una lógica difusa en donde cada contingente no sólo se vuelve interdependiente, sino condición de (in)posibilidad y (in)existencia de la una en la otra¹⁰². De esta manera el nuevo urbanismo ha estrechado el campo de convergencia entre

¹⁰¹ Foucault reflexionando sobre el concepto de ilustración planteado por Kant se cuestiona si la modernidad debe ser vista como una actitud ascética más que un periodo histórico, en donde el hombre incapaz de fijarse en órdenes supremos, no tendrá más remedio que hacerse a sí mismo; en el que por actitud se entiende: “un modo de relación con respecto a la actualidad, una elección voluntaria efectuada por algunos, así como una manera de obrar y de conducirse que, a la vez, marca una pertenencia y se presenta como una tarea” (Foucault, 1999,342) y en el que la modernidad: “no es simplemente una forma de relación con el presente, sino también un modo de relación que hay que establecer consigo mismo. La actitud voluntaria de modernidad está ligada a un indispensable ascetismo, ser moderno no es aceptarse a sí mismo tal como se es en el flujo de los momentos que pasan; es tomarse a sí mismo como objeto de una elaboración compleja y dura” (Ibíd. p. 343)

¹⁰² Aunque no es el propósito de esta tesis, las transformaciones aquí referidas pueden verse como variaciones dentro del campo de las lógicas –aunque esto no supone una linealidad en donde unas superen a las otras–, mientras que en los siglos XVI al XVIII la lógica formal entendería estas categorías dentro de relaciones dicotómicas (A y B como categorías puras radicalmente opuestas), la actitud moderna operaría sobre ellas desde una lógica estructural e interdependiente (para que exista A se requiere de la existencia de B y viceversa), lo que daría paso a una lógica sistémica, difusa y simultánea en donde la pregunta ya no se sitúa solamente en la existencia, o en las condiciones de existencia, sino en las posibilidades de existencia. O sea a las preguntas que se planteaban: Qué es A o qué es B; de la cual derivó: cómo A llega a

sustratos que anteriormente aparecerían bajo límites claramente definidos y diferenciados, los cuales, espacialmente, y sin desaparecer sus gérmenes ideológicos, yuxtapondrían el arriba y el abajo, nortes y sures, enclaves ricos y guetos pobres. Esta condición postmoderna de la ciudad, si bien ha dado lugar a modelos de organización polinuclear que se vuelven favorables para las dinámicas laborales de acuerdo a las lógicas de mercado capitalista, han dado lugar a un incremento de las tensiones sociales en un contexto en donde los márgenes de inequidad en la distribución del ingreso por persona se ensanchan en vez de disminuirse. Aspecto, que ha derivado en un aumento de la percepción sobre los riesgos posibles en tanto aquellas otredades diferenciadas que amenazaban con contaminar con sus morales y estéticas el conjunto del entramado social ahora emergen contiguamente a los enclaves de distinción y riqueza.

Así mismo, tal y como podemos observar en las entrevistas aquí anotadas, las formas tradicionales de descalificación hacia una otredad diferenciada por rasgos de clase, etnia o proveniencia, más allá de que la nueva realidad del crimen deja claro que se ha desplazado la tipificación de lo criminal, siguen actuando como performadores de la subjetividad frente a lo que se toma como signo de lo inseguro y peligroso. En este sentido, la presencia de lo carente de lujo, lo longo, lo costeño, lo negro, lo gris, lo colombiano y cubano, categorías referidas tanto a sujetos como a espacios, siguen estando vigentes en el imaginario quiteño como signos de lo potencialmente amenazante y peligroso; aspectos que se han vuelto más álgidos en un contexto sociopolítico que dio paso al incremento de los flujos migratorios, multiplicando la heterogeneidad social.

Así mismo, queda claro que la búsqueda de seguridad ontológica por vía de la acción privada está directamente ligada a la pérdida de confianza de los actores sociales frente a las instituciones públicas del estado. Aspecto que puede ocasionar serios problemas con relación al marco jurídico constitucional, en tanto el modelo de la privatopia impone formas de normalización que pueden ir en contravía de los derechos y obligaciones constitucionales, impulsando prácticas discriminatorias y excluyentes frente a ciertas colectividades que también hacen parte del entramado social.

Finalmente puede decirse que las lógicas impuestas por la modernidad capitalista multiplican las situaciones de vulnerabilidad de los ciudadanos conforme a la

ser A y cómo B llega a ser B en tanto A requiere de B y viceversa; se le ha sumado aquellas que se preguntan cuánto de B hay en A y viceversa en tanto A no sólo requiere de B sino que $A=A.b.$ y $B=b.a.$.

ciudad constituida en tanto el aumento de vecindarios defensivos se vuelve sintomático con la crisis social de poderse identificar con un contexto cosmopolita heterogéneo en su conjunto. En este sentido, el nuevo urbanismo bajo la fórmula aislamiento/ fortificación/ amurallamiento, equivalente a seguridad y provecho, se vuelve sintomático del ensanchamiento de las distancias socioeconómicas, lo que da lugar al incremento de las tensiones sociales y la percepción de vulnerabilidad, dinamizando así tanto el mercado inmobiliario securitizado como aquel referido a la tecno-vigilancia. Una especie de círculo vicioso que lejos de ofrecer una solución a los problemas estructurales de criminalidad y violencia, agudiza la sensación de temor, dinamizando un aparato de mercado que ha convertido el riesgo en generador de plusvalía.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD, Gustavo (2005) *El monstruo es el otro: La narrativa social del miedo en Quito*. Quito, Ediciones Abya - Yala

ACHIG, Lucas (1983) *El proceso urbano en Quito*. Quito-Ecuador

AGUIRRE, Milagros, Fernando Carrión y Kingman, Eduardo (2005) *Quito Imaginado*. Quito: Editorial Taurus.

ALANDI D. Eva María (2005) “El megaproyecto urbano del sur metropolitano de Madrid: Madrid-Xanadú y su entorno”. En *La Ciudad y el Miedo: VII coloquio de geografía urbana*, Obdulia Gutierrez (cord.). España: Universitat de Girona. pp. 185-208

AMENDOLA, Giandoménico (2000) *La Ciudad Postmodernam* Madrid: Celeste Ediciones

ANDERSON, Benedict (1983) *Comunidades Imaginadas, reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

ANDRADE, Xavier (2003) “Adiós cultura y hasta la vista cultura política. Sobre el tratamiento sociológico del regionalismo y el populismo en el Ecuador”. En Felipe Burbano de Lara (comp.) *Antología. Democracia, gobernabilidad y cultura política*. Ecuador: FLACSO-Ecuador.

ANDRADE, Xavier (2004). “seguridad ciudadana la falsa neutralidad del concepto”. En Memoria del proyecto Política Pública de la Seguridad Ciudadana, comp. Oswaldo Jarrín, 105-110. Quito: FLACSO sede Ecuador Grupo ESQUEL

AUGÉ, Marc (1998) *Los no lugares: espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.

BARBERO, Jesús Martín (1994) *De los medios a las mediaciones, comunicación cultura y hegemonía*. España: Editorial G.G. MassMedia.

BARBERO, Jesús Martín (2001) “Sobre Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad”. En *Magazín Dominical*, No. 445, El Espectador, Noviembre 3 de 2001

BÉJAR, Helena (1993) *La cultura del yo*. Madrid: editorial Alianza.

BAUMAN, Zigmunt (2007) *Miedo Líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Editorial Paídos.

BATALLA, María Rosa y Cristina CARBALLO (2005) “El papel ordenador del estado y la expresión territorial de las urbanizaciones cerradas (argentina)”. En *Revista Electronica de Geografía y Ciencias Sociales Scripta Nova*, Vol. IX. No. 194 (58), 1 de agosto de 2005.

BECK, Ulrich (2000): “Retorno a la teoría de la sociedad del riesgo”, Madrid: Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles,

BECK, Ulrich (2006) *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona-España, Editorial Paídos.

BEMELMANS, Ludwing (1941) *El burro por dentro*, Quito, Editora Moderna.

BERNAL SANTA OLALLA. Olalla, Begoña (2005) “El juego del miedo y la libertad. Un riesgo para la ciudad histórica”. En *La Ciudad y el Miedo: VII coloquio de geografía urbana*, Obdulia Gutierrez (cord.): P. 153-168. España: Universitat de Girona.

BINGHAM, R. (1997) *Beyond edge cities*, Nueva York: Garland Pub.

BLAKELY, E. y M. SNYDER (1997) “Divided We Fall. Gated and walled communities in the United States”. En *Architecture of fear*, Nan Ellin (ed). Princeton: Princeton Architectural Press.

BLAKELY, E. y M. SNYDER (1997): *Fortress America. Gated communities in the United State*, Washington: The Brookings Institution..

BOURDIEU, Pierre. (2000a) *La distinción, criterio y bases sociales del gusto*. España, Editorial Taurus.

BOURDIEU, Pierre (1999): “Efectos de lugar”. En *La miseria del mundo*, Pierre Bourdieu (Ed.). P. 119-124. Argentina: Akal.

BORJA, Jordi (2001) “La ciudad del deseo”. En *La Ciudad Construida urbanismo en América Latina*, Fernando Carrión (ed.). P. 391-396. Quito: FLACSO-Ecuador.

BORJA, Jordi (2003) *La ciudad conquistada*. Editorial Alianza, Madrid-España.

BORJA, Jordi. y Manuel Castells (1997), *Local y global: la gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid, Taurus.

BORSODORF, A. E R. HIDALGO ÁLVAREZ (2006) El uso de tecnología de la información geográfica en la geografía urbana. Comunidades cerradas en las áreas metropolitanas de Santiago de Chile y Valparaíso. Comunicaciones de la Sociedad Geográfica de Austria 148: 189-204.

BOURGOIS, Philippe (2001) "Poverty, Culture of". En *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*. Smelser, NJ y Paul B. Baltes, (eds.): p. 11904-11907 Oxford: Pergamon.

BRU, Josepa y Joan VICENTE (2005) "Ponencia y relatoría. ¿Qué produce miedo en la ciudad?". En *La Ciudad y el Miedo: VII coloquio de geografía urbana*. Obdulia Gutiérrez (cord.): p. 15-28. España: Universitat de Girona.

BUSTOS, Guillermo (1992) "Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)", en *Quito a través de la historia*, Quito, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía.

CABRALES, Luís (2002) *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara y Unesco.

CABRALES, Luís (2003) "Ciudades cerradas, libros abiertos", en Revista *Ciudades*, No. 59: P. 58-64.

CABRALES, Luís (2004) "Urbanizaciones cerradas en Latinoamérica". En Revista *Eria*, No. 63: P. 53-57.

CABRALES, Luís. (2005) Estado del conocimiento sobre las urbanizaciones cerradas en Iberoamérica. En *La Ciudad y el Miedo: VII coloquio de geografía urbana*, Obdulia Gutierrez (cord.): P. 185-194. España: Universitat de Girona.

CALATRAVA, Juan (2007) "En los orígenes de la metrópolis moderna: Emile Zola y el Paris de Haussmann". En *La ciudad: paraíso y conflicto*, Calatrava Escobar Juan y José A. Gonzales Alcantud (eds.). Madrid, Junta de Andalucía/ABADA Editores.

CALDEIRA, Teresa (2007) [2000] *Ciudad de Muros*. Barcelona. Editorial Gédisa S.A.

CAMPOS, Diego y Ricardo GREENE (2005) "La experiencia del otro en el imaginario contemporáneo". En *La Ciudad y el Miedo: VII coloquio de geografía urbana*. Obdulia Gutierrez (cord.): p. 87-94. España: Universitat de Girona.

- CASTELLS, Manuel (1974) *La cuestión urbana*. España: siglo XXI Editores.
- CASTELLS, Manuel (2006) *La era de la información: economía sociedad y cultura*. Fin de Milenio. Vol. 3. Barcelona, Siglo XXI Editores.
- CARRIÓN, Fernando (1987) *Quito: crisis y política urbana*. Quito, El Conejo-CIUDAD.
- CARRIÓN, Fernando y DORTE (1999) *La ciudad escenario de comunicación*. Quito: FLACSO-Ecuador.
- CARRIÓN, Fernando (2001) “Las nuevas tendencias de la urbanización en América Latina”. En *La Ciudad Construida urbanismo en América Latina*, Fernando Carrión (ed.): P. 7-24. Quito: FLACSO-Ecuador.
- CARRIÓN, Fernando (2009) “La Ciudad de intramuros: temor y violencia”. En *Ciudad Segura*, Boletín No. 33. Programa Estudios de la Ciudad. Quito: FLACSO-Ecuador
- CEBALLOS, Alejandro (2011) *Seguritización del paisaje urbano. Materialización de la inseguridad ciudadana y normalización de la fortificación como un tipo de violencia positiva; exploración del circuito barrial El Edén, La Victoria y Amagásí del Inca*. Ecuador, Tesis Maestría en Antropología Visual. Quito: FLACSO-Ecuador.
- CEBALLOS, Santiago (2012) “La crítica de Bolívar Echeverría del barroco y la modernidad capitalista”. En *Íconos Revista de Ciencias Sociales*. Num. 44: P. 119-124. Quito, septiembre 2012: FLACSO-Ecuador.
- CHIRIBOGA, Manuel (1980). *Jornaleros y grandes propietarios en 135 años de exportación cacaotera: 1790-1925*. Quito, Consejo Provincial de Pichincha.
- CHUMILLAS R. (2005) “Ponencia y relatoría. ¿”Privatopía” versus ciudad pública? La materialización del miedo en el espacio urbano”. En *La Ciudad y el Miedo: VII coloquio de geografía urbana*, Obdulia Gutierrez (cord.): P. 127-152. España: Universitat de Girona.
- CLIFFORD, James 2001 [1988] “Sobre la autoridad etnográfica,” en *Dilemas de la cultura: antropología, literatura, y arte en la perspectiva posmoderna*, James Clifford. Barcelona: Gedisa.
- CUCURELLA, M (2001) “La opinión pública en Habermas”. En revista *Anàlisi: cuadernos de comunicación y cultura, dedica a la opinión pública*. Año 2001, No. 26.

DAMMERT, L. (2001) *Construyendo ciudades inseguras: temor y violencia en Argentina*. Argentina: Editorial Eure.

DAMMERT, L. (2004) “De la seguridad pública a la seguridad ciudadana”. En *Memoria del proyecto política pública de seguridad ciudadana, primera fase*, Oswaldo Jarrin (comp.). Quito: FLACSO-Ecuador

DAVIS M. (1992): *City of Quartz. Excavating the future in Los Angeles*, Vintage Books, New York.

DEAR, M. (2000), *The postmodern urban condition*, Nueva York, Blackwell.

DEAR, Michael y Roger Keil (1994) “Global sprawl: urban form after fordism?”. En *Environment and Planning, Space and Society D, Edge cities in western Europe*, Vol. 12, n. 2, p. 187-205.

DELEUZE, Gilles (1999) “Post-escriptum sobre las sociedades del control”. En *Conversaciones 1972-1990*. España: Editorial Pre-textos

DELEUZE, Gilles (2002) “*Introducción: rizoma*”, en *Mil Mesetas capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: Editorial Pretextos.

Drew, B. (1998) *Coming the expendable landscape*, Saint Paul (Min.). Graywolf Press.

DUBBINI, Renzo (2007) “Imágenes de la metrópolis: transformación y conflicto. En *La ciudad: paraíso y conflicto*, Calatrava Escobar Juan y José A. Gonzales Alcantud (eds.) Madrid, Junta de Andalucía/ABADA Editores.

DUCH, Lluís (2002) *Antropología de la vida cotidiana, simbolismo y salud*. Madrid: Editorial Trotta.

ELIADE, Mircea (1981) *Lo sagrado y lo profano*. España: Editorial Guadarrama/Punto Omega, 4ta. Edición.

ESPINOSA APOLO, Manuel (2003^a) *Mestizaje, cholificación y blanqueamiento en Quito, primera mitad del siglo XX*. Quito: Ediciones Abya-Yala, Universidad Andina Simón Bolívar.

ESPINOSA APOLO, Manuel (2003^b) *La elite social de Quito en la primera mitad del siglo XX. Signos y estrategias de distinción. Informe de Investigación*, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

- FEBRER FERNANDEZ, Nieves (2013) Aproximaciones teóricas en antropología visual: fundamentos metodológicos. Estudios sobre el Mensaje Periodístico, Norteamérica, 19, may. 2013. Disponible en: <<http://revistas.ucm.es/index.php/ESMP/article/view/42155>>. Fecha de acceso: 28 nov. 2015
- FLUSTY, Steven (1997) "Building Paranoia". En *Architecture of fear*, Nan Ellin (ed). Princeton: Princeton Architectural Press.
- FONSECA PRIETO, Francisca (2008) "Procesos de ruptura y continuidad entre naturaleza y sociedad en la ciudad moderna". *Revista de Sociología*, No. 88, ISSN 0210-2862. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona (UAB)
- FOUCAULT, Michel (1984) *Vigilar y castigar, el nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, Michel (1999) *Estética, ética y Hermenéutica. Obras esenciales*, Vol. 3. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.
- FRANCO, Jean (1983) *La Cultura Moderna en América Latina*. México: Editorial Grijalbo.
- FRANKLIN, Albert B (1945) *Ecuador, retrato de un pueblo*, Buenos Aires: Claridad.
- GARREAU, Joel. (1991), *Edge city: life in the new frontier*. Nueva York: Doubleday.
- GALINA, Memtseva (2011) *Proceso de desarrollo urbano en la parroquia de Cumbayá*. Tesis de maestría Estudios de la Ciudad. Quito: FLACSO-Ecuador.
- GIDDENS, Anthony (1979) *Central problems in social theory. Action, structure and contradiction in social analysis*. Londres: The Macmillan Press
- GIDDENS, Anthony (1998) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- GIDDENS, Anthony. (1991) *Modernidad e identidad del yo*. España: Editorial Península.
- GIDDENS, Anthony. (1996) "Modernidad y auto-identidad". En *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Josetxo Beriain (Comp.), P. 33-72. Barcelona: Anthropos,

GIGLIA, Ángela (2003) “Espacio público y espacios cerrados en la ciudad de México, crisis del espacio público y nueva segregación urbana”. En *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía*, Patricia R. Cury Coordinadora. México D.F.: FLACSO México.

GIRARD, R. (1978) *Des choses cachées depuis la fondation du monde*, París. Grasset, P.449

GNISSET-APRILE, Jaques y Gilma TORRES (1984) *Clases, Segregación y Barrios*. Cali-Colombia: Universidad del Valle.

GODINA H. C (2006) El panóptico moderno. *A Parte Rei. Revista de Filosofía*. 2006, No. 46.

GOETSCHEL, Ana María (1992) “Hegemonía y sociedad (Quito, 1930-1950)”. En *Ciudades en los Andes. Visión histórica y contemporánea*, Eduardo. Kigman (comp.). Quito: IFEA.

GUPTA Akhil y James FERGUSON (1997) "Beyond 'Culture': Space, Identity and the Politics of Difference". En *Culture, Power, Place. Explorations in Critical Anthropology*, Akhil Gupta y James Ferguson (eds.). P. 33-51. Londres: Duke University Press, Durham and London.

HABERMAS, J. (1986) *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. México, Ediciones G. Gili.

HALSETH (1998) *Cottage country in transition. A social geography of change and contention in the rural-recreational countryside*. Quebec: McGill Queen's University Press.

JACOBS, J. (1961) [1973] *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Editorial Peninsula..

JAMESON, Fredric (1984) “Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism”. En *New Left Review*, nº 146: 53-92.

JANOSCHKA, M. (2002): “El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización”. En *Revista Eure*, No. 85, 11-20.

- JUDD, Dennis (1995) "The Rise of the New Walled Cities". En *Spatial Practices*, H. Liggett y D. C. Perry (Eds.). Thousand Oaks CA: Sage. P. 66-144.
- KOWINSKI, William S. (1985) *The Malling of America: An Inside Look at the Great Consumer Paradise*, Nueva York: W. Morrow.
- LARA, Salvador (1992) *Quito*. Madrid: Colecciones Mapfre.
- LEFEBVRE, Henri (1984) *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editores .
- LUHMANN, Niklas (1996) "El concepto de riesgo". En *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Josetxo Beriain (Comp.): P. 123-154. Barcelona: Anthropos.
- LUPEL Adam (2004) "Regionalism and globalization: post-nation or extended nación". En *Polity*, Vol. 36. No. 2 (Jan. 2004): pp. 153-174. Palgrave Macmillan Journals,
- MACKENZIE E. (1994) *Privatopía. Homeowner Associations and the Rise of Residential Private Government*, New York: Yale University Press, New Haven and London,
- MAIGUASHCA, Juan (1991) "Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo". En *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y los ochenta*. Quito: corporación Editora Nacional.
- MALDONADO B. Moralba (2005) "El paisaje y el miedo urbano". En *La Ciudad y el Miedo: VII coloquio de geografía urbana*, Obdulia Gutierrez (cord.): P. 95-102. España: Universitat de Girona.
- MÉNDEZ, E (2004) *Vecindarios Defensivos Latinoamericanos: Los Espacios Prohibitorios de la Globalización*. <http://www.etsav.upc.es/urbpersp/num04/index.htm>.
- MONGIN, Olivier (2006) *La Condición Urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- MORIN, Edgar (1994) *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gédisa.
- MURILLO GUERRERO, Maximiliano (1996) *Cumbayá pasado y presente*. Imprenta J.N.R. Cumbayá Ecuador.

- PIZZA, Antonio (1998) Londres-París. Teoría, arte y arquitectura en la ciudad moderna 1841 1909, Tomo 1. Barcelona: Edicions UPC- Universitat Politècnica de Catalunya.
- PONTÓN, Daniel (2007) “*La privatización de la seguridad en el Ecuador: impactos y posibles escenarios*”. En *Ciudad segura, debates sobre la seguridad ciudadana*, Jenny Pontón y Alicia Torres (eds.): P. 59-76. Quito FLACO-Ecuador.
- REGUILLO, R. (2000). “La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas”. En *Ciudadanías del miedo*, Rotker, S. (ed.): 185-202. Caracas: Nueva Sociedad.
- RIBEIRO, L.C. (1997): *Dos cortiços aos condomínios fechados: as formas de produção da moradia na cidade do Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- RINCÓN, Omar y Germán REY (2008) “Los cuentos mediáticos del miedo”. En *Urvio, Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, No. 5, P. 34-45. Quito: FLACSO-Ecuador. Septiembre 2008.
- ROITMAN, Sonia (2004) “Urbanizaciones cerradas: estado de la cuestión hoy y propuesta teórica”. En *Revista de Geografía de Norte Grande*, No. 32, pp. 5-19.
- ROMERO, José Luis (1999) [1976] *Latinoamérica: las Ciudades y las Ideas*. Medellín (Colombia): Universidad de Antioquia.
- ROSEBERRY, William (2002) [1994] “Hegemonía y lenguaje contencioso”. En *Aspectos cotidianos de la formación del Estado: la revolución y negociación del mando en el México moderno*, Gilbert Joseph; Daniel Nugent, (comp.): P. 213-226. México D.F.: Ediciones Era.
- ROTKER, S. (2000) *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- SARLO, Beatriz (1999) *Una Modernidad Periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Vision.
- SENNETT, Richard (1978) *El Declive del Hombre Público*. Barcelona: Editorial Península.
- SIGNORELLI, Amalia (1999) *Antropología Urbana*. Barcelona: Antrhopos, Universidad Autónoma Metropolitana.

SILVA, Armando (2002) “Algunos imaginarios urbanos desde centros históricos de América Latina”. En *La Ciudad Construida urbanismo en América Latina*, Fernando Carrión (ed.). P. 397-407. Quito: FLACSO-Ecuador.

SOJA, W. Edward (1996), *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.

SOJA, W. Edward (2008) *Postmetropolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Ediciones Traficantes de Sueños.

SORKIN, Michael (1992) *Variation on a theme park. The new American city and the end of public space*. Nueva York: Hill and Wang.

SUMMER, Doris (1991) *Foundational fictions, the national romances of Latin America*. California: University of California Press.

SUTTLES, Gerald D. (1968) *The Social Order of the Slum*. Chicago y Londres: University of Chicago Press.

SUTTLES, Gerald (1972) *The Social Construction of Communities*. Chicago: University of Chicago Press.

SVAMPA, M. (2001) *Los que ganaron. La vida en los Countries y barrios privados*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

THOMPSON, E. P. (1978) *The poverty of theory & other essays*. New York-London: Monthly Review.

THOREAU, David H. (2004) *Walden: 150th Anniversary Illustrated Edition of the American Classic*. Boston-Nueva York: Houghton Mifflin Company and Walden Project.

VEGA, Jaime (1996) *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*. Quito: Gráficas Ortega.

VIRILIO, Paul (1995) *Velocidad e Información*. Publicado en el diario *Le Monde*.

WEBER, Max (1977) “Los tipos de dominación”. En *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

WOLF, Eric (2001) *Pathways of Power: Building an Anthropology of the Modern World*. California: University of California Press.

ZIZEK, Slavoj (1999) “Los siete velos de la fantasía”, en *El acoso de las fantasías*. México: siglo XXI Editores.

ZUÑIGA COLLADO, L. (2007) “Urbanizaciones cerradas: seguridad y segregación”. En *Ciudades, Urbanismo y Seguridad*, Ayuntamiento de Madrid (ed.). Madrid Disponible en <http://www.madrid.es/UnidadWeb/Contenidos/Publicaciones/TemaEmergencias/PonenciasCongresoCiudades/Ficheros/Parte1.pdf>. Consultado por última vez en octubre de 2011.

Otras fuentes secundarias

- D.M.Q. (2010) 13 Informe de Seguridad Ciudadana. Ecuador, Quito
- Empresa Municipal de Movilidad y Obras Públicas (Quito, Ecuador) (2009) Plan Maestro de Movilidad para el Distrito Metropolitano de Quito, 2009-2025
- FLACSO (2010) VI Informe de la Secretaria General de FLACSO sobre el tema de Confianza en América Latina y el Caribe.
- FLACSO (2010) Estudio Opinión Publica América Latina 2009-2010

Monografías de Pregrado

- Donoso T. Juan Diego (2008) Centro cultural comunitario y administración zonal en la plaza de Cumbayá, ciudad y monumento. Tesis para la obtención de Título de Arquitecto. Universidad San Francisco de Quito.
- Hurieta, Andrés (2009) Centro Comunitario Cumbayá. Tesis para la obtención de Título de Arquitecto. Universidad San Francisco de Quito.

Fuentes de Periódicos

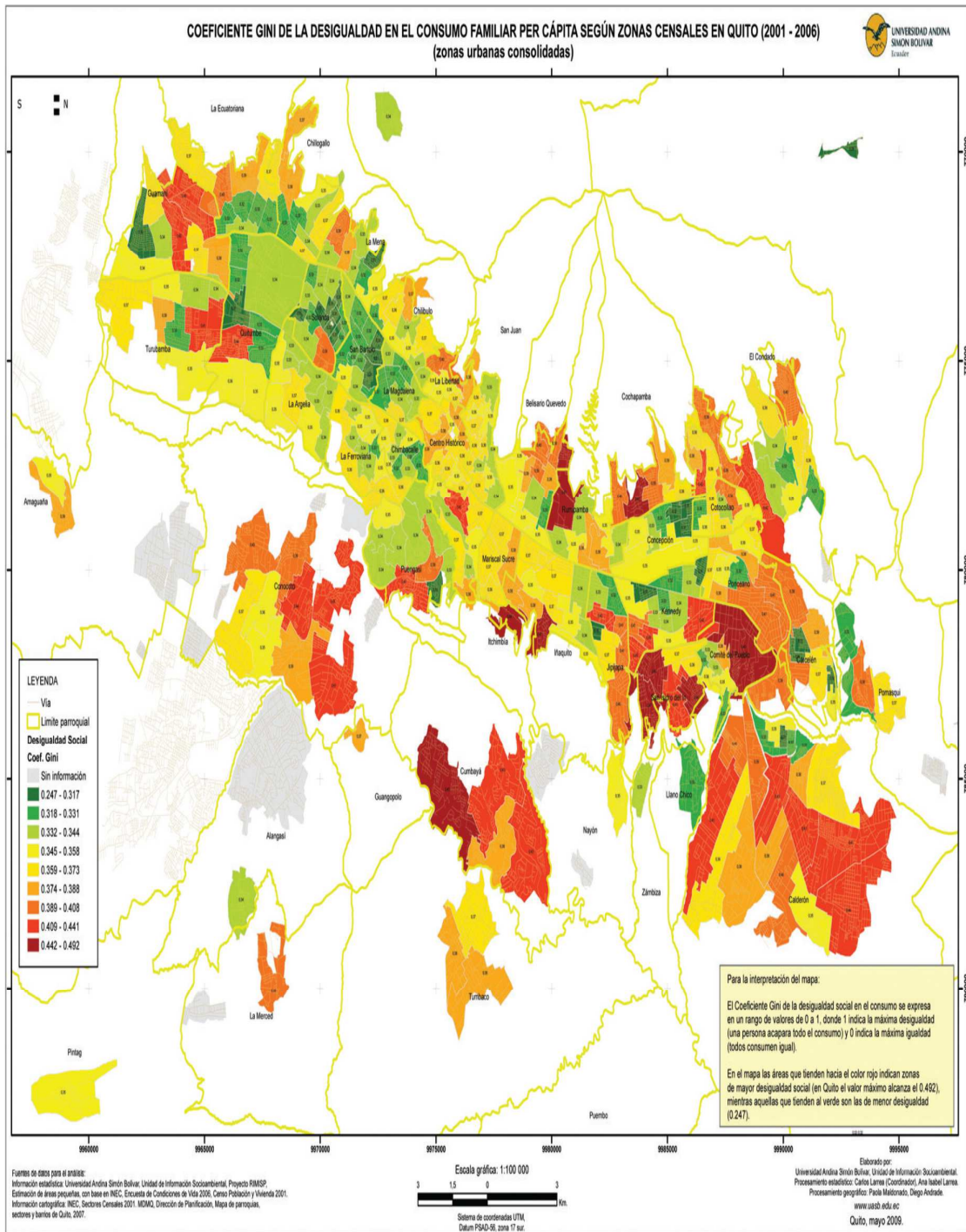
- El Comercio (2010) Anímese a divertir en la plaza de Cumbayá. Publicado en El Comercio, el 24 de abril de 2010.
<http://www.elcomercio.com/actualidad/quito/animese-divertir-plaza-cumbaya.html>.
- La Hora (2011) Cumbayá, nuevo polo de diversión. Publicado en La Hora, el 17 de Diciembre de 2011. Disponible en
http://www.lahora.com.ec/index.php/noticias/show/1101253077/-1/Cumbay%C3%A1,_nuevo_polo_de_diversi%C3%B3n.html#.VI0Sr_kvfiU

Documentales

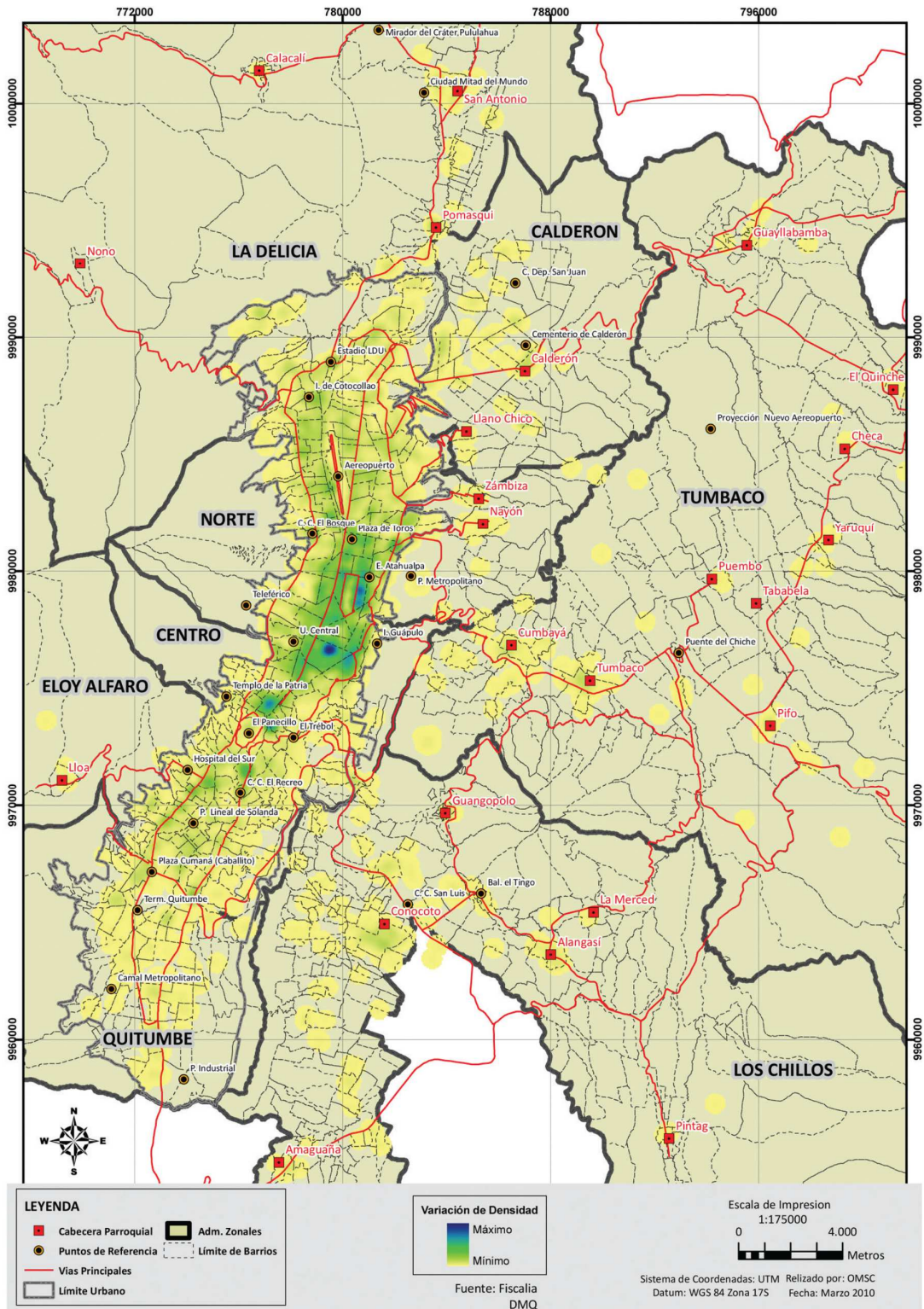
- Muntadas, A. (1995-1998) Fear/Miedo: On traslación, Marruecos-España (Documental)
- Muntadas, A. (1995-199) Translación Fear=Miedo, EE.UU. –México (Documental)

ANEXOS.

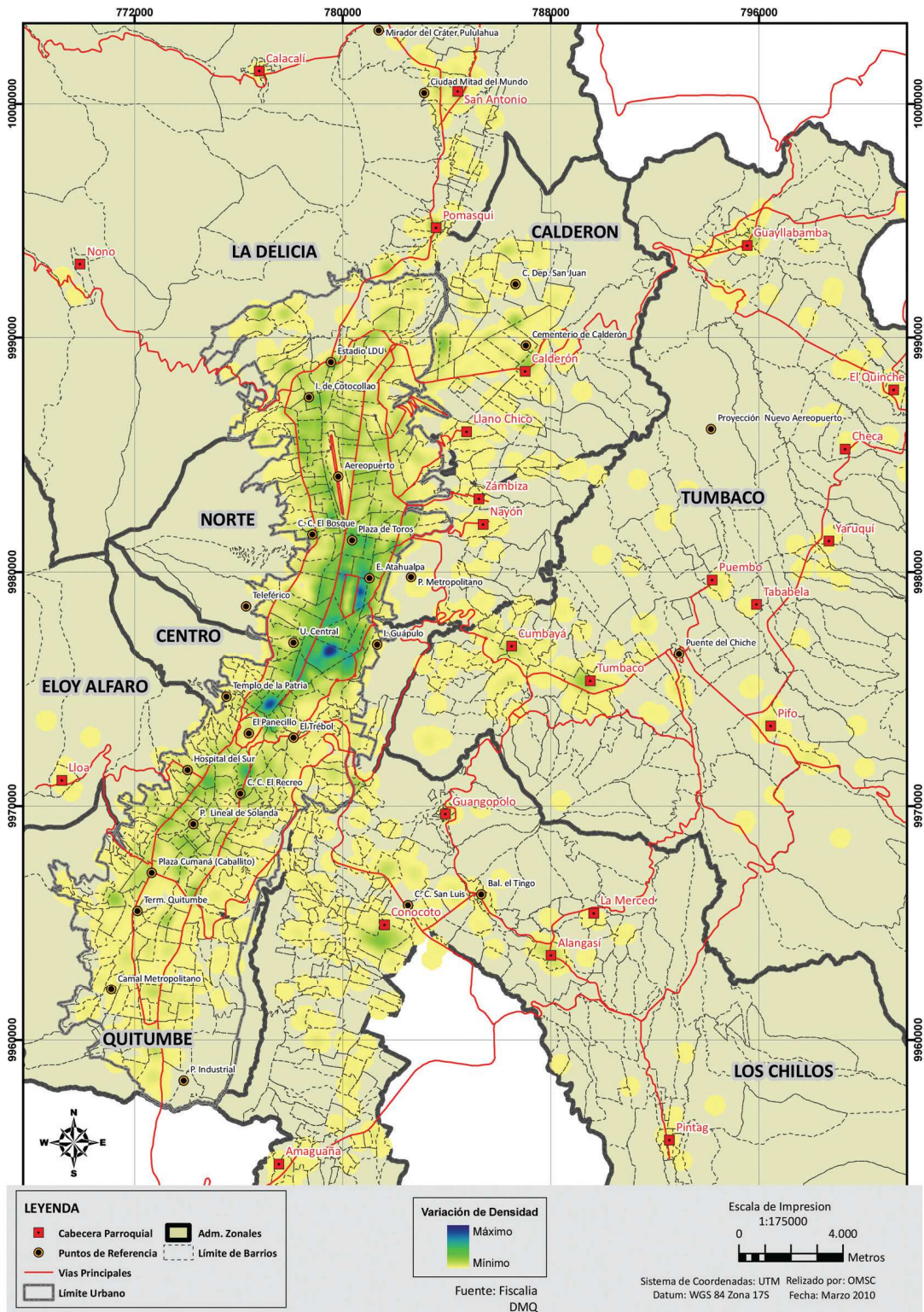
1. Mapa coeficiente Gini de la desigualdad en el consumo familiar percapita según zonas censales en Quito (2001-2006)



2. Mapa densidad de denuncia de delitos contra las personas



3. Mapa densidad de denuncia de delitos contra la propiedad



El guardia termina administrando la vida de los ciudadanos en el dta a da, En Guayaquil, la seguridad privada del rnalecon es fa polida moral de la dudadana, ellos son quienes deciden cotidianamente sobre urbanismo, civismo y sexualidad, controlanel usode las instalaciones del parque, lamanera enque la gente se viste o la frecuencia y duracion de los besos que se dan.

La privacidad antes expuesta a los dispositivos de vigilancia y control públicos queda en manos del vecindario, ahora enfrentado a una paradoja: “en todo este proceso descentralizador de la vigilancia, el aumento de las capacidades está íntimamente vinculado al incremento de la vulnerabilidad” (Whitaker, 1999:149 en Méndez, 20